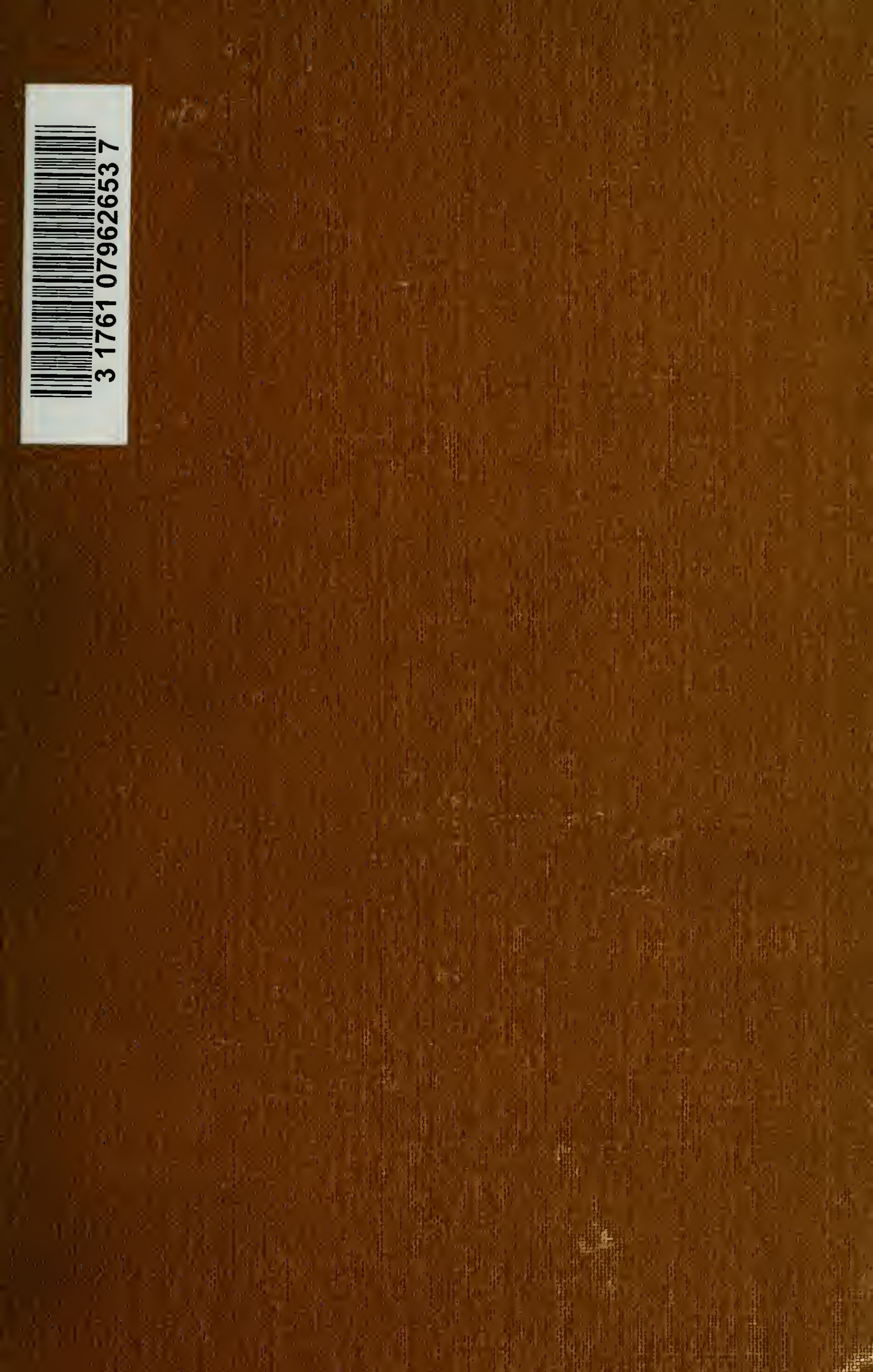

3 1761 07962653 7

J. Squair

HISTORIA DEL AÑO 1884.

HISTORIA

DEL AÑO 1884

POR

D. EMILIO CASTELAR. y Ripoll



MADRID:
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
Calle de Carretas, núm. 12, principal.

1884.

Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra.

ENERO.

Mal comienza el año, puesto que comienza con una crísis, la cual detiene todo el impulso dado á nuestra política en los últimos tiempos hácia adelante, y trae de nuevo á la superficie del Estado los principios conservadores, sinónimos en nuestra lengua de principios reaccionarios. Adios la emancipacion de nuestro pensamiento, cada dia más progresiva y segura; el derecho de difundir en la prensa los ideales republicanos y oponerlos á la realidad de nuestras leyes vigentes; aquellas reuniones, en las cuales decíanse, mezclados con muchos principios absurdos, muchos otros saludables y verdaderos; aquella cátedra libérrima, desde cuya cima el profesor dilataba su vista por los celajes de lo infinito, para decir tan sólo el Verbo sugerido por su conciencia y encarnado con toda espontaneidad en sus libros; aquella esperanza de abrir los comicios al pueblo y cerrar para siempre las revoluciones, poniendo sobre todos los poderes el poder supremo de la nacion, y asegurando por los ejercicios tranquilos de todos los derechos individuales, el advenimiento feliz de todos los humanos

progresos. Hemos vuelto, por un acto brusco é inesperado, á la Constitucion interna de los doctrinarios, que divide las naciones en castas, y les da un carácter inmóvil como aquel histórico y antiguo de los imperios asiáticos. Por ende, surgen los fiscales de imprenta y los censores de iglesia con sus apagavelas muy negros á extinguir la vívida llama de nuestro pensamiento y á traernos con sus sombras una luctuosa reaccion, tanto más de lamentar, cuanto que la creiamos anochecida para siempre allá en los léjos de apartado ocaso. Hé ahí, pues, cuanto hemos retrocedido, merced á un cambio brusco de temperatura sin justificacion alguna en el estado libre y tranquilo de la política liberal, y en el desarrollo lento y seguro de las instituciones democráticas.

¿Y cuál género de pretextos se ha invocado para este cambio? Uno muy donoso; que se halla el partido liberal roto en mil fragmentos, y no puede á los partidos liberales, cuando se hallan desunidos, confiárseles el poder. ¡Valerosa excusa! En toda idea liberal se contiene calor bastante á provocar cierta variedad, como en toda variedad se contiene cierta contradiccion, como en toda contradiccion combates y luchas: que la vida es así, en su ardor y en su movimiento. Allá, por las petrificadas cimas de nieve, silencio, y silencio en las negras honduras del sepulcro. Pero en los valles rientes, muchos rumores de batalla que produce la vida animal, y en los pueblos y en las muchedumbres muchas encendidas pasiones, que nacen de la contradiccion y toman aires y acentos de una verdadera tempestad. Las liber-

tades llevan dentro de sí las divisiones, como los despotismos llevan dentro de sí la silenciosa unidad. Nada con tantas sectas contradictorias como la filosofía y nada con tanto vigor y unidad como la teocracia. Y sin embargo, la ciencia es luz, calor, vida, movimiento en el mundo; miéntras la teocracia se petrifica, en cuanto pasan los comienzos de las sociedades humanas y los albores de la historia. En el principio de libertad hay gérmenes de variedad inevitables, y en los gérmenes de variedad hay tambien gérmenes de contradicciones inevitables. ¿Qué partido liberal se halla hoy compacto en el mundo? No lo está el partido liberal frances, que desde los centros derechos hasta la extrema izquierda se divide por necesidad en matices varios de ideas. Lo está ménos el partido liberal inglés, á pesar de hallarse hoy en el Gobierno. Derby pertenece casi á los torys, miéntras Dilke pertenece casi á los republicanos. Hay en el Gobierno, desde conservadores antiguos, hasta socialistas declarados. Granville es un wigh de la vieja escuela, miéntras Chamberlain es un radical de la escuela moderna. Y la division se halla, como en sus significaciones, en sus actos. Miéntras el último á quien hemos nombrado sostiene la extension á los campos de aquellos privilegios electorales reconocidos á las poblaciones, y la extension á Irlanda misma de todo cuanto en sentido de amplitud electoral se haga en Escocia é Inglaterra, sostiene Harthington lo contrario; y no se le ocurre á la reina Victoria despedirlos porque se hallan separados y divididos en fracciones, cual se le ocurrió al dispensador único del po-

der supremo en nuestra España despedir á nuestros liberales.

¡Oh! La verdad es que habia, ó una solucion constitucional, ó una solucion parlamentaria. La solucion constitucional consistia en llamar al partido mismo á quien el Rey confiára el poder últimamente, á la izquierda, para que la izquierda constituyera una situacion de adelanto y de progreso. La solucion parlamentaria consistia en llamar al partido fusionista con su jefe, que acababa de conseguir un triunfo en el Parlamento. Por la solucion constitucional andábamos, por la solucion parlamentaria nos deteniamos; pero ni por una solucion ciertamente ni por otra íbamos derechos, como ahora vamos con los conservadores, á cosa mucho peor que las paradas y los estancamientos, á los retrocesos. ¡Y qué retroceso! En el Ministerio de la Gobernacion una política de arbitrariedad electoral, agravada por deseos é impaciencias de prontos desquites; en el Ministerio de la Guerra una resurreccion de los antiguos moderados; en el Ministerio de Fomento los restauradores de la Inquisicion; y en el Ministerio de Ultramar los devotos de la servidumbre. Confesad que hay, no para dolerse, para desesperarse. Tendrémos que purgar sin duda un gran pecado nacional, cuando entre los torrentes de luz despedidos por nuestro siglo nos hallamos nosotros condenados á ver cómo surgen por las sombras de una reaccion, tanto más triste cuanto ménos merecida, cual fuegos fatuos en los cementerios, cual espíritus del otro mundo en las supersticiones, los rotos organismos y los viejos esqueletos de las ideas extinctas.

Se quiere aquí parodiar la nefasta política de Alemania, esa divinizacion de la fuerza y de la victoria. Se quiere convertir la vieja tradicion española, borrada por el pensamiento libre de nuestro siglo, en una fuerza tan grande é incontrastable como las mismas leyes mecánicas del Universo mundo. Se quiere dar á instituciones decadentes, convertidas por el espíritu moderno en meras fórmulas heráldicas de añejos recuerdos, caractéres tan sacros como á la necesidad misma, sobre las cosas materiales dominadora y reinante. Hablando en frase bárbara pero expresiva, se intenta con una especie de fatalista determinismo aplastar el derecho que trae consigo cada hombre al nacer, y extinguir las revelaciones divinas del pensamiento emancipado y de la conciencia libre. La nacion española, que ha pasado por todas las ideas humanas y que ha tenido todos los organismos políticos, no puede pensar sino con el cerebro de su Iglesia oficial y no puede querer sino por el órgano de su monarquía histórica. Fuera de esto no hay derecho, porque las naciones no son naciones, sino monarquías como los imperios de Media y Asiria, ó ménos aún que monarquías, mucho ménos en esta concepcion de la sociedad, mucho ménos que monarquías, las naciones son dinastías expuestas á morirse con todos sus hijos y á desaparecer del tiempo y del espacio con todo su territorio y todo su espíritu el dia de la muerte y de la extincion de una sola familia. Decidnos si habeis oido en vuestra vida jamas cosa tan absurda.

Explícase que se adore la fuerza donde la fuerza existe. Aunque detestemos la teoría, y mucho, la explicamos.

cuando quien la profesa y sustenta se llama el Canciller de Alemania. Hemos leido con harto cuidado todos los discursos de este repúblico eminentísimo. Por ellos, por su asídua lectura, nos consta cómo nunca se le ocurrió declarar la superioridad de la fuerza sobre el derecho. Fué tal frase, que ha corrido el mundo como una chispa eléctrica, forzadísima deduccion sacada por el conde Schewerin, de un discurso, en el cual, hablando Bismarck de los conflictos entre la Corona y el Parlamento, aseveró que, teniendo aquélla el poder y la fuerza, tenía que aplicarlos y ejercerlos, si deseaba no interrumpir, ni por un minuto, la vida normal y ordinaria del Estado. Más aún comprendemos que la fuerza férrea de un Canciller sobre un Imperio en los campos de Bohemia, y la victoria sobre otro Imperio en los campos de Sedan, el dominio moral en toda Europa, obediente y sumisa de suyo á las fórmulas sacramentales, expresadas por el solitario de Varzin, sugieran una idolatría supersticiosa y tenaz de la fuerza; pero aquí, en la debilidad irremediable de una Restauracion frágil, en la zozobra de revoluciones constantes, en el oleaje de los hechos diarios, tras sucesos como los de Badajoz, poner sobre todo la fuerza del Estado y del ejército, parécenos ántes un alarde vistoso de la fantasía que un sentimiento arraigado allá en lo más hondo del corazon y de la conciencia, cuyo desvanecimiento no puede llegar hasta el extremo de creer clavada y fija cosa tan movible é insegura como la fortuna política en nuestra incierta y trabajada patria.

Hablemos ahora de la política extranjera. No hay

cosa tan falsificada en el mundo por ningun falsificador como la República francesa por los periódicos monárquicos de Europa. El botin puesto á merced y arbitrio de los varios reptiles europeos, nutre las supersticiones más ridículas que puede arbitrar la cólera reaccionaria contra el humano progreso; no digamos nada, no digamos, de las terroríficas profecías. Los campos de Francia iban á convertirse todos en campos de guerra civil, y nunca estuvieron más tranquilos. Iban las ciudades, bajo tales instituciones, á consumirse, despues de arder como una tea. El ejército se indisciplinaria para volver á nuevo diez y ocho de Brumario, y proclamar el Emperador de los cuarteles entre las embriagueces producidas por el aguardiente y por la pólvora. Al año justo de la muerte de Gambetta quedaria la República envuelta en el sudario y enterrada en la sepultura de tan excelso tribuno. Á los seis meses de sepultada la rama primera de los Borbones en Frosfordh, se levantaria la rama segunda de los Borbones en Versálles. Las flores de lis, tan aborrecidas por el campesino frances, que las arranca de cuajo hasta cuando aparecen remedadas en los doseles de las fiestas eclesiásticas, esas flores de lis iban á rebrotar en esta primavera de la reaccion por todos los campos franceses. Los más templados en el retroceder y retrogradar aguardaban la salida de algun Bonaparte del monolito egipcio, bajo cuya mole reposa por toda una eternidad aquél que no dejó un minuto de reposo á la tierra. Leed los periódicos de salones, derbys, tiros al pichon, etc., etc., para pensuadiros de cuán pronto el curso de los siglos se torcerá, y el derecho

humano se ocultará, y la República se romperá, con holgorio general de todos los petimetres, que bailarán á una en paz sus contradanzas y digerirán sus cenas, sin miedo alguno á que la capital europea del gusto y de la moda les amenace con figurines republicanos, apercibidos para la democracia universal.

Pero la realidad viviente se ha encargado de frustrar estas esperanzas del gran mundo reaccionario. Los candidatos al trono frances resultan, ó tan disimulados y silenciosos como el Conde de París, quien todavía no ha dicho palabra, ni hecho acto alguno de pretension, ó tan perplejos é inciertos como el príncipe Víctor de Bonaparte, quien todavía no sabe si para ser buen pretendiente habrá de ser mal hijo y si para ser buen hijo habrá de ser mal pretendiente. Á tal estado, angustioso para todos los partidos realistas, la grande agrupacion monárquica, la tradicional y antigua, dotada indudablemente de fe, y con esperanzas más tenaces que las esperanzas judías, á más andar se descompone y deshace, yéndose los utopistas con la rama de D. Cárlos de España, y yéndose los prácticos á la República, donde se proponen trabajar por los intereses conservadores y los principios católicos. Esto es tan cierto, que la jefatura moral de los legitimistas en el Parlamento frances ha reconocido la República y su eficacion para el bien, á pesar de muchos errores y hasta excesos cometidos por los republicanos franceses en la cuestion religiosa. Cuando se votaron los créditos para la expedicion al Tonkin, créditos regateados al Gobierno republicano por la superstición ultramontana y realista, el obispo Freppel reconoció que

la República, en su austera impersonalidad, representaba la patria, y votó con el Gobierno. Desde aquella hora los orleanistas impenitentes, los lansquenetes y mamelucos napoleónicos, los borbónicos más ó ménos carlistas, han renegado del obispo y su política sensata con esa brusca irreverencia de sacristía, la cual se atreve á los prelados y al Papa con toda suerte de ofensas y agravios, siempre que los prelados y el Papa descuidan sus intereses egoistas ó desirven sus miras estrechas de partido y desecta. Pero el obispo, ni se arrepiente, ni se corrige; y muestra en documento publicado estos dias, á saber, una carta de pésame por la muerte de ilustre obispo católico en el Nuevo Mundo, como en la República puede prosperar y crecer el Catolicismo á la sombra de un Estado, el cual pertenece á todos los ciudadanos, y por la sávia de una libertad, la cual aparece tan luminosa y vívida como el humano espíritu. Mucho han pugnado las ideas republicanas para pasar de las altas y sublimes conciencias á las leyes políticas y sociales; mucho pugnarán todavía para pasar de las leyes políticas y sociales á las costumbres públicas y privadas; pero no hay que dudarlo, son como el vapor de vida exhalado por la corriente de todas las ideas, y han de cuajarse, cual Francia lo demuestra, en grandes instituciones, capaces de desafiar al tiempo con su solidez, y ofrecer á los pueblos con su estabilidad un seguro inmortal.

Una de las acusaciones lanzadas contra Francia y su República por los reaccionarios y sus periódicos, toma orígen del actual estado económico, pues dicen á una, como se ha, en estos últimos tiempos de crísis, enflaque-

cido y perturbado. Indudablemente la naturaleza económica de las sociedades humanas se halla sujeta, como la naturaleza material, á calamidades y plagas propias de todo lo contingente y de todo lo humano, en cuya compañía va sin remedio el mal, como va sin remedio la sombra en compañía de los cuerpos, y la enfermedad segura y la muerte eterna, en compañía de nuestra flaca y contingente vida. Abusos más ó ménos temerarios del crédito, trabajos más ó ménos meditados en caminos y puertos, necesidad de sobrellevar á un tiempo los gastos exigidos por el armamento universal y los gastos exigidos por la instruccion universal, han perturbado la situacion económica de Francia, y han traido el malestar que aqueja hoy á todas las ciudades en general y en particular á París. Pero esto, y mucho más, acontece allá en la monarquía de las monarquías, en el Imperio germánico, sin que los realistas columbren sobre la oscura Berlin los rojos centelleos del Juicio final. Y no hablemos de los remedios propuestos para las enfermedades sociales del Imperio, los cuales huelen todos á rancho de cuartel y á sopa de monasterio. El impuesto progresivo, de suyo contrario al capital y á la propiedad; las cajas de retiros y de seguros para los trabajadores, numerados como inválidos militares sometidos á mil disposiciones burocráticas; los gremios oficiales; todo cuanto se discurre y arbitra en la gran Cancillería del imperialismo tiene más de socialista, pero mucho más que los talleres de Luis Blanc, ó el banco de Prudhon, anatematizados con santas indignaciones por los reaccionarios, religiosos y laicos, hoy caidos de hinojos

á los ferreos piés del gran Emperador protestante. La única y capital afirmacion desprendida del debate último empeñado en Francia sobre la crísis económica, y cuasi social, la única ciertamente que merece anotarse con cuidado, es el aumento de los salarios impuesto por las exigencias de los jornaleros, y las huelgas frecuentísimas. Ese aumento de precio en la mano de obra, desequilibrando el valor de los productos, y por consiguiente, poniendo el código fatal de la concurrencia mercantil en favor de los competidores de Francia, puede traer, si por los propios trabajadores no se ataja pronto, graves peligros, no tan sólo á la existencia del Gobierno republicano, sino tambien á la existencia del trabajo libre. Las naciones aparecen como grandes organismos en la sociedad universal humana; y ante todo, y sobre todo, como los organismos inferiores, necesitan vivir. Y si una forma de gobierno, por justa y progresiva que sea, las priva de los medios necesarios de vida en cierto período, sacrifícanla implacables y sin remedio á su necesidad imprescindible de vivir. Pero digamos con verdad, sin apasionamientos, innecesarios en quienes, como nosotros, se hallan bien persuadidos en su conciencia de que la República resultará el organismo consustancial á las sociedades modernas, digámoslo de una vez, esa República francesa que ha dado catorce años de paz interior y exterior, satisfecho los rescates impuestos por las locuras imperiales, sostenido la nacion entera en armas, y fortificándola contra toda suerte de agresiones, puesto la enseñanza pública en competencia con Suiza y los Estados-Unidos, aumentado el presupuesto esco-

lar en setenta millones de francos, merece bien de su patria y bien de la humanidad, por contribuir, cambiando el régimen de la guerra en régimen del trabajo, á la paz y á la concordia sobre nuestro desgraciado planeta, cuyos cielos se hallan oscurecidos por los nubarrones rojos de tantos incendios y los mefíticos vapores de tanta y tan inocente sangre.

Grande algazara en Berlin por folleto divulgado en París, bajo la firma de Vasili, sobre la sociedad berlinesa. Inmensa distancia la existente ¡ay! entre los libros que sobre Alemania se publicaban á principios del siglo en Francia y los que se publican ahora; inmensa distancia entre la poética ideal Alemania de Mme. la Baronesa de Staël y la militar y feroz Alemania de M. el Conde Pablo de Vasili. Entónces veiais las ideas puras de Kant volar, como grandes abstraciones, por los inmensos espacios de almas en cuyos espirituales senos se contenian hasta los espacios cerúleos; entónces la individualidad germánica, el principio de sus principios, llegaba por su desarrollo natural de sus ciencias metafísicas á la plenitud en Fichte, quien hacía del Universo entero como una sombra de la humanidad y hacía del derecho humano como una ley universal; entónces oíanse por los aires, cargados de mirra é incienso poéticos, las sinfonías de Beethoven, cuyas notas y acordes semejaban á pensamientos puros desligados de toda sensible forma; entónces asistiais en espíritu á la Resurreccion cantada por el poeta mesiánico, acompañado de las arpas angélicas, á cuyos ecos despedian las cosas materiales, convirtiéndose todas á una en ideas, religiosos hosannas; entónces

las palabras de libertad puestas por Schiller en labios del Marqués de Poza resonaban como la *Marsellesa* de la emancipacion interior, semejándose á una estrofa indispensable añadida por nuestro siglo al emancipador coral de Lutero; entónces asistiamos con Hegel, cada dia más inspirado, al épico viaje de la idea desde los confines de la Nada en su oscuridad hasta las alturas y cimas del Empíreo en su grandeza, y creiamos encontrar, leyendo el *Fausto*, en este nuestro siglo de redenciones múltiples é ideales sublimes, la *Divina Comedia* de la Razon y del Derecho. Pero ¡ay! que ha helado el cesarismo conquistador, el cesarismo pretorianesco, el cesarismo socialista, el cesarismo, ¿por qué añadirle ningun calificativo? tantas grandezas indecibles, sustituyéndolas con los cuarteles, con las armas, con los ejércitos, con las apoteósis del más afortunado, con la idolatría de la materia y de la fuerza, con una doctrina semejante á las doctrinas divulgadas en los últimos dias del Imperio romano, cuando hasta el estoicismo, de pura derivacion socrática se hacía materialista y sensual para engrandecer y divinizar á los césares. ¿Qué quereis? Triunfasteis, alemanes, sin duda, en los campos de Francia, pero fuisteis vencidos en su alma; y desde aquel dia nefasto los divulgadores de vuestras antiguas grandezas y magnificencias espirituales se han callado, y vosotros apareceis en el mundo como átomos y moléculas de inmenso férreo Imperio, que quiere aplastar con su pesadumbre abrumadora el derecho y el pensamiento de toda la humanidad; y así, los ojos del espíritu se apartan de vuestra babilónica grandeza, y se convierten á pue-

blos como Suiza, como Bélgica, como Grecia misma, diminutos, pero donde tienen los ciudadanos la gigantesca estatura moral que da la libertad.

En el dichoso folleto, si quereis, libelo, de Vasili hay muchas de las murmuraciones, frecuentes en todos, los centros de poblacion, que, difundidas por unos enemigos contra otros enemigos, manchan y afean sin excepcion á todos, á los que las dicen, á los que las oyen, á los que las creen y á los que las divulgan. Prescindamos nosotros de todas ellas, porque nunca nos holgarémos, nunca, en contemplar y oler las porquerías sociales, de las que debe huirse, como se huye de los sitios malolientes é inmundos. Pero, en cambio, miremos algunas escenas, que conviéne saber, y algunos personajes, cuyos retratos de cuerpo entero interesan hoy á la historia contemporánea é interesarán mañana, más aún, á la historia definitiva y eterna. Por ejemplo, hablando del Emperador, dice que no tiene gran concepto de los talentos políticos de su heredero y que no está muy contento del período de su regencia. Luégo, hablando de la Emperatriz, alaba mucho su caridad, aunque la pone la restriccion de ser un poco aparatosa en este gran sentimiento. La descripcion de su tertulia Imperial, donde se toman tazas de té y se comen naranjas mandarinas, miéntras algunas damas de la gran sociedad, más ó ménos desdentadas, murmuran, y algunos caballeros, más ó ménos revocados, roncan, tienen mucha gracia. Se hace justicia, y plena, en este libro, á la Princesa Imperial, á la excelente madre de familia, que, hija de una Reina como la reina Victoria y esposa de un futuro

Emperador como el príncipe Federico, junta con verdadera sencillez de costumbres y numerosas virtudes domésticas un gran gusto artístico y un ámplio espíritu liberal. De su hijo primogénito se dice que tiene todas las cualidades necesarias para reinar, y sólo se le atribuyen las pasiones propias de su temprana edad, cuyas ardientes llamas revelan, á la verdad, en último término, un corazon bueno, sensible y entusiasta. Dícese del solitario de Varzin, del Canciller, que gusta de la soledad como todos los pensadores, y que, como todos los poderosos, desprecia mucho á los hombres, viéndolos tan dóciles instrumentos de su omnipotencia y tan fáciles maniquíes de sus planes. Y á su mujer se la llama vulgar, pero, en cambio, casera, económica, útil, hacendosa, consagrada, en los espacios de aquel desierto donde viven, á cuidar del marido, aquejado á la contínua, por sus desarreglos nerviosos, de dolorosísimas neuralgias. En la familia del Canciller encuentra una persona digna de todas sus alabanzas, la hija casada, en quien puso Naturaleza todas las ventajas propias de un generoso corazon y de un claro entendimiento. Digno de meditacion tambien el sabio paralelo entre la reserva de Moltke y la elocuencia de Manteuffel, ó sea, de los grandes generales prusianos, muy dignos uno y otro de maduro exámen, por sus sendas cualidades opuestas. Al hablar de aquél, de tan extraordinario táctico, vencedor del Imperio austriaco en los campos de Bohemia y del Imperio frances en los campos de Sedan, observa cómo ha guardado pérfido retraimiento en los negocios políticos interiores, quizá por amor al silencio, y cómo ha servido

al director de toda la política prusiana cual sirven los émbolos y manubrios de las máquinas á los maquinistas. Cuando pidió permiso para dejar el ejército danes, en cuyas filas estaba inscrito y alistado, el Ministro de la Guerra puso por los márgenes del expediente de concesion estas palabras, sobre las cuales habrá vuelto alguna vez los ojos con profunda melancolía: «La partida del capitan Moltke no dejará un grande vacío en el ejército de Dinamarca.» Por este modo habla de los principales personajes, tratados en sus páginas con severidad, pero no con calculada y voluntaria injusticia. En realidad, á quienes flagela sin piedad y castiga sin remordimiento es á la turba multa de cortesanos que se adhieren á los poderosos, viviendo de su sombra, y halagándolos para vivir mejor en sus errores y en sus vicios. Tampoco tendrán piedad ninguna de todos ellos ni la conciencia ni la historia.

Con este y otros motivos ahora se controvierte y dilucida la cuestion del célebre viaje á Roma, despues del no ménos célebre viaje á España, emprendido y acabado en los dias últimos de año por el Príncipe Imperial. Y ha saltado á la vista de todos en tal controversia nueva la incongruencia del régimen germánico vigente, que, mirado bajo cierto aspecto, parece una confederacion republicana y liberal á la moderna, miéntras que, mirado bajo otros aspectos, parece una fortaleza militar y feudal á lo Edad Media. Pocos se habrán hoy en Europa enterado á ciencia cierta de que la corona Imperial, arrancada entre las ráfagas de cruentos combates á los Duques de Austria por los Marqueses de Brandeburgo, y

conducida en grande procesion de príncipes, como la celebrada por los acordes majestuosos del *Tanhausser*, desde los campos de Sedan al palacio de Versálles, para ofrecérsela con épicos homenajes, entre los estampidos de mil cañones, al debelador de París; esa corona, semejante, por lo siniestra y misteriosa, en sus rojos centelleos, á los arreboles aparecidos ahora en nuestros ocasos, no es bien claramente ni hereditaria, ni electiva, ni patrimonio siquiera de los que la ciñen, á causa de la variedad incierta y confusa que reina de antiguo en las instituciones germánicas. Siempre ha sucedido lo mismo. Aunque la sombra de Cárlos V, extendida sobre sus herederos, daba desde la célebre abdicacion de Brusélas consuetudinario derecho á los Austrias sobre la púrpura Imperial, á cada vacante los electores, más ó ménos eclesiásticos y más ó ménos coronados del Imperio, reclamaban los privilegios prestigiosos, y desusados ya, de su derecho electoral. Pronto el tiempo, en la forma trágica de muerte, pedirá su presa inexcusable al trono erigido sobre tantos cadáveres; y el llamado, segun leyes y costumbres conocidas, á ocuparlo, tendrá que pedir las confirmaciones y plácemes legales de tal ocupacion á los príncipes mismos, portadores de la corona Imperial á Versálles, para que la ciñera su padre vencedor, y representára de tal manera, entre los trofeos de la victoria, el genio de Alemania. Y en la cohorte de estos príncipes feudatarios y vasallos hay católicos de abolengo, como el Rey de Baviera, y católicos que rigen á pueblos protestantes, como el Rey de Sajonia. De consiguiente se necesita cap-

tarlos con tiempo, y para captarlos con tiempo, tener propicio al jefe religioso y espiritual de todos ellos, al papa Leon XIII. Y ved ahí, pues, con toda claridad explicada la expedicion á Roma, que le ha sujetado á tantan ceremonias embarazosas y que le ha valido una especie de indirecta censura en Varzin; expedicion pedida indudablemente al heredero Imperial por las leyes de su herencia. ¡Oh! ¡Cuánto duran las instituciones, y cómo sobrevive su forma externa, despues que su espíritu se ha extinguido y acabado en el tiempo! Aquellos dos poderes de la Edad Media, que se lanzaban á guerras tremendas por si uno habia de ser el sol y otro habia de ser la luna en los cielos del Cristianismo, aparecen hoy como dos astros más ó ménos pálidos, pero como dos astros al cabo, en los horizontes de nuestra moderna Europa.

En Italia el año ha comenzado con una peregrinacion liberal á Roma, que bien podria llamarse una peregrinacion religiosa. Conforme pasan los tiempos crece la gratitud popular á Víctor Manuel, cuyo recuerdo se agranda diariamente hasta que llegue á trocarse por fuerza en santo númen de la comun patria, emancipada por su prudencia en los consejos y por su valor en los combates. Á principios de un Enero nefasto espiró en el Quirinal para dormir en el Panteon, y desde tal dia, su helada tumba no ha conocido la soledad, esa compañera de la muerte. Ora la piadosa familia que le recuerda como cariñosísimo padre; ora los compañeros de los campamentos que le ven todavía vivaquear á la puerta de su tienda ó combatir sobre su caballo de guerra;

ora sus ministros, sus compañeros más que sus súbditos, en la obra gigantesca de salvar y unir la esclava disyecta Italia, dejan bajo las bóvedas de granito egipcio que cubren su perdurable sarcófago, alguna corona funeraria, por cuyas luctuosas ramas vuelan, á guisa de mariposas ideales ó de luciérnagas aladas y etéreas, las ideas de libertad y emancipacion trasmitidas, como un sacro testamento religioso, por los primeros genios de la Italia inmortal á todos sus hijos, y realizadas por Víctor Manuel y los suyos en este nuestro siglo.

Ha pasado ayer la crísis italiana, y ya toma los esmaltes de las primeras batallas del siglo en tiempos de la República francesa ó de los heroicos esfuerzos hechos por Grecia y España en las respectivas guerras de su santa independencia. No es mucho, pues, que al acercarse ogaño el anual aniversario, hayan ido en tropel con sus pintorescos trajes millares de campesinos, encabezados por banderas multiculores, seguidos de músicas armoniosas, á prestar, en procesion civil y laica, homenajes de agradecimiento al muerto, vivo en todos los corazones patriotas, para quien la losa del sepulcro se trueca en ara de un altar. Nada tan solemne y sublime como tales procesiones por los monumentos romanos; á la sombra de aquellos escombros gigantescos, rematados por el jaramago y por la ortiga; bajo las curvas de aquellos arcos monumentales, que han visto correr en curso majestuoso los siglos, y que han sido como los escenarios de la Historia; sobre las colinas sembradas de tantos recuerdos, en cuyas eminencias se levantan, evo-

cadas involuntariamente por la tradicion, las sombras de los héroes y de los mártires que han escrito las primeras nociones del derecho y que han sembrado los primeros gérmenes de la cultura universal. Es indudable que la unidad interior del espíritu italiano ha precedido, y de mucho, á la unidad política y material de Italia. Es indudable que las ciudades se han juntado en luminosa nacion despues que las almas todas se habian juntado ya en el mismo espíritu. Ningun obstáculo ha detenido este gran movimiento, ni las corrientes de una diplomacia empeñada en conservar los añejos tratados del año quince, ni los anatemas de una teocracia decidida con resolucion inquebrantable á dividir la Italia en dos cuerpos disgregados por la interposicion de su poder temporal. Así los campesinos italianos, despues de haber acudido al Panteon y prestado sus homenajes al muerto, han ido en procesion á San Pedro con sus patrióticas medallas al ojal, sin que ninguna excomunion les haya impedido la entrada, ni les haya recordado siquiera cómo celebraban la usurpacion régia del sacro patrimonio pontificio.

Entre las cuestiones que despiertan hoy más vivo interes, hállase la cuestion del Sudan, la cual guarda muchas y muy trascendentales consecuencias para la suerte inmediata y próxima de Inglaterra en Egipto. Embargados por la supersticion de nuestra grandeza, mecidos por el orgulloso desvanecimiento que las invenciones de nuestras poderosas industrias y las maravillas de nuestros activos trabajos nos traen al acervo comun de la humana cultura, solemos olvidar muy pronto

cómo la barbarie nos rodea por todas partes con sus sombras y cómo las naciones cultas necesitan vigilar, para detenerla é impedirla con energía, la perturbacion de nuestra progresiva obra, esencialmente civilizadora y cristiana. Las costas del Mediterráneo español áun recuerdan las frecuentes piraterías argelinas desencadenadas ayer mismo, despues de muy entrado nuestro siglo en sus más rientes recodos; los barcos debian, al atravesar el estrecho de Gádes, preservarse, hace poco tiempo, de los rifles riffeños; en manos de la gente mahometana se hallan el Bósforo de Tracia y el canal de Suez; tribus y ciudades árabes, apercibidas para la guerra santa, se interponen todavía en el camino de las gentes cristianas á Jerusalen; y á cada paso, por los desiertos donde se alzan los lugares sagrados del Islamismo, y en los tronos donde se asientan los Califas, despiértanse á una ensueños y propósitos de confederaciones muslímicas, encargadas por el dios semita y su profeta predilecto de volcar los idólatras altares nazarenos y traer á los pueblos todas las divinas leyes del Koran. Una vigilancia extrema debe aún ejercerse con celo, porque no se hallan de nosotros tan apartados los tiempos de las irrupciones tártaras ó mongólicas; ni las naciones todas están seguras y ciertas de que un exterminador de los muchos enviados por las mesetas centrales del Asia no corra en raudo vuelo hasta nuestras costas, y no derribe, de improviso, nuestros más firmes y nuestros más antiguos Estados. Quién le hubiera dicho á la ciudad de Alejandro, guardadora del espíritu helénico y de las síntesis universales que unian los pen-

samientos más opuestos; quién á la soberbia Cartago, que habia engendrado en su decadencia genios como los de Tertuliano y San Agustin; quién á la Constantinopla de los Césares, en cuyas pavesas y postrimerías encontráramos los ricos metales para forjar la corona de nuestro Renacimiento, cómo su grandeza y su cultura y su ciencia no serian perdonadas de los alfanjes afilados en las piedras del Desierto por míseros y oscuros profetas.

No, no debe maravillarnos la intervencion activa que toma Inglaterra en el Sudan, despues del exterminio completo infligido á las tropas enviadas del Cairo para someterlo y sojuzgarlo un dia, las cuales desaparecieron, á manera que las gotas de lluvia en los arenales del Desierto. Esas tierras misteriosas, defendidas por la crueldad propia y natural de sus habitantes, ocultos tras océanos de arenas; esas tierras confinantes con el ilimitado Sahara, y la Cafrería, y la Guinea, y la Abisinia; esas tierras atravesadas por los inexplorados montes de la Luna, cuyas níveas cimas, en medio de los desiertos caldeados como ciclópeos hornos, fluyen el Nilo y lo envian al Mediterráneo; esas tierras de palmas, de sicomoros, de terebintos, madrigueras naturales á tigres y leones; esas tierras del fetichismo, de la trata, de la servidumbre, de los sacrificios humanos; esas tierras henchidas de barbarie, y que tocan por su oriente al mar Rojo y por su occidente al mar Atlántico; esas tierras henchidas de barbarie pueden, el dia ménos pensado, mandarnos sus negras gentes á nuestras costas mediterráneas como las caravanas del fanatismo ismae-

lita suelen mandarnos á nuestros puros aires las mefíticas moléculas de sus venenosas pestes. Hay, pues, que convenir, bien ó mal de nuestro grado, en la obligacion de Inglaterra, tras su protectorado en Egipto, de ocurrir á la defensa del recien adquirido y valioso feudo. Fuera mejor, como ha sostenido Bright en su postrer discurso, abstenerse de tal conquista; pero una vez consumada, merced á las provocaciones y desafíos del pretorianismo egipcio, no se puede, no, dejar las tierras vecinas al mar Rojo y al Canal de Suez en guerra perdurable y en guarida segura de un profeta en armas, que cae sobre los territorios codiciados á guisa de una desoladora tormenta. En tal estado, acaba Inglaterra de diputar un general, ducho en cosas orientales, al formidable Mahedi. Este general acaba de dirigirse al pobre Jetife, representante de la última soberanía egipcia, pidiéndole instrucciones para su empresa, y las instrucciones se han reducido, segun dicen los enterados, á recomendarle que notifique á todos con mucho empeño cómo representa en el Sudan la fuerza y prepotencia de Inglaterra. Pero, áun diciendo esto, habrá de costarle mucho trabajo su empeño, puesto que se propone desmembrar de los ejércitos del Mahedi á los árabes, y por mucha vanidad que tengan éstos y mucha confianza en la propia superioridad y mucho menosprecio á todos los negros, no vacilarán entre un profeta que les ofrece la victoria con el Eden y un maldito infiel nazareno que les ofrece la triste alianza de un pueblo enemigo. Una embarcacion ha llevado este militar embajador en estos dias á sitio equidistante de las dos catara-

tas, donde ya dejará el viaje por agua y tomará los peligrosos caminos del desierto nubio, por los cuales irá de nuevo á dar en el espacio que se extiende desde la quinta hasta la sexta catarata del Nilo. Todos estos esfuerzos no tienen más que un objeto; conservar el Sudan para Egipto y Egipto para Inglaterra, como confirmarán los sucesos.

¡Cuán graves y dificultosas las cuestiones de razas! Ahí teneis la Babel moderna, ó sea el Austria, obra monstruosa de la diplomacia, de la política, de la historia, si quereis, mas no de la Naturaleza. Bajo las dos alas de su águila coronada con la diadema imperial de Carlo-Magno, pueblos diversos en contínua guerra, los cuales, divididos por sus leyes, usos, costumbres, creencias é instituciones, mantiénense aparentemente bajo la ilusoria unidad de un solo gobierno, detestándose y detestándolo, por no caer en otro peor y por guardar cierto culto supersticioso al antiguo Imperio. Allí los bosnios conspiran de contínuo por ingresar en la guerrera liga de los albaneses y arremeter contra sus nuevos dueños, los austriacos; tascan difícilmente su freno los rumanos de Transylvania, desconformes con el desmembramiento y separacion de su madre patria; pugna el croata por constituir, aparte de la nacionalidad húngara, tenida por despótica y tártara, reino y Estado independiente; los alemanes propenden al predominio absoluto, y los magyares tambien; miéntras en Bohemia combaten dos nacionalidades, una germánica, otra eslava, y en Gracovia se despierta, como alma en pena venida de otras regiones, la insepulta y luctuosa Polonia. No debe mara-

villarnos, pues, que traiga cada dia consigo su pena y su trabajo á este aquelarre de gentes várias, y ademas de várias, entre sí enemigas. Unas veces por motivo de la Universidad eslava, que los descendientes de Juan Hus quieren establecer en la capital de Bohemia; otras veces por el aniversario de Sobiesky, aquel ilustre monarca polones, á quien debieron su salvacion del yugo turco los Emperadores de Austria en el siglo décimoséptimo; ya por un discurso del Rey de Rumanía, ó de sus ministros, reivindicando la parte de su nacionalidad adherida violentamente á la corona de San Estéban; ya por algunos pasos de la diplomacia, ó bien hácia la línea del Danubio, bien hácia la posesion de Salónica; muévense cuestiones parlamentarias, las cuales no llegan jamas á una solucion definitiva, y cuestiones militares, las cuales acaban por movimientos revolucionarios como los sucedidos este verano en los confines militares de Hungría y de Croacia. Realmente allí existen cuatro partidos en guerra, variados dentro de sí mismos por múltiples agrupaciones: uno es el partido que desea la superioridad práctica de la gente alemana sobre las demas gentes del Imperio; y otro es el partido que desea la superioridad magyar; y otro el partido que desea la superioridad eslava; pero dentro de todos estos partidos existen muchos autonomistas, cuyas indomables aspiraciones llegan á una cuasi separacion de las diversas nacionalidades, que sólo se mantendrian unidas por temor á Prusia, Rusia ó Turquía, con lazo federal muy flojo, equivalente casi á una comun alianza diplomática y militar entre naciones libres. El conde Taafe mantiene

con esfuerzo un equilibrio, bastante inestable á la verdad, entre todas estas agrupaciones, más ó ménos enemigas entre sí, no consintiendo, ni que la unidad central destruya las várias autonomías, ni que las várias autonomías debiliten la central unidad. Y á lo mejor se le viene, como un alud, encima ardua complicacion inesperada. Tal ha sucedido ahora. Una de las más graves cuestiones, que toda nacionalidad encierra, es la cuestion de su idioma nacional. Pues se ha presentado peligrosa proposicion á las Cámaras de Viena proponiendo reconocimiento solemne y oficial de la superioridad del aleman sobre todos los idiomas hablados en los diversos puntos del Imperio. Conserva esta superioridad la lengua de Alemania, porque todas las naciones de raza distinta se han sometido á un Imperio como el austriaco, puramente aleman, aunque su dinastía sea española en sus comienzos, y parece muy natural que la lengua del Estado quede al fin lengua de todos sus súbditos. Pero declararlo así por una ley traeria tal cúmulo de pretensiones diversas, y con el cúmulo de pretensiones diversas, tal cúmulo de dificultades insuperables, que Taafe ha debido maniobrar mucho para impedir toda declaracion definitiva, y por definitiva, peligrosa. Pero latirá siempre allí, quiera ó no quiera el primer ministro, una guerra sorda, propensa de suyo á una pavorosa erupcion.

Y así estallan por doquier grandes complicaciones. Y de tales complicaciones, ninguna que llame tanto ahora la general atencion como el negocio de los matrimonios mixtos en la alta Cámara de Pesth. Habíalos propuesto entre israelitas y cristianos el Gobierno, para

detener ese movimiento antisemítico, deshonra de nuestro siglo. Y á virtud de tal proposicion habíalos adoptado la Cámara baja, que deseaba mucho más, pues deseaba la extension del matrimonio civil, propuesto sólo entre los fieles de las dos religiones, á todos los súbditos de la monarquía húngara. Bajo la observacion de que tal amplitud podria dañar á la saludable medida, con tan buen acuerdo arbitrada, retrocedieron los más lógicos, dejando el matrimonio civil tan sólo para los contrayentes judeo-cristianos. Pero hay en el reino de los magyares una Cámara de Señores, donde se refugia la última sombra de aquella feudal aristocracia innaccesible á todas las ideas nuevas, y cuya petrificacion explica las desgracias históricas de Hungría y la total ruina de su hoy recobrada independencia. La tal Cámara se halla compuesta, por arqueológico culto á la historia, de obispos, ultramontanos casi todos ellos, y de aristócratas, casi todos ellos semifeudales. Unos y otros detestan, pues, el matrimonio civil, base natural de la familia en las sociedades modernas, cada dia más desligadas, en todo lo político, del antiguo poder eclesiástico. Unos y otros se han unido en tal ódio, y han desechado la ley, áncora de verdadera estabilidad y prenda segura de reconciliacion y de paz. Al ver tan extraordinario desacato á la razon pública y al derecho moderno, una corriente de indignacion ha sacudido toda Hungría, fundamentalmente liberal, así por su naturaleza como por su historia. Y se ha visto que la entrada en el aristocrático cuerpo se halla sometida, como en tiempos de la Edad Media sucedió, á condiciones territoriales, resul-

tando de tal anacronismo, que muchos extranjeros al reino de San Estéban, austriacos, cheques, aparezcan, á título de terratenientes, en el Senado, y decidan como legisladores de la suerte de un pueblo donde ni siquiera pueden llamarse ciudadanos. Á tal revelacion se ha iniciado un movimiento en el espíritu público á favor de la reforma constitucional; y esta reforma constitucional tirará principalmente á modificar el carácter arqueológico y reaccionario de un Estado feudal. Y al par que se intenta modificar este cuerpo de resistencias indecibles, lanzado en el curso tranquilo de las ideas progresivas, tambien se intenta extender la ley restringida solamente á los matrimonios mixtos, declarando el registro civil base necesaria de la familia moderna. Tal efecto producen todas las resistencias. Admitido el progreso con espíritu de conciliacion y con verdadera mesura, hubiese quedado por muchos años reducido á las alianzas matrimoniales entre familias israelitas y cristianas, salvándose así el carácter exclusivamente religioso de los hogares húngaros. Clero y nobleza, creyendo, en su afan de volver los ojos atras, estos tiempos de libertad y derecho, tiempos de rutina y privilegio, han opuesto un veto arqueológico á una reforma necesaria ; y la reforma vendrá, por motivo de sus resistencias, más pronto y en toda su extension.

Otro de los asuntos graves que ahora embargan á los Imperios europeos, es el asunto de las ideas socialistas, envueltas en una ira, la cual da señales de sí á cada paso con atentados horribles. Los sectarios alemanes y austriacos del Evangelio social no se huelgan mucho con

las templadas teorías de los catedráticos seguidas por el solitario de Varzin y formuladas en varios proyectos de ley; quieren otro socialismo, antiguo é histórico, mucho más radical en sus ideas y mucho más revolucionario en sus procedimientos. Partido de acccion, aunque tal accion se inspire por su mal en una utopia, fia el partido socialista más á una barricada que á una cátedra el problema de su triunfo. Por consiguiente, aparece á la vista de todos como una conjuracion. Y esta conjuracion se manifiesta por múltiples atentados, á cual más considerable y horrible. Ya un sectario demente se coloca tras ventana solitaria de Berlin y atisba el paso del Emperador para cazarlo con las municiones chicas y los perdigones con que se cazan las bestias en los campos. Ya una sociedad de pura propaganda se trueca en sociedad de revolucion, y trae á mal traer dias enteros el órden público de Viena, herida y aterrada como si pasase por la crísis temible de un verdadero levantamiento. Y ahora el telégrafo acaba de anunciarnos cómo unos comisarios de policía, pertenecientes á los suburbios de Viena y muy estimados por su vigilancia y celo, han sido en estas noches últimas traidoramente asesinados por los invisibles ángeles exterminadores, que manda, como espíritus de verdadera destruccion, la nueva fe social á los cuatro puntos cardinales del Imperio austriaco. Nada tan opuesto al desarrollo de una doctrina como la perpetracion de un crímen á su nombre y bajo su influencia. Los sentimientos más puros del corazon humano se sublevan contra esas trasgresiones de las leyes morales y contra los principios que las han determinado. Pero no debe darse

mucha extension á estas indignaciones justas, ni creerlas capaces de producir un sistema de reaccion europea por miedo al socialismo radical. Cuantos proponen fórmulas de resistencias internacionales contra plagas interiores de cada pueblo, así como desconocen la naturaleza íntima de este mal, desconocen la virtud y eficacia de los verdaderos remedios. Puede la miseria social disminuirse, pero no puede, no, extirparse, aunque á ello se comprometan todos los pensadores y todos los pueblos; como puede á su vez el mal en la Naturaleza y en la sociedad aminorarse, pero no concluirse por completo. Y ménos puede hallarse fórmula comprensiva de todos los casos, y aplicable á todos los pueblos, como creia en su demencia la Sociedad Internacional de Trabajadores, ayer tan amenazadora, hoy tan decadente. Y si no existe, ni puede por modo alguno existir, fórmula única de solucion, tampoco existen medios internacionales de resistencia. ¿Cabe una Inquisicion laica y civil contra las herejías socialistas, como el Tribunal de la Fe por los papas y los reyes fundado contra las herejías religiosas? El exterminio de los nuevos sectarios en sus respectivos Imperios, como el exterminio de los antiguos angevinos en las Vísperas Sicilianas; su proscripcion, como la proscripcion de los puritanos á las tierras de América; todos estos expedientes agravarian el mal en vez de remediarlo. Ademas que la electricidad, el vapor, acortando las distancias, quitan á los destierros su antigua eficacia como la experiencia del camino andado por todas las ideas perseguidas quita en el concepto general á los exterminios crueles de los tiempos bárbaros toda

posibilidad material de reproducirse y perpetrarse nuevamente á nuestras alturas de civilizacion y en el estado peculiar hoy á la conciencia pública. No hay más medio de ocurrir á este mal que dejar á sus manifestaciones, en tanto que no lleguen á perturbadoras y revolucionarias, su necesaria y libérrima expresion, procurando con buenas disposiciones económicas aminorarlo en todo lo posible ; pero una Santa Alianza de todos los Estados contra todos los socialistas, como propone la utopia reaccionaria tan arraigada en algunas conciencias, resultará expediente fantaseado y de aplicacion ilusoria é imposible.

Afortunadamente para el Imperio austriaco, las complicaciones exteriores, de suyo gravísimas, van aplacándose á medida que las cuestiones interiores van recrudeciéndose. Hay una ventaja notoria en esta compensacion manifiesta, porque de continuar las dificultades aquende y allende la frontera en contínuo ascenso traerian irremediables quebrantos, con apuros mayores en el estado económico, por razon de los alardes militares indispensables en tan agudísimas angustias. Este verano, al ver cómo el ejército ruso iba poco á poco aglomerándose por los campos de Polonia, temiamos todos un conflicto entre Rusia y Austria, precedido y anunciado por las porfías extremas del Montenegro con Sérvia y las perturbaciones interiores de Bulgaria y de Rusia. Pero el conde Giers, ministro en Rusia de Relaciones Exteriores, ha pasado una parte del invierno á las orillas del celeste lago de Ginebra en demostracion de que no le apuraba ningun asunto grave, y luégo ha

ido á Viena, de regreso para Petersburgo, en demostracion de que no hay entre las dos córtes sendos motivos de guerra. El conde Giers ha dicho bien claramente que la paz europea se halla hoy á merced y arbitrio del Canciller aleman, pero tambien ha dicho que no ha observado en éste propensiones de ningun género á la conflagracion universal. Con estas declaraciones de Austria y Rusia coinciden otras no ménos tranquilizadoras de Inglaterra é Italia. El grande orador Bright acaba de pronunciar un discurso encaminado á juntar más y más el espíritu frances con el espíritu británico en una espiritual alianza de ideas y en una útil asociacion de intereses, como cumple á quienes de consuno se gobiernan hoy en la más ámplia libertad, dentro del régimen parlamentario. Perteneciendo el orador á la escuela que sustituye las devastadoras competencias del combate con las vivificantes competencias del trabajo, recuerda en sentidas palabras, tristes como una elegía, las horribles guerras mantenidas entre los dos pueblos rivales desde la revolucion del año 93 hasta la reaccion del año 15; guerras que han cubierto de sangre los mares y los territorios del planeta. Mas, por una inspiracion humanitaria de Cobden, sucedió á esta rivalidad guerrera el tratado mercantil en 1860, y desde tal tratado sucedió á la enemistad histórica la más estrecha y más fraternal amistad entre britanos y franceses. Tan cierta es y tan arraigada está, que habiendo iniciado los franceses empresas como la de Madagascar y de Túnez, tan sospechosas á Inglaterra, y habiendo provocado un conflicto tremendo con China; el pueblo inglés, que hubiera en

otros tiempos encontrado en cada uno de tales hechos un verdadero *casus belli*, no se ha removido ni agitado afortunadamente, cual no se ha removido ni agitado por su parte el pueblo frances á pesar de la toma de Chipre y de la intervencion militar de Egipto, las cuales hubiéranle obligado, hace medio siglo, á desenvainar su espada contra la rival aborrecida. Otro síntoma de paz allende los Alpes. El pueblo italiano ha comprendido, por el cambio de política en España, qué intereses tan reaccionarios sirve la política de Alemania en el mundo y qué deletérea para los partidos liberales resulta su cesarista influencia. En virtud de tal revelacion se vuelve hácia Francia y explica los tratados diplomáticos últimamente convenidos con los Imperios austriaco y aleman como prenda de paz europea y no como un motivo de zozobra para los franceses, puesto que ningun compromiso contrae con Alemania en el caso de que acometiera ésta una militar agresion contra sus vecinos de allende los Vosgos. Tales declaraciones han promovido una especie de inteligencia entre Italia y Francia, como esta inteligencia entre Italia y Francia por su lado ha promovido un grave disgusto en Alemania. La *Gaceta de Colonia*, periódico de que acostumbra el Canciller á valerse cuando promueve cuestiones internacionales en la prensa como correos expedidos para explorar la opinion pública; esta *Gaceta de Colonia*, decia, reconviene á Italia y le sugiere que debiera pedir y reclamar para lo futuro la reincorporacion de Niza y de Saboya; como si los italianos, en su grande y agudo espíritu político, no comprendieran cuánto más les importa la indispensa-

ble concordia con Francia que todos esos territorios definitivamente franceses ya por razones de geografía y de política.

Lo que verdaderamente aterra hoy al mundo es la interior situacion de Rusia. Los nihilistas han aguardado con resignacion á que los comienzos de nueva era inaugurada por la exaltacion de Alejandro III les procuráran el principio y gérmen de un régimen constitucional y progresivo, cada dia más deseado por los cautivos que se pudren á una en el calabozo de la terrible autocracia. Inclinados á la desesperacion por su propio temperamento y por su larga experiencia, dieron treguas á su guerra y toleraron la coronacion, suspendida largos dias por el temor á sus hazañas. Pero ha pasado mucho tiempo, y ningun síntoma demuestra propósitos en el autócrata de disminuir ó endulzar la terrible autocracia; ántes por el contrario, encerrado en su Gatchina como el gran Lama en su Thibeth, y creido indudablemente de que sólo hay labriegos y rústicos en Rusia devotos del militar mesianismo por él representado, se burla de las clases medias reunidas en las grandes ciudades, y aplaza para tiempos de un porvenir indeciso la indispensable convocacion de los deseados Parlamentos. Y á tales resistencias del Czar, los nuevos empujes del nihilismo; y á tales empujes nuevas conjuraciones; y á tales conjuraciones nuevos atentados. En estepa inmensa cubierta de nieve, al pasar junto á oscuros melezos en su trineo imperial, ha sido el Emperador atisbado por los asesinos nihilistas, y á pesar de la rapidez vertiginosa de su carrera y del muro ambulante de que le ro-

deaba su caballería, las balas regicidas le han alcanzado y le han herido, segun todas las noticias contestes, en el brazo. Y despues de tal atentado, se han sucedido atentados análogos. Agentes más ó ménos poderosos de la policía imperial han aparecido apuñalados en las calles. Reos sospechosos de regicidio se han tomado un veneno en la cárcel por temor á que los furores del tormento les debilitáran y les hicieran delatar á sus compañeros y á sus cómplices. El Ministro de la Gobernacion, conde Tolstoy, tiene que pasar de un cuarto á otro y hasta que dormir en su lecho acompañado por una guardia, pues por todas partes la conjuracion le persigue y le acosa. No tiene remedio. La tiranía es impotente contra las ideas, y el despotismo sucumbe siempre por los errores y los vicios de las protervas generaciones á quienes ha engendrado y nutrido.

FEBRERO.

Uno de los sucesos que más han embargado en el mes último á Europa, indudablemente, ha sido la conciliadora carta dirigida por el papa Leon XIII á los arzobispos y obispos de Francia, tentados por el espíritu reaccionario propio del clero y por las imprudentes provocaciones propias de los rojos á la intransigencia y al pesimismo. En pocas ocasiones podria con tanta razon mostrarse airado Leon XIII con su pueblo como en esta ocasion y con motivo de las medidas religiosas tomadas en el trienio último por la democracia francesa, quien se habia propuesto suscitar luchas inútiles, y granjearse así un vano placer de combate y una pueril satisfaccion de victoria. La persecucion á las hermanas de la Caridad y á los eclesiásticos en los hospitales públicos; el derribo de los signos cristianos en las escuelas oficiales; el destierro violento de las órdenes monásticas; el veto increible opuesto al derecho de difundir y propagar las ideas, natural en las asociaciones eclesiásticas; todas estas violencias, cual han llenado ¡ay! de amargura los ánimos resueltos á favor de la libertad,

y que, por lo mismo, la quieren para todos los ciudadanos, áun para sus mayores enemigos, han debido tambien llenar de amargura el corazon de un Pontífice dispuesto, y destinado á sostener, por encargos los cuales él cree divinos, la secular autoridad y ministerio de una Iglesia cuyos dogmas y ritos han contribuido al progreso y cultura de la humanidad, y especialmente de Francia y sus libres y dignos hijos, llegados á la posesion plena del derecho en una sábia é incontrastable República. Pero dulcísimo acento de uniforme benevolencia resuena, desde sus comienzos hasta su fin último, en las debidas quejas, acompañadas por un deseo de concordia, que trueca las más fundadas y acerbas en reconvenciones propias de natural y bondadoso cariño. El Papa recuerda cómo se restauró, despues de la Revolucion, el culto católico entre los franceses, y qué concesiones al espíritu democrático hizo la Iglesia entónces por deseo de una concordia cimentada en las bases de ámplio Concordato. Y á decir verdad, deben los pueblos detenidos en las vías del progreso por conjuros eclesiásticos, atender á las enseñanzas contenidas en la pontifical epístola, pues no hay motivo para que la Iglesia sancione la libertad completa de cultos y el matrimonio civil en la nacion cristianísima, y los combata en otras naciones, cuando los principios de religion y de moral tienen verdadera universalidad, y no toleran derogaciones parciales, pues nacidos en el cielo y destinados al espíritu, ni siquiera están sujetos á condiciones de tiempo y espacio por su pura y eterna santidad.

El Parlamento frances continúa embargado por los

problemas sociales, que ocuparán la inteligencia entera del mundo moderno, en cuanto se haya concluido y cerrado el gran ciclo de la evolucion política con la seguridad indestructible, alcanzada por todos los derechos naturales, y con el gobierno de las naciones por sí mismas en plena democracia. Las crísis agudas, á que así el comercio como el trabajo se hallan por leyes providenciales sujetos, han suscitado reclamaciones de los jornaleros, dirigidas á la Cámara; y el deber de oir estas reclamaciones ha traido el nombramiento de una Comision parlamentaria, encargada del estudio, así de la crísis como de su medicina y de su remedio. Sin consejo se oponia el Ministerio á esa Comision, por juzgarla estéril en resultados del momento, cuando lleva en sí resultados trascendentales á lo porvenir, é instructores para las muchedumbres. Y el principal hállase, á no dudarlo, en la facilidad con que todo pensamiento utopista quedará desvanecido y ahuyentado sin remedio, así que se le pruebe con verdad en los toques de una sincera experiencia. La mayoría del partido gobernante se ha reservado un grande número de plazas en la Comision parlamentaria, dejando á los radicales en minoría; y ha procedido mal, porque nunca se muestra la incuria del socialismo tan claramente como al verse obligados por la necesidad sus fanáticos sectarios á dejar las vaguedades brillantes de la declamacion y de la teoría, para descender á formular principios en cánones claros y lógicos, susceptibles de realizacion y arraigo en la práctica. No se propone un remedio decorado con el pomposo título de ciencia moderna, que se halle por completo exento

de un espíritu contrario, y por tanto letal, á la democracia moderna. Examinadlos todos, y veréis en el Banco del pueblo aquellos cambios rudimentarios y primitivos de las especies entre sí; en la supresion del interes al dinero, aquellas tasas vejatorias é inútiles para el próvido movimiento de toda actividad económica; en el colectivismo, aquellas tribus comunistas de las primeras edades históricas; en los gremios por el Estado, aquellos organismos artificiales por la revolucion rotos, y propios sólo para el privilegio; en las pensiones á inválidos, un aumento de burocracia inútil y una disminucion de ventajas efectivas para el trabajador; en la proteccion al jornalero nacional con detrimento del extraño, barreras al comercio libre y á la navegacion, como las puestas por los primeros teócratas del mundo asiático á la inteligencia y á la comunicacion estrecha entre las razas; en el socialismo entero, una verdadera reaccion, de todo en todo incompatible con la sociedad, forjada hoy á la temperatura del horno de las revoluciones henchidas por el espíritu moderno. Allende la libre asociacion y la libre concurrencia, no se hallará principio alguno de los propuestos por el socialismo como remedio á los males del trabajador, que no detenga en su movimiento de ascension progresiva, con tan grandes sacrificios iniciado, y no le sujete al eslabon histórico de sus antiguas cadenas, roto con tan heroico y soberano esfuerzo. Ya sabemos nosotros que no puede un Estado absorbente, como el Estado lo ha sido hasta hoy en Europa, desasirse por completo de la secular tutela ejercida sobre todos los intereses, y dejarlos entregados al equilibrio

natural producido por sus propios movimientos. Ya sabemos que miéntras las sociedades humanas, por la virtud eficaz del tiempo y de la costumbre, no recobren la elasticidad que les quitáran el absolutismo histórico y sus atrofias, precisará ocurrir con medios artificiosos al desarrollo de muchas entidades sociales; pero estos medios tendrán por fuerza un carácter transitorio como los andadores, indispensables á la infancia, ó como la ténue nutricion, propia de los estómagos incipientes. La ley natural y definitiva de las sociedades humanas, como á su vez la ley moral de los individuos humanos, se halla en la libertad. Todas las teorías germánicas bautizadas con el nombre de socialismo universitario no sustituirán á la intrínseca naturaleza del hombre. Así hase visto y demostrado que los curanderos y dulcamaras socialistas, ya truenan contra las máquinas y sus cooperaciones al trabajo, ya maldicen de la competencia y su aguijon saludable, ya proponen vejámenes absurdos al trabajador extranjero; y no pueden salir de algun expepediente, más ó ménos cuerdo, para disminuir males que no se concluirán como no cambie desde la naturaleza del Universo hasta la complexion del hombre, y desde la complexion del hombre hasta el organismo de la sociedad. Las informaciones parlamentarias para el alivio de las clases trabajadores no procurarán, pues, á éstas el remedio que los socialistas piden con más ó ménos sinceridad, y esperan á una con más ó ménos fundamento; pero tampoco los males apocalípticamente anunciados por los conservadores, quienes ven la sombra del antiguo Luxemburgo, las legiones de los talle-

res nacionales, el nuevo advenimiento de la casta sacerdotal socialista, con sus palabras de fuego y su ensueño de redencion ; las jornadas de Junio con sus catástrofes irreparables, todo el antiguo poema revolucionario, petrificado y perdido, como las especies desaparecidas y fósiles, en terrenos ya frios de una sociedad concluida, y en espacios ya desiertos de una historia consumada y extincta. No hay que dudarlo : ese Apocalípsis socialista propuesto por los dos extremos de la sociedad contemporanéa, por el Imperio aleman y el partido rojo, es una reaccion, y nada más que una reaccion.

El radicalismo frances suele darse la mano con todos los sectarios monárquicos, sirviendo, sin quererlo y sin pensarlo, sus más caros intereses. Despues de haber sido tan tardo el desarrollo de la República, y necesitado tantos desvelos, áun no está bien asentada sobre sus bases la nueva forma de gobierno, cuando piden á grito herido los radicales una revision constitucional, que si no pone las instituciones en proceloso peligro, las ponga, por lo ménos, en baldío litigio. Como las temeridades políticas suelen pagarse muy caras, el bonapartismo averiado aprovecha los errores demagógicos á maravilla, clamando por la revision impremeditada con fuerza mayor que los encrespados demagogos juntos. En esta porfía y competencia, tan sin acuerdo á la reaccion ofrecida por el inexperto partido republicano, aparecen los cesaristas, esos demócratas falsificados, con visos y apariencias de un radicalismo superior al mantenido por la más avanzada y radical democracia. Naturalmente, como la leyenda napoleónica tiene tales enla-

ces y relaciones con la revolucion del ochenta y nueve, con la organizacion civil moderna, con la soberanía popular, con el sufragio universal, con la utopia socialista, los napoleónicos pueden darse á su sabor y gusto aires de radicales, pidiendo el gobierno inmanente del pueblo por el pueblo en los plebiscitos de nefasta memoria y la designacion del jefe de Francia por la voz del sufragio universal directo que forjára la diadema de los césares. Cualquiera extranjero que ingresára por casualidad en el Circo de Invierno, al oir un prefecto imperial y un ministro imperial, quienes tenian la palabra sucesivamente y arengaban con calor á las muchedumbres de su partido, creyérase caido en club radicalísimo, segun hablaban Richard y Pascal del Gobierno, del Congreso, del oportunismo y del Senado, sobre cuya cabeza venerable se arremolinan todas las cóleras en proceloso hervidero, porque ha contrastado las impaciencias insanas y contradicho las imposibles utopias. Si áun queda un resto de sentido republicano y puede penetrar un albor de prevision política en la conciencia de los radicales franceses, despierten y vean cómo todas sus doctrinas se traducen y todas sus palabras se copian á favor del Imperio por los enemigos más temibles de la libertad y de la República. Por fortuna, los pretendientes suelen á la contínua contrastar sus propias pretensiones, aunque hallen apóstoles y cómplices en el avieso radicalismo. Á pesar de cuantas apelaciones dirige todos los dias el príncipe Napoleon á la natural autoridad suya de padre sobre su hijo, éste, Víctor, no le guarda los respetos debidos ni la debida obediencia. Educado por

una madre virtuosa, pero casi abandonada en campestre retiro, donde arrastra luto de viudez en vida del esposo, no tiene Víctor Bonaparte ni puede tener al autor de sus dias aquel religioso culto inspirado siempre por otros hogares, donde las virtudes domésticas resplandecen como en su templo. La historia nos enseña en qué duros sentimientos se crian estos hijos de matrimonios desgraciados. Una gran parte de los afectos durísimos con que nuestro rey D. Pedro mostrára su crueldad nativa, se comprenden, aunque no se justifiquen, recordando las lágrimas amargas y ponzoñosas bebidas desde la niñez en el regazo de su madre, abandonada por Alfonso XI y celosa de D.ª Leonor de Guzman. Víctor ha debido aprender de una madre infeliz aquellos sentimientos religiosos que suelen servir de refugio á las bellas virtudes femeniles y exaltarse por todo extremo en una inmerecida desgracia. Lo cierto es que á cada paso y á cada instante se traslucen, así en sus actos como en sus palabras, irreconciliable hostilidad á su padre y deseos impacientes de mostrar una disidencia clara con su religion y con su política.

Tan cierto es lo que digo, que se hubiera Víctor presentado á besar las sandalias del Pontífice públicamente, á no habérselo impedido diplomáticas advertencias de la curia romana diciéndole cómo podria tal acto aumentar las dificultades entre la córte del Vaticano y la República de Francia. Por fin, el príncipe Jerónimo ha invocado con firmeza incontrastable sus derechos de padre, y el príncipe Víctor ha tenido que presentarse á la casa paterna en París á oir la condenacion explícita de

sus propios partidarios, los cuales han tomado crueles desquites en el padre á las sumisiones inevitables del hijo. La Monarquía se ha concluido en Francia definitivamente, no á los golpes de sus enemigos, sino al corrosivo efecto de una interior descomposicion.

¡Singular caso! Entre los hombres que más brilláran junto al Canciller de Alemania, contábase un orador de palabra vehemente, alzado por sus condiciones propias y sus servicios políticos á la cabeza del partido liberal aleman, muy resuelto en pro de las libertades públicas, pero no ménos resuelto en pro de la unidad imperial germánica. Estoy seguro que cuantos sigan el dictado de mis quincenales crónicas con verdadero interes, han dicho ya entre dientes el nombre de Lasker, mil veces mentado en estas líneas. Adscrito por su edad y por sus preferencias á la exaltada generacion que habia identificado el culto á la patria con el culto á la democracia, Lasker imaginó un Bismarck capaz, despues de haber engrandecido materialmente su Alemania con la unidad, de completar esta obra titánica y gloriosa, engrandeciendo moralmente á los alemanes con la libertad; y no tuvo nunca el Canciller á su arbitrio palabra más ingénua, carácter más noble, corazon más patriota, conciencia más recta, como que poseia, si no los talentos avasalladores de un hombre de primer órden, el entusiasmo y la fe de un verdadero creyente. Sus creencias le inspiraron grandísima esperanza en el Canciller, y esta esperanza grandísima se prolongó tras tristes desengaños, como si solamente hubiera de acabarse y extinguirse con su propia existencia. Pero estas naturalezas cré-

dulas y tranquilas suelen, el dia ménos pensado, sentir el espoleo de un gran desengaño, y encabritarse con furia para sacudir con celeridad el peso abrumador de los engaños sostenidos, sin saber por qué, tanto tiempo sobre sus almas. Y saltó un dia Lasker de su esperanza perdurable á la desesperacion, yéndose, desde aquel Imperio aleman perdido para la libertad, al Nuevo Mundo de la democracia y de la República, cual si quisiera ver á la hora de su agonía el sol espiritual, por cuya lumbre habia suspirado toda su vida. Nueva-York fué su refugio. En América se aprecian mejor que aquí en Europa las grandes almas europeas, porque sólo se ven á tan larga distancia los rasgos sobresalientes de la vida individual, aumentados por la poesía propia de las largas perspectivas. Y todo el mundo allí sabía que Lasker era desgraciado por haber puesto la esperanza de cobrar el derecho de los débiles en la misericordia de los poderosos y de los fuertes, pero que Lasker no habia traicionado, ni con el menor mal pensamiento, la libertad y la patria. Cuantos se acercaron á él en los dias de su corto destierro vieron que llevaba hondas heridas en el alma, y vieron que llevaba en esas hondas heridas prodromos de próxima y prematura muerte. Al fin los tristes presentimientos se cumplieron, y Lasker murió aplastado bajo la pesadumbre de sus desengaños y de sus tristezas. Los representantes del pueblo americano, reunidos en esa cima del mundo moderno que se llama Washington, y apreciadores de todos los servicios prestados á la libertad en Europa, decidieron mandar su pésame por la muerte de tan ilustre aleman, al Reichstag de Alema-

nia. Pero este pésame ha llegado á manos de Bismarck, quien, usando crueldad increible con el muerto ilustre, y descortesía imperdonable con el Parlamento americano, ha devuelto la comunicacion, diciendo cómo no merecia el conmemorado tantas honras, y quizás pensando qué guardaban para cuando se muriese, más ó ménos pronto, el dictador de Alemania. Quizás no guarden nada, porque aquellos hombres nacidos en la libertad, verdadero patriciado moral del mundo moderno, que han acertado á cumplir y conservar el derecho, admiran más el aroma de ideas despedido por un alma tranquila y modesta, la cual, á manera de oscura violeta, purifica el aire cargado con los venenosos miasmas del error y del despotismo, que las cruentas grandezas de la conquista y de la guerra, colosales, sí, pero podridas y frágiles, como las Nínives y las Babilonias del Apocalípsis y de la Biblia, levantadas por los cruentos aceros de los Baltasares y de los Nabucodonosores y caidas á la modesta palabra de un profeta.

El Emperador de Austria, por ejemplo, pasa un invierno de fiestas, miéntras el Rey de Italia lo pasa en cacerías. Bien es verdad que no todo es regocijante para ellos, puesto que al Rey de Italia le ha sorprendido un propósito de brutal atentado que toda Europa condena, y al Emperador de Austria un libro de cierto amigo del canciller Bismarck, en cuyo libro se le maltrata y se le acusa de voluntarioso, débil y ligero. Mas para libros, la reina Victoria. Escribe soberana tan poderosa unas memorias desnudas por completo de ideas, refiriendo los hechos de su vida en estilo propio de las facturas y de

las cuentas, por lo descarnado y por lo fútil. El heredero de la corona de Austria se huelga y regocija con haber invenido famoso descubrimiento, comunicado á los cuatro puntos del horizonte, á saber: que los fantasmas producidos por un prestidigitador no son sobrenaturales sombras venidas del Orco al llamamiento de conjuros y evocaciones, sino personas de carne y hueso disfrazadas con largos capuchones y esclarecidas por dudosa luz semejante á la crepuscular vespertina, tan amada de los murciélagos. Y no hablemos del Rey de Baviera, secuestrado por su demencia en la cima de montes abruptos y en el seno de castillos inaccesibles, donde unas veces suele vestirse de caballero del Cisne, y otras veces de Luis XIV de Francia, bien para deslizarse nocturnamente por los lagos, á la luz de los astros, en barcas misteriosas y cuasi fantásticas como la barca de Caronte, ó bien para oir en teatro completamente vacío, desde aparatoso palco regio por su singular persona ocupado solamente, una ópera de su maestro favorito Wagner, ó una representacion de cualquier fantaseada leyenda. Y para esto se les paga una lista civil tan crecida y se les tiene por los directores natos de una sociedad como la nuestra, y áun de las sociedades futuras, pues trasmiten á sus propios hijos la perdurable autoridad heredada de sus poderosos fenecidos abuelos.

Lo repetimos, y hasta la saciedad lo repetirémos. Pocas veces en el mundo se habrá visto cosa de suyo tan extraña como la manía en que ha caido nuestro Gobierno conservador de regir, no ya su propio partido, un poco desbandado entre las fuerzas contrarias que lo solici-

citan, como las de Romero, las de Silvela y las de Pidal, sino los partidos entre sí más encontrados y más opuestos á las ideas y á las tradiciones conservadoras. Dirigir un partido, el propio, ya tiene inconvenientes múltiples, porque es difícil cosa doctrinar muchedumbres y meterlas en las estrecheces y composturas de severa disciplina, para que vayan á fin comun por un solo camino, sembrado siempre de peligros y dificultades enormes; pero dirigir partidos contrarios y hasta contradictorios, dándoles desde sus enseñas hasta el puesto propio de sus combates, y diciéndoles cómo han de tirar y cuándo han de tirar sobre quien les amaestra y organiza, francamente, parécenos enfermedad no estudiada en clínica ninguna, por lo singular, y no descrita ni en los libros de andante caballería, donde las más inverosímiles aventuras hallan su natural habitacion y asiento.

Imaginaos el Papa organizando á los luteranos, el Sultan á los rusos, el Czar á los nihilistas, Napoleon á los ingleses, Alejandro á los persas, Demóstenes á los macedonios, y tendréis una idea del empeño absurdo en que nuestro bando conservador se ha metido, por su afan, como dicen los franceses, de *hacer* la lluvia y el buen tiempo; afan peligroso para los dioses, y mucho más para los míseros mortales, siquier estén por los vértigos de inmerecidas victorias ensoberbecidos y endiosados sin razon suficiente á justificar tamaña interior apoteósis.

De republicanos más ó ménos arrepentidos y de constitucionales más ó ménos avanzados formóse un dia la izquierda, cuando cátate que, á guisa de los conspira-

dores de abolengo, muy duchos en decretar nombramientos librados á las contingencias de lo porvenir, el Sr. Cánovas coge al vuelo aquella nueva especie política en su nido, y con la imprevision propia de nuestros temperamentos meridionales, muy largos en achaques de promesas, le decreta y expide solemne y aparatoso nombramiento de su natural enemigo, llamado seguramente á heredarle, cuando vuelva de nuevo á nacer para el gobierno, despues de nacer haya vivido, y despues de vivir haya gastado su vida, y despues de gastar su vida se haya muerto, y despues de haberse muerto lo hayan sepelido.

Con esta manda, más incierta sin duda que los premios gordos de la lotería nacional, aquellos jóvenes republicanos de los históricos banquetes y de los calurosos bríndis y telegramas, que juraban por Zorrilla y Pi Margall, sienten desmayar su arraigada fe, y se desvisten de sus creidas ideas, para vestirse cortesano uniforme, declarándose ricos herederos del Sr. Cánovas, con lo cual podian librar sobre tanta herencia distritos de oposicion convenidos en lo presente, y en lo porvenir direcciones y carteras de Real acuerdo y gracia.

Y la metamórfosis aparecia tanto más tentadora cuanto que, para lograrla estaban exentos los metamorfoseados de pasar iniciaciones largas, ó de sufrir penitencias duras, ó de imponerse aquel pitagórico silencio decretado en todas las religiones del mundo á los neófitos ; bastábales con disparar por la garganta, enronquecida con las aclamaciones republicanas, un grito de adhesion más ó ménos fácil á la monarquía, para que aparecieran he-

chos unos monárquicos, tan clásicos y respetuosos como los autores del programa de Manzanáres en Julio del cincuenta y cuatro y como los firmantes de la destitucion de los Borbones en Setiembre del sesenta y ocho.

Cual en *Fausto* el tenor queda remozado y rehecho á un silbido, así que da su espíritu al diablo, pasando en ménos de un minuto desde alquímico laboratorio á la vida, en el tramoyeo usual y corriente de hoy, con cualquier declaracion se trueca el tribuno de mayor ceño y el demagogo de más rojo club en heraldo de trono, con dalmática y blasones de Edad Media en el pecho, y en la mollera el *Syllabus;* como cualquier pianista ó poeta ú orador al gusto de la Juventud Católica, despues de haber puesto la Biblia en versos á montones inspirados por el Espíritu Santo, despues de haber deshecho garibaldinos á granel como zuavo del Papa, y echado los bofes contra la Constitucion del setenta y seis por su vitando y volteriano artículo de tolerancia, se truecan á una en socios del Ateneo y discípulos de Darwin mismo, con sólo que Pidal se digne imponerles las manos y granjearles cualquier absolucion formularia, como las procuradas por los billetes pascuales vendidos para remision de sus culpas á los fieles morosos por los sacristanes ó los monaguillos infieles.

Mas los partidos no se componen todos ellos de esta gente divertida, y nacen y crecen por virtud de fuerzas superiores á los maquiavelismos reaccionarios y á las impaciencias juveniles. En la democracia existia de antiguo natural division lógica. Parte considerable de los demócratas creian á una en la sustantividad, como dicen los

escolásticos, de la forma republicana y la elevaban á principios de los principios democráticos, miéntras otros creian á su vez, en la contingencia y accidentalidad de la forma, por un sofisma nacido de lo fácil que es, allá en lo abstrato, separar entidades ó categorías, unidas consustancial é hipostáticamente, así en lo ideal como en lo real, esos dos círculos concéntricos. Pero sea de todo esto lo que quiera, y tenga razon quien la tenga, existian dos partidos en la democracia ; uno, que creia en la sustantividad esencial de la forma y otro que creia en su accidentalidad y contingencia. Mas en lo que no hubo jamas diferencia entre nosotros fué, sin duda, en creer que no puede llamarse demócrata quien deje de profesar los derechos inherentes al hombre, así como el sufragio inherente al ciudadano y la soberanía inherente á las naciones. Quien desconozca la igualdad fundamental de los derechos naturales en el hombre, la igualdad de los derechos políticos en los ciudadanos y la inmanente soberanía en los pueblos, podrá llamarse como quiera, mas en la tradicion y doctrina de la democracia española no puede, no, llamarse demócrata. Y de aquí el gran litigio ; para nosotros estos principios democráticos exigen la forma republicana, y para los demócratas monárquicos pueden tambien organizarse dentro de una monarquía cuyo carácter hereditario no empece á su revocabilidad por el pensamiento y por el voto de las pueblos en Córtes soberanas y constituyentes con toda libertad manifestado.

Las disputas internas de los partidos, si cuando son puras escuelas éstos apénas interesan á los políticos y á los

doctos, interesan á todos cuando los partidos se truecan por necesidad inevitable ó en grupos parlamentarios ó en fuerzas gobernantes. Desde mil ochocientos sesenta y ocho hasta la fecha no ha cesado el tenaz litigio de los que juzgaban compatibles la democracia con la monarquía y los que la juzgaban discordes é incompatibles. Existió en la Revolucion y existe hoy en la Restauracion tambien esa competencia. De aquí, de tal causa permanente y primera, no de contingencias accidentales y segundas, se originó la izquierda liberal y democrática existente, con su programa de la Constitucion del sesenta y nueve, cuyos artículos componen toda la trama del partido democrático-monárquico, el cual no puede negar ninguno de los fundamentales sin negarse á sí propio, ni huir de ellos sin huir de sí mismo. El programa de un gobierno accidental, como el Gobierno Posada, término medio entre las ideas del partido constitucional y las ideas del partido democrático, pudo aceptarse, y nosotros mismos lo votamos y defendimos como un punto de la serie, que llevaba por necesidad al desarrollo graduado y medido de la política radical, pero no pudo aceptarse como símbolo completo y fijo, cuando existia el clásico y genuino, la Constitucion del sesenta y nueve, hácia cuyo restablecimiento camínábamos de acuerdo, siquiera nos detuviéramos alguna vez en el camino por exigencias y necesidades inevitables de la marcha misma. Ese programa, de Posada y Moret, verdaderamente circunstancial, ha pasado con las circunstancias que lo trajeron, y ya no tiene razon de ser, por no existir ni la mayoría para quien se dictó, ni los elementos varios que componian aquella

excepcional situacion, desvanecida en la crísis última, que reinstaló á los conservadores canovistas en el poder y á los demócratas monárquicos en sus tiendas y en sus fórmulas.

Comprendemos que se haya el Sr. Cánovas asustado, y áun que haya retrocedido al ver el bando, avanzado por demas, á quien deberá dejar su herencia, segun sus compromisos y sus esfuerzos. Comprendemos que haya visto á un hombre de mucho valor, pero de pocas ideas, como el Duque de la Torre, y le haya persuadido á cambiar cosa tan sustancial como la Constitucion del sesenta y nueve, seguro de la democracia española, por cosa tan baladí, relativamente, como el discurso último de la Corona, borrado por una votacion inolvidable. Pero la lógica natural de las cosas resulta con una superioridad indiscutible sobre la voluntad arbitraria de los hombres. Por consiguiente, no podia ménos de imponerse, y se ha impuesto. En la democracia monárquica no podia faltar quien reivindicára la doctrina, por cuya virtud viven los verdaderos estadistas; y no ha faltado. La izquierda toma su carácter y sentido verdadero de una democracia que se cree tan avanzada como la nuestra, con una diferencia, la de poner los principios comunes á unos y otros, dentro de la Monarquía. Sí, tal ha sido la izquierda en sus comienzos, y tal será en su desarrollo. El señor Cánovas no tendrá más remedio que perpetuarse por toda una eternidad en el poder, ó dejarlo á los que quieren, como nosotros, la soberanía nacional inmanente, los derechos individuales ilegislables, el Jurado popular, la libertad de cultos, el matrimonio civil, la descentra-

lizacion administrativa y el sufragio universal, que tales son los comprimisos de la izquierda, siquier, pese á quienes quieran adulterarla, para que no resfriára las gracias conservadoras ni disminuyera las esperanzas cortesanas. El Sr. Mártos, demócrata de toda la vida y en toda su historia; demócrata, como nosotros, de *La Discusion;* demócrata, como nosotros, de *La Democracia;* demócrata, como nosotros, de las largas emigraciones, por los idolatrados principios; demócrata del título primero de la Constitucion del sesenta y nueve; demócrata del artículo treinta y dos, organizado por el ciento diez, y el ciento once, y el ciento doce; domócrata, sin más diferencia de nosotros, que la creida secundaria por él, de la forma de gobierno, vuelve, con aplauso nuestro, por los principios democráticos divulgados por todos juntos en dilatadísima propaganda y surgidos del humo que despedian los victoriosos cañones de Alcolea, para quedar, desde tal fecha indeleble grabados, no sólo en las leyes, sino en las costumbres públicas tambien, y no sólo en la conciencia, sino en la voluntad y en el corazon de nuestro pueblo.

Y estos principios tienen hoy una ventaja práctica incontestable; poder servir como de base concreta y firme á un partido liberal numeroso y compacto. El ensayo de aliar la democracia con la Constitucion del setenta y seis, concebido por los fusionistas, ha marrado, no sabemos si por imposibilidad manifiesta del intento, segun creen unos, ó por impaciencia de los conservadores, segun otros creen. No ha salido de tal ensayo, ni la indispensable ampliacion del sufragio, ni el restableci-

miento de la ley que regía la familia en el período revolucionario; ni el Jurado, esa escuela de los pueblos modernos; ni lo más pedido y reclamado por nosotros, la indispensable abrogacion del juramento político, el cual humilla, lo mismo que á los republicanos de conviccion, á los monárquicos varios, que han sido por deber, y no se creen desobligados con su historia, ministros de D. Amadeo I y de la República Española. El influjo que los hechos incontestados é incontestables ejercen por necesidad en el ánimo de los pueblos, muy dados á persuadirse por la experiencia, ese influjo apaga las esperanzas puestas ayer en la compatibilidad entre los nuevos y los viejos principios, como puede verse por la detencion de los elementos democráticos españoles, inclinados en parte á pasarse ayer á los partidos monárquicos, y que hoy, en el reflujo natural del desengaño, regresan á sus antiguos centros. Y aunque pudiera negarse por los sofismas al uso esta fundada observacion que aquí apuntamos, no se negará, no, como las soluciones recientes, el menosprecio mostrado á una mayoría parlamentaria, la despedida inopinada de todo un partido á quien se le han concedido noventa dias de regateado poder; todas estas concausas han sugerido á los ménos avanzados y más conservadores entre los liberales, una idea fija; la idea de procurar en las instituciones democráticas un medio permanente para impedir que nuestras libertades más caras y nuestros progresos más necesarios se hallen á merced por completo de los cambios bruscos reinantes allá en las heladas y silenciosas cumbres de nuestra política. Por consiguiente, como

siempre las acciones se ajustan á las reacciones en su proporcion y medida, el partido liberal, viendo más reaccionario al partido conservador en este segundo período histórico de su mando, volverá él mucho más democrático. Y sea cualquiera la fraccion de los liberales destinada en sus designios por la providencia para sustituir al Sr. Cánovas (que si los arraigados errores del Gobierno y las brutalidades múltiples de sus agentes continúan, bien pudiera ser la radical y utopista), vendrá por fuerza mucho más democrática, y mucho más resuelta íntimamente á dilatar nuestros principios y restringir los contrarios. Por manera que, ora sustituya la violencia, siempre temible, al Sr. Cánovas; ora le sustituya la legalidad, siempre deseable, su heredero ha de resultar, en consideracion á los desengaños presentes, mucho más avanzado, y por ende, mucho más cerca de nosotros, que los dos ministerios, quizás tímidos, que acaban de dirigir y encabezar dos estadistas de suyo tan prudentes como D. Práxedes Mateo Sagasta y D. José Posada Herrera.

Y como hay leyes muy superiores á todo capricho individual, cuanto más democráticos sean los gobiernos que sustituyan al Sr. Cánovas, áun dentro de la legalidad ésta, más cerca nos han de hallar á nosotros, que sostenemos y representamos las ideas de la democracia en toda su extension, y más alejados por fuerza del bando conservador, venido á romper el progreso legal por el concurso de todos los demócratas iniciado, y á despertar las pasiones revolucionarias por el voto de todos los demócratas maldecidas y abandonadas. De

consiguiente, nuestro ciego adversario se afana en vano por contrastar el destino y huir á la fatalidad. Nosotros tenemos una participacion principal en la herencia, sea quien quiera el heredero. Y esta participacion se acrecentará en proporciones iguales á su furia. Cuanto más crezca su ódio, más crecen hoy nuestros títulos á la consideracion de los partidos avanzados, y mañana nuestro peculio de reformas y de progresos. Por manera que la política del Sr. Cánovas esta condenada inevitablemente á un fracaso. Despues de llamarnos ilegales, tiene que dejar por sus herederos forzosos á los que más en sus ideas y antecedentes se nos aproximan ó semejan. Y para un resultado como ése, tan opuesto á todos sus deseos y á todos sus propósitos, desconoce la Constitucion que ha promulgado; retrotrae las leyes de reunion por él mismo traidas; viola el código penal; desacata la respetable Administracion de Justicia; divide los partidos en legales é ilegales; fuerza escandalosamente la máquina electoral, cuando tiene que decir á la idea perseguida, en la hora próxima de una derrota, que sus temeridades provocan y justifican, como el César idólatra de lo pasado, y herido por lo porvenir en su agonía. ¡Venciste Galileo!

Las cuestiones de Inglaterra se relacionan por tan grave modo con las cuestiones de política universal, que reuniendo y concentrando nuestro pensamiento en aquel foco de la vida moderna, lo reunimos y lo concentramos en toda la humanidad. Cuestion religiosa, referente á la libertad del espíritu humano, es la cuestion interior conocida con el nombre de Bradlaugh, y cuestiones inter-

continentales de primer órden la toma de Merú por los rusos y la entrada de Gordon y su secretario en el Sudan. Dentro de estos tres enormes y trascedentales sucesos aparecen las rivalidades antiguas entre Inglaterra y Rusia, rivalidades á que ha querido poner fin la polítical radical de Gladstone, adormeciéndolas, pero no extirpándolas, y la decadencia del Imperio turco, semejante á una descomposicion, pues cada dia pierde nuevos miembros y órganos de su cuerpo, como Egipto y Bulgaria, con lo cual arroja cebo tentador á todas las ambiciones desapoderadas, hoy predominantes en Europa, y expide al aire que mantiene la vida, miasmas de guerra envenenados por el hálito de la muerte. Los diálogos de un embajador espiritual como Blowitz con Sultan como el de Constantinopla; las proclamas del misionero inglés, mezcla original de cuáquero y de general, á los negros del interior de África; las fórmulas usadas por los caudillos de las mesetas centrales del Asia para ceder Merú á los moscovitas; los gritos de angustia lanzados por el Jetif en Egipto, y los gritos de guerra lanzados por el Mahedi en Sudan; todos estos acaecimientos varios prestan á la prosaica historia contemporánea los toques de la épica historia antigua, y vuelven el pensamiento á los albores del alma humana en las primitivas edades.

El corresponsal parisien de la más importante publicacion diaria que hay en Europa, de *El Times*, ha ido en ochenta horas, por el express ya organizado entre Lóndres y Constantinopla, tomado en la estacion de París, desde la capital de Occidente y las revoluciones políticas

á la capital de Oriente y los dogmas religiosos. Mayor distancia material que la existente hoy entre las aguas del Bósforo y las aguas del Sena existe de distancia moral entre aquellos concilios ecuménicos antiguos que produjeron el dogma religioso y metafísico del Cristianismo, y estas Asambleas revolucionarias modernas, que han producido el derecho y el Estado de la revolucion. Y sin embargo, el telégrafo con sus alambres parecidos á nervios; el ferro-carril con sus rails parecidos á músculos; el vapor y la electricidad semejantes á los fluidos vitales derramados por nuestro sér, no sólo acercan unos á otros los pueblos, sino que les dan fundamental complexion, mediante la que acabarán por tener como un solo cuerpo, un solo espíritu, y por cumplir y realizar la unidad visible del género humano bajo la unidad invisible de su divino Criador. Pero la contradiccion de tal modo acompaña siempre á nuestra naturaleza, que hojeando, y de ligero, las páginas del rápido interesante relato de Blowitz, se allegan unas veces verdaderas confianzas en el humano progreso, y otras veces desesperacion y decaimiento irremediables. Al ver aquella capital de la Santa Alianza en el año quince, desde cuyos senos Metternich y los suyos urdian el sudario de las democracias vencidas; aquella capital de la reaccion europea con prensa libre y libre parlamento; aquella Hungría, sepultada el año cuarenta y nueve bajo las herraduras de los cosacos y de los croatas, renacida y trocada en órgano nuevo del progreso universal; aquella Rumanía, feudo de los sultanes, hecha una incipiente nacionalidad, que guarda su nombre y su idioma latinos, entre tantas y tan pode-

rosas fuerzas orientales y asiáticas; aquella Bulgaria, parte integrante ayer del Imperio turco, amaneciendo á la vida espiritual de la libertad, y aquella Thesalia, entrando de nuevo bajo los patrios techos de Grecia; el ánimo se abre á la esperanza y cree que basta formular un ideal en la mente con el resplandor de las ideas para verlo encarnado y cumplido en la viviente realidad, á pesar de la impureza nativa de los hechos, porque todos éstos se depuran y eterizan al contacto del ideal y sus vívidas purificadoras llamas.

Pero en cuanto se ven otras partes del relato, aquellas mezquitas enlodadas en las supersticiones como el hipopótamo en su cama de barro é inmundicias; aquel fatalismo asolador de la humana libertad; los palacios rientes convertidos en sepulcros anticipados de los Sultanes depuestos; los eunucos disfrutando de privanzas inexplicables; el Koran y sus comentarios por toda lectura; el sueño de un califato imposible por toda esperanza; el haren por toda familia; el esclavo inmóvil como base de la sociedad y el despotismo gangrenado como cúspide y cima, ¡oh! abátese nuestro ánimo, y cree imposible todo progreso, cuando cadáveres así, de tales dimensiones y de tanta corrupcion material, llenan con su podredumbre todo el planeta y emponzoñan con sus emanaciones todos los aires.

La práctica de corresponsal ha dado al ingenio de Blowitz olfato observador tan fino, y las improvisaciones diarias han dado á su habla tal sencillez y ligereza de varios estilos, que leeis las correspondencias suyas con el agrado y el recreo producidos por narraciones literarias

y estéticas en obras de verdadero arte. Como intérprete antiguo de aquella opinion tradicional inglesa respecto á Oriente, opinion menguada hoy por el predominio de la escuela radical en los ánimos y por la apertura del canal de Suez en los continentes, el colaborador de la clásica publicacion sajona se huelga extremando la necesidad de sostener contra el oleaje de todas las ambiciones y contra el viento de todas las ideas aquel antiguo Imperio turco, de necesidad para Inglaterra y su comercio, á cuyo fin recuerda cómo ha conservado la importancia tradicional, primeramente por tener á Constantinopla, la Helena de los Imperios orientales, por cuya posesion correrá mucha sangre todavía, y despues por hallarse á la cabeza de todos los caminos conducentes á Persia, Syria y Armenia, venas del cambio universal entre las razas del viejo mundo histórico, que componen Asia y Europa, unidas por la cinta celeste del Bósforo y por el precioso anillo de Tracia con su perla incomparable, la oriental Bizancio. Al ver á ésta, el escritor, atareado por las exigencias de su oficio y por el llamamiento de los intereses políticos, más urgentes y más preciosos que las descripciones de la Naturaleza y del Arte, no puede resistir á la mágia y al hechizo de tanto espectáculo y se goza en describirlo como se gozan los habituados á él en verlo y los ausentes en desearlo : que no hay maravilla comparable, ni la bahía de Parthenope, ni la vega de Granada, en este nuestro planeta. Allí los continentes se juntan y se besan como para formar un territorio único en el mundo ; los mares se detienen y se angostan como para contemplar y retratar mejor

las dos riberas; sobre las armoniosas playas de córte griego y los cabos parecidos á templos, se dilata un cielo de Oriente enaltecido con resplandores indecibles; á un extremo el mar de Mármara con reflejos de Aténas, y á otro extremo el mar Negro con misterios de Asia; entre los dos mares el Bósforo, aquella especie de rio salado, donde se confunden las riberas asiáticas con las riberas europeas, y donde parecen confundirse tambien las dos mitades de la tierra, las dos mitades de la história, las dos mitades del espíritu en mística unidad. Cuántas veces he contemplado en sueños el cuerno de oro; las aguas profundas y trasparentes al mismo tiempo; las costas de graciosísimos dibujos; los barcos extendiendo sus velas y los esquifes áureos resaltando entre las ondas verdes; los jardines, cuyas flores se enredan por los mástiles; los alcázares repetidos fantásticamente; las cúpulas doradas sobre las celosías misteriosas; los kioskos ceñidos de rosas los piés y sombreadas de cipreses las cimas; las tres ciudades que componen como las cadenas de oro cuyos eslabones enlazan los continentes; las colinas cubiertas de bosques tan umbríos y minaretes blancos en primer término, miéntras en los segundos y terceros las graderías de cordilleras pintorescas, sobre las cuales se alzan en el éter, como un astro plateado, las nieves del Olimpo de Bithynia, magnífico cuadro, digno de esmaltar las puertas que conducen á la divina Asia, esa espléndida cuna de las religiones y de los dioses.

¡Ah! Con el gran poeta tropical nuestro podriamos lamentarnos de que las bellezas del mundo físico sólo

guarden los horrores del mundo social. Allí el cohecho reina sobre las oficinas de administracion y sobre los tribunales de justicia; el oro abre las puertas más sagradas y cierra los procesos más ruidosos; las asignaciones giradas contra las cajas provinciales devastan los territorios más feraces con sus exacciones diabólicas; el haren debilita los cuerpos, enflaquecidos en el placer, y envenena las almas, corrompidas por su perversa educacion; la Deuda y sus intereses consumen casi todo el presupuesto, como la milicia y sus cuadros casi todas las fuerzas vivas del Imperio; los pueblos quedan aislados unos de otros por falta de caminos, como las inteligencias por falta de las fáciles comunicaciones procuradas por las libertades políticas en los Estados cultos; la propiedad carece de raíces, como expuesta de contínuo, tanto á las depredaciones asoladoras del fisco, cuanto á las arbitrariedades múltiples del Sultan; y tristes é improductivas manos muertas sostienen una Iglesia ó clero, cuyos santones, dados á leer un libro solo, creen las ideas bebidas aquí ó allá por profeta extraordinario, en apartados tiempos, el confin último, así de la teología como de la moral, y cuyos monjes ó derviches, para granjearse la indispensable aceptacion y favor de Allah, danzan á una en rueda fantástica y con rapidez vertiginosa, dando saltos increibles y haciendo ejercicios violentos, al cabo de los cuales caen, como locos, en epilepsias y otros desarreglos nerviosos, muy propios para desarrollar enfermedades sin cura y producir vértigos llenos de alucinaciones y magias; con todo lo cual prospera en los entendimientos la su-

persticion, en los corazones el fanatismo y en las costumbres la esclavitud, plagas bastantes, ó bien á petrificar á los humanos, ó bien á corromperlos en irremediable podredumbre.

Blowitz descubre todas estas plagas á guisa de médico en clínica, y á pesar de todas ellas no cree posible la desaparicion de Turquía. En su concepto no basta con destruir un pueblo y un Estado, precisa reemplazarlos con otros nuevos; y á ninguna potencia le permitiria Europa hoy acaparar el Bósforo y el Asia Menor, lugares cuya posesion da en el globo por sí sola una supremacía inevitable al poseedor. Si Rusia poseyera Constantinopla, nueva Roma surgiria en el planeta, destinada indudablemente á conquistar y regir todos los pueblos. El mundo germánico y el mundo latino podrian recurrir á formar unidades gigantescas en vista de la unidad eslava; pero una de las tres prevaleceria sobre las otras dos sin remedio y reduciria el orbe á vasto tabernáculo de un imperio sin variedad. Si el Austria, en vez de Rusia, llegase á Constantinopla, saliendo del mundo germánico y entrando en el mundo eslavo-asiático, desapareceria la potencia que mantiene la variedad con su federacion más ó ménos forzada en el centro de Europa, y dejaría frente á frente á Rusia y Alemania, exponiéndolas al triste porvenir de una guerra, cuyo término se pareceria de seguro al término de las guerras púnicas entre los dos imperios del antiguo mundo. Así, cuando se ha presentado el corresponsal de Inglaterra, como de potencia á potencia, en Estambul, al Sultan de Constantinopla, podrá decirle que su existencia es todavía indis-

pensable á las potencias occidentales, y que sobre su conservacion aunarán aún amistades y concordias el pueblo frances con el pueblo británico ; pero ¡ah! la Rumelia dividida en dos ; las plazas fuertes de Armenia entregadas al enemigo eterno; Dulciño en poder del Montenegro; Thesalia en poder de Grecia; Herzegovina y Bosnia bajo Austria; las sombras de la vanguardia moscovita en San Estéfano ; el rey cristiano de Bulgaria sometido á Petersburgo ; las restricciones del tratado de París á la navegacion del mar Negro abrogadas ; el Danubio protocolizado por grandes conferencias europeas ; rota la dominacion señorial sobre los territorios del antiguo Egipto; en Ceylan el bendecido Arabi-Bajá y en los desiertos victorioso el odiado Mahedi; próximos á caer bajo la tutela británica los lugares santos del Islam que se hallarán siempre á merced y arbitrio de quien predomine por las aguas silenciosas del mar Rojo y por los feraces valles del sacro Nilo; en recelos justos las tribus árabes del Yemen y amenazadas cada dia más el Asia Menor desde Chipre y la en otro tiempo tributaria Persia desde las recientes conquistas rusas en las mesetas del Turquestan; resuena para el califato y los sultanes aquel toque de muerte oido en Córdoba y su grande aljama, cuando á la desaparicion de Almanzor se dividió el Imperio de los Abderramanes en feudillos de Taifa y se abrieron las puertas del Estrecho á los almohades y á los almoravides venidos del África, y las líneas del Ebro, del Turia y del Tajo á los reinos cristianos descendidos del alto Pirineo. Desengáñese nuestro inteligente amigo Blowitz; el fatalismo en el seno de las almas, el cali-

fato en las cimas del gobierno, una teocracia mantenida por una oligarquía militar, aunque todas las conveniencias diplomáticas de los grandes pueblos y todos los temores á su peligrosísimo reemplazo quieran su conservacion, imposible de todo punto ésta, por necesidad inevitable han de resolverse pronto en una suprema catástrofe.

Estas reflexiones, sugeridas por el estado interior de la cuestion oriental europea, nos llevan como de la mano á tratar la cuestion oriental africana. Los partidos se combaten con furia en las elecciones y en las Cámaras, como ha combatido el liberal inglés al conservador; pero cuando triunfan unos sobre otros, se suceden á la fuerza en serie; y cuando se suceden á la fuerza en serie, heredan obligaciones difíciles de sobrellevar y con frecuencia contradictorias con sus antecedentes, con sus compromisos, con sus ideas. La política de los conservadores tiraba desde luégo á fundar un imperio, sobre todo un imperio asiático, en la sajona Inglaterra; miéntras la política de los liberales tiraba desde luégo á hacer de Inglaterra una grande nacion colonial, como cumple á su temperamento, pero fundada en los principales capitales de la libertad completa del comercio que le diese carácter en apariencia de factoría, pero en realidad de inmenso templo levantado al trabajo y al cambio universal de sus productos. Á la concepcion de los conservadores correspondia el título de Emperatriz de las India, dado á la reina Victoria; el fantástico viaje de su heredero á Oriente; la toma de Chipre para celar los caminos del Asia Menor; la compra de las acciones del Ca-

nal de Suez para influir sobre la persona del Jetif egipcio y tener en la economía del grande artefacto una intervencion proporcional á la desmesurada grandeza de tales ambiciosos proyectos. La conservacion forzosa del Sudan, aconsejada por los conservadores británicos, trajo las dificultades económicas al jetif Ismail; y estas dificultades várias determinaron su irreparable destronamiento. Subió el nuevo y actual Jetif bajo la proteccion británica; y contra esta proteccion británica se levantó aquel partido, denominado con el título de nacional, y que sólo anhelaba, en resúmen, establecer una oligarquía militar. Arabi-Bajá, tan largo de lengua como corto de cimitarra, se puso al frente de la nueva oligarquía, é impuso á todos los fantaseadores de la política fantaseadas esperanzas de interior y propia redencion para el desdichado Egipto. Inglaterra desvaneció estas esperanzas con el bombardeo de Alejandría y el combate de Tell-Kebir, prometiendo tras las dos victorias no sustituir su protectorado á la oligarquía, sino arreglar por medio de una ocupacion temporal tantas dificultades allí existentes y luégo ceder aquel imperio á su legítimo dueño. Así lo decian sus palabras, y ya estaban dadas las órdenes para una evacuacion parcial, presagio de otra evacuacion definitiva, cuando apareció en el Sudan uno de los muchos profetas que sobre las arenas del desierto africano congregan pronto un ejército é improvisan un imperio.

Las tierras y tribus del Sudan parecen tan difíciles de limitar como difíciles son de conocer las fuentes del Nilo. En contacto con Egipto, con Abisinia, con los

pueblos del centro de África, se ven obligados frecuentemente tal territorio y sus tribus bárbaras á muchos conflictos y á numerosas guerras. La prueba de tal verdad se halla en las empeñadas entre los sudaneses y los abisinios y los egipcios y los demas árabes y negros en mil ocasiones diversas. El Sudan, pues, produce profetas, como sus desiertos fieras. Uno de tales profetas es el Mahedi á quien hoy miran todos los pueblos del mundo. Este Mahedi no corresponderia como corresponde á su gente y á su raza propia, si no tuviera con grandes inspiraciones proféticas, grandes impulsos guerreros. Su orígen se pierde ya en la poesía, porque nada tan difícil como averiguar la cuna del verdadero nómada, cuando tiene interes en ocultarla tras los espléndidos celajes de una leyenda religiosa. Carpintero, segun unos, y curtidor, segun otros, en su infancia, debió sentirse mal hallado con estas ocupaciones y dispuesto á mayores empresas, cuando se dejó los talleres bien pronto y se marchó á los monasterios para en ellos aprender la lectura del Koran y los ejercicios religiosos que disponen á la inspiracion y á la guerra. Pasando de los desiertos á los monasterios, nada tan fácil como concebir á la vista de aquellos celajes maravillosos y de aquellos desiertos inacabables, cuando despues de cantar el muezin desde los blancos minaretes acompañados por las verdinegras palmeras, el misterioso rezo y oracion de la tarde, aparecen aquí ó allá las vespertinas estrellas, el sentimiento de una mision confiada por el cielo á un derviche que sabe leer los libros sacros y blandir las tajantes cimitarras. El fracaso de Arabi, sentido por los ver-

daderos musulmanes; la presencia del infiel en la ciudad santa donde las madrisas y las mezquitas se juntan para industriar á tantos fieles en el Koran, moviéronle á lanzar un grito de guerra, y á ese grito, como las aves al reclamo, corrieron sus correligionarios al combate. No hay cosa que pueda compararse á estos ejércitos nómadas, que son verdaderos pueblos compuestos de tribus diversas, los cuales gritan como las olas de férvido mar encrespadas por el viento, y relucen con sus armas al sol de los desiertos como las nubes tormentosas henchidas por las tempestades tropicales. El Mahedi, acompañado por estas bandadas misteriosas, ha ido de combate en combate y de victoria en victoria, como si cumpliera un mandato de su Dios y llevára en su seno un espíritu invencible. Con diez mil hombres trata de cerrarle el paso el general inglés Hick, y desaparecen como las aristas al fuego. Con igual número le desafia el general Backer, y desaparecen tambien. Por consecuencia, los mahometanos creen al Mahedi un verdadero profeta enviado por Allah, y que segun ciertas interpretaciones dadas por los derviches á las suras, ha de ser seguido inmediatamente por otros cinco, hasta que llegue á su sazon oportuna el postrero de todos, y restaure sobre la tierra el gran califato muslímico que ha de imponer á los pueblos la letra pura del restaurado Koran.

Pocos sucesos podian sobrevenir á un Ministerio tan por extremo nefastos como la insurreccion del Sudan al Ministerio inglés. Embargado en las cuestiones egipcias, más que por impulso de la voluntad, por imposicion de la herencia, no podia resolverlas con aquella resolucion

firme y entera que tanto cuadra de suyo á la naturaleza de un Gobierno ufanado con sus doctrinas concretas y con sus fines fijos. Dos ideas contradictorias solicitan la opinion hoy en dos contrapuestas tendencias, como los sendos pareados tiros de la cuadriga en el carro de la fábula, deteniendo al poder británico en inaccion y parálisis más ó ménos estables. Las ideas conservadoras tiran al protectorado, es decir, el indirecto dominio; las ideas radicales tiran, por su parte, al abandono manifiesto, aunque pudiera convertirse con facilidad en protectorado indirecto. El Gobierno, muy dividido por su composicion, quisiera satisfacer á los conservadores sin faltar á los radicales, y en tal apuro, adolece de la peor entre tantas dolencias políticas como suelen afligirnos, adolece de crónica incertidumbre. Ya se apercibia con firme propósito á la evacuacion, cuando llegan las derrotas en que resulta vencido materialmente su pobre virey de Egipto, pero moralmente su propia bandera y su colosal poder. Los desastres afligen al pueblo inglés, no sólo por haber perecido en ellos millares de soldados, fieles al nombre y fiados en el brazo de Inglaterra, sino porque atentan á su honra en la historia, y á su influjo sobre tantas razas dispersas por los innumerables dominios, y á su crédito en toda la tierra, marcada con su sello y sus blasones á cada paso. Así, el Gobierno, atribuyendo el malestar egipcio á la conquista imposible del Sudan, decide abandonar todo éste, con excepcion de las plazas vecinas al histórico mar Rojo, indispensables para la seguridad completa del Canal y para el movimiento libre de la navegacion. El problema resultaba

bien terrible. No embargan, por móviles fútiles, tan luengas tierras el pensamiento concentrado del inglés, al sentarse ó en el austero bufete de su oficina ó en el duro banco de su Parlamento, y leerse los telégramas del dia. Miéntras apareja los productos varios del trabajo en los fardos que han de cruzar todos los mares con la rapidez de los vientos; y empuja los cambios múltiples del comercio, que han de correr por toda la tierra como el corazon empuja la sangre que ha de correr por todo el cuerpo; los santones del arenal infinito columbran allá entre las rojas cintas de inflamados vapores destacadas en el cielo de azul clarísimo, á la refraccion de los rayos solares en las arenas encendidas, cuyos centelleos parecen siniestros cometas lanzados por los ángeles exterminadores, y á los rugidos de las fieras, que recuerdan los combates eternos por la vida, los santones del arenal infinito, decia, columbran una batalla, que puede resonar en las costas de Chipre por un lado y en las costas de Ceylan por otro, dispertando desde las fronteras del mongólico Afghanistan hasta los archipiélagos del mar indio las iras de los musulmanes vencidos contra sus dominadores los cristianos, y perturbando la tranquila y saludable actividad del comercio, sólo compatible con profunda y duradera paz universal.

Por eso al Presidente de su Consejo, tan respetado bajo el modesto gaban, cual pudiera serlo aquel jefe de otra mercantil aristocracia, en lejanos tiempos, el Dux de Venecia, bajo su blanco armiño y su áureo tisú, exígele con imperio la preparacion inmediata de todo lo necesario á conjurar peligros tan graves, como los ocur-

ridos á estas horas por la paz del mundo, conturbada hondamente á los esfuerzos gigantescos de un oscuro Mahedi, quien ha sorprendido el ánimo de Inglaterra con sus hazañas horribles, como uno de los rutilantes obolides, que truenan y relampaguean de súbito en clara noche de sereno estío, sorprenden y turban la tranquilidad de los cielos. Bajo el imperio de tales exigencias, el Gobierno decide abandonar las tierras del Sudan á su propia suerte, y envia para este fin á una de las personalidades más originales que guarda nuestro siglo en su monótona igualdad fundamental de caractéres correspondiente á su igualdad fundamental de derechos. Imaginaos una mezcla de misionero y general, que así predica los principios cristianos con la rigidez de un metodista, como esgrime las armas del combate con la furia de un héroe, y trendréis al general de orígen británico y de inclinaciones africanas, que se llama en el mundo Gordon-Bajá. Leyendo sus correrías, creeis leer la épica histórica, cuasi legendaria por lo inverosímil, de santos como nuestro San Francisco Javier, espirituales conquistadores de tantos territorios asombrados por la idolatría, ó las invenciones de aquellos descubridores mitólogos nuestros, que superaban, sostenidos por las alas de su fe y guiados por las inspiraciones de su genio, los ventisqueros y los volcanes de cordilleras como los Andes; abrian selvas vírgenes cubiertas de lianas y demas plantas parásitas como las selvas del Paraguay; ó bogaban por corrientes apénas surcadas de las piraguas indias, como las del Amazónas y del Plata; creyendo quizás haber entrado en otro planeta rejuvenecido por el

calor de un sol más fuerte, y por la embriaguez de una vida más exhuberante y múltiple. Gordon ha combatido en los verdes campos de China, bajo los pabellones del Celeste Imperio, como cualquier miserable recluta amarillo, y hablado en los Consejos del Cairo bajo la presidencia de los Jetifes, como cualquier visir árabe; ha ejercido autoridad de Sultan sobre los arenales que los negros pueblan, despues de haber ejercido derechos de tribuno sobre las muchedumbres civilizadas que se congregan por la libertad en las grandes reuniones de su culta patria; se ha impuesto peregrinaciones peligrosas en busca de territorios desconocidos por las entrañas del África, fecundas en alimañas carniceras y en tribus caníbales, así como ha predicado el Evangelio á los salvajes fetichistas, en quienes apénas se despierta el instinto religioso; esgrimiendo la espada para sembrar en los surcos, por sus filos abiertos, la palabra, y poner en la palabra el gérmen de la libertad cristiana, y de la fraternidad universal.

Un hombre así no detendrá su paso en los caminos de la vida por ningun obstáculo. Su gobierno le llama, y acude presuroso al llamamiento superior. Todavía no se ha quitado el polvo de su viaje, cuando ya recibe las instrucciones prévias, y las observa con la obediencia y y la sumision propias del sacerdote y del soldado. Un buque le lleva de Albion á Egipto, donde completa las instrucciones de sus ministros con las consultas á los consejeros del Jetif. En cuanto ha cumplido estos deberes, ningun poder humano podrá impedirle que se lance al desierto, como un buzo que se lanzára de cabeza en las

ondas férvidas de un mar azotado por el huracan y por la tormenta. En barca tan primitiva como las usadas ántes de los Faraones, sube las corrientes del Nilo; en lomo de camello, como pudieran los embajadores del Patriarca hebreo, cuando iban á la casa de Laban, ó los reyes magos del Oriente, cuando una voz en su alma y una estrella en el horizonte les guiaba camino de Belen, atraviesa el inmenso desierto; y allí, donde la muerte reina como si hubiera su hálito letal reemplazado al oxígeno de la vida, y donde los suelos se abren para tragar ejércitos enteros, acompañado de un solo amigo, tan valeroso como él, corre y corre desalado en demanda de Jartum, á cuyo seno llega incólume, cual si poseyera el dón de los milagros; y reuniendo á los habitantes para prometerles justicia en la lengua bíblica de los profetas, rompe los vejámenes, suprime las exacciones, funda tribunales indispensables á la buena distribucion del derecho, abre las cárceles, redime á los cautivos; con todo lo cual obtiene que los infelices opresos le crean como un santo enviado por Dios para su salud eterna, y le besen manos y piés, cual á profeta milagroso de la divina Providencia, tocada en su misericordia por los lamentos del pueblo. Esta fortuna del general britano explica la fortuna del Mahedi musulman. Por ella se descubre como los pueblos orientales, poco seguros de sus propias fuerzas, destituidos de libertad por el fatalismo, ven fácilmente, ora en el valor personal, ora en la elocuencia inspirada, ora en la poesía misma, en cualquier extraordinaria calidad ó dote, un presente del cielo que ciñe al poseedor de un talisman mágico, á cu-

yos hechizos y encantamientos el cielo más airado se confunde con la baja tierra, y aquel Dios, recluido en su eternidad solitaria, se comunica indirectamente con los hombres. Hé ahí cuán fácil resalta el profetismo en aquella region de los Mesías, de los Reveladores, de los Santos, de los Enviados, de todos aquellos que han á una infundido desde la triste aridez de los arenales desiertos, su maravillosa fecundidad á la humana conciencia.

Y sin embargo, la política y administracion del general británico resultan muy discutibles á los ojos de varios jueces, sábiamente informados, y cuyos informes trasladarémos aquí, para completar todo lo más interesante relativo á tan graves sucesos, que hallamos en las publicaciones várias consultadas para historiarlos á conciencia. Dongola, patria del Mahedi, es la poblacion capital del comercio negrero. Los protervos cultivadores de la trata tienen allí su asiento y habitacion. Ellos aparejan las caravanas, y entendidos ya de antemano con los jefes negros, cazan sin piedad niños, mujeres y hombres, como pudieran cazar brutos y sus hembras y sus cachorros, para trasportarlos á bazares varios donde áun se vende y compra humana carne por inhumanos mercaderes. Al comercio de negros se une un comercio más blanco, el comercio de marfiles. Pues bien, lo primero que hizo, en cuanto, por encargo del Jetif, se apoderó Gordon del Gobierno de Sudan, allá por el año setenta y cuatro, fué recabar para sí, para su autoridad, como un monopolio de renta estancada, el marfil, y arruinar á los comerciantes. La ira de los arruina-

dos explica los crímenes de los Mahedies, sus vengadores. Abon, Suleyman, jefes en quienes Gordon pusiera su confianza, levantáronse á una en su contra, y presagiaron, ya con las intrigas propias de orientales para seducir á ejército más ó ménos regular, ya con llamamientos á los cercanos régulos de las tribus más ó ménos sumisas, como las víboras del desierto clavarian los ponzoñosos áspides en el cuerpo y envenenarian la sangre del gran reformador occidental. Así Gordon lo ha dicho con el candor propio de los héroes: «mi administracion ha empollado las rebeliones del Sudan.» Á la supresion del comercio de marfiles siguió la supresion del comercio de negros. La trata fué severamente reprimida. En esto el humanitario misionero tenía razon. La caza de seres humanos en la inmensidad del desierto, la separacion forzosa del aduar donde se han criado tales infelices, los dolores del corazon al desarraigarlos de la familia que nutre sus afectos, los bárbaros tratamientos infligidos primero en el camino, despues en el mercado, luégo en el haren, exterminan á tal número de ellos, que para conseguir uno útil, se necesita, por lo ménos, inmolar á veinte sin piedad en crueles sacrificios. Los dados á la estadística aseguran haber disminuido en cien millones de habitantes las tierras centrales del África desde que se recrudeció la trata con el recrudecimiento á que puso término la humanidad indudable de Gordon. Pero ¡ah! que no habiendo la civilizacion cristiana conseguido abolir el mercado de siervos en la capital del Califato, en Constantinopla, ni en la ciudad que preside á tantas regiones asiáticas, en la célebre

Bagdad, ni en el imperio Persa, las tentativas de Gordon, para cegar los manantiales de la esclavitud, sólo consiguieron acrecentar los riesgos del negociante y los precios de la mercancía. Pero los mercaderes quieren más libre su comercio, y de aquí sin duda que hayan aportado gran concurso á las tropas del Mahedi musulman, y que Gordon mismo, con escándalo de metodistas, cuáqueros y puritanos, haya dicho, rindiendo la cerviz de misionero á los yugos insoportables de la política impura y de la necesidad fatal, que reabrirá el provechoso tráfico de hombres; ¡oh abominacion!

Gordon podrá encontrase á sus anchas en Jartum, y tan seguro, al decir suyo, como si paseára por Hyde-Park. Pero, á su alrededor, todo secumbe. Tokar, que los ingleses y egipcios se apresuraban á socorrer, hase rendido el veinticuatro de Febrero. Los caminos de Berber á Suakin están cerrados por bandas insurrectas. El ejército de socorro enviado por mar, llegó tarde, y nada se sabe de los rendidos, que no pueden hallarse bien bajo el córte de aquellos alfanjes tan crueles como las serpientes, que nunca se hartan de carne ni se sacian de sangre. El general Graham va en pos de una venganza próxima, y sólo halla frente á sí el desierto, pues su enemigo, cuando no puede acometer como los leones, huye como las gacelas. El territorio egipcio se disminuye y encoge como la mágica piel de un cuento de Balzac. Cuantas más minuciosidades llegan de la rota de Baker-Bajá en el Sudan oriental, ménos consuelos caben á la verdad en los ánimos angustiados. Dos mil soldados murieron al cuchillo del vencedor en

la rota de Trinkitat, y los salvados por una retirada, parecida en su pánico á la huida, no sobrevivirán al terror de sus ánimos y al quebrantamiento de sus cuerpos. La rebelion se organizará pronto y se convertirá en irrupciones, yendo á caer con gran golpe de gente sobre las tierras del maravilloso Delta, manchado por la presencia del infiel nazareno. No hay más remedio que buscar la fiera en su espelunca, y allí acorralarla con brío hasta vencerla bajo el peso de la necesidad; de lo contrario, la cuestion de Oriente reaparecerá en Europa de seguida, porque los Sultanes de Constantinopla, que se creen Califas, no podrian tolerar perturbaciones tan grandes en familias de pueblos que le deben vasallaje, y cerca de los lugares santos del Islam, cerca de su primer Aljama, en las inmediaciones del santo sepulcro, en la Meca guardada por los árabes inquietos, sin reclamar una intervencion, á cuyos asomos podrian los Balkanes de nuevo encendense, y encontrarse frente á frente los rusos y los germanos en el camino de la nueva Troya, en el camino de Constantinopla. Y la política interior inglesa demanda mayor celeridad en las decisiones, porque ya se observa cómo atisban los conservadores á nuestros amigos los radicales, y cómo podrian, por una victoria obtenida con el auxilio moral de las ventajas del Mahedi africano, derribar á los amigos del progreso, y detener el gran movimiento electoral hácia la democracia moderna y la igualdad del derecho.

MARZO.

Grande agitacion ahora en Portugal. Nuestros vecinos han penetrado en período constituyente, y los períodos constituyentes traen aparejadas muchas perturbaciones, siquier parezcan éstas intelectuales y morales. Tal necesidad habia en el breve reino de renovar la vida, que un partido conservador ha iniciado esta obra bien radical, á pesar de tener allí á mano un partido constituyente. Los conservadores portugueses, con gran consejo, comprendieron como podian todas las instituciones entrar en tela de juicio, sino se adelantaban ellos á poner algunas. Y las pusieron. El método, con tal motivo empleado, no es tan correcto cual fuera de desear. En vez de llamar para la reforma constitucional un Congreso constituyente, hanla emprendido y consumado en Córtes ordinarias, cuya obra exigirá de todos modos la sancion del Rey. Por virtud de tal teoría, el poder monárqüico aparece como un poder constituyente, ó sea un organismo político, más ó ménos fuerte y duradero, sino una sustantividad tan esencial á la nacion, como aquellas fuerzas mismas, por cuya virtud la indispensable sociedad de los ciudadanos se funda y establece. Verdadero

contrasentido que un rey limite sus propias facultades y se las conceda ó niegue á sí mismo por gracia de su derecho de sancion, que puede perder, si á las Córtes les place quitárselo en la futura Constitucion para todas las leyes ordinarias. Antójaseme que la manera preferida por los portugueses para la reforma de su Constitucion expone la corona, en este período de renovaciones contínuas, á verse limitada, y áun suprimida, por decreto de la primer Asamblea deliberante, á quien le dé un capricho tan fácil como el de cambiar la Monarquía por la República.

En este mismo instante surge la dificultad de confiar á las Cortes ordinarias el ministerio propio de las Córtes Constituyentes. La reforma constitucional se inspira en el espíritu democrático. Y como se inspira en el espíritu democrático, sustituye al principio de la gracia real otro principio más justo y reflexivo; el principio de la eleccion popular. Así la Cámara alta, en la Constitucion vigente, obra del monarca, y con carácter de vitalicia, como intituto análogo á la realeza, tiene ahora carácter cuasi republicano de amovible y electiva. Los Pares del Reino, que creen como reyes, por lo ménos deudores de su representacion á la persona del rey, y se sienten con una dignidad vitalicia, como la dignidad real, viéndose amenazados en la raíz misma de su vida y constreñidos á pedir abajo el privilegio que ántes aguardaban de arriba, se han sublevado cuasi y decidídose por una oposicion irreconciliable, á cuyo término resultará una inflexible negativa. ¿Cómo, pues, llegar al debido logro de un deseo que se levanta por su naturaleza y por su vehe-

mencia, en estos últimos esfuerzos á favor de inmediatos progresos, hasta la elevada categoría de deseo nacional? No tiene remedio ya; ó hay que prescindir de la reforma, ó hay que prescindir de la Cámara. Prescindir de la reforma es tanto como demostrar que dentro de las instituciones vigentes no caben ulteriores progresos, pues como la naturaleza del Senado es inmutable, toda proposicion de cambio fracasará, estrellándose contra esa invencible inmutabilidad. Prescindir de la Cámara es tanto como perpetrar una revolucion, pacífica, sí, pero ilegal, prólogo y proemio ahora indudablemente á una supresion, si es preciso, del rey mismo en el dia de mañana. Los conservadores de algun escepticismo, como si dijéramos, la mayoría, conjuran á los pares portugueses á fin de que cedan, reconociendo como la marea democrática se sorbe sus privilegios. Mas los pares dicen, por su lado, que antemurales ellos opuestos al crecimiento de los nuevos derechos aspirantes á la igualdad universal, creen defender el trono mismo y sus privilegios excepcionales, defendiendo la excepcion armónica con él, aunque disonante con la democracia, de otros privilegios análogos. Ya sabemos que lo antiguo y su espíritu contienen la casta, como lo moderno y su espíritu contienen la igualdad. Ya sabemos que para destruir las castas, representadas por la monarquía, su clave, precisa destruir las instituciones análogas. Pero la destruccion de tales instituciones está decretada por la providencia y por la lógica. Si ceden, caerán más tarde; si resisten, caerán más pronto, pero caerán de todas suertes por una inapelable sentencia.

Con esta cuestion, verdaderamente interior, se liga la cuestion exterior. Un tratado acaba de ultimarse ahora entre Inglaterra y Portugal, que ha encendido la sangre de los portugueses. Este tratado se refiere á las tierras del interior de África, descubiertas en otros dias por los lusitanos, á las tierras del Congo. Empeñada la nacion británica, nacion de suyo mercantil, en abrirse por doquier mercados, trabaja mucho por explorar y poseer esos territorios inmensos, cuyas facultades productoras y consumidoras pueden alentar su comercio, necesitado de un grande consumo en la creciente y excesiva produccion. Pero Bélgica, Francia y América han experimentado necesidades análogas, expedido allá comisiones de sabios exploradores, á los cuales darán más tarde, con auxilio de Dios y del tiempo, carácter de conquistadores pacíficos, para la posesion y goce de sus invenciones ó descubrimientos. Á fin de impedir esto, no han hallado los ingleses medio mejor que resucitar los títulos de Portugal á la posesion de aquellos territorios, y á la sombra de tales títulos, subrogarse á su dominacion directa por medio de un condominio muy semejante al compartido en otro tiempo, y acabado ya, con los franceses en Egipto. Este tratado ha herido en sus esperanzas á las várias naciones exploradoras ; pero ha herido en su honor á la nacion portuguesa. Ella, que creia tener un directo dominio sobre todo aquel territorio, se halla con verdadero coposeedor peligrosísimo, que la sostendrá miéntras le sirva para sus ambiciones y la despedirá en cuanto las haya satisfecho. Con este motivo se reproducen las quejas y lamentos, con motivo del tratado de Lo-

renzo Marquez, y se siente por todas las clases, áun las más superticiosas por su independencia, el tristísimo estado de un pueblo compelido por la necesidad á pedir y necesitar tutela tan pesada y ominosa para ellos como la tutela de Inglaterra. ¡Oh! El mal data de muy antiguo, es muy crónico, y en un sentir irremediable sin una estrecha inteligencia con España.

El incidente relativo á la muerte de Lasker ha tomado las proporciones de un verdadero negocio internacional. Sus consecuencias todas no pueden hoy adivinarse, porque las primeras é inmediatas han de reducirse á cambio de palabras ágrias contenidas en los límites propios de las tradiciones diplomáticas. Pero la triste Alemania, de donde surgen á millares los trabajadores, que expulsados, corren allende la mar, por la dureza del clima, en requerimento de una segunda patria, tocará los efectos morales y materiales de genialidad tan brusca é insolente como la genialidad asestada por el poderoso Canciller de la córte imperial contra el extinto jefe de la democracia germánica. La muerte, á los ojos espirituales de las almas piadosas, es un holocausto en cuyas piras todo lo transitorio y malo y feo de nuestra vida se consume para dejar paso, en guisa de nube formada por la mirra y el incienso, á lo bueno, á lo inmortal y á lo etéreo, que disipado, á juicio de nuestros toscos sentidos, en el cielo, se para y eterniza. Cuanto de contrario al progreso y engrandecimiento de su patria, excesivo celo sugiriera en otro tiempo al ilustre israelita Lasker, debia morir con él, y quedar tan sólo de su elocuencia y de su patriotismo los incorruptibles y perdurables restos, guardados en urna

más duradera que los pórfidos egipcios y los bronces áureos, en la urna eterna del agradecimiento nacional. Pero no lo ha querido así la nefasta suerte que rige las cosas humanas, como si ella misma y sus implacables necesidades fueran cómplices de los desquites inspirados por los vértigos de sus triunfos al vencedor ensoberbecido. La Cámara de los Estados-Unidos, en su deseo de mostrar el principio de solidaridad entre todos los pueblos y el cariño que un parentesco natural sustenta entre Alemania y América, siquier ésta se llame República y aquélla Imperio, ha querido prestar su homenaje al demócrata, y se ha encontrado con triste incomprensible repulsa del Canciller. No la debia esperar. Los alemanes, en sus lucubraciones históricas, siempre que intentan mostrar la supremacía de su raza germánica sobre la nuestra, invocan los Estados-Unidos como el primero entre sus timbres. Á su vez los Estados-Unidos, en quienes la emigracion irlandesa, celta y católica despierta muchos temores, propenden á extender y arraigar la emigracion alemana.

Varios de los ministros distinguidos, que han los Presidentes de la República nombrado, pertenecen, como Schurs por ejemplo, á la numerosa emigracion republicana producida por nuestros desastres en Alemania, cuando la causa del progreso universal, que, bajo tan faustos auspicios se iniciára el año cuarenta y ocho, fracasó por la horrible reaccion del cuarenta y nueve, y dispersó aquella legion de grandes hombres, cuya culpa consistia en haber visto con vision profética é intuitiva, natural á los iniciadores, entre las amarguras de su der-

rota, un ideal de nuevos derechos realizados, y la patria engrandecida por el espíritu moderno.

El pensamiento de América reducíase, pues, á prestar homenaje á un hijo de Alemania. Deber de ésta: oirlo, registrarlo, agradecerlo. Pues no; cogió al Canciller tamaña demostracion de simpatía en adverso instante psicológico, y la tomó por vejámen lanzado á sabiendas sobre su política propia. Los nervios, sujetos á neuralgias frecuentes, se descompusieron todos en horribles desórdenes; exacerbóse la bílis, que le atormenta, y que le recuerda las condiciones de su contingencia misérrima, condenada, como la de cada mortal, á las enfermedades y á la muerte; un relámpago de ira cruzó por su vista, que parece concentrarse merced al abuso de la meditacion contínua, en la mirada interior; y calzándose las botas de montar con sus espuelas áureas, y vistiéndose aquel uniforme que da el aspecto de un consejo de guerra irreverente al Gobierno siempre que se presenta en la Cámara, lanzóse, descompuesto y enfermo, á una sesion de ésta, para dar explicaciones, las cuales, en verdad, léjos de atemperantes y emolientes habian de aplicar ardorosos sinapismos al grave y maltrecho negocio. Á pesar de tal contrariedad en Bismarck, su Alemania por él embargada, como la Sonámbula por el magnetizador, ha mostrado pena universal á la muerte prematura del orador insigne. Los frios despojos del muerto han pasado los mares, y han ido á envolverse por toda una eternidad, en los senos amados del suelo patrio. Sus funerales se vieron muy concurridos. Es verdad que no acudió á ellos el Gobierno, perso-

nificado por un genio grande, pero cruel y absorbente, incapaz de olvido y perdon; pero acudió, como suele decirse por los cronistas mundanos, todo Berlin, por lo ménos el Berlin de la política liberal. Parece imposible que una sombra del otro mundo ejerciera tan desmedido influjo en alma vívida y luminosa de éste. Los que vieron levantarse á Bismarck, dicen que habia en su rostro contraido por el dolor material de las neuralgias, mucho del desvarío moral é intelectual de Hamlet. El sable al cinto, el casco delante, el uniforme al cuerpo, la mirada implacable de águila, el estridente són de su palabra imperiosa, las contracciones de sus manos parecidas á garras, prestábanle aspecto de los emperadores romanos que hablaban á las legiones en los campamentos, ó mejor, de los jefes germánicos que arengaban á las Asambleas llamadas campos de Mayo ántes de lanzarse con ardor en las cruentas espirales del combate. Un cadáver que se levantára de su ataud, ó un alma que viniera del otro mundo, no causáran tanta extrañeza como la inesperada visita del Canciller solitario á los palacios de su Emperador y de su Parlamento. Si á esto se añade que aparecia en la tribuna para departir con los diputados sobre un muerto, se alcanzára el concepto, quizás acertado, de tan extraño, y áun pudiéramos decir, estrambótico espectáculo.

¡Qué gran orador el Canciller! Parece imposible cómo puede darse discurso tan bueno en causa tan mala. Su aticismo, su elegancia, su oportunidad en callar cuanto debe callarse y decir lo apropiado y conducente al objeto, el relampagueo vivo de la fantasía mezclado al sobrio

vigor del raciocinio, la ironía fina que nunca toca en el sarcasmo, la observacion justa que acalla y esconde su profundidad bajo la gasa trasparente de un estilo alado y ligero, hacen de Bismarck, aleman por excelencia, cuando más semieslavo, férreo canciller de las regiones del Norte, un orador de Aténas, de Florencia, de París, de Sevilla, de las tierras meridionales: que no podia faltarle, no, el dón de la palabra entre los muchos recibidos por su extraordinaria complexion de la próvida Naturaleza. Los industriados en misterios de la política europea comprenderán seguidamente cómo el Canciller tira en su discurso, no sólo á contestar al Parlamento de los Estados-Unidos, que le ha faltado con ceñir coronas y palmas al adversario de toda su vida, sino tambien á refutar la oracion fúnebre dicha en loor de Lasker por Bamberger, otro de los jefes del partido progresista germánico, en la cual aparecen muy malparadas las ideas económicas del Canciller socialista, y muy bien justificado el movimiento progresivo de toda Europa, así bajo su aspecto político, ó sea la trasformacion de las instituciones, como bajo su aspecto útil, ó sea la trasformacion de los intereses. Para ocurrir al quite del Parlamento americano, Bismarck recuerda cómo Federico el Grande se apresuró á reconocer, primero que ninguno otro sin duda de los reyes del Norte, la independencia de los Estados-Unidos; independencia que da derechos, porque constituye á los pueblos recien emancipados en verdaderas naciones, pero que impone deberes, como el de respetar la independencia de los demas pueblos y no inmiscuirse para nada en sus asuntos propios é interio-

res. Y faltar á este rudimentario deber es decidir, siquier moralmente de palabra, sobre las competencias y luchas de los partidos extranjeros y los servicios prestados por sus jefes. ¿Qué diria, pregunta Bismarck, el Parlamento americano si entrásemos nosotros á juzgar el papel representado en su oficio y ministerio por cualquiera de aquellos representantes? Nada tan difícil como apreciar el movimiento interior en pueblo extraño desde las alturas de una Cámara, y si los diputados de América no han querido mezclarse por sí mismos en los asuntos alemanes, han querido, por lo ménos, mezclarle á él, canciller de un Imperio y ministro de un Emperador, en los asuntos intercontinentales de la democracia y de la República universal. Llegado aquí, pierde los estribos é indica en frases que rugen cómo no puede perdonar tal ofensa por asemejarse á verdadera burla.

Y dicho esto, entra en materia respecto al ministerio político del alabado y encarecido difunto. Bismarck no puede perdonarle que haya conservado su alucinacion por la libertad en presencia de cosa tan colosal como el nuevo Estado germánico, ni mucho ménos que haya querido contar con todos para la vida pública, cuando un genio como el suyo, cesarista y absorbente, sustituye y reemplaza tan bien, así la conciencia como el albedrío de Alemania, y representa por encargo providencial y ministerio divino la suma total de los germanos. Esta obstinacion verdaderamente judía del diminuto israelita, pues Lasker era de corta estatura, si bien de largo ánimo, frustró el deseo mayor del canciller, la formacion de una mayoría parlamentaria. Benningshen, li-

beral de suyo, estaba resuelto á componerla entrando en el Ministerio, de no haberlo impedido una tenacidad tal como la del representante más neto de las ideas mesiánicas y sus arraigadas esperanzas. Y como el Canciller no quiere la monarquía en su absolutismo, necesita un Parlamento en su reemplazo, y Parlamento sin mayoría, ora fuese de la derecha, ora de la izquierda, lo cual para sus tragaderas es indiferente, Parlamento sin mayoría es como ejército sin disciplina; pero no hay en Alemania mayoría, y por ende, no hay en Alemania Parlamento. Él, que lo ha podido todo, arrancar su vieja corona secular á los Hapsburgos y su nueva y flamante á los Bonapartes; despedir al Austria del mundo germánico y á Francia del régimen imperial; hacer una la Italia con su eterna capitalidad y deshacer la monarquía temporal de los Pontífices; vencer en Bohemia y rendir á París; coger en apretado haz las várias regiones feudales del inmenso territorio aleman y darles unidad contradictoria con su naturaleza y con su orígen; alcanzar lo no alcanzado en la guerra de los treinta años por el gran Gustavo de Suecia, ni en la guerra de los siete años por el gran heredero de Prusia, que la direccion total de Alemania pase del catolicismo al protestantismo, con lo que ha coronado una de las mayores y más trascendentales revoluciones históricas; el que ha podido tanto, no puede constituir mayoría en el Parlamento y ha verdaderamente aplastado su grande obra con el monstruoso remate de un Estado absoluto. Bien es verdad que si quiere mayoría para lo propuesto en su discurso último, para fomentar las ideas socialis-

tas de la cátedra y del Estado, intervenir en las relaciones económicas de los particulares, crear un cuerpo burocrático de inválidos del trabajo, maldecir de la libertad y denostarla y disminuirla so pretexto de servir á las clases populares, como los césares romanos, Dios permita que no la tenga jamas y que continúe hallando resistencia invencibles en los Parlamentos á sus utopias reaccionarias y sus bruscas genialidades.

Cuantos leen estas crónicas mias con atencion, observan seguidamente con facilidad cuán grande importancia doy en ellas siempre á las cuestiones religiosas, por creer que no podemos llegar al pleno goce de las libertades modernas y de los derechos democráticos si no apaciguamos las conciencias, poniendo en relacion lo social con lo divino, que deben corresponderse, para que hallen las ideas modernas sus arquetipos ideales en la religion, y la religion sus aplicaciones prácticas y tangibles en las ideas modernas. Y como estudio con tal asiduidad este gran problema, quiero comunicaros mis observaciones prácticas respecto al estado religioso de Inglaterra; que conviene mucho estudiar los pueblos republicanos y latinos. Sugiéreme la idea de tal estudio el incidente ocurrido en la Cámara de los Comunes con motivo del juramento, que primero negó y luégo prestó el ateo Bradlaugh, elegido representante hasta cuatro veces por el pueblo contra las resistencias y las negativas y las exclusiones de una mayoría intolerante, aunque de añeja educacion anticatólica. Comprendo bien, siquier nunca jamas lo justifique y aplauda, la exigencia del juramento para ingresar en una Cámara, y como se-

gundo término de tal determinacion, la negativa de ingreso en ella, naturalmente, á quien resista prestarlo. Pero no puedo comprender cómo, habiéndolo prestado Bradlaugh por motivos interiores imputables tan sólo á su moral y á su conciencia, pueda el Parlamento constituirse á sí mismo, sin escrúpulo, en verdadera institucion reaccionaria é inquisitorial, é inquirir si á la presentacion del juramento ha presidido un móvil interno puro y una clara y serena conciencia. Esta derogacion del derecho nos obligaria y constreñiria ciertamente á estudiar el estado religioso de Inglaterra. Ocasiones han de presentarse, y muchas, para tal curioso trabajo.

Excepcion verdaderamente singular la de Grecia, caida un dia bajo el peor de los despotismos, y adorada eternamente por la humanidad, como si la estrella de lo ideal hubiera descendido del cielo á posarse, armoniosa y bella, sobre su frente. No hay asunto que á ese pueblo toque y á sus generaciones várias; no lo hay destituido de interes para los otros pueblos, sabedores por intuiciones instintivas de los tesoros que los helenos aportáran al acervo comun de la cultura universal. Parte de su raza, dispersa por aquel diluvio de la décimaquinta centuria, en que Bizancio se perdió para la cristiandad bajo el cortante alfanje turco, pudo quedarse, ó más desgraciada ó más servil, en la ciudad vencida, como se quedáran los cristianos mozárabes en la Córdoba, en la Sevilla, en la Toledo, conquistadas por Muza y por Tarik. Tales helenos, pues, aunque perdieron su nacionalidad, conservaron su religion. Y conservando su reli-

gion, mantuvieron con ella el alma verdadera de su raza en el seno de la Bizancio turca. Phanar se llama el barrio donde se recluyen como Galata el barrio de los judíos. Y todos los viajeros convienen á una en señalar la diferencia existente de antiguo entre la triste habitacion de los unos y la regocijada de los otros. Casas de piedra parecidas á palacios y alineadas en calles alegres y espaciosas, con blasones de antiguos recuerdos y ventanas de aire señorial, en sus remates las cresterías aéreas propias de las meridionales arquitecturas y en sus bases ó cuerpos bajos algo de fortaleza y de guerra, indispensable á la resistencia secular, dicen claramente cómo allí se alberga un pueblo sometido á la fatalidad, y dispuesto, bajo tan forzosa y forzada sumision, á conservarse y á defenderse, de tal modo, que las distribuciones de sus viviendas aseméjanse, por su aire de campamento militar, al plano de Avila, dispuesto por los caballeros cristianos en el comienzo de la reconquista para fortaleza bien segura de una poblacion bien numerosa, la cual fué destinada por nuestra patria en las llanuras del viejo territorio castellano á interponer su pecho entre la cristiandad y los musulmanes con arrogancia y tenacidad. Todavía en el aire imperioso de los Pharaniotas, en la prestancia escultórica, en la movilidad nerviosa, en el mirar profundo, en la elocuencia verdadera, en la imaginacion serena y luminosísima, en el ingenio ático, échase de ver hoy mismo al heleno, cuyo buril esculpiera la diadema del género humano y engarzára en ella las ciencias y las artes. Cuando se ve frente á frente de un turco un griego, aunque sea éste por desgracia siervo y aquél

amo, parece lo contrario, pues no han podido ni la conquista ni la tiranía vencer superioridades dimanadas de la naturaleza. El Phanar y la paz del Phanar ha embargado de antiguo el pensamiento de la Puerta, constreñida por várias poderosas razones á considerar mucho las tribus cristianas sometidas á su dominio.

Y no podia ménos, en atencion á que dominados por la fuerza, resultaban dominadores por la inteligencia. Como Dios está sobre la materia, el heleno está sobre la Turquía. Por tanto, sus propios señores tenian que ofrecer á éstos, aunque fuesen pharaniotas, vasallaje. De su seno los gramáticos, que sabian deletraer las ideas, jeroglíficos indescifrables para la supersticion mahometana, y de su seno los diplomáticos necesitados de aquel ingenio y de aquella finura, eternas mieles áticas. El recuerdo religioso de los Conmenos y demas emperadores bizantinos, tan maltratados por la tradicion, y más infelices que decadentes en la difícil Edad Media, ese recuerdo todavía vive con majestad no extincta en la memoria de los helenos bizantinos, á quienes proporcionalmente sucede lo que sucediera por otros dias á los helenos romanos, llamemoslos así, con los césares de la Ciudad Eterna. Captaron á Grecia los latinos, é inscribieron tal captacion allá en el bronce de las conquistas, colgado por las paredes sacras de los templos. Pero Grecia conquistó al conquistador. El griego enseñaba la gramática; discurria sobre los problemas filosóficos; tallaba el bajo-relieve para los altares, y la estatua para las aras; tañia la cítara en los banquetes, y la elocuencia en los certámenes; enseñaba desde las pri-

meras nociones de la educacion al niño hasta las ciencias políticas más abstrusas al emperador; y por tales maravillosas artes, podia llamarse allá en su dorada esclavitud rey de los reyes y señor de los señores por los más claros derechos, por los derechos de la inteligencia, que tarde ó temprano recaba para sí mismo el genio sostenido por sus sobrenaturales revelaciones. ¿Qué le importaba á Epitecto ser esclavo de Marco Aurelio? Poseyendo su conciencia era el verdadero señor. Bajo el yugo ceñido á su cerviz, como un órgano más de su cuerpo, bajo ese yugo, que parecia destinado á embrutecerlo y anonadarlo, alzabáse por sus múltiples cualidades, por su genio comunicativo, por su inspiracion, al dominio de sus dominadores el phranoita. Sus padres un dia, menores en fuerza y número á los persas, supieron sojuzgarlos; y embarcados en navecillas diminutas, llevaron el comercio, y con el comercio su cultura y sus divinidades múltiples, por las dos orillas del Mediterráneo, fundando colonias, las cuales fueron más tarde nidos canoros de bellas é inspiradas ideas, cuyo resplandor jamas podrá extinguirse, jamas, en los cielos infinitos de la humana conciencia.

Bien es verdad que los helenos han debido en gran parte á su Iglesia esta increible conservacion de su grandeza. Fenómeno raro; un cuerpo eclesiástico sujeto á un Sultan como el Sultan de Constantinopla, se ha dado la traza necesaria para mantener la fuerza y la moral de una raza vencida y sierva como la raza griega. Por tal virtud ha podido vivir ésta libre bajo las cadenas. El templo ha sido para los helenos como el arca

santa donde se han preservado del diluvio. Comprendiéndolo bien el Sultan reinante, cuando le asaltaron aspiraciones panmuslímicas, intentó someterla más á su imperio y sujetarla por los últimos lazos que tiene á su disposicion el Gobierno turco. So pretexto de que los sacerdotes ejercian funciones judiciales en su grey, por completo ajenas al ministerio y al carácter eclesiástico, introdujo las leyes y la magistratura de los turcos en el régimen de los pharaniotas. Resistiéronse á tal inmixtion y obligaron al Patriarca á que presentase una renuncia solemne, lo cual no podia ménos de traer una dificultad enorme por el culto que los diversos ritos guardan al más importante, sin duda, en la historia de todos los patriarcados helénicos. La dificultad ha tomado proporciones enormes, y la diplomacia de varios Estados ha tenido que intervenir en ella para evitar dificultades á Imperio de vida tan dificultusa como el Imperio turco. Pero ni la Iglesia cede, ni el Estado cede tampoco, sosteniendo la una y el otro sus sendas miras con la tenacidad propia de los viejos y decadentes poderes históricos. Hace pocos dias que se ha reunido el Sínodo en Phanar y reclamado contra ese estado de cosas, imponiendo al Patriarca una nueva renuncia con ánimo de interesar en sus asuntos á la diplomacia, y sobre todo á la diplomacia rusa. Segun la solemne declaracion de los fieles reunidos en Asamblea religiosa, todos los intereses religiosos están menospreciados, todas las iglesias heridas, todas las convicciones cristianas maltrechas, y se necesita proveer pronto al remedio de tamaños males. Todo el cuerpo eclesiástico amenaza con dejar de asistir

á los oficios divinos miéntras no recobre sus privilegios antiguos. El Divan comienza bien tarde á comprender que hay que ocurrir á esta dificultad, y el gran Visir ha reunido á sus compañeros los ministros para deliberar y despues resolver sobre las dificultades eclesiásticas. Dos ministros, el de Justicia y el de Gobernacion, pugnan por satisfacer á los griegos. Bien es verdad que la diplomacia rusa interviene mucho con motivo del patriarcado de Jerusalen. Cierto eclesiástico de vida muy alegre, llamado Phozio, cohechó á los electores, captándose con sus escandalosas simonías nada ménos que la mitra, ó mejor dicho, la corona del patriarcado de Jerusalen. No aceptado por el Sultan, á instancias del Czar nombróse á Nicodémus, otro eclesiástico, quien ha mandado el rival á un destierro penoso en el árido monte Sinaí. Todas estas cuestiones bien merecian llamar nuestra curiosidad, obligada forzosamente á detenerse un poco ante la Iglesia oriental para conocer y estudiar su organizacion y su influencia. Con estas ligeras indicaciones creo que mis lectores no habrán perdido su tiempo.

La mayor entre las cristalizaciones várias del espíritu bizantino es el Imperio ruso. La religion oriental ha dado ese pueblo tambien oriental, en demostracion de cuánto se compenetran y confunden ideal y realidad en el tiempo y en la historia. Como al catolicismo le sucedió que, lanzado por la Reforma casi totalmente del Norte de nuestra Europa, encontró allende los mares la inmensidad de América, sucedióle tambien al helenismo que, lanzado por los turcos de Bizancio, y en el Imperio bizantino amenguado por la victoria última del Islam,

encontró allende las aguas del Danubio y del Volga la inmensidad de Rusia. Esta colosal aglomeracion de gentes várias es casi primitiva en verdad, cuando se la considera desde las tierras occidentales bruñidas por una civilizacion superior; pero es adelantada, culta, progresiva, cuando se la considera desde las tierras del Asia entregadas en religion al fanatismo de los musulmanes y en régimen político al patriarcado déspota de las primeras tribus guerreras. Nada tiene que hacer la Rusia de los czares-pontífices en la Europa de las democracias modernas; pero mucho tiene que hacer en el Asia de los klanes bárbaros. Por eso, porque la sociedad, á semejanza de la Naturaleza, produce los organismos necesarios á las armonías de sù totalidad y á su conjunto, por eso produjo el monstruoso pero indispensable Imperio ruso, parecido á los fósiles gigantes, encontrados en las edades aquellas del planeta, en que los montes llevaban su diadema de fuego como cordilleras de volcanes y por las zonas hoy templadas tendian sus cortinas de enredaderas las lianas, sus cogollos de palmas los árboles tropicales. Sí, el mundo moderno há menester que centinelas avanzados de su cultura y su civilizacion impidan al Occidente un Guadalete, al Oriente un Kosovo. El mundo moderno há menester que los imperios del Asia y del África sientan la fuerza de nuestra Europa cristiana, fácil de asediar por esas nubes de gentes allá esparcidas en las mesetas centrales del Asia, y en los desiertos del África, creidas de venir hasta nosotros por modo tan extraño cual vienen los miasmas de las pestes. El Occidente prodrá preferir que tal nacion

europea tenga la tutela de la India; pero no puede, no, desconocer la necesidad imprescindible del encargo, ya lo desempeñen Portugal y España, Francia ó Inglaterra. De lo que nadie duda ya en Europa es del derecho de los rusos á cristianizar el Asia del Norte y la central, poco á poco, civilizándolas con su Iglesia helénica despues de haberlas sometido por su imperio militar. Y tal conviccion explica el terror con que vemos todo paso de Rusia hácia Occidente, y el regocijo con que consideramos toda sumision de las tribus mongólicas y tártaras, adoradoras del Islam, al dominio de su autoridad y de su Imperio.

Imposible medir el ministerio civilizador de un pueblo en ciertas regiones planetarias, si ántes no se calculan y en su punto se ponen todas las resistencias que ha superado y vencido. La grandiosa confederacion turco-muslímica, fundada desde la mitad primera del siglo décimo tercio por los mongoles, y sus irrupciones y sus victorias, provocaba en la cristiandad otra confederacion, como la tártaro-eslava de Rusia, para debilitarla de seguro allá en Oriente, y con tal debilidad precaver nuevas irrupciones á Occidente. Los españoles ya cumplimos nuestro ministerio histórico, deteniendo la confederacion fatalista, con las victorias de Hungría y de Viena, en su camino al centro de Europa, y con las victorias de Túnez y de Lepanto, en sus expansiones por el Mediterráneo. Pero teniamos harto que hacer allá en América, durante dos siglos de iniciacion, como el décimo sexto y décimo séptimo, para proseguir una cruzada en Asia, impuesta por leyes naturales y leyes divinas á

los eslavos del Norte y del Oriente. Seis siglos trascurrieron ya tras las grandes apariciones mongólicas, y áun sentimos el escalofrío de terror experimentado por nuestros padres á tal horrible acaecimiento. Acababa de pasar la breve reconquista de Jerusalen por Federico de Suabia, excomulgado en su victoria, cuando llega la nueva de que los mongoles han tomado la ciudad santa. La raza mongólica en verdad aparecia respecto á las otras razas orientales invasoras como la raza húnica respecto á lasrazas del Norte, la más bárbara entre todas las razas asiáticas. ¿Cuando hubiéramos podido quebrantar aquel su inmenso ejército, en cortos destacamentos desde las fronteras del Norte de China hasta las aguas del Bósforo de Tracia extendido, si no compusiera la sociedad en sus apuros esa otra confederacion moscovita, encargada por el cielo de abrir los senos asiáticos y descuajar allí el gérmen de todas las irrupciones futuras? Para eso es necesario, para el Asia y su barbarie, no para Europa y su cultura, el emperador á caballo, con su espada en el puño, y sus reliquias en el pecho, y su tiara en la cabeza; el cosaco de las orillas del Don, errante y nómada como los tártaros y los mongoles; el pope, que se asemeja, en sus preseas orientales, á los aarones judíos y á los derviches muslímicos; el culto bizantino celebrado por una liturgia completamente asiática; la grande Basílica multicolor, con sus rotondas áureas, tomando en las estepas del Desierto, á las reverberaciones de una luz que parece verdaderamente sobrenatural, aspectos de nave mística en la cual bajan del cielo á la tierra los ángeles enviados por Dios, y suben

de la tierra al cielo en alas de sus oraciones los profetas. Creedlo: en el encadenamiento sistemático de los hechos y en la serie lógica de las ideas, un Estado superior no sustituye á otro inferior, sino asemejándosele mucho; por lo cual toca hoy á las razas eslavas la cristianizacion del Asia Norte y Central, como á las razas latinas les toca por su parte la inevitable cristianizacion del África.

En cumplimiento de tal destino han llegado los rusos á Merú, centro de los turcomanes insumisos, por no llamarles autónomos, y capital de la Tartaria independiente, por no llamarle libre, cada vez más reducida y estrechada por el contínuo asedio que le pone la civilacion europea. El israelita creyó este sitio singular, alto de tribus nómadas hoy apercibidas de contínuo á la guerra, oásis engarzado en medio de inacabables desiertos, creyólo ciudad madre de las antiguas ciudades asiáticas. Lo cierto es que, al pasar el helenismo por aquellas regiones, constituyó cerca de Merú la grande Antioquía Margiana, y que al extenderse por allí más tarde los árabes en su rápida expansion, la elevaron á central academia y asiento de sus escuelas más pobladas y de sus bibliotecas mejor provistas. El mongol, en su rabia, la destituyó luégo de todas estas grandezas. Sus habitantes fueron degollados en una carnicería sin fin y sus cabezas apiladas en grandes pirámides á las cercanías de los sitios mismos donde se hallaban las puertas de su capital hechas ceniza. Desde aquel entónces quedó reducido tal paraje á un oásis más ó ménos poblado y feraz, en que una parte de poblacion errante se consagraba al cultivo de las tier-

ras, fecundísimas en toda suerte de cosechas. Los geógrafos dicen que á fines del pasado siglo habia recobrado parte de su esplendor Merú, cuando cierto emir vecino desató contra ella las aguas de cercano lago apercibidas para los riegos, y la redujo á irreparable miseria. Hoy apénas tiene tal ruina dos mil habitantes fijos, pues los demas suelen ir de territorios cercanos, cuando las cosechas lo exigen, cual van los trabajadores sobrantes en las provincias del noroeste nuestro al centro de Castilla, Valencia y Andalucía. El hijo de Merú ántes era estimado en el Asia central como uno de los guerreros, á quienes bien pudiera llamárseles bandidos por sus combates y por sus depredaciones. Sus vecinos preferian á encontrar uno cualquiera de ellos, encontrar una víbora y su áspid en las vías del Desierto. Pero la posicion estratégica que ocupan en el camino terrestre del Imperio ruso al Imperio índico, y en lo que pudiéramos llamar la retaguardia de Persia, concentró sobre Merú la constante atencion de los gobiernos interesados en los asuntos de todas estas regiones tan várias como estratégicas ; y esta concentracion obligó al hijo de Merú á no andar al acaso por sus fronteras, siempre vigiladas por algun centinela interesado ; á no merodear en las orillas del Oxo, guardadas por los rusos ; á no indisponerse ni con los persas por un lado, ni con los afhganes por otro, ni con los kurdos nómadas, ni con los múltiples vecinos, que pudieran suscitarles obstáculos al desarrollo y arraigo de sus intereses de tribu, únicos realmente que pueden conocerse, mejor dicho, sentirse allá en tan apartadas regiones. Mas el Imperio ruso ha ejercido so-

bre este grande territorio un verdadero magnetismo. Así Gurko, el Anníbal de los Balkanes, como Skobeleff, el Mesías armado de los eslavos, habian puesto la mira en tal centro, seguros de que al herir en él, herian realmente allá en la ciudad de Lóndres, que disputa, por medio de sus escuadras innumerables, á los rusos la dominacion sobre Asia. Últimamente mandaba por allí Tchernajeff, otro de los generales panslavistas, á quien los hijos de Merú se han presentado en arrebato de vehementísimo entusiasmo para cederle, si no á él, á su patria, el dominio político eminente sobre tan codiciados territorios.

El conflicto egipcio ha evitado que tuviera toda la debida resonancia en el Parlamento inglés la toma de Merú. Hábiles, muy hábiles diplomáticos los rusos, aprovecharon ayer la guerra franco-prusiana para desembarazarse del tratado de París y aprovechan hoy el empeño de Inglaterra en el rio Nilo y en el mar Rojo para meterse dentro de Merú y quedarse con esta llave del Herat. El jóven lord Lytton, hijo del célebre novelista Bulwer, y gobernador de las Indias en temprana edad, ha tomado la palabra, no tanto con ánimo de herir al partido radical, como de descargar la responsabilidad del partido conservador. Dos escuelas se han mostrado en este asunto : la escuela de aquellos que desean dilatar las fronteras del Imperio británico hasta las fronteras del Imperio ruso, tal como hoy lo han hecho sus conquistas, y que por lo mismo lamentan la evacuacion de Candahar, y otra escuela de aquellos que creen á Inglaterra más segura de sí misma y á la India más defendi-

ble y fuerte si concentra toda su defensa contra la marcha de los rusos tras la línea del Indo. En lo que todos han convenido es en la inutilidad completa de pedir nuevas seguridades y garantías diplomáticas á Rusia, que prueba siempre como una provocacion constante del bárbaro mundo aquel por necesidad la constriñe á caminar de conquista en conquista, ofreciendo con su culto, con su despotismo, con su ejército, con sus costumbres orientales, medios muy seguros de dominacion propia que difícilmente recabarán, muy difícilmente, naciones de complexion tan occidental, de carácter tan civilizado, y de cristianismo tan austero como la nacion británica. El Imperio ruso, en su afan de asimilarse á los pueblos que van ahora entrando, más ó ménos forzados, bajo la techumbre inmensa de su vasto Imperio, ha expedido para su gobierno y administracion ahora un circasiano y un musulman, ó sea todo lo más asiático, todo lo más oriental, todo lo más propio del carácter histórico de los nuevos pueblos suyos que ha podido haber á mano en la variedad y en la inmensidad excepcional de sus inconmensurables dominios. Pero ahora se presenta un problema nuevo á la consideracion de cuantos estudian el complicado problema oriental, y es la desmedida importancia que ha obtenido Persia despues de la nueva posicion de Rusia, sólo comparable á la importancia que ha obtenido Egipto despues del canal de Suez. Persia será una Turquía nueva en las competencias fatales entre Rusia é Inglaterra. La posesion de Persia importa lo mismo para maniobrar en el Afhganistan que para maniobrar en el Asia Menor, y es el camino más corto que pueden abrirse

los rusos para ir del Turkestan al golfo Pérsico y enseñorearse algun dia de puntos considerables y estratégicos en los mares del Asia.

La cuestion egipcia tiene cada dia importancia mayor á causa de su trascendencia inevitable á la gobernacion de Inglaterra. Sustituir la política imperial de Disraeli con una política de libertad y de paz, era el sueño humanitario y acariciado por su ilustre rival y sucesor Gladstone. Á este fin, pactos y concordias en el centro de Asia y en el centro de África, sustituyendo á la discordia y á la conquista. El cristiano adherido al metodismo, y completado por el sabio ducho en la economía política, detesta la guerra que debilita las naciones y grava los presupuestos, guerra en otro tiempo acariciada por una imaginacion semítica, la cual creia tener alas de profeta y usaba romancesca pluma de novelista. Pero el Egipto surge de un modo inesperado y el Egipto pide una política resuelta. Gladstone jamas ha podido allí tenerla por sus compromisos y antecedentes. Como patriota fué; como economista y cristiano y liberal quiso volverse. De aquí una incertidumbre acerbamente criticada por sus mismos compañeros radicales del Gabinete. De esta incertidumbre, medidas perplejas y contrarias á la unidad de pensamiento y de accion que debe tener todo Gobierno. El inmortal estadista no sabía si evacuar el Egipto inmediatamente ó conservarlo; si reñir en el Sudan para mantener este gran territorio bajo la tutela egipcia, ó abandonarlo á los Mahedis de guerra y á los mercaderes de siervos. Un ejército y otro ejército llega, de soldados egipcios y de oficiales ingle-

ses; pero estos ejércitos sucumben, más que al empuje africano, á la vacilacion ministerial. Por fin los ingleses comienzan á reclamar mayor firmeza, porque les parece impropio de nacion colonial tan grande una política colonial tan perpleja como la seguida en Egipto, cuyo es hoy el artefacto conducente desde los mares mediterráneos á los mares índicos. Estas reclamaciones gritan y clamorean con fuerza en el *Times*, órgano antiguo de los intereses británicos. Este clamoreo penetra en la Cámara de los Comunes, atenta siempre á la opinion pública. Y en la Cámara de los Comunes corre muy válida la opinion de que Graham, el vencedor único entre todos los guerreros enviados al territorio sudanes, sigue una campaña sin objeto y gana unas victorias sin resultado por culpa del Gobierno. Y sin embargo, la victoria última se ha pagado muy cara considerando la proporcion desmedida entre aquel grande número de muertos y aquel escaso contingente de tropas inglesas, inmoladas por unos guerreros ismaelitas de tal suerte animosos por su naturaleza y ensoberbecidos por su creencia, que se arrojan sobre los cañones cargados de metralla como si fueran salamandras incombustibles ó demonios habitantes naturales de las llamas eternas. Dos corrientes de opinion fluyen allí en la Cámara de Diputados, que ambas critican al Ministerio, si bien por motivos opuestos y hasta entre sí contradictorios. Los conservadores atribuyen la sangre británica derramada y los sucesos adversos acaecidos á la falta de no proteger el Egipto, y los radicales á la falta de no evacuarlo. Un radical presenta voto de censura. Y este voto apoyan así aquellos que quieren

ocupar el Egipto definitivamente como aquellos que quieren definitivamente abandonarlo. Harthingthon, wigh antiguo, y Dilke, antiguo radical, ministros los dos, aunque de ideas opuestas, y los dos acordes en la cuestion egipcia y disidentes con Gladstone, acuden á la pelea por ausencia ó enfermedad del primer ministro, y aunque piden la inadmision del voto directamente, censuran indirectamente la política ministerial y dejan á una entrever la solucion del protectorado. No obstante tales palabras, la votacion llega ; y conservadores, demócratas, parnellistas ó irlandeses votan todos en haz apretado contra el Ministerio. Una escasa mayoría le granjea el triunfo y descarga de grave peso á la fraccion liberal. Pero crecen los rumores de crísis, nunca de mí tan deplorados como ahora en que la presentacion de proyecto tan progresivo como el proyecto de ley electoral anunciaba el término de añejos privilegios y el comienzo de una grande iniciacion democrática en la política inglesa.

Sucede que los ministeriales aciertan, á no dudarlo, en la cuestion electoral por sus propensiones á favor de la reforma, y yerran por su incertidumbre y sus perplejidades en la cuestion egipcia. Y de aquí proviene que los unos lleven todos sus ataques á la política exterior, y todas sus defensas y resistencias los otros á la política interna. En este choque los resultados no pueden marrar ; en este choque ni toma la opinion liberal por Egipto el interes que debiera, ni toma la opinion nacional tampoco el interes que debiera por las reformas electorales. Nuevos horizontes abiertos al progreso, nuevas clases llamadas al Gobierno, el voto extendido, el derecho

agrandado, los campos puestos al nivel de las ciudades, Irlanda llamada con mayor fe á los comicios en los momentos de su insumision, la tímida pero saludable reforma de Rusell conducida en su desarrollo hasta las fronteras del sufragio universal, toda esta increible trasformacion, que hace de pueblo tan aristocrático cual Inglaterra una democracia, bien merece interes por parte de una opinion tan resuelta siempre á favor de todos los progresos, cuando le parecen prácticos, y de todas las reformas, cuando le parecen hacederas y sólidas. Á esto se añade, para más valorar el intento, un discurso de Gladstone, que permanecerá como perfecto modelo de análisis profundo y de distribucion lógica, miéntras la palabra humana, eco de la palabra divina, resuene aquí en la tierra. Todo es feliz, acertado, plausible para Inglaterra en la política interior, y todo incierto, dudoso, por no decir adverso, en la política extranjera. Dos victorias de Graham seguidas de tan pocos resultados tangibles inquietan mucho los ánimos. El vencido, el jefe sudanes, ha peleado con tal heroísmo, que su derrota le alza moralmente al mayor y más merecido concepto en la estimacion de los mismos á quienes combate y contraría. Por eso el haber puesto á precio su cabeza un general civilizado ha producido asombro en la conciencia humana, que no cree al África fuera ni del derecho internacional ni de las leyes morales. Y esta reprobacion de los pueblos cultos háse trocado en sentimientos feroces de indignaciones múltiples y vehementes allá entre las razas árabes á quienes se queria intimidar ó detener con este acto de barbarie. Lo cierto es que musulmanes,

tan apegados á su culto y tan enemigos del nombre cristiano como los musulmanes sudaneses, crecerán en fanatismo al soplo ardiente de tales increibles venganzas. Miéntras tanto, Graham debe ir de sus posiciones sitas cerca de Suakin á Berber, camino sembrado de tramas y sujeto al asalto de ágiles salteadores, tan feroces como sus leones y tan ligeros como sus gacelas. Pero lo peor es que la vía entre Berber y Jartum está interceptada por las tribus en armas y Górdon por completo incomunicado, pues hace quince dias que no se tiene de él nueva ninguna cierta. En tal situacion los enemigos de Inglaterra, que son muchos, se dan á toda suerte de invenciones y anuncian como Gordon ha sido degollado sin piedad por los mismos á quienes habia ido á socorrer en su natural exaltacion. Inútil decir que no creemos tal noticia; pero su divulgacion ya le presta visos de verosimilitud. Lo cierto es que todo esto trae los ánimos agitados en la Gran Bretaña, y no será maravilla que la opinion se decida por pedir una pronta resolucion que traiga ó la retirada del Gabinete, ó la clausura del Parlamento.

Cierro estas líneas con las noticias várias de una crísis italiana, que lleva quince dias de duracion ya, sin que se alcance á ciencia cierta, cuándo y cómo ha de resolverse. La mayoría, congregada bajo el célebre discurso de Stradella por la voluntad y la inteligencia del hábil Depretis, se ha disuelto y disipado en estos meses últimos. La pentarquia, ó sea la fraccion dirigida por cinco jefes ilustres, desgajados de las filas ministeriales, ha venido á quebrantar mucho al radicalismo italiano.

Quedábanle fuerzas todavía cuando lo debilitó de nuevo la dimision del célebre Farini, presidente de la Cámara, irremplazable por su autoridad y por su historia. Para colmo de males, á esta dimision ha seguido la derrota del ministro de Instruccion pública; y á la derrota del ministro de Instruccion pública, la designacion de un sucesor á Farini, que ha triunfado por una mayoría incolora é insuficiente. Todo indicaba un regreso á los conservadores, cuando el rey, animado indudablemente de verdadero liberalismo, ha remitido á Depretis, de nuevo, la formacion de un ministerio liberal. Depretis lo formará sin duda, y verémos por cuánto espacio de tiempo supera las dificultades que ha de suscitarle una mayoría indisciplinada y deficiente. En mi futura carta os podré hablar con mayor amplitud y espacio de todo este asunto.

ABRIL.

La Península ibérica está muy agitada; por un progreso deficiente Portugal, y España por una reaccion manifiesta. El Ministerio Fontes ha imitado en algo al ministerio Disraelli. Así como este conservador inglés creyó digno un dia de su escuela y partido acometer la reforma electoral, ampliando el sufragio, ha creido el conservador lusitano ahora digno tambien de su escuela y partido, revisar el pacto constitucional ampliando las instituciones. Baste decir, para calificar el proyecto de reforma, que la Cámara alta, ó sea el Senado aristocrático, de nombramiento real hoy, así como de carácter vitalicio, se trueca en Cámara de nombramiento popular y de carácter electivo. Persona tan competente, orador tan ilustre, repúblico tan experto como nuestro amigo el conde Casal Riveiro, ha puesto en dos largas sesiones de relieve la modificacion sufrida por la monarquía, cuando en torno suyo faltan las debidas órdenes similares marcadas con los sellos heráldicos del privilegio, del nacimiento y del tiempo. Mas la escuela conservadora, de acuerdo con el partido constituyente y con el progresista, no

quiere prestar asenso á tales reflexiones, y continúa impulsando la reforma, quizá para no pasar plaza de retrógada en pueblo de suyo tan liberal como el pueblo lusitano. Era propio de mesurado gobierno, una vez iniciada tal reforma con tendencias progresivas, darle un carácter de universalidad, para que llegára con facilidad en su desarrollo lógico á todo el conjunto de manifestaciones várias naturales á la libertad. Ó si parecia esto más bien propio de una escuela filosófica que de un partido real, por sobra de método, serie y lógica, debian, á lo ménos, esos conservadores portugueses, ó no emprender ninguna reforma progresiva, ó no retrogradar en las ya conocidas y arraigadas. Apénas se concibe que impulsen hácia adelante con una mano instituciones tan históricas y conservadoras como el Senado, miéntras con otra mano empujan hácia atras instituciones tan progresivas y liberales como la imprenta. De pasada, ó mejor á hurtadillas, envolviendo el pensamiento y el propósito en varios recatados artículos del Código penal, y de la organizacion judiciaria, intentan destruir uno de los más gloriosos timbres ostentados por la nacion portuguesa; la libertad omnímoda y completa de su palabra y de su pluma. Tal atentado á un derecho, que se ha convertido en costumbre, desasosiega mucho á la opinion, ufana, y con fundamento, de una libertad la cual no ha desconcertado los concertados movimientos del órden público. Y los periódicos claman, y los meetings protestan, tomando tales manifestaciones de la conciencia pública el fragor de una tempestad revolucionaria. Así las agencias telegráficas nos anuncian cómo la Cámara de

diputados ha visto un relámpago y ha oido hasta un trueno de tal tormenta, pues en su recinto mismo como empeñáran crudo debate los partidarios del retroceso propuesto con los partidarios de la libertad absoluta, el público tomó parte activa en la contienda, insultando á los reaccionarios con amenazas é injurias, por lo cual tuvo la presidencia que levantar, en medio de un gran tumulto, la sesion, y despejar la tribuna por el supremo recurso de la fuerza. Mal camino toma la monarquía portuguesa, muy malo, y expuesto á dificultades gravísimas y cercado de abismos insondables; pues todas esas instituciones, que chocan abiertamente con el espíritu de nuestro siglo y desdicen así de los pensamientos arraigados en las conciencias, como de los afectos arraigados en los corazones universalmente, no pueden sostenerse cuando dejan de amoldarse al espíritu del siglo, y contrariándolo y combatiéndolo, concluyen por convertir á la fuerza su luz suave y su calor vivificante, en electricidad asoladora y abrasadores rayos.

Las Cámaras francesas han tomado unas vacaciones de cuarenta dias, que permitan á sus miembros holgarse con el aire de la primavera, tan favorable á los pulmones cansados, y departir en las asambleas provinciales de asuntos inferiores á los asuntos legislativos. Por la saludable lentitud propia del régimen parlamentario, apénas han podido votar las dos Cámaras otra cosa que las alteraciones propuestas al régimen municipal. Y de tales alteraciones, París, por fin, se ha exentado; pues creyendo preciso legislar para poblaciones tales y de tanta magnitud en capítulo aparte, no han podido caer de

acuerdo las dos Cámaras en si convenia la eleccion uninominal ó la eleccion por lista. Resultado: que París ha debido quedarse con su antiguo régimen. Muchos lo deploran á gritos, sin pensar que las instituciones libres dejan una grande facilidad á la proposicion, al par que oponen una gran dificultal á las resoluciones. Y en esto se halla principalmente su mérito, en que todas las reformas pueden manifestarse á la luz del dia y al aire vívido, para cumplirse tan sólo aquellas maduradas ya en la conciencia pública y aceptas al sentimiento universal. Lo que pasa con París, tambien pasa con Lóndres. Quéjanse los londonenses de su arqueológica municipalidad y de los caractéres extravagantes, y de las facultades increibles que áun tiene su Lord Corregidor, especie de soberano, quien puede creerse hasta juez y almirante por los signos feudales dejados á su dignidad, en fuerza de un gran culto á la tradicion, segun hábito y gusto de los legisladores ingleses. Uno de los propósitos, que llevó Gladstone al Gobierno fué, sin duda, modificar el régimen municipal de Lóndres y destruir la horca y el cuchillo arqueológicos de su vistoso é inútil Corregidor. Pues no ha podido alcanzarlo por las resistencias que opone muchas veces al progreso rápido la calculada lentitud del régimen parlamentario. Lo que parece mejorar mucho en Francia es la crísis económica y fabril, áun despues de haber llegado á tomar alarmantes proporciones. El trabajador va persuadiéndose á creer, como sus mejores amigos le han dicho hace tiempo, que hoy depende una gran parte de su bienestar del propio albedrío, cual su salud, en otra gran parte, de-

pende tambien de su propia higiene. Dolorosa experiencia le ha mostrado cómo no importa modificar las condiciones particulares y nacionales de un trabajo, cuando no se modifican á una en todas partes; pues así como el huracan brotado allá en el polo por desequilibrio de su atmósfera, con frecuencia retumba en nuestras playas rientes, la industria nacida en el otro hemisferio, la mano de obra pagada en cualquier desierto africano, á más ó ménos precio, trascienden á todos los salarios y abaratan ó encarecen todos los productos. Si el régimen republicano da por fruto á los jornaleros franceses ménos horas de trabajo y más cantidad de jornal, miéntras da por fruto á los jornaleros alemanes el régimen imperial más horas de trabajo y ménos cantidad de jornal, por ejemplo, parecerá indudablemente, á primera vista, favorable al uno y desfavorable al otro su respectivo régimen; más luégo, cuando se vea que la baratura en la mano de obra y el aumento en los dias de trabajo abarata los precios de los productos germánicos, y no pueden competir con ellos los productos franceses en los mercados del mundo, por fuerza lógica inevitable, se tocarán las consecuencias desastrosas de tal desnivel, así en la suspension de las obras como en la falta completa de jornal. Por fortuna, la última huelga de Anzin ha dado un ejemplo que conviene á toda costa, y en todas partes, considerar y estudiar muchísimo. Se ha llevado tal paralizacion de trabajo á sus extremos y se ha visto que sólo dañaba en último término al trabajador. La paralizacion universal del trabajo es una utopia en el desarrollo que tiene la libertad individual, y en el imperio

que sobre todo jornalero ejerce la necesidad imprescindible del pan de cada dia. Lo cierto es que, allá en Roubaix, se ha promovido una reaccion espontánea contra los predicadores de apocalípsis sociales, reaccion descargada sobre sus conciencias con una lluvia de protestas que hubiera podido caer sobre sus espaldas con una lluvia de palos, á no intervenir en su defensa ese principio de gobierno tan detestado y maldecido por todos los arnarquistas. ¡Cómo el sentido comun rectifica las utopias! El *Referendum* en Suiza, ó sea la sancion de las leyes por todos los ciudadanos, y el sufragio universal en Francia, ó sea el llamamiento de todos los ciudadanos al comicio, va dando carácteres cada dia más conservadores y gubernamental á la democracia europea.

En Italia, superada la crísis, y resuelta con el sentido de conservar y robustecer á Depretis. Por consiguiente, han vuelto los negocios políticos á entrar en calma, siquier las fracciones oposicionistas hayan entrado en ebullicion. Claramente se observa y nota en aquel Estado cómo el ministerio propende cada dia más á las soluciones conservadoras, toma refuerzos de la derecha, y designa con este proceder suyo á sucederle sin remedio al gran partido formado por los cinco jefes de la izquierda, quienes pugnan con designios deliberados y conscientes, por una mayor amplitud en la política liberal, y por una separacion clara de los conservadores y sus sistemas y sus procedimientos. Pero hay que mirar mucho la situacion de Italia para comprender claramente la naturaleza de su política. El puro elemento católico en constante abstencion merma fuerzas allí á los

partidos conservadores, los cuales necesitarian de tan valioso refuerzo en las urnas; y los compromisos monárquicos de una parte de los liberales, ligados con la dinastía ilustre, á cuya iniciativa creen deber patria y libertad, merma fuerza indudablemente á los partidos republicanos, quienes hoy se componen de algunos profesores ó publicistas decididos á no encerrar su ideal en la realidad. ¡Qué gran jefe del partido republicano fueran Garibaldi ayer, con su aureola poética y legendaria, rodeado de las legiones de sus héroes, y Cairoli hoy, con su brillante historia, rodeado de las legiones de sus mártires! Pero si consideramos la situacion política reflexivamente, verémos como tal estado de la opinion da una política media por necesidad, donde ni los conservadores han de llegar á reaccionarios, ni los progresistas han de llegar á republicanos.

Y eso que Leon XIII, tan moderado y complaciente con todos los gobiernos, usa con los italianos y sus estadistas de rigores extremos. Ha visto con calma entre nosotros á los partidos liberales, aunque ostentaban el propósito firme de ampliar la tolerancia religiosa y convertirla en libertad completa de cultos; ha perdonado á Rusia y su córte la implacable crueldad con Polonia y su clero; ha movido el espíritu de los obispos irlandeses á favor del Gobierno inglés; ha olvidado las alteraciones profundísimas en el Concordato austriaco hechas por los partidos liberales, hoy sobre Austria y Hungría dominadores; ha tratado sin acerbidad ni acedía de ánimo con el Gran Turco la cuestion grave de los católicos armenios; ha recibido al Príncipe de Alemania con toda

solemnidad en el Vaticano, á pesar de recrudecerse y enconarse allá en Varzin, la enemiga del Canciller, con los ortodoxos y las repulsas múltiples á los arzobispos de Colonia y Posen; ha dejado en libertad á Francia para proceder con el clero, como ha procedido, mostrando en su paternal rostro, al par de lágrimas provocadas por los dolores de sus sacerdotes y de sus monjes, sonrisas de benevolencia y amor hácia un Gobierno que, bajo cualquier forma y cualquier tiempo, representa siempre á los fundadores laicos del Pontificado en los siglos medios, á los inolvidables Carlovingios.

Pero en tratándose de Italia, pierde toda su tranquilidad. Un furor extraordinario le posee, tan vehemente, como el sentido por los sumos sacerdotes judíos al ver profanado con profanaciones idólatras y extranjeras el templo de Salomon. Las gentes industriadas en los secretos canónicos imputan el estado externo de nerviosa exaltacion, en temperamento interior tan frio, á pacto convenido con sus electores, los cuales cayeron todos en inefable unanimidad para su nombramiento terminado por el impulso conocido allí con el nombre de adoracion, y que consiste, de inmemorial, en ponerse los cardenales alrededor del designado y proclamarlo de hinojos, á voces, como por una súbita iluminacion descendida de las invisibles alturas. El pacto entre los electores y el elegido consistia en compromiso préviamente anudado por éste con aquéllos, prometiendo no salir jamas de su irreconciliable intransigencia miéntras Italia no se diese á partido y llegase á una concordia.

Para corroborar la certeza del acuerdo, los buenos

cronistas refieren cómo eligieran los congregados en Cónclave al cardenal Pietro, de haber éste aceptado tal prévia concordia. Pero id con esas á un cardenal como Pietro, de complexion móvil, de fantasía inquieta, de trato amenísimo, de corazon abierto á todas las amistades; tan ortodoxo en sus doctrinas como tolerante y humano en sus afectos; constructor incansable de palacios inhabitados despues de concluidos; amigo de reanudar los matrimonios rotos y extinguir los incendios en Roma; necesitado por el desborde, natural á los sentimientos muy vivos, de dispendiar en obras caritativas el cuantioso patrimonio acumulado por sus padres, antiguos mercaderes, dados al cálculo y al ahorro; adversario natural de los usurpadores y devoto ferviente de la unidad italiana; sintiendo mucho que la independencia de su patria choque, á despecho suyo, con la existencia del poder temporal de los Pontífices, pero sin poderlo remediar, y propenso á conformarse con esta imposibilidad, por lo cual, subdecano del Sacro Colegio, y Presidente de los Cónclaves, en ausencia del enfermo cardenal Amat, se opuso á todo conato de verificar la eleccion pontificia última léjos del sitio sacro, que sostiene la Sede Santa, ó bajo las dos alas de otro Estado que no fuera la jóven y redimida Italia. El mundo le debió al cardenal de Pietro, y á sus virtudes llamadas por todos los intransigentes debilidades, el que no saliera de Roma un Cónclave destinado á mostrar cómo se concilian, mal que pese á los exagerados, un buen Gobierno parlamentario y moderno con un Sacro Colegio independiente y libre. Pero entre los que votaron por celebrar la eleccion léjos de la

Roma italiana se halló el Pontífice hoy reinante. Sin embargo, este Pontífice, cuasi asceta, que sólo tiene de complexion material aquella indispensable para contener y revelar un alma; tomista convencidísimo, y teólogo consumado; de fe reflexiva, bien al reves de Pío IX, en quien la fe parecia vehemente y sentimental; de ideas abstrusas y sistemáticas, estaba destinado á representar una conciliacion estrecha con todos los estados modernos, ménos con el Estado más próximo al Papa, con el Estado de Italia, quien al resucitar tras tantos siglos, ha inaugurado como una Pascua florida en el calendario y liturgia de nuestras democracias.

La transformacion de los bienes adscritos á la obra conocida con el nombre de *Propaganda Fide* ha concluido por ser como la gota caida en la rebosante hiel de nuestro Pontífice. Su hígado y su corazon paternales han experimentado con igual dolor tamaña herida. El Supremo Tribunal de Italia, declarando los bienes de la Propaganda incursos en las leyes generales de la desamortizacion y convirtiéndolos en rentas pagaderas por el Estado, ha querido como imponer al Papa su reconocimiento indirecto de la nueva Italia y como quitarle un dominio eminente sobre antiguos y tradiciones peculios religiosos. Lo cierto es que nuevamente ha corrido la especie de una salida del Vaticano y de una emigracion larguísima bajo la esperanza de promover así una reaccion general en el mundo europeo, y reconstituir el reino pontificio en la Roma católica. Unos han dicho que iria el Papa de grado al Tyrol; otros, que á Francia; éstos, que á Malta; estotros, que á Mallorca, sin compren-

der las dificultades, ó mejor dicho, la imposibilidad absoluta de todos estos inverosímiles destierros. El paso de los Alpes resultaríale tan inútil como á sus predecesores, el que fué allá, en mitad del siglo décimo quinto, á Constanza, y el que fué á su vez, en fines del siglo décimo octavo, á Viena. Francia está inundada por el espíritu moderno; y si recuerda la donacion de Pipino, tambien recuerda, en lo antiguo el cautiverio de Avignon, y en lo moderno el cautiverio de Fontainebleau. Malta pertenece á los ingleses del Protestantismo y no á los caballeros de San Juan; por consiguiente, pareceria cosa extraña salir de la Scila de un gobierno liberal para tropezar con la Caríbdis de un gobierno hereje. Nuestra España se halla demasiado sujeta de suyo, lo mismo en su anterior monarquía que en ésta restaurada, á la repeticion de revoluciones, como aquella del sesenta y ocho, que, sin quererlo y sin pensarlo, fué la causa ocasional del destronamiento político de los Papas. El catolicismo nuestro, con toda su indudable ortodoxia tradicional, adolece de un carácter particular muy poco armónico, en verdad, con la universalidad del Pontificado romano y con el cosmopolitismo congénito del espíritu pontificio. No hablemos de Jerusalen, donde por un lado se hallaria como proscrito en los desiertos de Oriente, y por otro lado tendria que presidir la especie de confederacion espiritual formada por todas las comuniones cristianas á la sombra del Santo Sepulcro. Concuerda Roma con el Catolicismo como la forma con el fondo en las artes, ó como el Verbo y el Criador en nuestras creencias. Y esto es tan

cierto, que las Basílicas formadas de los tribunales clásicos, y los varios monumentos religiosos copiados de las termas, y el Colegio de Cardenales parecido al Colegio de Pontífices, y el derecho canónico calcado sobre todo el derecho antiguo, y el nombre de romano adherido á los nombres de apostólico y de católico, dicen mucho más de cuanto nosotros pudiéramos apuntar aquí respecto á la compenetracion verdaderamante íntima entre la Ciudad Eterna y el eterno dogma. ¿Quereis saber la etimología del nombre llevado ahora mismo por Leon XIII, del nombre de Pontífice? Pues atendedme; que valen bien la pena estas analogías providenciales y misteriosas.

La fundacion del Pontificado romano asciende á la época del rey sacerdotal por excelencia, del sagrado rey Numa Pompilio. Como todos los sacerdocios de Roma, el Pontificado fué en sus principios un colegio compuesto, segun todas las probabilidades, de cinco Pontífices durante la monarquía, y de cuatro Pontífices durante la República. En esta forma colegiada diferenciábase el Pontificado pagano del Pontificado católico; mas parecíase, y mucho, en que el Pontificado católico y el Pontificado romano tenian un Pontífice máximo; y este Pontífice máximo es cabeza en el Catolicismo de un colegio pontificio, cabeza del colegio de Cardenales. La tradicion quiere que el rey fuese en Roma el jefe natural de los colegios Pontificios, y por consecuencia, el Pontífice máximo. Caida la monarquía por los desórdenes de Tarquino el Soberbio, y por las repugnancias del pueblo romano á las instituciones monárquicas, el Sumo Pontífice eligió las Vestales y los Flamines; disciplinó los colegios de sa-

cerdotes; veló por las creencias antiguas y por las costumbres tradicionales, en cuyas virtudes santificantes se alzan las piedras del hogar y las bases del Estado. La revolucion republicana dió mayor independencia al Pontificado tradicional, porque lo desligó y lo separó de la persona del rey, constituyéndolo en una autoridad puramente religiosa. ¿Qué etimología tiene este nombre de Pontífice? Á primera vista parece que institucion tan alta, encargada de comunicar el espíritu humano con el espíritu divino, verdadero intérprete de los misterios del cielo y de las aspiraciones de la conciencia, debia derivar su nombre de palabras verdaderamente cercanas á algo que no cupiese así dentro de la naturaleza del hombre, como dentro de la naturaleza del Universo. Pero la palabra Pontífice tiene orígen más humilde, significacion más modesta. Si alguna vez subís al monte Aventino, coronado en tiempos antiguos por los tribunos, hoy por los penitentes, y os asomais al mirador de Santa María, cuando las aguas del Tíber estén bajas, veréis los estribos de un puente llamado Sublicio, y en el cual detuvo al rey de los etruscos, Porsenna, el héroe de los romanos, Cocles. Pues bien, este puente se ha construirdo por los Pontífices, palabra que quiere decir hacedode puentes, y que reduce la altísima dignidad del Pontificado á la modesta aunque útil categoría de un ingeniero moderno de puentes y caminos. Pero la etimología no tiene duda, y para convencerse hay que leer Varron, el grande etimólogo romano. Bien es verdad que, como observa Mr. Lecrerc en su curiosísima monografía sobre las instituciones religiosas de Roma, Escévola quiso de-

ducir de las dos palabras el dictado para los Pontífices, de hacedores de sacrificios. Pero todo esto es completamente arbitrario, y queda el nombre de Pontífice adscrito al oficio de erigir y conservar el puente Sublicio. ¿Cómo se puede explicar esto? ¿Cómo el nombre que han llevado Gregorio VII, Leon X, Inocencio III, tiene una significacion tan humilde y un tan modesto orígen? Explícase por el carácter sagrado, religioso, divino casi, que alcanzaba la geografía misma de la Ciudad Eterna. Era necesario construir un puente entre tierra que se creia sagrada y tierra que se creia profana; y para esto era necesario construir el puente Sublicio, especie de yugo puesto sobre la cerviz del Dios Tíber, que este Dios no podia recibir sino despues de desagraviado y satisfecho por grandes sacrificios, á su culto presentados y ofrecidos por la más alta autoridad religiosa de Roma, por la sublime autoridad de los Pontífices. Al pié del Janículo, cerca de los altares de Fronto, dormia tambien el piadoso rey Numa en los senos del Dios, cuyos ojos, que miran á Oriente y á Occidente, dan de sí la luz del dia y las tinieblas de la noche. Unir la tierra sacra con la profana tierra; sujetar con pesado yugo el líquido Dios que se mueve en perpétuo movimiento y que suena con eterno sonido; satisfacer las divinidades de las próximas cavernas y las divinidades del vago aire; todos estos oficios religiosos exigian una liturgia y unas fórmulas, que á la verdad elevaban el puente por fuerzas morales, y lo ponian bajo la sacratísima tutela de la religion. Así nació, pues, y así se denominó la autoridad de los Pontífices. Ellos gobernaban el mundo religioso con gobierno directo, y

con gobierno indirecto el mundo político; ellos elaboraban la teología y conservaban las antiguas tradiciones; ellos ejercian la suprema inspeccion sobre las costumbres, y de esta inspeccion sacaban las fórmulas del derecho consuetudinario; ellos regulaban el ritual de las ceremonias religiosas; escribian el comentario perpétuo á los dogmas teogónicos; trazaban el calendario enlazado con todas las dignidades y guardaban los anales máximos, receptáculos sacratísimos de los mayores y más santos recuerdos. El Pontificado católico, ya lo veis, tiene su orígen verdadero en el Pontificado histórico, porque Roma pone los sellos de su grandeza secular á todas las instituciones brotadas en su privilegiado suelo.

Desengáñense los católicos; no hay en todo nuestro planeta lugar para el Catolicismo como Roma. La gigantesca encina del Pontificado ha cogido con sus raíces aquella tierra sacra, y trasformándola y esparciéndola por los cielos en verdaderas nubes de ideas, ha llenado y henchido con ellas la humana conciencia. En ninguna parte podria tener el Pontificado santuario tan acorde con su grandeza. La solemnidad sublime de aquellas soledades, semejantes á cementerios de razas muertas; el Miserere exhalado á las alturas por los clamores inefables de las ruinas, verdaderos faros de ideas eternas; las Catacumbas, pobladas de mártires allá en los hondos surcos y en los insondables abismos, al par de las rotondas, como trofeos de triunfos allá en los aires luminosos; el conjunto de reliquias que ha dejado el espíritu allí, á primera vista despojos frios, y en realidad larvas de nuevas almas para muchas generaciones vivientes; los tem-

plos levantados á la oracion y al espíritu en los jardines mismos donde los Nerones se daban al sensualismo y á las orgías; el ejército de sombras que vagan por aquellos horizontes, y las bandadas de recuerdos que vuelan hasta por los giros del aire, hacen de la Ciudad Eterna el eterno santuario de la fe católica y el hogar irreemplazable de la raza latina donde se juntan el mundo antiguo y el mundo moderno por instituciones como el Pontificado y por edades como el Renacimiento, componiendo luminosas síntesis, las cuales áun pueden servir, por su solidez, de bases, y por su esplendor, de coronas á las sociedades modernas. ¿Dónde iría el Papa que hallase las grandezas de Roma? No hay en parte alguna otra Basílica de Letran como aquella engarzada en los monumentos clásicos, junto á la iglesia de Constantino, y ceñida con los mosaicos del Gioto; ni otro Panteon de todos los dioses que convertir en Iglesia de todos los santos y levantar á los aires sobre los brazos de Miguel Angel; ni otro Coliseo, ni otro Circo Máximo donde despertar de las moles colosales y de las cenizas sacras la procesion de los mártires con sus aureolas y con sus palmas; ni otras Catacumbas donde ver en calles interminables la ciudad subterránea esclarecida é ilustrada por los primeros albores del arte católico; ni otro Vaticano con su Santa Sede, allá en el ábside, con su sepulcro de Pedro en el cruçero, con sus legiones de Papas en mármol y bronce por las capillas y sobre los sarcófagos, con sus coros de clásicas estatuas vaciadas en piedras pentélicas y esclarecidas por la luz del Ática y realzadas por los besos del mar Jonio; con sus artistas del

Renacimiento que han dejado por la Capilla Sixtina, por las Estancias, por las Logias, ora en figuras sublimes como un capítulo de Isaías ó como una cadencia de Palestrina; ora en figuras rientes como las diosas paganas, el poema cíclico del Catolicismo, desde la creacion hasta la muerte. Así, esas instítuciones religiosas, que tanto viven de sus prestigios, no podrian desarraigarse del suelo romano, sin perder sus propias y naturales raíces. Lo que necesitan es amoldarse á las nuevas condiciones de la vida moderna; transigir con el espíritu de nuestro siglo; y renunciar á la engañosa esperanza de nuevas restauraciones, en las cuales podrian estrellar su poder espiritual contra las sirtes de un poder temporal, innecesario á su autoridad religiosa y á su influjo sobre las conciencias. Por su parte, Italia, en su alto sentido de la realidad y de la política, debe prestarse á una conciliacion indispensable para la paz universal y para su propia grandeza en la Historia.

Pasemos á otro asunto. Grandes disidencias entre la Cámara y el Canciller. Éste no ceja en su política de autoridad, y á su vez la Cámara no ceja en su deseo de poner y erigir sobre sólidas bases el régimen parlamentario; empresa difícil, cuando hay un monarca de tantas victorias como el de Prusia, un ministro de tanto influjo como el Canciller de Alemania, y un método de tanto rigor como la política de unidad absorbente y de cesarismo universal. Es claro que las prerogativas parlamentarias se han extendido bajo reyes débiles ó bajo minoridades procelosas. La Carta Magna se comprende por Juan Sin Tierra. Nosotros mismos extendimos los de-

rechos de nuestros Parlamentos en minoridades como las de Fernando IV y Alonso XI, por ejemplo. Grande maravilla, en concepto de todos los historiadores, el haber arrancado monumento parlamentario como el Privilegio general á rey como Pedro III de Aragon. Mas esto no sólo se puede comprender por la nativa pujanza de los aragoneses, sino tambien por las expediciones del Rey á extrañas tierras, donde si recogia victorias, como las de Nicotera y de Catania, tambien dispendiaba y dividia sus fuerzas. De cómo la debilidad del monarca y la fuerza del Parlamento se corresponden estrechamente no hay ejemplo parecido al de Napoleon Bonaparte, quien forzado por sus desgracias y por su destierro á restaurar el régimen parlamentario á su regreso de Elba, cuando creia suya la victoria de Warterlóo, exclamaba: «Ya meteré yo en cintura pronto á los ideólogos y charlatanes de las dos Cámaras en París.» Bismarck ha presentado una renovacion de las leyes contra los socialistas despues de haber presentado varios proyectos de ley en el socialismo inspirados; y la Cámara no ha parecido muy afable ni con unos ni con otros. Tal proceder molesta mucho á la córte. Sobre todo, esa negativa de suscribir á la prolongacion del plan exterminador de un partido puesto en ejercicio bajo el imperio de la reaccion causada por los crímenes del insensato Nobilingh, saca de quicio á todos los reaccionarios. Y el Emperador, al recibir, no recordamos con qué motivo, la Cámara, la ha echado en rostro tal negativa, y le ha dicho cómo en consecuencia de ella creia muy amenazada su persona y su Imperio. Al mismo tiempo, Bismarck se ha dejado

correr en sus temeridades habituales de lenguaje hasta decir cómo presentia una disminucion del poder alcanzado por los Brandeburgos en Alemania y Europa, ofreciendo la dimision de susministerios en el reino prusiano, para concentrar su autoridad y su atencion sobre sus ministerios en el Imperio aleman. El Emperador, muy bien hallado con la situacion actual, no ha querido admitir las dimisiones, y el Canciller ha puesto sobre el tapete la disolucion del Parlamento y la reunion de nuevos comicios para renovar á aquél, y buscar en esta renovacion las complacencias con su persona y las sanciones á sus leyes negadas por el Parlamento actual. Con este motivo ha comenzado la grande agitacion precursora de nuevas elecciones, iniciadas por cierto bajo tristes y adversos auspicios.

No así el Parlamento inglés. Elegido en mil ochocientos ochenta, su natural término se avecina, y hay que proceder al reemplazo. Para este fin presenta el partido radical, con arreglo á sus compromisos, una ley, que bien pudiera llamarse de sufragio popular segun sus innovaciones, calcada sobre la complicada tradicion británica, la cual propende á los colosales edificios góticos, producto de seculares y á veces monstruosas aglomeraciones, muy contrarias á las líneas rectas y á las proporcionales armonías y á la clásica sencillez de nuestros monumentos greco-romanos, que tienen el ritmo y la sobriedad y la elegancia de una estrofa pindárica. En segunda lectura y por grande mayoría el proyecto de reforma electoral ha prevalecido contra la obstinacion de los torys, opuestos á esta necesaria extincion de an-

tiguas supersticiones y arraigados errores. Pero el espíritu humano jamas se cansará de admirar el movimiento á cuyo empuje la potestad electoral pasa de los ociosos á los productores y del privilegio al trabajo. ¡Cuán escandalosas elecciones las de antaño, con tanta viveza descritas por Dickens, cuando solamente participaban de sus combates los privilegiados reunidos en egoista oligarquía, quedando fuera el número, el núcleo de la nacion, como si nada tuviera que ver, ya por pobre, ya por plebeyo, con la patria, de cuya crueldad se desquitaba trocando la eleccion y sus incidentes en motin verdadero, con los alaridos en el aire, los pugilatos contínuos, los tronchos arrojados á la cabeza del candidato, los dicharachos y las riñas, producto natural de la corrupcion y de la borrachera predominantes en las orgías y saturnales del privilegio. ¡Qué de grandezas, pero tambien qué de injusticias guarda la historia! Comenzado el régimen parlamentario en tiempos de guerra y no de trabajo, habia retenido, por ese amor natural de los ingleses á la tradicion, el carácter feudal, hasta en estos nuestros tiempos de la industria, que piden organismos de humano derecho, bastante ámplios para contener en sí las muchedumbres democráticas. Nada tan dispar hace medio siglo como la naturaleza del nuevo pueblo británico y la naturaleza del viejo régimen electoral. Una docena de privilegiados electores nombraban tal representante y media docena tal otro. El administrador de un castillo recibia por delegacion la facultad de nombrar un diputado, y unánimemente se nombraba con grande solemnidad á sí mismo en presencia

de todos los comarcanos vestidos con vistosos uniformes. Miéntras feudos, apénas dignos de llamarse burgos, compuestos por humildes viviendas que solian congregarse como bandas á la sombra de los viejos encinares y de las nobles almenas, con sólo contar entre todos algunos centenares de viejos siervos, salvados de los estragos del tiempo y de los cambios del espíritu en su nido señorial, nombraban media centena de diputados, en Lóndres un medio millon de ciudadanos libres elegian cuatro. Las poblaciones pequeñas, apercibidas para la guerra feudal perdurable allá en otros tiempos, conservaban privilegios comprados á los reyes en sus penurias, con los cuales prevalecian sobre Parlamento y Gobierno, miéntras las ciudades industriosas, colmenas del trabajo, con su patriciado de industriales, con su ejército de jornaleros, con sus fábricas humeantes en el campo, con sus muchedumbres de naves en el mar; la Manchester, á quien pagaban tributo ya las zonas más apartadas, y la rica Birmingham, ¡ah! no tenian ni voz ni voto en la nacion, mantenida sobre sus espaldas é ilustrada con sus obras. Así, no es maravilla que hubiera en la Inglaterra del privilegio hasta secuestradores de votantes y de votados para robar una eleccion como se roba una diligencia. Viejo amigo mio de Inglaterra me contaba que, vencido cierta vez en uno de aquellos corruptos comicios, le cogieron los vencedores y le tiznaron la cara con hollin para mayor escarnio, en medio de una espantosa cencerrada, sin que hubieran podido preservarle de tan feroz ultraje ni la fuerza de sus puños, ni el empuje con que dejó tendidos tres ó cuatro enemigos en el suelo á puñe-

tazos limpios. ¡Con cuánta ingénua olocuencia y con qué magistral sencillez contaba Gladstone á la Cámara, en su gran discurso, explicacion del nuevo proyecto, la increible audacia del innovador Rusell, presentando hace medio siglo un proyecto, por cuya virtud entraban ochocientos mil electores más en los comicios! La reforma, emprendida entre los años sesenta y siete y sesenta y ocho, elevó el número de electores á más de tres millones, y lo elevará hoy á seis la meditada innovacion de Gladstone. ¡Loor eterno á su nombre!

Y bien há menester estos loores, pues si hay mucho que aplaudir en su política nacional, hay poco que aplaudir en su política internacional. Aparte la grande amistad por Francia, en cuya virtud ha podido conjurar temibles conflictos, bastante fáciles, con motivo de Tonkin y Madagascar, en otro tiempo y bajo el imperio de otras ideas; aparte la saludable amistad, Gladstone ¡ay! no ha emprendido ni terminado cosa de provecho en política extranjera. Y tal debilidad ha provenido de su incertidumbre. Sobre su ideal de paz y de trabajo ha puesto el ideal mantenido por Disraeli de guerra y de conquista con el malhadado asunto egipcio, consecuencia natural de la incomprensible anexion de Chipre, tan duramente criticada por los radicales, y tan opuesta en todo á la devolucion de las islas jonias, gloria de la Inglaterra liberal en este nuestro siglo, más gloria que todas sus conquistas. Así, no ha sabido ni asociarse á Francia, ni de Francia desasirse por completo en las cuestiones africanas; ni ejercer el protectorado, ni apelar á la evacuacion pronta de Egipto; ni sostener, ni abandonar el Sudan;

ni impedir la ida de Gordon á Jartum, ni socorrerlo despues de haberlo enviado; ni despreciar á Osman-Digman, el caudillo mahometano, con desden propio de los fuertes, ni aniquilarlo bajo la pesadumbre de su valioso ejército; ni desarraigar por completo á Turquía de su antiguo dominio eminente sobre las orillas del Nilo, ni sostenerla; incierto entre soluciones contradictorias y solicitado por fuerzas enemigas y opuestas. Y así, un orador como el Subsecretario de Estado tiene que declarar la pesadumbre de un estadista como el jefe de su partido, entregado en el negocio egipcio al peor de los estados, al estado de incertitumbre. Y en tal estado, las victorias cantadas con tanto énfasis acaban de disiparse como un sueño grato; y sobre los restos insepultos casi de los soldados ingleses, desenterrados por las hienas y divididos entre los cuervos y los buitres, campan sus contrarios, más invencibles de suyo cuando parecen más vencidos. El telégrafo lanza todos los dias gritos de angustia, contándonos cómo las tribus del Desierto se condensan al rededor de Jartum y amenazan la vida de Gordon. Así Nubar-Bajá, el favorito de los ingleses, ha presentado la dimision del cargo de ministro por no poder sufrir al delegado Cliford-Llogd y su inconstable despotismo. Y el Mahedi, montado en su rubio camello, precedido de una turba de santones que fascinan las africanas serpientes y leen los libros religiosos, ornado con su alfanje al cinto y su rosario de blancas cuentas en la mano, ceñido de su turbante verde que indica sagradas preeminencias, cuando tiende sus brazos á la Meca en los arenales ó vuelve por la noche á su tienda

entre cirios encendidos y pebeteros humeantes, al decir sus oraciones diarias maldice á Inglaterra, y muchas gentes creen que se cumplirá esta maldicion y que un viento de Dios se levantará para consumir á los ingleses en los dominios de África.

MAYO.

Mentiria de seguro á mis sentimientos más íntimos y más arraigados al par, si ocultase cuánto me huelgo y regocijo con el ejemplo á todos los observadores ofrecido por la República francesa, cada dia más vívida, por el câlor que le presta con su luz la libertad, y más asentada en las bases incontrastables de sus leyes por todos obedecidas, y de su Gobierno, quien, dentro de la ley, se muestra, con gran consejo, firme y estable, á pesar del contínuo exámen de las Cámaras y del ejercicio contínuo de la crítica empleada por todos los ciudadanos segun su derecho; con todo lo cual se combinan las fuerzas opuestas, de cuya sábia combinacion resulta el maravilloso equilibrio social, tan exento de los retrocesos como de las revoluciones. El combate último electoral ha revelado, con revelacion clarísima, cómo aquellos sentimientos que la República demanda en los ciudadanos para consolidarse, han ido á su perfecta madurez, contradiciendo así los ensueños reaccionarios de los restauradores apegados á una monarquía imposible como los ensueños utópicos de los so-

cialistas consagrados á procurar una renovacion social imaginaria. Nunca se ha podido con tanta razon decir, como ahora, que Francia entera es centro izquierdo y desea una República parlamentaria y libre, tanto como gubernamental y conservadora, la cual ni encalle y se pudra por exceso de inercia en lo pasado, ni zozobre por exceso de movimiento y rapidez para dirigirse al seguro puerto de una más ámplia y más progresiva idealidad. La moderacion republicana prevalece sobre toda Francia. En París mismo, donde las muchedumbres trabajadoras encuentran su natural acuartelamiento, y por ende, todos los espejismos de la utopia y todas las excitaciones á la revolucion, inevitables de suyo, dados los apóstoles, falsamente demócratas, dedicados á los delirios de una predicacion demagógica; en París, donde los autonomistas sueñan á una con resucitar el apocalípsis de la comunidad revolucionaria, sin comprender cuánto tuvo aquella desgarradora tragedia de circunstancial y de pasajero; en París, el Ayuntamiento recien elegido ha resultado mucho más sensato que su predecesor y más alejado, en buen hora se diga, de los dos abismos que solicitan á Francia, y que podrian devorarla y destruirla sin remedio: la restauracion y la demagogia. Bien es verdad que nuestros pueblos latinos han menester para entrar en las vías del progreso que un soberano impulso venga de arriba, constriñéndolos á caminar hácia adelante; y este gran impulso lo ha dado la política firme y liberal de un Gobierno á quien nunca le agradecerémos bastante los demócratas el ejemplo á todos ofrecido con realidad y relieve, de cómo se aunan el po-

der y autoridad del Estado con las libertades naturales del hombre, y el respeto á las leyes con la soberanía de los pueblos.

Súmese á esta felicidad en la política interior, felicidades y venturas, no ménos admirables, en la política extranjera. Vacilaba mucho el espíritu público respecto á la utilidad práctica de lejanas empresas como las de Madagascar y de Tonkin. Esta última, sobre todo, quitaba el sueño á muchos patriotas, por parecerlos ruinosa para el Tesoro frances, que necesita nivelacion segura en sus presupuestos, y ademas ocasionada, en el desarrollo de sus varios incidentes, á larga guerra con China y á una peligrosa enemistad con los ingleses. Una victoria decisiva, tras la victoria decisiva una paz estable, y tras la paz estable un tratado provechoso al comercio frances podian solamente calmar la opinion, muy desavenida hoy de las ambiciones coloniales, bien poco aceptas á un pueblo, cuyo principal ministerio histórico ha consistido en concentrar dentro de su cosmopolita espíritu y de su ático lenguaje los ideales modernos, para comunicarlos á todo el viejo continente y ejercer así la envidiada hegemonía intelectual de nuestra Europa. El resultado último de la expedicion, y el arreglo á ella consiguiente, acaba de satisfacer el ánimo y la conciencia de los más recelosos y malcontentos. Francia se queda con el protectorado permanente, así del Tonkin como del Annan, y abre á su exclusivo comercio las provincias meridionales de la cerrada China. Tal desenlace á un problema difícil, muestra cómo las democracias tienen, cuando quieren, la unidad de idea y el firme ar-

bitrio concedidos por los reaccionarios de todos matices tan sólo á las monarquías y á las aristocracias. Si un Imperio hiciera lo hecho por la República en esta década peligrosísima de su aparicion y nacimiento; si rescatára el territorio frances inundado de conquistadores por las torpezas imperiales, que han sido verdaderos crímenes contra la nacion y su independencia; si refrenára la insurreccion de Argelia; recogiera el protectorado de Túnez contra las protestas de Italia é Inglaterra; y llevára sus armas vencedoras á los misteriosos países del Oriente, abriendo á la civilizacion centros misteriosos y al comercio mercados desconocidos, los hosannas de todos los cortesanos que sólo creen grandes las grandezas tiránicas, esos loores quemados, como venenoso incienso, hasta en aras de vertiginosas locuras, cual aquellas célebres de Méjico, llenarian hoy los aires de frases hiperbólicas y de odas triunfales; pero como ha sido el vencedor un pueblo sin reyes ni nobles, regido por su propia voluntad y no por seculares privilegios, la reaccion oculta hoy, aunque inútilmente, la magnitud de tan excelsa obra y la enseñanza de su glorioso ejemplo.

Así, todas las conspiraciones monárquicas, en cuyas maniobras con lo ridículo se mezcla lo triste y odioso, van á una trocándose por necesidad en asunto de burla universal. Cuantos creian este verano último en la resurreccion del principio monárquico, por haberse juntado el derecho hereditario con el derecho moderno sobre la cabeza del nieto de los Orleans, ¡qué desengaño han tenido! El muerto sólo ha dejado tras de sí muertos. El más puro, el más antiguo, el más legítimo en-

tre los partidos varios devotos á la realeza; el que guardaba la metafísica de institucion tan añeja en sus libros empolvados; el que trascendia, como las catedrales góticas, á incienso por abrigar en sus recuerdos la santa religion de lo pasado; el que cultivaba la flor de lis con sus riegos de lágrimas; y veia, cual, en otro tiempo, los partidarios de D. Sebastian y los partidarios del czar Demetrio allá por Moscovia y Lusitania, la resurreccion y vuelta de un San Luis, coronado con diadema etérea, reluciente de los esmaltes sobrepuestos en ella por la poesía católica y monárquica; esos sacerdotes de un templo destruido, creyendo alimentar la luz de los altares vacíos con el fosforescente centelleo de sus ideas muertas, heridos por el desengaño, se recogen dentro de fúnebre silencio y se preparan á morir sin esperanza. Sus periódicos más leidos cesan; sus juntas más numerosas desaparecen; sus sacerdotes más fieles huyen. Aun aquellos ilusos, creyentes en la perpetuidad, para ellos indudable, de la realeza, que habian ido á reconocer y consagrar la herencia del Conde de París, y habian librado en él esperanzas de próxima restauracion, ¡ay! acaban por caer en el desengaño y por comunicar á sus más fieles partidarios cómo Chambord no ha contado con herederos en Francia y la idea monárquica no ha sobrevivido al monarca. Ménos actividad, menor celo que mostraba Enrique V, muestra Felipe, á quien callarémos su correspondiente ordinal número, por no hallarse ni siquiera en esto de acuerdo sus tristes partidarios. Ya en la oscuridad no se oyen los manifiestos más ó ménos elegíacos del rey legítimo, invocando la bandera

blanca ó proponiendo la cruzada católica. El Orleans, perplejo entre su tradicion legítima y su tradicion revolucionaria, ni habla del derecho moderno por no disgustar á los legitimistas, ni habla del derecho antiguo, por no disgustar á los parlamentarios; se reserva en los tristes y oscuros senos de un silencio parecido al silencio de la muerte.

Todo lo contrario, el rival y competidor de los Borbones, el césar frustrado, el Bonaparte último, y le llamo último, no por el nombre, por el reflejo de las ambiciosas y tenaces aspiraciones á una colosal y desvanecida herencia; éste habla por los codos. Todavía no reina, y fiamos en Dios que nunca reinará, pues el espíritu moderno es horno poco dispuesto á forjar en su altísima temperatura los viejos timbres y cetros de los poderes históricos: todavía no reina, y ya se parece á los reyes de véras en tener hijos impacientes por sucederle y heredarle pronto la fantaseada corona. En verdad, este Napoleon V, pues en sus tradiciones genealógicas los imperiales dan por emperadores efectivos y reinantes á los dos infelices príncipes muertos, el uno en los palacios de Viena bajo el amor de los Austrias, y el otro en los desiertos de África bajo el ódio de los zulúes; este Napoleon V, á pesar de no tener ni monarquía, ni sólio, ni vasallos, aseméjase al fundador del Escorial y gran rey D. Felipe II, en que tiene un príncipe D. Cárlos, inquieto, irrespetuoso, rebelde, á contínuos desasosiegos dado, quien diz que se burla de la política paternal en Francia, como se burlaba su antecesor español, y por línea materna un tanto su deudo antiguo, de la política

paternal en Flándes. Los tiempos no están para castigos y rigores como los empleados en la persona del heredero por la persona del monarca absoluto, pues correria riesgo el augusto coetáneo monarca de caer en manos de la justicia si tal demencia pensase. Pero lo que piensa y dice á todas horas, oportuna é inoportunamente, con verdadera insistencia, es que las ideas vislumbradas en las cartas y conversaciones particulares del príncipe y dichas á todo el mundo por los bonapartistas autoritarios y ultramontanos y tradicionales, no concuerdan de ningun modo con la verdad, y desdicen de cuanto debe por moral y por religion y por ley natural un verdadero hijo á su padre. Y en estas, no sabemos ahora si el imperialismo futuro será como el príncipe Napoleon pasado, librepensador, socialista, demócrata, ó será como el príncipe Víctor venidero, autoritario, ultramontano y creyente. La incertidumbre y perplejidad respecto á los caractéres del bonapartismo crecen á medida que abundan las declaraciones y manifiestos del príncipe. Á este gran captador de coronas antójasele igual una monarquía que un imperio; en su indiferencia olímpica por las ideas madres, que diria Gœthe, le da tanto presidir como reinar, con tal de ser el primero; pues tambien Augusto se llamó cónsul y republicano, á pesar de haber trasmitido su nombre á cuantos han reinado despues sobre los tronos europeos en todos los tiempos históricos. Francamente, la indiferencia del príncipe Bonaparte, con verdadero infantil candor expresada, peca un tanto de inoportuna, pues sin aspirar los republicanos á Maquiavelos, como él aspira en su ambicion á

césar, deben comprender, por lo ménos sentir, que se trata de reemplazar la República con la Monarquía por el medio augustal de un diez y ocho de Brumario y de un dos de Diciembre. La Censura continuará, y el Tribunado y el Consulado; pero Diocleciano será cónsul, Diocleciano será censor, Diocleciano será tribuno, Diocleciano será césar, y tendrá todas las magistraturas con todas sus insignias y todas sus preeminencias y todas sus facultades para mandar á las hogueras los cristianos. Se le ha conocido el juego. Lo único hábil que hace hoy el príncipe Napaleon, y le rindo en esto completa justicia, es aprovecharse del mayor de nuestros errores y de la más grave de todas nuestras faltas; de la revision constitucional. Esta fórmula perteneció á los partidos realistas, y, por una desgracia inconcebible, adoptóla tambien el partido republicano bajo la influencia de una palabra entónces omnipotente. Y la hora del cumplimiento llega, y con esa hora terrible y nefasta, evocacion de antiguos errores, llega una concordia entre demagogos y bonapartistas, muy débil para vencer, muy poderosa para decir á los verdaderos republicanos, que deben evitar, enterrándolo en cualquiera de las vías legales y parlamentarias, el peligrosísimo escollo de una revision constitucional.

Hablemos de Egipto, y francamente digamos cómo cuestion tan grave se ha reducido en este momento á una sola persona, importante, importantísima, pero única, por mal de los ingleses: á la persona de Górdon. Quitadle, y habréis quitado la dificultad invencible del momento. Si Gladstone se debilita; si la Cámara de los

Comunes se perturba; si la prensa británica se subleva; si no teniendo sucesor posible hoy los liberales, alientan y triunfan los conservadores; si empresa tan alta como la reforma electoral apénas entra en la conciencia pública; si discursos tan magistrales como los pronunciados últimamente por el primer ministro apénas lo fortalecen hoy en el poder, aunque perduren mañana en la gloria; débese todo á ese Gordon, chino, egipcio, nubio, abisinio, mercader, guerrero, visionario, predicador, una extraña singularidad, que admira y pasma por sus aptitudes multiples y por sus arranques sobrenaturales, hasta en el seno de una raza tan por extremo individualista y fecunda en tipos originales como la raza sajona. Yo tengo con quien compararle aquí en España, cuando vuelvo los ojos á tiempos antiguos que me gusta evocar, si guardan relacion de algun género con los modernos tiempos. Y no lo comparo ciertamente con los primeros descubridores del Nuevo Mundo, en quienes predomina el carácter guerrero sobre todos los otros caractéres; lo comparo más bien, maravillaos, con los primitivos misioneros jesuitas, y entre todos ellos, con los exploradores de las Indias y de la China.

El misionero y el explorador se suman, á no dudarlo, con grandísima felicidad, en el bajá y mandarin britano, cual se sumaban allá en los móviles de las expediciones jesuíticas, índole mundana y ascética en mezcla incomprensible, vehemente y hábil, con presentimientos proféticos y cálculos matemáticos; informe asociacion de sacrificios individuales y de codicias mercantiles. Nada tan curioso como los métodos empleados por el jesuita

Ricci para influir en costumbres de tanto arraigo como las costumbres chinas y en imperio de tanta originalidad propia como el Celeste Imperio. Grande tentacion para estos apóstoles con mezcla de aventureros el saltar la muralla ideada por antiguos recelos, y sorprender los misterios de una religion cercana, y mucho, al seno de la Naturaleza, cristianizando castas, en quienes dominaban el antiguo espíritu asiático y las ideas teológicas engendradas en las entrañas mismas de tan viejo territorio y descendidas como gotas de lluvia del seno de su atmósfera. Deseoso naturalmente de sorprender y sojuzgar aquella sociedad con delicadezas de cultura y achaques de barbarie, desvistióse la vestimenta de jesuita y vistióse la vestimenta de mandarin. El hijo de Loyola, envuelto como un cadáver en su negra sotana, mortaja más que traje, ciñóse las multicolores túnicas y las pajareras insignias del magnate chino. Y sabiendo cómo las ciencias privaban allí entre aquellas gentes, comenzó por propinarles enseñanzas matemáticas, para concluir por propinarles enseñanzas religiosas. El cielo era el libro de tales razas, y al cielo mismo les convirtió los ojos, á fin de que allí encontrasen como un proemio á las revelaciones evangélicas. Convencido profundamente de que necesitaba muchas trazas ántes que muchas ideas para persuadir á pueblos asentados allá en los albores de la historia y en los albores del Oriente, dijo cómo su Evangelio no era un original y singular libro, sino la renovacion de los libros antiguos de Confucio. Moral sencilla, teología positiva, espíritu práctico: hé ahí las cualidades reconocidas por la historia en el

revelador asiático. Y los jesuitas idearon un sistema en consonancia completa con todos estos caractéres históricos de una obra verdaderamente indígena. Los ritos antiguos mezclábanse á los ritos cristianos; la idea de un Dios, sin el complemento de la Trinidad ni las jerarquías de los ángeles, alzábase del seno de todas aquellas sus afirmaciones como dogma comun á todos los cultos; creíase más en la virtud moral que en la verdad dogmática; y se llegaba, sin decirlo, á convenir en que una vida de inmaculada pureza y un hábito contínuo de practicar el bien concluyen por allegar tanto la salud eterna como la salud temporal á los hombres verdaderamente religiosos.

Así, arribaron á la córte misma del Emperador y tuvieron por milagro en ella una gran privanza. Los calendarios chinos para el palacio Imperial fueron redactados por estos apóstoles, quienes predicaban libremente, á cambio de tan claros servicios, la verdad evangélica. Chunt-Chi aparece, por entónces, el verdadero protector de los jesuitas, que le amaestraron así en la astronomía como en la óptica europea; le proveyeron de cañones fabricados á nuestra usanza; y le dejaron más de ciento cincuenta obras. Necesitóse la febril actividad, la constante perseverancia, la increible destreza y hasta la perfidia misma de los jesuitas para entrar y residir allí donde se consideraba crímen la extranjería y criminales á los extranjeros. Bien es verdad que hombres tan desasidos del mundo en general, se asian á las prácticas de la region que habitaban, con una extrema flexibilidad. Tal sucedió en la India. Cuando veian, y el ejemplo de

Nobili testifica esta observacion, que la igualdad católica repugnaba con repugnancia invencible á las altas clases, admitian las castas como si nacieran á orillas del Gánges; y se vestian de Brahamanes como si fueran sacerdotes de la religion índica; y huian la sombra nefasta de los párias, como cualquiera de aquellos empedernidos y supersticiosos creyentes. Llegó, segun refieren los relatos del tiempo, la flexibilidad jesuítica hasta el extremo de suministrar la Encarístia por medio de instrumentos á los párias, y no por medio de las manos para no contaminarse con ellos; como si el Supremo Hacedor no se hubiera contaminado con estos gusanillos de la tierra en el momento sublime de su Natividad y no hubiera con ellos partido en la Cena el pan de las almas.

¿No creeis leer la historia de Gordon, que sólo á grandes audacias como estas audacias, mezcladas con grandes complacencias como estas complacencias, ha debido el emprender sus increibles viajes por todo el planeta, y realizar entre todas las razas del mundo sus fabulosas aventuras? Decidle que marche con cualquier encargo peligroso al Asia extrema ó al África acuatorial, y le veréis en seguida partirse, confiando en su intuicion, semejante á los impulsos de las especies que viajan y emigran. Cuando lord Granville le mandó á Jartum, estaba en Bruselas aguardando una órden Real para partirse al Congo. Hábil cronista nos refiere cómo, llegado á Lóndres por la mañana, salió de Lóndres por la tarde, acompañado hasta la estacion del general Wolseley, que le llevaba los abrigos; del ministro Granville,

que le tomó los billetes, y del Duque de Cambridge, personaje casi Real, que le abrió, á guisa de diligente doméstico, las portezuelas de su coche. Un dia le bastó para tratar todos los negocios pendientes en el Cairo y proveerse de lo indispensable para un viaje por la inmensidad del Desierto. Los valles del Nilo y los arenales de Nubia le ven pasar, acompañado de bien escasa gente, caballero en el empinado lomo de un camello; y á pesar de su complexion británica y de su rubia cabellera, le respetan como si fuese algun sobrenatural enviado del cielo: que luz centellante y mágica despiden sus azules y soñadores ojos, cual relampagueos de un espíritu magnetizador y profético.

Aunque sus largos viajes y sus numerosas aventuras inspiran grande confianza en el término feliz de tan atrevida empresa, temian y recelaban muchos por él en vista de las inclemencias del desierto aumentadas por la insurreccion universal de los beduinos, más temibles todavía que los chacales y las serpientes y los tigres y los leones, en aquellos espantosos y emponzoñados climas. Mas, en catorce dias, llegó del Cairo á Berber; y en siete dias de Berber á Jartum. Bien puede hacerlo este representante de los antiguos sajones, los más atrevidos entre todas las razas boreales; y de los antiguos normandos, que, rompiendo las nieblas del Norte, aparecian como seres fantásticos dentro de sus barcas de cuero, semejantes á focas y ballenas, por las oceánicas playas en Occidente. Nieto de soldados y de armadores, peleará este verdadero tipo sajon, lo mismo por mar que por tierra; ingeniero ante Sebastopol, diplomático en Besa-

rabia y en Armenia, instructor de reclutas en Inglaterra, soldado de la guerra contra la China, uno de los conquistadores de Pekin; capitan despues en aquellas tierras por su propia cuenta ó por cuenta de los mismos á quienes subyugára; capaz de sostener en dos años treinta y tres combates campales y otros tantos asaltos, sin más arma que una batuta de músico; empleado en las fortificaciones del Támesis; maestro de escuela, cuando sus ocios en Lóndres se lo permiten; asistente y enfermero en los hospitales, si los minutos de vagar escaso que le dejan sus tiernos discípulos se lo consienten; predicador y misionero, como los puritanos escoceses del siglo décimoséptimo y como los kuákeros americanos de nuestro siglo; perseguidor de los esclavistas y negreros en Nubia; comandante general del Ecuador; jefe de tribu, como cualquiera de los profetas africanos; arquitecto de nuevos Estados en las entrañas de misteriosos continentes; explorador del Nilo blanco y del lago Nianza; capaz de andar en solo un año mil quinientas leguas á camello; Virey del Sudan; secretario de Ripon allá en la India; peregino por los Lugares Santos, donde reza con todo el fervor de los más exaltados creyentes; y luégo, al poco tiempo, administrador y gobernante de basutos en el cabo de Buena Esperanza, bien puede asegurarse que no existe complexion tan original y vida tan legendaria como la del tal hombre, pues ya lo tomariais por un revelador de mística estirpe, ya por un mago del Asia primitiva, ya por un derviche del África musulmana, ya por un adormecedor de serpientes en el desierto, ya por un misionero jesuita, ya por un metodista

británico, ya por un general de grandes ejércitos, ya por un magnetizador, ya por un profeta, siempre por algo extraordinario y grande, aunque muchas veces, de puro inspirado, parezca misterioso, y otras veces, de puro singular y originalísimo, extraño y extravagante.

Por lo mismo que Gordon tiene todas estas facultades extraordinarias, á la verdad, sirve mucho para una empresa como la de Livingthone y Stanley, ó como las de tantos otros iluminados ilustres á quienes mueve la intuicion íntima y ayudan asociaciones poderosas, ó partidos militantes, ajenos á la mesura propia de un Estado y á las responsabilidades naturales del gobierno. Y no habia, pues, para que allá, tan léjos como Jartum, expedirlo en representacion del Imperio británico, y luégo abandonarlo quizá por fuerza y sin remedio, con detrimento de quien lo mandára. Obedecen todos los procederes, con Gordon-Bajá seguidos, á la incertidumbre que ha dominado en el gobierno desde los comienzos de la expedicion egipcia. Si no queria Gladstone el protectorado, esa conquista más ó ménos simulada, ¿por qué los bombardeos de Alejandría y los combates del Tell? ¿Por qué la Constitucion de Dufferin leida y propuesta con tanto empeño al Jetif? ¿Por qué la tenencia de Nubar-Bajá, quien mandaba sobre las orillas del Nilo en representacion y nombre casi de la Gran Bretaña? ¿Por qué las correrías de los generales ingleses en el Sudan y la órden terminante de preservar contra todas la maquinaciones del Mahedi las plazas del mar Rojo? ¿Por qué la embajada de Gordon, cuya historia épica debia

de suyo alarmar elemento social tan exaltado como ese gran espíritu, verdaderamente tormentoso de las muchedumbres sajonas, en quienes la dificultad y tardanza para moverse al primer soplo de la pasion se hallan muy compensadas con la constancia invencible despues de haberse apasionado? Allí en el gobierno habia quien representaba la idea de abstencion pura en Egipto, y quien representaba la idea de dominacion eminente sobre Egipto. Precisaba seguir, bien al uno, bien al otro de ambos partidos, en cuyo caso, la claridad misma del objeto propuesto y último iluminára las escabrosidades múltiples del áspero camino. Mas el seguir dos políticas ha equivalido á no seguir ninguna. Y lo prueba el desdichado propósito de una Conferencia europea, en cuyo seno quieren los ingleses tratar todo cuanto á Inglaterra interesa, como la cuestion económica, y omitir todo lo que interesa precisamente á los demas, como la cuestion administrativa y política. Cualquiera diria que los primeros economistas del orbe ignoran como la economía es elemento muy principal en toda la vida y en toda la sustancia de un Estado. Así, al responder los ministros europeos en propuesta de tal monta, se han mostrado, como era natural, decididos por extender los asuntos de la Conferencia y agrandar sus facultades, pues Francia no puede asistir indiferente á las alteraciones profundas en el gobierno de tierras donde ha ejercido tanto influjo y ha dejado tantos recuerdos; ni Austria é Italia olvidar la importancia del Egipto, para quienes poseen las costas del Tirreno y del Adriático, la isla de Sicilia y las ciudades importantísimas de Dalmacia. Grecia cuenta

en Egipto con una gran parte de la poblacion culta, y Turquía con dominio eminente, de antiguo reconocido. Nosotros mismos no podemos desasirnos del interes que suscita en el Occidente de nuestro Mediterráneo lo que al otro extremo sucede, así como no podemos prescindir del Canal, paso á nuestro hermoso y fecundo Archipiélago del Pacífico. Todos lo dicen á una voz en Europa: ó no se reunirá la Conferencia, ó tratará negocios superiores en magnitud á los propuestos por el gobierno inglés. Tantos tropiezos de hombres eminentísimos como los ministros de la Gran Bretaña en asunto que debia serles claro, como el asunto de la política egipcia, prueban la necesidad en todos estos grandes problemas de la unidad y resolucion, así en los móviles, como en los objetos; pues de lo contrario, se suceden sesiones, semejantes á la última, que ha tratado en la Cámara de los Comunes el abandono de Gordon, produciendo una votacion tan escasa, que ha equivalido, á pesar de haber alcanzado el gobierno mayoría, más ó ménos respetable, á segura derrota.

El asunto capital de este mes ha sido la discusion, ya cerrada, que se ha empeñado en el Reistach sobre prórroga de las leyes excepcionales, dictadas en otro tiempo, contra los partidos socialistas. Abrióse bajo la impresion de que iba el Canciller aleman á una rota inevitable, por haber presenciado la minoría ultramontana enmienda capciosa, en cuya votacion podian sumarse todas las oposiciones, muy superiores por su número, cuando no se dividen, á las huestes ministeriales, tambien formadas de grupos varios y rotas en fragmentos por discor-

dias y discordancias contínuas. Pero el centro, como se llama en jerga de Parlamento á los neo-católicos de Alemania, temiendo irreparable desavenencia con Bismarck en el período crítico de sus avenencias, más ó ménos intermitentes, con Roma, retiró la enmienda, y trajo la derrota. No falta quien diga que la deplora el Canciller, por haberle quitado ocasion plausible de nuevas elecciones, en las cuales se proponia conseguir un Parlamento dócil. Mas el refran dice: «que oros son triunfos»; y así ha visto sus leyes draconianas de nuevo admitidas por la Cámara, y sus eternos enemigos de nuevo rotos y en fuga. Lo más importante y trascendental de tan empeñados litigios parlamentarios ha sido, como siempre, la palabra del Canciller, quien ha orado como nunca orára, brillando principalmente por su claridad y por su franqueza. Y eso que giraban sus oraciones sobre términos de aquellos señalados en la ciencia kantiana con la gráfica denominacion de antinomias irreductibles del entendimiento. Su empeño principal está en perseguir á los socialistas despues de proclamar el socialismo. Los pone fuera de las leyes, arrebatándoles cuantas seguridades han dado las sábias legislaciones modernas al pensamiento, y al hogar á la suma de inteligencias libres en la prensa y á la suma de voluntades libres en las asociaciones; pero despues de tratarlos así, tan cruelmente, y disolverlos sin piedad bajo los tacones de sus botas de coracero, proclama la santidad increible de los principios socialistas y la obligacion de aplicarlos á esta imperfecta sociedad, aquejada de los combates del trabajo con el capital por su respectivo predominio, pa-

recidos á los combates de las especies inferiores entre sí por el alimento y por la vida.

No comprendo, en la poquedad indudable de mis alcances, cómo se compadece tal guerra, cruel á los sectarios, con tantas apologías de secta. Favorecer una creencia y luégo exterminar á los creyentes, paréceme, por lo ménos, cosa nueva en la Historia. Imagináos que Neron, despues de haber exterminado á los cristianos, proclama el Cristianismo como la mejor entre todas las religiones; que Felipe II, despues de haber vencido á los protestantes en Ambéres, depone al Papa, y tendréis una idea del proceder seguido en esta parábola nueva, por el cometa errante, por el genio extraño, que ¡ay! en suma increible tantas grandezas intelectuales y morales reune con tantas extravagancias en el pensar y con tantos verdaderos crímenes políticos. El mundo se asombra de tamañas contradicciones, porque teme, y con razon, al ver los bruscos cambios de personalidades eminentes, como el Emperador y el Canciller, los cuales pueden, cuando se les antoje, forjar el rayo, hallarse cualquier dia expuestos á una catástrofe por ese vestigio de poder personal y omnímodo restante ¡contradiccion terrible! todavía en las cimas y cumbres más altas de la cultura europea.

Cuantos han vivido un poco recuerdan el horror causado á pueblo tan demócrata como el pueblo frances con principio tan socialista como el derecho al trabajo. Huyendo de tal utopia, relampagueante primero como lejana electricidad en las sesiones inolvidables del célebre Luxemburgo, como nubarron de tormenta descar-

gado en las terribles jornadas de Junio, Francia se apartó de la República, volcó la tribuna, rompió la prensa, dando en aquella dictadura imperial, que habia de perderla con derrotas y desmembraciones en los campos de batalla y deshonrarla con veinte años de incomprensible servidumbre ante la conciencia y ante la historia. Por tal derecho debe sustituirse al individuo y á la familia el Estado, curándose de previsiones y de ahorros, que no pueden caer bajo su competencia. Si todo ciudadano tiene derecho á que le procure ocupacion el Estado, así como deberá emprender éste públicas faenas para el bracero, deberá, por consecuencias derivadas naturalmente de tales premisas, comprar al artista sus obras de arte y al sabio sus libros de ciencia, volviendo á un patriarcado sólo posible cuando la sociedad tiene la reducida extension de una familia y cabe toda entera bajo la móvil y nómada tienda de un patriarca. Pero imaginaos que todos cuantos tienen hambre vuelven al Gobierno las manos en demanda del pan de cada dia; y todos cuantos son huérfanos, piden al Gobierno amparo; y todos cuantos malgastan tiempo y dinero, al Gobierno ahorros; pues necesitan constituir un Estado como aquellos inmensos del Asia, sobre los cuales han caido las maldiciones del espíritu y las arenas del Desierto. Cuando se consideran todos los peligros que siembra el Canciller á los cuatro vientos, diciendo desde las alturas de su omnipotencia cosas tales en oidos como los de un pueblo tan atormentado por la miseria, cree fácilmente la malicia general que prepara una herencia imposible al heredero de la corona germánica, para que todo el

mundo eche allí de ménos su nombre y su poder el dia que trasponga la vida, y entre con su cortejo de triunfos en los cielos de la Historia. Un diputado economista, de humilde tono, pero de sumo sentido, ha puesto las cosas en su punto, diciendo cómo, para resolver problema mucho más fácil que todos los derechos al trabajo y es á saber, el socorro prometido á los inválidos de la industria, Bismarck arbitra diez y seis millones de marcos, pidiendo catorce á los fabricantes, y procurando él sólo dos, que al fin y al cabo salen de los presupuestos, y por tanto, del trabajo y del sudor de los trabajadores, más agravados que protegidos con estas inciertas y fantaseadas utopias. Y como quiera que nunca se dicen tales cosas al aire por hombre de tanta importancia como el Canciller, han presentado los socialistas de la Cámara un proyecto, en el cual proponen la organizacion del trabajo por la autoridad del Estado, con lo cual muestran cómo hasta quien tiene bajo su mano los instrumentos más formidables de fuerza hoy en el mundo, un Estado como el Sacro Imperio y un ejército como el aleman, promete reformas sin poder cumplirlas, pues sólo traerá una metamórfosis social con su luz y con su calor propios, el principio creador entre todos los humanos principios, la santa y fecunda libertad.

Volvamos á otras regiones los ojos.

Faltaria un grupo importantísimo de sucesos á nuestra crónica, si faltasen los sucesos de Oriente. Y no podriamos ir á las regiones orientales sin mentar un personaje, muerto en estos últimos dias, á quien la singularidad de su idea propia y de sus propósitos políticos y

sociales hale dado importancia excepcional en Turquía. Refiérome á Midhat-Bajá, un tiempo alma del jóven partido liberal turco, tomado por robusto elemento político á su aparicion, y autor de pasajero Código fundamental saludado con alardes varios de férvido entusiasmo por los que, ignorando cuánto varía la política segun las tradiciones y las circunstancias, vieron ¡ciegos! en sus artículos arrancados á nuestras constituciones modernas, la promesa de regeneracion segura para tristes razas, de antiguo sometidas, por su fe y por sus instituciones, al más enervador fatalismo. ¡Ah! Midhat creyó que bastaba dar un código inspirado en las tres últimas centurias de las revoluciones cristianas para que pudiera el Imperio turco tomar una complexion distinta de la que habia recibido del islamismo y del Koran. Proclamóla en una conjuracion de Palacio, sostenida por un movimiento de cuartel; y desapareció la Constitucion al poco tiempo, asemejándose á todos los artificios que se sobreponen por fuerza y no se imponen por la propia conciencia y voluntad á un pueblo, metido hasta la médula de sus huesos y hasta la esencia de su alma en las antiguas y arraigadas supersticiones históricas. Desde dictador intelectual de Turquía, pasó, en el reinado actual, á gobernador de Siria, y desde gobernador de Siria pasó á reo de regicidio acusado públicamente y á muerte condenado por los tribunales; terrible sentencia conmutada por prision perpétua en regiones cálidas y estériles, donde las inclemencias del clima, segun unos, y segun otros, la nefasta eficacia de preparado veneno, le han concluido y borrado de los vivos, entre los cuales

hace tiempo que sólo se le contaba como un muerto. Al mismo tiempo que daba su obra de fantástica regeneracion á luz, y escribia y promulgaba su liberal Constitucion entre los alaridos de los softas y las salvas de la guarnicion, decíale yo lo siguiente, cumplido por los sucesos y que puede verse registrando en mi libro *La Cuestion de Oriente*, publicado al mismo tiempo que promulgaba la célebre y aplaudida Constitucion:

«Midhat-Bajá parece, á primera vista, uno de esos hombres, como Cronwell, como Federico de Prusia, como Turgot, como Aranda, que valiéndose del poder absoluto cual de incontrastable instrumento, lo emplean con gran sabiduría en impulsar la sociedad hácia adelante, y en reformarla, oprimiendo los intereses antiguos en bien de los derechos nacientes. Estos ministros, á cada paso surgen por las monarquías, hombres extraordinarios, capaces de elevarse á una concepcion superior de lo porvenir y realizarla con los medios varios que les ofrece lo pasado y lo presente, fiando al atraso mismo de los pueblos y al poder inmenso de los reyes el superar y vencer todas las resistencias sociales. No era otra cosa que uno de estos hombres aquel D. Álvaro de Luna, consagrado á destruir el feudalismo un siglo ántes de que tal medida estuviera en sazon, y muerto al hacha del verdugo, no tanto por la omnipotencia de su privanza como por la audacia de su pensamiento. Mas debe considerarse que hay sociedades condenadas por la fatalidad misma de su complexion á no recibir ninguna reforma sin perecer enteramente. La ley de la trasformacion general no les alcanza. Se han formado con principios ta-

les, han crecido con tales elementos, que la reforma equivale á la muerte, sucediéndoles así lo que á ciertos enfermos desesperados, á quienes mata la medicina capaz de volverles la salud y conservarles la vida. Así hemos visto desaparecer naciones enteras sin dejar en los desiertos ni las huellas del insecto que aletea ó del reptil que se arrastra sobre los océanos de arena. Por ejemplo, nada le hubiera sido tan fácil á Cartago como imitar el ejemplo de su rival Roma, y en vez de soldados mercenarios, tener soldados nacionales. Pero si aquella aristocracia mercantil admite semejante principio, contrario á sus bases fundamentales, muere; y prefirió á caer por el suicidio, caer por la derrota. Y lo mismo el Imperio turco, ese Imperio con su Koran revelado por toda ley, con su califa-sultan por todo poder, con sus supersticiones tradicionales por todo espíritu, con su rigidez mortal por toda vida, inmodificable completamente á los humanos progresos. El que lo reforma, lo mata. Imaginaos un médico, que para curar nuestro organismo enfermo propusiera en su clínica desmontar el esqueleto de un vivo, como podria desmontarse cualquier esqueleto de un muerto en el gabinete de Historia Natural. Pues hé ahí lo que Midhat-Bajá propone; coger á Turquía viva y desmontarle y limpiarle todo el esqueleto. De seguro le causa la muerte.»

Ya que nos hemos entrado, poco á poco, en la cuestion de Oriente, sin pensarlo y sin quererlo casi, veamos por dónde pasa, por qué términos, en este cuarto de hora. Desde luégo aquellos humos del Sultan reinante para declararse Califa de todos los creyentes, se han

desvanecido al hielo del desengaño, que le han dado las resistencias de antiguos ortodoxos en la Meca; los pronunciamientos de tribus árabes, ufanas de llevar en sus venas la sangre pura de Mahoma; y el crédito alcanzado entre todos los adoradores del Koran, por ese Mahedi pujante de África, quien parece venido á levantar el islamismo de nuevo en los desiertos y detener y contrastar la cristiandad. En estos dias Bizancio, la triste Bizancio, probada por tantos infortunios, ha sacudido un poco sus tristezas eternas y gozado de festejos regocijantes.

Dos príncipes jóvenes, el heredero de Alemania y su esposa la princesa Estefanía, sobre cuyas cabezas resplandecen coronas imperiales y reales en cercana y segura perspectiva, se han ido á pasear las dichas de su reciente boda y han visitado aquel célebre paisaje, donde Asia y Europa se juntan, puesto, por cuantos creen sentir la naturaleza y el arte, encima de la vega de Granada con sus colinas y sus torres ó de la bahía de Nápoles con sus restos de ciudades romanas, sus islas griegas y su volcan humeante. Muchos comentarios se han hecho y muchas cosas se han dicho respecto á las causas várias de tan ceremonioso viaje. Si creemos á unos, halo decidido el deseo de unir y enlazar los ferro-carriles austriacos y turcos en sitio conveniente á los futuros planes del Austria; y si creemos á otros, el capricho de pasear la luna de miel, todavía en creciente, por los lugares enaltecidos con los amores de la infeliz Hero y cantados por Ovidio. Sea cualquiera la causa de tal peregrinacion, el Sultan se ha portado como consuma-

dísimo estadista, recibiendo con toda suerte de agasajos á los huéspedes, hasta en su obsequio arruinarse más de lo que hoy está, si cabe, y negándose, por completo, á satisfacerlos en sus pretensiones, bajo cierto aspecto industriales y económicas, pero con toda verdad, guerreras y estratégicas.

Austria sueña con Salónica y su territorio, como Rusia sueña con Sofía y su territorio. Desde que posee Rusia, por reciente retracto, Besarabia, la ciudad antigua de Sofía es punto capital en su camino á Constantinopla; y desde que Austria posee, por anexion reciente, Bosnia y Herzegovina, la ciudad de Salónica es otro punto, de igual importancia que Sofía para Rusia, en el camino de Constantinopla. Los dos Imperios creen que toca por derecho propio á la raza eslava y sus representantes la herencia de Bizancio; sólo que Austria cree más cercanos de tal derecho á los esclavones del Mediodía y Rusia cree más cercanos de tal derecho á los esclavones del Norte. Semejante rivalidad y competencia entre unos y otros, sostiene á Turquía en ese inestable y peligrosísimo equilibrio, que podrá romperse con facilidad suma y desquiciar en esta interrupcion toda la máquina europea. De consiguiente, al Imperio turco le interesa mucho atizar la rivalidad entre los dos Imperios competidores, y no decidirse por ninguno en postrer y definitivo resultado, salvándose bajo el recíproco y terrible contraste de sus reepectivas opuestas fuerzas. Así ha recibido muy bien al príncipe imperial de Austria, pero se ha negado á revolver el expediente de conjuncion entre los ferro-carriles turcos y los ferro-carriles austria-

cos, cual se ha negado tambien al apresuramiento del pago en la indemnizacion de guerra impuesta por Rusia, despues de las últimas victorias, y que Dios sólo sabe cuando se podrá satisfacer por completo. En cambio ha tenido que despedir al gobernador Alejo-Bajá, cuyos poderes queria prolongar en Rumelia, sometida todavía nominalmente el Imperio turco, y que nombrar el gobernador acepto á la córte de Petersburgo. Pero en esto el hado cruel ha podido más que su libre voluntad, la cual toma trazas indecibles para conseguir ventajas más ó ménos ilusorias, en el estado actual de su postracion y decaimiento, que nadie gana en finuras políticas y resistencias insuperables á un político turco, sordo, cuando le parece bien, á toda reclamacion; mudo, como una estatua, en todo cuanto le conviene callarse; impasible hasta no pestañear, ni sonreirse, ni dar expresion de ningun género ni al rostro ni al mirar en su natural indiferencia oriental; y tan sabedor de cuanto importa ganar tiempo en los negocios de Estado, que opone largas prolongadísimas á lo adverso para ver si á su favor logra, cuando todos los horizontes se le cierran y todas las esperanzas se le acaban, dos factores por igual importantes, el tiempo y la casualidad.

Bien há menester encomendarse á tales dioses, porque su enemiga mayor, la inmensa Rusia, crece con desmedido crecimiento. Hace algunos meses nos dijeron cómo se habia posesionado soberanamente de Merú, y ahora nos dicen cómo anda, y á marchas dobles, hácia Sarachs. La noticia sorprende tanto más cuanto que parecia un dogma de la política internacional inglesa, que

los rusos no pudiesen apoderarse nunca jamas de tal territorio, perteneciente á Persia, camino terrestre seguro al golfo inmenso donde el Eufrates y el Tígris desembocan por desembocaduras gigantes. Bien es verdad que tambien la política imperial inglesa ponia un veto á la posesion de Merú, y Merú ha entrado en el acervo de los dominios rusos. Cuando se considera cómo Rusia en estos tiempos últimos se ha fortalecido, con qué fortaleza, en el Cáucaso, aquella cordillera, cuyo nombre ostenta la más ilustre y más hermosa entre las razas y familias humanas, cordillera importantísima para la dominacion del Norte de Asia; cómo la última guerra con Turquía le ha dado predominio en esa grande Armenia, donde se detuvo el arca de Noé, despues del diluvio, segun las tradiciones bíblicas; y cómo se dilata por el Turquestan, la meseta generadora de las grandes irrupciones bárbaras; compréndese muy bien el recelo de la opinion austriaca por las dilataciones de Rusia y sus eslavos en la península de los Balkanes, así como el recelo de la opinion británica por las dilataciones de Rusia y sus eslavos en el centro de Asia.

La Cancilleria Moscovita suele cohonestar tales extensiones de territorio con los más fútiles pretextos, y decir como el carácter nómada y el genio guerrero de las tribus errantes por el Turquestan le obligan, mal de su grado, á encerrarlas por fuerza en la gran clausura de su estado, pues para ellas no hay término medio entre la sumision y la rebeldía. Mas todos los partidarios de la política secular inglesa claman á una contra estas excusas, y dicen cómo Rusia toma en los caminos de Asia

posiciones que han de conducirla tarde ó temprano á una irremediable actitud ofensiva contra Inglaterra. El duque de Argyl, en debate promovido por el heredero de Bulwer, hace pocos meses, decia con verdadero espíritu profético la importancia de Sarachs para los rusos en sus amenazas á Inglaterra y sus posesiones índicas, por lo fértil de un terreno feracísimo, en el cual podian mantener con facilidad sus huestes invasoras sobre el país mismo, como en lenguaje de guerra suele frecuentemente decirse. Desde las vertientes caucásicas á la India, no existe más que un camino, el tomado ya por Alejandro en sus correrías maravillosas por el centro de Asia: Sarachs, especie de colosal agujero abierto en las cordilleras que separan el Iran, tierra meridional, del Turan, tierra boreal, y conducente al corazon de las posesiones británicas en Asia. Véase cómo la cuestion de Oriente se complica y encrespa más cada dia, cargándose de una electricidad, que puede fácilmente descargar tempestades horribles sobre nuestra Europa.

JUNIO.

Una ceremonia se ha celebrado en Rusia, que, mostrando la ciega confianza de los poderes históricos en su duracion, tambien muestra la incurable debilidad que los aqueja y los obliga, en estos instantes supremos, á prescindir de tradiciones históricas, indispensables al esplendor y robustecimiento de las monarquías absolutas. El heredero de aquella corona, que Pedro el Grande llevára con tanto brillo, ha jurado aparatosamente los deberes impuestos por su altísima dignidad; lo cual prueba, como deciamos ántes, su confianza èn la duracion del principio monárquico; pero los ha jurado en Petersburgo, capital de la burocracia germánica, y no en Moscou, capital del czarismo ruso, lo cual prueba su temor á confabulaciones nihilistas y á estallidos revolucionarios, temor que acusa una irremediable debilidad en la más absoluta y más tiránica entre todas las monarquías europeas. No puede negarse que la inteligencia de Rusia con Alemania en estos últimos tiempos ha consolidado mucho la paz general en el continente, amenazado al otoño último, de terribles y devastadoras

guerras; pero tampoco puede negarse que la concentracion del poder supremo dentro de sí mismo para pesar con mayor pesadumbre sobre los derechos de los ciudadanos y el desarrollo de la nacion, ha traido una política tan asfixiante, que no puede respirar en ella el espíritu públicó, falto por completo del oxígeno que todo lo vivifica, falto de la libertad. Lo mismo la prensa diaria que las Universidades oficiales, y lo mismo las Universidades oficiales que los centros científicos libres, pasan por esos períodos de opresion horrorosa, interrumpidos sólo al estremecimiento de alguna sacudida revolucionaria, tan preñada de peligros como las oscilaciones subterráneas, ó á la perpetracion de algun crímen, destinado, en su terrible inutilidad, á manchar con horrores nuevos la manchada historia de toda tiranía.

El Kremlim oriental con sus muros negros y sus rotondas áureas; el santuario de la tradicional Asuncion ornado con los mosáicos litúrgicos; la Iglesia de San Isaac, erigida en el palacio fortaleza de los czares como tabernáculo propio al poder absoluto; estos timbres varios de la monarquía rusa, parecian más natural teatro de ceremonias cortesanas, que los palacios levantados por aquel gran jefe de los occidentales y de los europeos, quien, al abrir de par en par el cerrado Imperio al espíritu moderno, mató, sin quererlo y sin saberlo, el árbol asiático de la teocracia moscovita, que no puede vivir en nuestras latitudes sociales, ni en nuestro clima espiritual. Así, la procesion que ha trasportado las insignias imperiales por los espacios de Petersburgo, ha carecido completamente del sello asiático, y por tanto,

del carácter pictórico admirados por todo el mundo en las procesiones de Moscou. El desmedido cetro, semejante á un áureo báculo de patriarca; la corona, tan parecida por su construccion á las tiaras de Persia y á las diademas de Constantinopla; el globo rematado con aquella grande águila de las dos cabezas, que parece indicar la rapacidad de los czares; tales insignias de otros tiempos y de otros pueblos pedian junto á sí los cosacos del Don, vestidos con sus pieles históricas; los sacerdotes del Oriente, recamados, como sus ídolos, de rubíes y esmeraldas; los montañeses del Cáucaso, ceñidos con los zaragüelles de Albania; los popes de la estepa, rígidos y silenciosos como bizantinas imágenes; el armenio con sus hopalandas; el turcoman coronado por los antiguos turbantes; el tártaro en su ligero caballo; todo el cortejo de los déspotas en el Oriente misterioso y oprimido por tantas tiranías empeñadas en dorar las insignias del propio poder y las cadenas de sus infelices vasallos. La capilla del palacio invernal, poblada toda ella por uniformes á la usanza europea y trajes de córte parisiense, denotaba un predominio de las costumbres occidentales sobre las costumbres orientales, que no se compadece bien de modo alguno con la política simbolizada por el juramento prestado ante su padre y su señor, el czar de todas las Rusias, por quien se prepara desde ahora mismo á recibir tan terribles herencias gravadas con tan espantosa tiranía.

Una compañía de vistosos guardas estaba tendida desde las puertas del camarin imperial hasta las puertas del templo palatino. El Emperador, la Emperatriz,

pasan rodeados de sus respectivas córtes entre aquellos inmóviles soldados. El príncipe Nicolas, pues tal nombre lleva el heredero de tanto Imperio, tiene á la derecha su hermana, la Princesa niña, que se llama Xenia; y á su izquierda su tio y tutor el gran Duque, llamado Waldimiro. Sin duda, para indicar mejor la política de fuerza, como en estas córtes orientales no se descuida ni se desatiende perfil ninguno, viste la vestimenta de los cosacos el Príncipe heredero. Pero su tez rosada, su cabello rubio, sus ojos vagamente azules, su complexion débil, su salud incierta, dicen bien á las claras que no basta con haber nacido heredero imperial para conseguir de la Naturaleza el férreo temperamento pedido por la sociedad á los personificadores de Imperios. Los cánticos á voces solas, que caracterizan la liturgia rusa; las cruces griegas incrustadas de reliquias, y revestidas de ricos esmaltes; las capas pluviales parecidas por sus preseas y por sus adornos á los trajes de los sacerdotes y de los sátrapas asiáticos; el misal bizantino con sus iluminaciones hieráticas, puesto entre los candeleros de rúbrica; el metropolitano de Neugorof, quien ofrece la lustral agua en vasos, verdaderas joyas moscovitas; los repiques de las campanas, dan, por un momento, á la ceremonia, que hasta entónces tenía cierto carácter occidental, visos y espejismos del Oriente. Así que llegan á la capilla, el Emperador conduce de la mano á su hijo ante la especie de altar donde se hallan los santos Evangelios abiertos, y le pide que jure mantenerse fiel al Czar, á la patria, y al órden de sucesion imperial en el trono moscovita. Presta el Príncipe tal juramento,

trascrito despues en hoja que guardan las Bibliotecas imperiales; y una salva de trescientos cañonazos anuncia la prestacion solemne por las constituciones fundamentales exigida de antiguo á los herederos inmediatos en cuanto salen de su minoridad. Luégo, el cortejo abandona la capilla del Palacio y vuelve á la sala de San Jorge. Tal sala es una galería inmensa; museo militar bajo ciertos aspectos, y bajo muchos otros, templo erigido á las guerreras glorias de Rusia y de los rusos. Allí el heredero jura en presencia del estado mayor del ejército, como ántes jurára en presencia del estado mayor del clero, sin duda porque ambos Institutos resultan las piedras angulares sobre cuya resistencia descansa todo el despotismo.

Luégo, hay fuera las várias fiestas con que quiere la tiranía divertir al pueblo de su infeliz cautiverio. El campo de Marte se trueca en real de feria. La burocracia reparte grátis, entre las ávidas manos de una muchedumbre degradada, salchichas calientes y granos de girasol tostados. Por las cucañas, cubiertas de jabon, suben á porfía los jornaleros, en requerimiento y busca de cualquier nonada. Ruedan, embarcadas en los tios vivos, unas mujeres del pueblo, miéntras otras se precipitan, desde lo alto de las artificiales montañas rusas, en vertiginosas carreras. El teatro ambulante, con sus cómicos de la legua y sus autos militares, divierte mucho á las cándidas muchedumbres. Aquí se bailan los diversos bailes usados en aquella incomprensible aglomeracion de pueblos, que se llama el Imperio ruso; allí se representan las pantomimas soldadescas, que tienen por principal

objeto recordar las guerras en la península balkánica y en el Asia central, ó sea, el ódio á los turcos y á los ingleses. El jornalero, entusiasmado con tales hazañas, apura el vaso de cerveza fácilmente, por la salud personal del padre Czar y por las pasadas y las futuras victorias de sus hijos. Y miéntras tanto, miéntras el pueblo rie y llora como los niños, ó coge una borrachera por haber llegado á la mayor edad su futuro dueño, éste convida, bajo las bóvedas espléndidas de su palacio, al primogénito del Príncipe Imperial aleman, y le ofrece un vino de honor, que, segun creen las gentes, ha de ahorrar mucha sangre. Pocos Imperios tan fuertes como el Imperio germánico y el Imperio ruso. Mas, con tanta fortaleza, no pueden decir sus herederos que habrán de gozarlos en paz. El hoy juramentado, y por ende puesto sobre tal pavés, no recibiria, tan jóven, dignidad tan vieja, si la dinamita revolucionaria no hubiera destrozado el cuerpo de su abuelo; como el otro, el Príncipe germánico, no sería hoy heredero del heredero imperial, si á Federico Guillermo IV no le roba la razon y no le acorta la vida el haberse hallado en su propio lecho á los mártires muertos por la libertad en las calles, el dia trágico de la gran revolucion en Berlin.

Y sin embargo, bien poco dice á los magnates coronados el recuerdo de la electricidad que ha herido y roto mil veces sus coronas. En Rusia se perpetran diariamente actos absurdos de ciego despotismo, que sólo sirven para henchir á la mínima, pero poderosa parte que piensa y habla en el territorio nacional, de cóleras revolucionarias. Publicábase una Revista liberal, pero tem-

pladísima, títulada *Los Anales de la Patria*, que se habia ganado muchos favorecedores dentro de Rusia, y grande autoridad en las naciones extranjeras. El inspirador de las voluntariedades autocráticas, el panslavista Katkof miraba de mal ojo aquella publicacion, legítima competidora de su *Gaceta de Moscou;* y la señaló al furor de la burocracia policiaca, presidida por el triste Conde Tolstoy. Este verdadero espectro de los tiempos antiguos, que ha cerrado casi las Universidades á las jóvenes generaciones, y abierto á los partidos liberales con ciego furor las minas de Siberia, se ha prestado á degollar la ilustre publicacion, so pretexto de que combatia y negaba las bases y fundamentos del Imperio ruso. Efectivamente, la tiranía tártara, que á las orillas del Neva hoy acampa, compitiendo en estupidez con la tiranía mongólica y turca en las orillas del Bósforo acampada, no debe ver con sus ojos de ave nocturna cómo vuela el centelleo de una idea en la conciencia humana, sin tomarla por verdadero rayo asolador y homicida; porque todos los viejos poderes, asentados en la fuerza, cuando les falta el asentimiento de los pueblos, creen hálitos de muerte los efluvios del alma. Á esa especie de oso blanco, empeñado en pasar por un Dios omnipotente, le deben parecer muy perversos aquellos apóstoles empeñados, cual dijo un gran poeta ruso, en dar formas humanas á su patria. Entre tal sacra legion de mártires encontrábase Nekrassof, ó sea, el gran poeta fundador de la suprimida Revista, hombre de tanto corazon como inteligencia, y que aguardaba confiado una regeneracion para su Rusia, la cual no ha visto, por

haber interrumpido la muerte su espera entre la siembra y la cosecha. Él descubria, bajo la Rusia presente, la Rusia futura, como se ven bajo los hielos de Siberia las minas de oro, en que parece haberse petrificado la luz misma del dia. ¡Inútil esperanza! La triste autocracia moscovita podrá desaparecer, pero no puede modificarse. Ciertas instituciones guardan, hasta su extincion completa en la sociedad, igual instinto que guardan hasta su extincion completa las especies feroces en la Naturaleza.

Nefastos Imperios los del Norte, constreñidos á combatir con los socialistas y á copiar el socialismo. Mil veces habréis oido hablar de los célebres sabios, conocidos con el nombre de profesores socialistas, ó socialistas de la cátedra, quienes se consagran á curar los males de la libertad, acabando con la libertad misma; y á derogar las leyes naturales de las cosas, divulgada por la economía política en el pasado siglo, con los decretos artificiosos de un Estado, al que creian, dándole sus arqueológicos sofismas de retroceso, darle tambien falsos caractéres de omnisciencia. Bien examinados los sistemas socialistas; por más vueltas que se les dé para encubrirlos; por más nombres que se inventen para enmascararlos; bien mirados, tienden, sin excepcion, á poner en el Gobierno atribuciones derogatorias de la libertad y del derecho de los individuos; y á generar, por tanto, Estados casi déspotas, menospreciadores de la virtud y de la fuerza que lleva en sí misma la libre actividad y el humano derecho. Podrán decir en buen hora los sabios nuevos, que la economía liberal resulta, como la física antigua,

una ciencia sin el respeto debido á la observacion y al experimento; que los propósitos de reducir el Estado á sus facultades esenciales y propias, carecen de verdadera profundidad é intencion científicas; que las leyes económicas, sacadas de los hechos generales y constantes, sólo pueden llamarse concepciones imaginarias y fórmulas nominativas; que así el comercio como el cambio libres llevan á la fatalidad mecánica con todas sus consecuencias incontrastables é ineludibles; que la ciencia profesada por ellos tiene un aspecto ético, y completa la economía con la moral y la libertad con la justicia; podrán decir todo esto, y mucho más si quieren y se lo pide el gusto; pero no harán otra cosa en sustancia, sino rehacer viejas sofisterías y condenadas doctrinas, tan perturbadoras como la ciudad del sol, la utopia del comunismo, la icaria frustrada en América, la tretada tenida por un sueño, el quebrado Banco del pueblo, el disperso taller nacional del Luxemburgo, los conventos de los monjes moravos, el colectivismo del Marx, el nihilismo de Bakounine, todas las pesadillas que la humanidad ha tenido en todas sus enfermedades intelectuales, nefastas sin excepcion, así al órden como al progreso universal.

Pues todas estas vejeces, remozadas últimamente, han vuelto á gran predicamento, por haberlas prohijado el Canciller de Alemania en sus postreros discursos. Ya sabiamos que habiendo ido uno de tantos como profesan esta doctrina en las cátedras germánicas á visitar al Canciller, invitóle á su mesa éste, y áun le señaló el primer lugar junto á su respetabilísima señora, so pre-

texto de ofrecer homenaje á la ciencia; y llegado el café, y entablada entre ambos una larga conversacion, ya sabemos que le aseguró como creia demasiado largo el apellido de socialistas de la cátedra, y le recomendaba, por más breve y más propio, el de puramente socialista. Así ha sido en las últimas discusiones; un puro socialista. En su sentir, el Estado no debe tomar tan sólo aquellas facultades, que la sociedad ó el individuo no emplean, y ejercerlas transitoriamente, para despertarlas en la voluntad general por una iniciativa, sólo tolerable á los Estados en el atraso y en la minoridad de los pueblos: resucitando artículos de antiguos institutos, que hacen de la beneficencia una especie de público deber en los gobiernos, exigible como si fuera derecho natural por los ciudadanos, quiere curarse de todo, quiere atender á todo, al ahorro del imprevisor, al accidente del descuidado, al achaque del enfermo, á la paternidad del huérfano, á la invalidacion del viejo, metiéndolos á todos, en cambio de tal socorro, extraido de su propio trabajo, y condensacion de sus acres sudores, en horrorosa ergástula, presidida por un divino César. Ya sabe lo que se hace. Para evitar la concurrencia del comercio, abajo la libertad de tráfico; para organizar un Banco, donde la burocracia tenga crecidos provechos, abajo la libertad de crédito; para mediar entre los capitalistas y los trabajadores, oprimiéndolos á todos, abajo la libertad de asociacion; y luégo desprecio por las reformas políticas, anhelo contínuo de la felicidad material que genera cierta fiebre delirante de goces, con la cual se matan las más altas facultades del espíritu; desconfianza de la libertad,

principalmente de las libertades económicas; y bárbaro inevitable cesarismo, como aquél que pudrió á Roma despues de abandonada la República, y trajo las irrupciones germánicas en tremendo, pero justo castigo, al infame sacrificio del derecho.

Mas luégo que ha suscitado el Canciller todos estos apetitos con su predicacion, quiere ahogarlos con su fuerza. Dado ya, en el delirio de su pensamiento, al desenfreno de la utopia, intenta una liga universal de todos los poderosos contra todos los revolucionarios, puesto que le parecen más graves los crímenes políticos que los crímenes vulgares, y expide autógrafas epístolas del Emperador concitando á las universales reaccionarias alianzas. La primera, naturalmente, á oponer algunas observaciones á este proyecto de legislacion penal uniforme, fué Francia destituida, por la naturaleza propia de sus instituciones, del terror que aqueja y asombra hoy á los Imperios. Mas á la oposicion natural de Francia, se reunieron las resistencias invencibles de Inglaterra y Austria, en las cuales se frustró y estrelló la sábia combinacion diplomática. Bismarck, en su omnipotencia, pudo creer que venceria la variedad reinante, así en las sociedades como en el Universo; pero este principio, tan fuerte de suyo como todos los principios naturales, se le impuso con su fuerza, y le destruyó sus románticos proyectos. Con ocasion de relatar todas estas negociaciones, el Canciller ha desatado sus iras, fulminándolas sobre nuestro liberalismo, ó sea, el espíritu, y sobre nuestros Parlamentos, ó sea, el cuerpo de todos los verdaderos gobiernos. ¡Ah! No importa, no,

siquier sea él quien hable. Las negaciones soberbias no llegan al cielo por lanzarse de muy alto; y Dios continúa vivificando al ateo que lo niega, y el sol esclareciendo al soberbio que quisiera interponer la propia sombra entre su disco y el mundo. La libertad y el Parlamento vivirán mucho más, y podrán mucho más, que los artificios de la burocracia y los Imperios del despotismo.

Los transeuntes, por la plaza de San James, en Lóndres, se hallaron hace ya noches sorprendidos al estallido inesperado de dinamita, empleada por los fenianos irlandeses como un arma de guerra contra la prepotencia británica. El aire se ha oscurecido y el suelo agrietado á la fulguracion de aquel artificial volcan, puesto allí para sembrar con la muerte de inocentes criaturas el verdadero terror social, que de antiguo estalla, en cuanto las sociedades se creen amenazadas por el asalto de lo desconocido. Treinta personas han salido heridas de esta horrible catástrofe, y no se ha topado de modo alguno con los fautores de su tremenda y terrible causa. La opinion se indigna de tal inseguridad en la segura Inglaterra; y los órganos de esta misma opinion reclaman imponentes y presurosas medidas. América, ó mejor dicho, el Norte de América, es blanco de todas las reconvenciones británicas, por creer los ingleses que un respeto sobrado supersticioso allí al principio de libertad consiente la fragua de todos estos crímenes y la organizacion de todos estos criminales. En verdad, no deben gloriarse los liberales irlandeses del dón político por excelencia, que suelen mostrar en todos sus tran-

ce s los pueblos verdaderamente organizados para la libertad. Cuando el partido liberal inglés, arrollando las supersticiones aristocráticas de tantos y tantos torys como allí pululan, llama con empeño al goce de las franquicias electorales al pueblo irlandes, que puede llegar así á un goce del derecho humano y á una conquista del propio Gobierno, como los pueblos más felices del planeta, parecen loco suicidio esos crímenes, cuyas explosiones más terribles han de caer sobre su frente surcada por el dolor, y han de conservar en ella la marca de su antigua servidumbre.Léjos de maquinar esas explosiones, en cuyos estallidos puede saltar ántes que la monarquía britanica, su propia libertad, los irlandeses debieran concurrir, por todos los medios imaginables, á la grande obra del partido wigh, á la reforma electoral.

Mucho me temo que tan salvadora medida se malogre, ó se detenga por lo ménos, á causa del pésimo estado que alcanza la cuestion egipcia. Hase llamado á la conferencia, y nadie sabe hasta dónde llegarán su jurisdiccion y sus límites. Hase oido á Turquía, y nadie sabe hasta qué punto será el antiguo predominio turco respetado y sus fuerzas ocupadas en las movedizas riberas del encrespado Nilo. La triste administracion inglesa conoce tan poco aquellas tierras, donde se ha metido con tanta precipitacion, que duda todavía si ha de considerar fiel ó infiel á su autoridad el gobernador de Dongola, quien le pide hombres y recursos capaces de dar tremenda leccion al Mahedi. Hasta en el asunto de Abisinia duda y vacila. Pocos territorios en el plane-

ta nuestro tan extraños como esta Suiza de África, lindante con los arenales del Sudan y con las costas del mar Rojo, y que mira con sus líneas alpinas de dos y tres mil metros, engarzadas de lagos celestes y ceñida de selvas seculares, al golfo arábigo y al desierto inmenso, cual un oasis etereo de los que finge la rarefaccion del aire y la lumbre del sol en las regiones tropicales. Allí, en aquellas alturas, semejantes á gigantescas construcciones arquitectónicas, que mezclan los colosos en forma de pirámides con los colosos en forma de rotondas; allí, donde corren los torrentes por el cauce abierto ántes á las erupciones, y donde los prados muestran su verde vegetacion bordada de flores por las henchiduras de los intercolumnios basálticos; allí, un pueblo, conocido de antiguo entre nosotros con el nombre de negros etíopes, y ufanado con su descendencia del rey Salomon; un pueblo, que lleva en sus armas el antiguo leon de Judá y que pertenece, como los coftos, á un cristianismo cuasi heleno y cuasi árabe, sumando el bautismo con la circuncision; un pueblo así, de tan extraña índole, guarda en su poder el nudo gordiano de la cuestion egipcia; porque su alianza decisiva podria someter y subyugar el Sudan, incapaz de toda defensa regular y de toda unidad política, pues los Mahedies pasan por sus tierras tan rápidamente como las tempestades por su atmósfera. Nadie ha olvidado en Europa que allá, en mil ochocientos cincuenta y cinco, se hizo ungir como heredero de Salomon y monarca de toda la Abisinia el celebérrimo emperador Teodoro, quien se ufanaba de sabio y urdia proyectos sobre proyectos, como extender el reino

etiópico por sus antiguas fronteras hácia el centro de África y hácia el litoral del mar Rojo; como convertir los idólatras al cristianismo; como expulsar los musulmanes de todos sus territorios; como establecer una grande administracion imperial, semejante á la famosa del czar Pedro I sobre los atrasados moscovitas. Mas los celos á las naciones europeas le perdieron, impulsándole á tener en duro cautiverio los varios representantes de las misiones británicas; y este cautiverio inmerecido le atrajo la expedicion de los ingleses, que, allá, en mil ochocientos sesenta y ocho, lo derrotaron al pié de la fortaleza de Magdala. Su rota engendró la anarquía; y esta anarquía hizo necesaria la dictadura de un régulo conocido con el nombre de rey Juan. Las victorias de tal régulo quiso impedir Egipto, entregando la direccion del Sudan á ese mismo Gordon-Bajá, que hoy lucha con el destino y el clima en su oriental palacio de Jartum. Pues bien, á las puertas del rey Juan ha llamado el Gobierno británico, y el rey Juan, orgulloso con este llamamiento, ha respondido que no podia entenderse con Inglaterra sola, y que necesitaba ver á Inglaterra unida con Francia. Esta contestacion ha molestado mucho el orgullo británico y puesto fuera de sí á el *Times*, quien la imputa y atribuye á maniobras intéresadas y maquiavélicas del cónsul italiano. Por fin parece que la diplomacia británica y abisinia están ahora en punto de llegar á una perfecta inteligencia. Será cuanto quieran los ingleses; mas no puede, no, dudarse que la cuestion egipcia se agrava cada dia con nueva gravedad, en vez de resolverse fácilmente. Así lo ha resuelto el hado.

Y entre tanto llegan los diarios londonenses con várias noticias de los últimos atentados, que muestran su inmensa y trascendental gravedad. En el palacio, donde la policía central tiene sus pobladas oficinas; en los aristocráticos barrios de los clubs políticos y en la calle misma por el Príncipe de Gáles habitada; en sitios de tanta concurrencia como la plaza de San James, á un tiempo mismo, cual si misterioso alambre las hubiera encendido, estallan tres cargas de dinamita, que atronando los aires y sacudiendo los suelos, derriban edificios, los cuales alzan nubes de polvo en su ruina; espantan caballerías innumerables, cuyo espanto lleva el estruendo por do quier con sus desboques; hacen la noche, allí, donde ántes brillaban las luminarias que compiten con el dia; y siembran terror semejante al sentido por los ciudadanos de Pompeya, cuando las grietas del Vesubio se abrieron para sepultarlos y el aire se llenó de abrasadoras cenizas, como si el sol se hubiera caido y desquiciádose sobre sus ejes el planeta. Al estruendo de la explosion, al advenimiento de las tinieblas, al clamor de los heridos, á los fragores de las recien desplomadas ruinas, extendióse tal alarma por Lóndres, que muchas gentes creyeron fácil una súbita extincion del gas, tras la cual viniese un saqueo, un degüello, un incendio, como si el suelo pudiera de sus entrañas abortar legiones de diablos, ó el aire de sus giros llover ángeles exterminadores, sobre la capital de Inglaterra. En la plaza de Trafalgar, al pié de la columna erigida por el agradecimiento británico á la gloria de Nelson; en aquel sitio, paso principal de tantas artérias importantísimas;

dentro de la verja destinada con sus barrotes á guarecer el simulacro; hanse hallado quince ó veinte paquetes de dinamita, y muchas combinaciones de pólvora, indudablemente apercibido todo para producir una explosion formidable y derribar por el suelo sólidos edificios en una especie de gigantesco terremoto. Y lo más extraño del grave caso es que, anunciadas tales tentativas por los periódicos de América; saltados en fragmentos varios edificios ya; detenidos ó amenazados muchos trenes en su marcha; la policía recelosa, la poblacion aterrada, el Gobierno advertido, los conspiradores celados, no se hayan descubierto ni los fautores de tantos depósitos de dinamita, ni los que aplicaron la mecha ó encendieron los paquetes, ni nadie absolutamente, como si un genio invisible hubiese atizado el fuego desolador y producido la erupcion espantosa.

La monarquía británica en tales estremecimentos se sacude, miéntras se apacigua y serena cada dia más la República francesa. Los paros y huelgas de Anzin, que tantas perturbaciones anunciáran, se han acabado con pacífico y sereno acabamiento. Las elecciones, que debian agitar la conciencia y la voluntad públicas estremecidas, se han hecho en plena paz, y han traido por resultado aumentos grandes en los municipios y grande preponderancia para el partido republicano conservador. Dos graves males, sin embargo, aquejan á la República, y faltariamos á nuestro deber los que la mantenemos y consideramos como realizacion de nuestros ideales, si los calláramos en hipócrita silencio. Uno de los males que tiene Francia hoy es el desnivel de su presupuesto,

y otro la inútil agitacion revisionista. Del primero hablarémos en otros artículos; del segundo vamos á departir ahora con los lectores, por demandarlo así la oportunidad. Guarda nuestra lengua un refran, donosísimo, el cual encaja, como en dedo anillo, en el asunto de la revision. Cuando cualquiera que se halla perfectamente pugna por hallarse todavía en otro grado más alto de perfeccion, solemos decir nosotros que padece la manía del español, quien estando bueno quiso estar mejor, y en efecto, se murió. ¿Por qué revisar la Constitucion francesa? Valia mucho más haberla dejado en su inmovilidad majestuosa, moviendo en torno suyo todos los resortes del progreso que deban oportunamente moverse; valia más esto á correr los riesgos de un Congreso constituyente y soberano, quien guarda en sí muchos peligros y suscita, sin oportunidad y á deshora, muchas y muy tonantes cuestiones. Comprendo que no puede pedírseles á las razas heleno-latinas, generalizadoras, inspiradas, teóricas, dogmatizantes, la resignacion olímpica con que las razas sajonas, mucho más experimentales y políticas, se acomodan á Constituciones imperfectas, brotadas del movimiento ciego de los tiempos ántes que de las ideas puras y de los conceptos metafísicos provinientes de la razon y del alma. Pero la verdad es que dentro de la Constitucion vigente, votada por un Congreso monárquico, para detener y contrariar la República, esta forma del derecho y del espíritu moderno se ha extendido por su propia elasticidad, y se ha salvado por su propia virtud interior de las múltiples asechanzas que le habian puesto en su camino tantos y tantos per-

tinaces enemigos como encuentran á cada paso las instituciones nuevas en los pueblos acostumbrados á las viejas instituciones históricas.

En política deben compararse las desventajas con las ventajas en todos los asuntos, y no moverse jamas sino cuando estas últimas resultan, tras maduro exámen, múltiples y tangibles. El afan de limitar la revision manifestado por el Gobierno, prueba todo lo temerario del intento. Reunir una Cámara soberana, traer un período constituyente para cosas tan baldías é inútiles como las propuestas en el proyecto constitucional, parécenos error gravísimo, de aquellos que se lloran y se purgan mucho en los eventos de la política. Así, el Gobierno se propone descartar todos los asuntos que pudieran detener su propuesta por el procedimiento parlamentario llamado en Francia la cuestion prévia (*prealable*). En este intento se revela bien á las claras el temor que tiene á una extension del derecho de la Asamblea constituyente allende los límites por él trazados. Cierto que las dos Cámaras habrán dicho su palabra última en el momento mismo de aceptar la proposicion del Gobierno; cierto que habrán limitado por estas prévias soluciones la iniciativa del Congreso constituyente; pero tambien cierto que darán visos de justicia indudable á las quejas de la extrema derecha y de la extrema izquierda, cuando una y otra digan que se ha convocado á la nacion soberana para encerrarla dentro de artificioso círculo, exclusiva y arbitraria obra del Gobierno. Estas apelaciones á la conciencia y á la voltuntad nacional para que decidan y resuelvan sobre asuntos capitales y constituyen-

tes en suprema y última instancia, ó no deben de modo alguno intentarse, ó deben tener toda la grandeza y toda la solemnidad que tiene la nacion misma. Citarla, reunirla, traerla en la persona de sus representantes á decidir de un asunto altísimo, como todos los asuntos constitucionales, para luégo encerrarla en fórmulas preconcebidas y amañadas, parécenos un error grave, que quita indudable autoridad á la Constitucion y á la Constituyente.

¿Y cuáles son los asuntos que van á tratarse? Primero la supresion de las rogativas públicas celebradas todos los años al abrirse con regularidad el Parlamento. ¿Valia la pena tal mera ceremonia de suscitar un proyecto constituyente? Ferry mismo, en su preámbulo, muestra los temores que le asaltan. Primeramente declara que la cuestion le parece delicadísima. Y si le parece delicadísima, el sentido comun reconoce que no habia motivo alguno para suscitarla tan á deshora y tan fuera de la oportunidad conveniente. Aun se comprenderia que, movido el Ministerio por los vapores de una opinion irresistible, cediera, mal de su grado, al clamoreo público, é intentára dar satisfacciones á engaños frecuentes en estos críticos períodos de sociales metamórfosis; mas hoy, ahora, en este momento, en que ni las proposiciones de Barodet para que los programas de los elegidos á sus electores se consignáran en públicos volúmenes como series de compromisos anudados con la revision constitucional, ni las maniobras de jóvenes populares como Pelletan y de oradores consumados como Clemenceau han logrado despertar en Francia interes por la revision,

debia el Gobierno republicano persuadirse por completo de la inutilidad de su reforma, y dejarla para otros períodos de mayor agitacion política. El abolir las solemnes rogativas y el declarar irrevisable la forma republicana, parécenos, aquello, baladí; esto, antidemocrático. Las formas de gobierno tienen su perfeccion absoluta y sus ventajas teóricas en la razon humana; pero viven todas en la vida real por el consentimiento y el concurso de los pueblos. El Gobierno de Mac-Mahon deseaba la monarquía en Versálles, como el Gobierno de Gambetta deseaba la guerra en Burdeos; pero la voluntad nacional, superior á todo, y que tarde ó temprano prevalece por su propia virtud y derecho, deseaba, contra Mac-Mahon, la República, y contra Gambetta, la paz, imponiendo una y otra con el imperio incontrastable de su esfuerzo.

Estas fórmulas, que declaran hoy, en medio del movimiento moderno, las instituciones inmóviles, nos recuerdan aquellas antiguas y sacras de la teocracia, que sancionaban con el sello de la eternidad sus cánones en los ecuménicos inapelables Concilios. No tiene la Constitucion británica señalados los medios de licenciar la monarquía cuando á los ciudadanos les plazca; pero no conozco inglés capaz de negar que la monarquía se irá siempre y cuando así lo quieran los ingleses. Nadie conoce tanto los peligros de tal fórmula como los que hoy vivimos bajo una monarquía declarada insustituible por sus exaltados restauradores. Así, no queremos que la República intente sobreponerse á la voluntad de Francia como aquí la monarquía intenta sobreponerse á la voluntad de Es-

paña, ni que las teorías de nuestro amigo político el señor Ferry se parezcan de modo alguno á las teorías de nuestro enemigo político el Sr. Cánovas. Casualmente, leyendo, por motivo y razon de la enfermedad que aqueja á nuestra España, la historia de período tan parecido á nuestro período corriente como la Restauracion inglesa, hemos encontrado estas reveladoras advertencias, que sometemos al Gobierno frances, y que muestran cómo, ya consumada la reaccion, perjuro Monk, dispuesto Cárlos Estuardo á su nefasta vuelta, disuelto el ejército de la República, restaurada la monarquía; los últimos republicanos ingleses se habian reunido, con ánimo de obligar al Parlamento último de la República, en los dias anteriores á su disolucion, á que declarase ésta indiscutible ó irrevisable con declaraciones tales, que ningun otro Parlamento pudiese revocar esa forma de gobierno. Apurado se habria de ver Ferry para evitar que una nueva Asamblea declarára la República revisable, si así le placia, como ésta la declara irrevocable porque así le place, usurpando sus derechos al tiempo y á la nacion su autoridad.

Las otras alteraciones capitales refiérense, ó bien al modo de nombrar los senadores, ó bien á las facultades económicas del Senado. Ni unas ni otras importan mucho á nuestros lectores habituales; pero sí debemos decir que, por mantener las distinciones antiguas entre los estamentos formados por clases que pechaban y los estamentos formados por clases que no pechaban, se subrogan las prerogativas financieras del Senado á las prerogativas financieras del Congreso, cuando ahora

pechan todas las clases. Experiencias recientes han venido á mostrar que gran parte de los desniveles en el presupuesto existente se deben al despilfarro del Congreso, y que gran parte de los ahorros hechos y de los dispendios evitados se deben á la prevision y á la economía del Senado. Y ¡oh imprevision é ingratitud! en pago de todo esto, van á ser desconocidos y mermados sus esenciales derechos. Tradicion era de los republicanos antiguos la fe viva en una sola Cámara, imágen de una sola nacion. El carácter aristocrático de los Lores ingleses habia disgustado á los demócratas continentales de las Cámaras altas. La existente allá en América se atribuia por el consenso universal á los caractéres federativos de la grande República sajona. Nuestros mismos padres, los constituyentes del doce, que fueran maestros y modelos de política en todo el movimiento liberal europeo, ni siquiera soñaron con las dos Cámaras; y cuando nosotros mismos redactábamos el programa definitivo de la democracia, publicado en *La Discusion*, pagamos tributo de reconocimiento y consecuencia natural á estas antiguas tradiciones. Pero el sentido de la democracia se ha modificado mucho; la necesidad de dos Cámaras se ha visto por todos; y el Senado frances indudablemente ha fortalecido estas creencias con sus maduros votos y con sus admirables discusiones.

Grave crísis atraviesan á una Bélgica y Holanda. El partido liberal se ha desplomado en aquella nacion bajo el peso de faltas irreparables, y el heredero de la corona se ha extinguido en esta nacion á los asaltos de una en-

fermedad horrorosa. El caso de Bélgica, muy anunciado hace tiempo, acaba de traer perturbaciones engendradas por el temor á los excesos reaccionarios; y el caso de Holanda, previsto tambien, acaba de traer hondos recelos engendrados por el temor á una dominacion extranjera. La exaltacion del Gobierno reaccionario en el pueblo belga se comprende así por los errores económicos del partido liberal, como por su tardanza en acometer aquellas reformas conducentes á conseguir la indispensable amplitud de instituciones un poco restrictas y anticuadas. Primeramente produjo un déficit en el presupuesto, que le ha obligado al aumento de los tributos, impopular en todas partes, y mucho más allí, donde reinan la prevision y la economía; y despues, ó bien ha desoido las grandes aspiraciones al progreso constitucional, ó bien ha embarazado leyes tan saludables como las electorales, con proyectos de una penosísima elaboracion y de una grave dificultad. Mas no hay que temer grande reaccion allí en Bélgica. El arca santa de sus libertades fundamentales se halla guarecida por el asentimiento comun de todos los partidos. No parece tan llana la situacion de Holanda. El Príncipe heredero, ya de antiguo enfermo, recluido de antiguo en apartamiento muy alejado de su padre y de su pueblo, se lleva consigo la última sombra de aquellas antiguas casas de Orange y Nassau, que, nacidas de los grandes fundadores del derecho en los Países-Bajos, de Guillermo el Taciturno y su hermano, ambos á dos ilustres, han reinado hasta en el trono altísimo de Inglaterra.

Hijo de la reina Sofía, tan popular en Europa, el

Príncipe jamas perdonó á su padre que reemplazára en segundas nupcias aquella princesa inteligentísima con otra de ménos inteligencia y de ménos brillo. Sin embargo, una débil niña, en este segundo matrimonio habida, representa la independencia holandesa, puesto que aquella corona, por el rigoroso derecho hereditario, podria recaer en dinastías germánicas, tan codiciosas del pueblo que abre á su patria un respiradero amplísimo en el mar y le ofrece un imperio colonial en el Asia. Pero la independiente y libre Holanda teme, y mucho, que así como la célebre María de Borgoña por matrimonio la llevó en el siglo décimosexto al Imperio español, con detrimento de su independencia, otro matrimonio la lleve hoy al Imperio germánico, encabezado por Prusia, con pérdida y total ruina de su claro nombre y de su indispensable autonomía. Y aunque pudieran los holandeses precaver tamaño mal con boda régia, desde hoy apercibida y preparada, temen mucho que una princesa de familia cuasi extincta no resulte grande obstáculo á las pretensiones alemanas; y se aperciben á cambiar por un voto en Córtes la sucesion al trono. Sólo con el principio tan combatido aquí de la soberanía nacional se pueden corregir hoy en las naciones libres los resultados, muchas veces absurdos, del derecho hereditario.

No podriamos dejarnos esta crónica mensual en que ahora nos ocupamos, sin mentar un personaje, muerto en estos últimos dias, y á quien la singularidad de su idea propia y de sus propósitos políticos y sociales hale dado importancia excepcional en Turquía. Refiérome á

Midhat-Bajá, un tiempo alma del jóven partido liberal, por muchos tomado como vívido y robusto elemento turco, y autor de pasajera Constitucion, saludada con alardes varios de férvido entusiasmo por lòs que, ignorando cuánto varía la política segun las tradiciones y las circunstancias, vieron, ciegos, en ella la promesa de una regenacion segura para razas sometidas por su fe y por sus instituciones al más enervador fatalismo. Midhat creyó que bastaba dar un código inspirado en las tres últimas centurias de las revoluciones cristianas para que pudiera el mundo musulman tomar una complexion distinta de la que habia recibido del islamismo y del Koran. Proclamóla en una conjuracion de Palacio, sostenida por un movimienso de cuartel, y desapareció la Constitucion al poco tiempo, cual todos los artificios que se sobreponen por fuerza y no se imponen por la propia conciencia y voluntad á un pueblo, metido hasta la médula de sus huesos y hasta la esencia de su alma en las antiguas y arraigadas supersticiones históricas. Desde dictador intelectual de Turquía pasó bajo el Sultan reinante á gobernador de Siria; y desde gobernador de Siria pasó á reo de regicidio acusado públicamente, y á muerte condenado por los tribunales; sentencia conmutada despues por una prision perpétua en regiones abrasadas y estériles, donde las inclemencias del clima segun unos, y segun otros la nefasta eficacia de preparado veneno, le han concluido y borrado de los vivos, entre los cuales hace tiempo que sólo se le contaba como un muerto. Al tiempo que daba su obra de fantástica regeneracion á luz, y escribia y promulgaba su liberal

Constitucion entre los alaridos de los softas y las salvas de la guarnicion, decíale yo lo siguiente, al pié de la letra cumplido por los sucesos, y que puede verse registrado en mi libro *La Cuestion de Oriente*, publicado al mismo tiempo que se promulgaba la célebre y aplaudida Constitucion :

«Midhat-Bajá parece á primera vista uno de esos hombres como Crowmell, como Federico de Prusia, como Turgot, como Aranda, que, valiéndose del poder absoluto cual de poderosísimo instrumento, lo emplean con gran sabiduría en impulsar la sociedad hácia adelante y en reformarla, oprimiendo los intereses antiguos en bien de los derechos nacientes. De estos ministros á cada paso surgen por las monarquías; hombres extraordinarios, capaces de elevarse á una concepcion superior de lo porvenir, y realizarla con los medios varios que le ofrece lo pasado y lo presente, fiando al atraso mismo de los pueblos y al poder inmenso de los reyes el superar y vencer todas las resistencias. No era otra cosa que uno de estos hombres aquel D. Álvaro de Luna, consagrado á destruir el feudalismo un siglo ántes de que tal medida estuviera en sazon, y muerto al hacha del verdugo, no tanto por la omnipotencia de su privanza, como por la audacia de su pensamiento. Mas debe considerarse que hay sociedades condenadas por la fatalidad misma de su complexion á no recibir ninguna reforma sin perecer enteramente. La ley de la trasformacion general no les alcanza. Se han formado con principios tales, han crecido con tales elementos, que la reforma equivale á la muerte, sucediéndoles lo que á

ciertos enfermos desesperados á quienes acaba la única medicina capaz de devolverles la salud y conservarles la vida. Así hemos visto desaparecer naciones enteras, sin dejar en los desiertos ni las huellas del insecto que aletea ó del reptil que se arrastra sobre los océanos de arena. Por ejemplo: nada le hubiera sido tan fácil á Cartago como imitar el ejemplo de su rival Roma, y en vez de ejércitos mercenarios tener ejércitos nacionales. Pero si aquella aristocracia mercantil admite semejante principio, contrario á sus bases fundamentales, muere, y prefirió á caer por el suicidio á sus propias manos, caer por la derrota al hierro y á la pujanza de la enemiga Roma. Así es Turquía, con su Koran revelado por toda ley, con su Califa-Sultan por todo poder, con sus supersticiones tradicionales por todo espíritu, con su rigidez mortal por toda vida, inmodificable completamente á los humanos progresos. El que la reforma, la mata. Imaginaos un médico que para curar nuestro organismo enfermo propusiera en su clínica desmontar el esqueleto de un vivo, como podria desmontar el esqueleto de un muerto en el gabinete de Historia Natural. Pues hé ahí lo que Midhat-Bajá propone; coger á Turquía viva y desmontarle y limpiarle el esqueleto. De seguro, le causa la muerte. Así es que á fines de Abril, en los Consejos del Sultan prevalecia la política antigua á todo trance; exaltacion de la autoridad; guerra á muerte; ódio sin tregua á los cristianos; llamamiento de todos los vasallos; contingentes de tropas traidos del Asia y lanzados como perros hambrientos sobre sus presas; cruzadas religiosas; apelacion al ódio de los bosniacos ma-

hometanos contra los bosniacos griegos ó católicos; la tradicion, la santa tradicion por la cual Mahoma y sus descendientes vencieron al mundo atónito y fundaron poderosos Imperios. Y en verdad, ó estos medios aprovechaban á Turquía, ó no tiene otros. La ascension de Midhat-Bajá significa el rebajamiento de la autoridad, el descenso de los califas, el retroceso de la guerra, la utópica reconciliacion entre los combatientes, la tolerancia con los oprimidos, que se aprovecharian de ella para derrocar al opresor, complicaciones nuevas en medio de viejas é inveteradas desgracias.»

Ya que nos hemos entrado, poco á poco, en la cuestion de Oriente, sin pensarlo y sin quererlo casi, veamos por dónde pasa, por qué términos, en este cuarto de hora. Desde luégo aquellos humos del Sultan reinante para declararse Califa de todos los creyentes se han desvanecido al hielo del desengaño, que le han dado las resistencias de antiguos ortodoxos en la Meca, las rebeldías de tribus árabes ufanas de llevar en sus venas la sangre pura de Mahoma, y el crédito alcanzado, entre todos los adoradores del Koran, por ese Mahedi pujante de África, quien parece venido á levantar el islamismo de nuevo en los desiertos y detener y contrastar la cristiandad. En estos dias Bizancio, la triste Bizancio, probada por tantos infortunios, ha sacudido un poco sus tristezas eternas y gozado de festejos y saraos alegres. Dos príncipes jóvenes, sobre cuyas cabezas resplandecen coronas imperiales y reales, los Príncipes herederos de Austria, se han ido á pasear allí las dichas de su reciente matrimonio, y han visitado aquel célebre paisaje, donde Asia

y Europa se juntan, puesto por cuantos creen sentir la Naturaleza y el Arte muy por encima de la vega de Granada con sus colinas y sus torres, ó de la bahía de Nápoles con sus restos de ciudades romanas, sus islas griegas y su volcan humeante. Muchos comentarios se han hecho y muchas cosas se han dicho sobre las causas várias de tan ceremonioso viaje. Si creemos á unos, hálo decidido el deseo de unir y enlazar los ferro-carriles austriacos y turcos en sitio conveniente á los futuros planes del Austria; y si creemos á otros, el capricho de pasear la luna de miel, todavía en creciente, por los lugares enaltecidos con los amores de la infeliz Hero, cantados por Ovidio. Sea cualquiera la causa de tal peregrinacion, el Sultan se ha portado como consumadísimo estadista recibiendo con toda suerte de agasajos á los huéspedes, hasta en su obsequio arruinarse más de lo que hoy está, si cabe, y negándose por completo á satisfacerlos en sus pretensiones, bajo cierto aspecto industriales y económicas, pero con toda verdad guerreras y estratégicas.

Austria sueña con Salónica y su territorio, como Rusia sueña con Sofía y su territorio. Desde que posee Rusia, por el reciente retracto, Besarabia, la ciudad antigua de Sofía es un punto capital en su camino á Constantinopla; y desde que Austria posee, por anexion reciente, á Bosnia y Herzegovina, la ciudad de Salónica es otro punto de igual importancia que Sofía para Rusia en el camino de Constantinopla. Los dos Imperios creen que toca por derecho propio á la raza eslava y sus representantes la herencia de Bizancio, sólo que Austria

cree más cercanos de tal derecho á los esclavones del Mediodía, y Rusia cree más cercanos de este derecho á los esclavones del Norte. Semejante rivalidad y competencia entre unos y otros sostiene á Turquía en ese inestable y peligroso equilibrio, que podrá interrumpirse con facilidad suma y desquiciar por esta interrupcion toda la máquina europea. Al Imperio turco le interesa mucho atizar la rivalidad entre los dos Imperios competidores y no decidirse por ninguno en postrer y definitivo resultado, salvándose bajo el recíproco y terrible contraste de sus respectivas opuestas fuerzas. Así ha recibido muy bien al Príncipe Imperial de Austria, pero se ha negado á resolver el expediente de conjuncion entre los ferro-carriles turcos y los ferro-carriles austriacos, cual se ha negado tambien al apresuramiento del pago en la indemnizacion de guerra impuesta por Rusia despues de las últimas victorias y que Dios sólo sabe cuándo se podrá satisfacer por completo. En cambio ha tenido que revocar al gobernador Alejo-Bajá en la Rumelia, sometida todavía nominalmente al Imperio turco, y que nombrar el gobernador acepto á la córte de Petersburgo. Pero en esto el hado cruel ha podido más que su libre voluntad, la cual toma trazas indecibles para conseguir ventajas más ó ménos ilusorias en el estado actual de su postracion y decaimiento: que nadie gana en finuras políticas y resistencias invencibles á un diplomático turco, sordo, cuando le parece bien, á toda reclamacion; mudo, como una estatua, en todo cuanto le conviene callarse; impasible hasta no pestañear, ni sonreirse, ni dar expresion de ningun género al ros-

tro y al mirar, en su indiferencia oriental; y tan sabedor de cuánto importa ganar tiempo en los negocios de Estado, que opone largas prolongadísimas á todo lo adverso, para ver si logra resoluciones favorables á sus intereses, cuando todos los horizontes se le cierran y todas las esperanzas se le acaban, de dos factores por igual importantes, del tiempo y de la casualidad.

Bien há menester encomendarse á tales dioses, porque su enemiga mayor, la inmensa Rusia, crece con desmedido crecimiento. Hace algunos meses nos dijeron cómo se habia posesionado soberanamente de Merú y ahora nos dicen cómo anda, y á marchas dobles, hácia Sarachs. La noticia sorprende tanto más, cuanto que parecia un dogma de la política internacional inglesa que los rusos no pudiesen apoderarse nunca jamas de tal territorio perteneciente á Persia, y camino terrestre seguro al golfo inmenso donde el Eufrates y el Tígris desembocan por desembocaduras gigantes. Bien es verdad que tambien la política imperial inglesa ponia un veto á la posesion de Merú, y Merú ha entrado en el acervo de los dominios rusos. Cuando se considera cómo Rusia en estos tiempos últimos se ha fortalecido, con qué fortaleza en el Cáucaso, aquella cordillera cuyo nombre ostenta la más ilustre y más hermosa entre las razas y familias humanas, cordillera importantísima para la dominacion del Norte de Asia; cómo la última guerra con Turquía le ha dado predominio en esa grande Armenia donde se detuvo el arca de Noé despues del diluvio, segun las tradiciones bíblicas; y como se dilata

por el Turqnestan, la meseta generadora de las grandes irrupciones, compréndese muy bien el recelo de la opinion austriaca por las dilataciones de Rusia y sus eslavos en la península de los Balkanes, así como el recelo de la opinion británica por las dilataciones de Rusia y sus anejos en el centro de Asia. La Cancillería moscovita suele cohonestar tales extensiones de territorio con los más fútiles pretextos, y decir cómo el carácter nómada y el genio guerrero de las tribus errantes por el Turquestan le obligan, mal de su grado, á encerrarlas por fuerza en la gran clausura de su Estado, pues para ellas no hay término medio entre la sumision y la rebeldía. Mas todos los partidarios de la política secular inglesa claman á una contra estas excusas y dicen cómo Rusia toma en los caminos de Asia posiciones que han de conducirla tarde ó temprano á una irremediable actitud ofensiva contra Inglaterra. El Duque de Argyl, en debate promovido por el heredero de Bulwer hace pocos meses, decia con verdadero espíritu profético la importancia de Sarachs para los rusos en sus amenazas á Inglaterra y sus posesiones índicas, por lo fértil de un terreno feracísimo y rico, en el cual podrian mantener con facilidad sus huestes invasoras sobre el país mismo, como en lenguaje de guerra suele frecuentemente decirse. Desde las vertientes caucásicas al seno de la India no existe más que un camino, el tomado ya por Alejandro en sus correrías maravillosas, Sarrahs, especie de colosal agujero abierto en las cordilleras que separan el Ivan del Turan y conducente al corazon de las tierras británicas en Asia. Véase cómo la cuestion

de Oriente se complica y encrespa más cada dia y se carga de una electricidad que puede fácilmente descargar tempestades horribles sobre nuestra Europa.

Por lo mismo que Gordon tiene todas estas facultades, extraordinarias á la verdad, sirve mucho para una empresa como la de Livingsthone y Stanley, ó como la de tantos otros ilumidados ilustres á quienes mueve la intuicion íntima y ayudan asociaciones poderosas ó partidos militantes ajenos á la mesura propia de un Estado y á las responsabilidades naturales en todo gobierno. Y no habia, pues, para que allá tan léjos como Jartum expedirlo en representacion del Imperio británico, para luégo abandonarlo, quizá por fuerza y sin remedio, con detrimento de quien asi tan imprevisoramente lo mandára. Obedecen todos los procederes con Gordon-Bajá seguidos á la incertidumbre que ha dominado en el Gobierno desde los comienzos de la expedicion egipcia. Si no queria Gladstone el protectorado, esa conquista más ó ménos simulada, ¿por qué los bombardeos de Alejandría y los combates del Tell? ¿Por qué la Constitucion de Dufferin, leida y propuesta con tanto empeño al Jefife? ¿Por qué la tenencia de Nubar-Bajá, quien mandaba sobre las orillas del Nilo en representacion y nombre casi de la Gran Bretaña? ¿Por qué las correrías de los generales ingleses en el Sudan y la órden terminante de preservar contra todas las maquinaciones del Mahedi las plazas del mar Rojo? ¿Por qué la embajada de Gordon, que debia naturalmente alarmar elemento social tan de suyo exaltado, como ese gran espíritu, verdaderamente tormentoso, de las muchedum-

bres sajonas, cuya dificultad y tardanza en moverse al primer soplo de la pasion se hallan muy compensadas con la constancia y tenacidad invencibles despues de haberse apasionado? Allí en el Gobierno habia quien representaba la idea de abstencion pura en Egipto y quien representaba la idea de dominacion eminente sobre Egipto. Precisaba seguir bien al uno, bien al otro de ambos partidos, en cuyo caso la claridad misma del objeto propuesto y último iluminára las escabrosidades múltiples del áspero camino. Mas el seguir dos políticas ha equivalido á no seguir ninguna. Y lo prueba el desdichado propósito de una Conferencia europea, en cuyo seno quieren los ingleses tratar todo cuanto á Inglaterra interesa, como la cuestion económica, y omitir todo lo que interesa precisamente á los demas, como la cuestion administrativa y política. Cualquiera diria que los primeros economistas del orbe ignoran cómo la economía es elemento muy principal en toda la vida y en toda la sustancia de un Estado. Así, al responder ministros europeos en propuesta de tal monta, se han mostrado, como era natural, decididos por extender los asuntos de la Conferencia y agrandar sus facultades, pues Francia no puede asistir indiferente á las alteraciones profundas sobre tierras donde ha ejercido tanto influjo y ha dejado tantos recuerdos, ni Austria é Italia olvidar la importancia del Egipto para quienes poseen las costas del Tirreno y del Adriático, la isla de Sicilia y las ciudades importantísimas de Dalmacia. Grecia cuenta en Egipto con una gran parte de la poblacion culta, y Turquía con dominio antiguo reconocido. Nosotros mismos no pode-

mos desasirnos del interes que suscita en el Occidente de todo nuestro Mediterráneo cuanto al otro extremo sucede, así como no podemos prescindir del Canal, paso á nuestro hermoso y fecundo archipiélago del Pacífico. Así todo el mundo lo dice á una voz en Europa : ó no se reunirá la Conferencia, ó tratará negocios superiores en magnitud á los propuestos por el Gobierno inglés. Tantos tropiezos de hombres eminentísimos como los ministros de la Gran Bretaña en asunto que debia serles claro, como el asunto de la política egipcia, prueban la necesidad en todos estos grandes problemas de la unidad y resolucion, así en los móviles como en los objetos, pues de lo contrario se suceden sesiones semejantes á la última que ha tratado en la Cámara de los Comunes el abandono de Gordon, produciendo una votacion tan escasa, que ha equivalido, á pesar de haber alcanzado el Gobierno mayoría más ó ménos respetable, á segura derrota.

El asunto capital en Mayo ha sido la discusion, ya cerrada, que se ha empeñado en el Reistach sobre prórroga de las leyes excepcionales dictadas en otro tiempo contra los partidos socialistas. Abrióse bajo la impresion de que iba el Canciller aleman á una rota inevitable, por haber presentado la minoría ultramontana una enmienda capciosa, en cuya votacion podian sumarse todas las oposiciones, muy superiores por su número, cuando no se dividen, á las huestes ministeriales, tambien formadas de grupos varios y divididas por discordias y discordancias contínuas. Pero el centro, como se llama en el caló parlamentario á los neo-católicos de Alemania, teniendo

irreparable desavenencia con Bismarck en el período crítico de su reciente avenencia con Roma, retiró la enmienda y trajo la derrota. No falta quien diga que la deplora el Canciller, por haberle quitado ocasion plausible de nuevas elecciones, en las cuales se proponia conseguir un Parlamente dócil; pero, segun el refran dice, «oros son triunfo», y ha visto sus leyes draconianas de nuevo admitidas por la Cámara y sus eternos enemigos de nuevo rotos y en fuga. Lo más importante y trascendental de tan empeñados litigios parlamentarios ha sido, como siempre, la palabra del Canciller, quien ha orado como nunca orára, brillando principalmente por su claridad y por su franqueza.

Y eso que giraban sus oraciones sobre términos de aquellos señalados en la ciencia kantiana con la gráfica denominacion de antinomias irreductibles del entendimiento. Su empeño principal está en perseguir á los socialistas, despues de admitir el socialismo. Los pone fuera de las leyes, arrebatándoles cuantas seguridades han dado las sábias legislaciones modernas al pensamiento y al hogar, á la suma de inteligencias libres en la prensa y á la suma de voluntades libres en las reuniones y en las asociaciones; pero despues de tratarles así, tan cruelmente, y disolverles sin piedad bajo los tacones de sus botas de coracero, proclama la santidad increible de los principios socialistas y la obligacion de aplicarles á esta imperfecta sociedad, aquejada de los combates del trabajo con el capital por su respectivo predominio, semejantes á los combates de las especies inferiores entre sí por el alimento y por la vida.

No comprendo, en la poquedad indudable de mis alcances, cómo se compadece tal guerra cruel á los sectarios con tantas apologías de la secta. Favorecer una creencia y luégo exterminar á los creyentes paréceme, por lo ménos, cosa nueva en la Historia. Imaginaos que Neron, despues de haber exterminado á los cristianos, proclama el cristianismo como la mejor entre todas las religiones; que Cárlos V, despues de haber vencido á los protestantes en Mhulberga, depone al Papa; y tendréis una idea del proceder seguido en esta trayectoria nueva por el genio extraño que ¡ay! en suma increible tantas grandezas intelectuales y morales reune con tantas extravagancias en el pensar y con tantos verdaderos crímenes políticos. El mundo se asombra de tamañas contradicciones, porque teme, y con razon, al ver los bruscos cambios de personalidades eminentes, como el Emperador y el Canciller, los cuales pueden, cuando se les antoje, forjar el rayo, hallarse cualquier dia expuesto á una catástrofe, por ese vestigio de poder personal y omnímodo restante ¡contradiccion terrible! todavía en las cimas y cumbres más altas de la cultura europea.

Cuantos han vivido un poco recuerdan el horror causado á pueblo tan demócrata como el pueblo frances por principio tan socialista como el derecho al trabajo. Huyendo de tal utopia, relampagueante primero, como lejana electricidad, en las sesiones inolvidables del célebre Luxemburgo, y luégo, como nube de tormentas henchida, abierta y descargada en las terribles jornadas de Junio, Francia se apartó de la República, volcó la tribuna, rompió la prensa, dando en aquella dictadura im-

perial, que habia de perderla, con derrotas y desmenbraciones, en los campos de batalla, y deshonrarla, con veinte años de incomprensible servidumbre, ante la conciencia y ante la Historia. Por tal derecho debe sustituirse al individuo y á la familia el Estado, curándose de previsiones y de ahorros que no pueden, por modo alguno, caer bajo su competencia. Si todo ciudadano tiene derecho á que le procure ocupacion el Estado, así como deberá emprender éste obras públicas para el bracero, deberá, por consecuencias derivadas naturalmente de tales premisas, comprar al artista sus obras de arte y al sabio sus libros de ciencia, volviendo á un patriarcado, sólo posible cuando la sociedad tiene la reducida extension de una familia y cabe toda entera bajo la móvil y nómada tienda de un patriarca. Pero imaginaos que todos cuantos tienen hambre vuelven al Gobierno las manos en demanda del pan de cada dia; y todos cuantos son huérfanos piden al Gobierno amparo; y todos cuantos malgastan tiempo y dinero, al Gobierno ahorros; pues necesitais constituir un Estado como aquellos inmensos del Asia, sobre los cuales han caido las maldiciones del espíritu y las arenas del Desierto. Cuando se consideran todos los peligros que siembra el Canciller á los cuatro vientos diciendo desde las alturas de su omnipotencia cosas tales en oidos como los de un pueblo tan atormentado por la miseria, cree fácilmente la malicia general que prepara una herencia imposible al heredero de la corona germánica para que todo el mundo eche allí de ménos su nombre y su poder el dia que trasponga la vida y entre con su cortejo de triunfos en los cielos de

la Historia. Un diputado economista, de humilde tono, pero de sumo sentido, ha puesto las cosas en su punto, diciendo cómo, para resolver problema mucho más fácil que todos los derechos al trabajo, y es á saber, los socorros prometidos á los inválidos de la industria, Bismarck arbitra diez y seis millones de marcos, pidiendo catorce á los fabricantes, y procurando él solamente cuatro, que al fin y al cabo salen de los presupuestos, y por tanto, del trabajo y del sudor de los trabajadores, más agraviados que protegidos con estas inciertas y fantaseadas utopias; y como quiera que nunca se dicen tales cosas al aire por hombre de tanta importancia como el Canciller, han presentado los socialistas de la Cámara un proyecto pidiendo la organizacion del trabajo por la autoridad del Estado, con lo cual muestran cómo hasta quien tiene bajo su mano los instrumentos más formidables de poder hoy en el mundo, un Estado como el Sacro Imperio y un ejército como el aleman, dice programas y promete reformas sin poder cumplirlas, pues sólo traerá una metamórfosis social con su luz y con su calor propios el principio creador entre todos los humanos principios, la santa y fecunda libertad.

JULIO.

Imposible comenzar en este mes de Julio crónica ninguna sobre los sucesos capitales, sin acordarse del cólera, importado recientemente á Tolon, y cuyas explosiones traen á muy mal traer los ánimos, pues amenazan de consuno á la salud pública general con sus ponzoñosos microbios y á las mismas relaciones pacíficas entre los pueblos cultos con las rigorosas cuarentenas. Endémico el cólera en las orillas del Gánges, donde los efluvios de selvas seculares, y de aguas, hirvientes cuasi á los rayos de un sol tropical, engendran muchas y muy terribles enfermedades; suscitado, á veces, por las grandes aglomeraciones de tribus sucias y mal olientes en los jubileos musulmanes de la Meca y de la Kaba, que así como envenenan las almas de los semitas con sus várias supersticiones, envenenan los aires del Desierto con sus pútridos miasmas; el cólera no tiene hoy la intensidad terrible de aquellas epidemias, frecuentes en los tiempos antiguos y en los tiempos medios, y descritas por Voltaire en sus novelas tan vivamente para

contrastar y combatir el optimismo de Leibnitz, que olvidaba los males innumerables, sobre la mísera humanidad reinantes á causa de su triste limitacion y de su irremediable contingencia. Como el vapor y la electricidad han aumentado las humanas emociones, acortando las distancias y confundiendo á los pueblos, la higiene con sus preservativos, y la medicina con sus adelantos, y la moral pública y privada con sus preceptos, han disminuido muchas de las calamidades á que la mísera humanidad está sujeta. Cuando se lee la célebre peste de Aténas historiada por Tucídides; las breves menciones de las enfermedades que sufrieron los cruzados dirigidos por San Luis á la vista del Nilo y en los senos de Damieta; el prólogo de aquel Decameron, celebrado de la crítica por su correcta prosa italiana, prólogo en que se ve morir á la hermosa Florencia por absorber y respirar la muerte cruelísima en los aires mismos donde se mantiene y elabora la vida; cuando todo esto recuerda la imaginacion, recorriendo remembranzas de lo pasado, útiles siempre á la ciencia de lo presente, penétrase nuestra inteligencia de una verdad manifiesta; de que los pueblos progresan hasta en su pública salud indudablemente, desde que la libertad se ha establecido con mayor seguridad y la civilizacion ha compenetrado en lo posible sus diversas familias. Sapientísimo doctor ha demostrado, estadística en mano, cuánto ha crecido la vida media europea, desde la revolucion francesa, por virtud y eficacia de las instituciones libres. Como la sombra sigue al cuerpo, la enfermedad sigue á la material complexion del hombre. Y está en nuestras manos

el disminuir el mal; no está el extirparlo. ¡Ah! Los años últimos han sido años terribles. La riente Ischia, esa incomparable sirena de la bahía partenópea, que parece, coronada de pámpanos y mirtos y azahares, una bacante conducida, como Galatea, en su concha de nácar; por los mares de los paganos dioses, ha suspendido su sonrisa de mieles y su alegría olímpica, para tragarse, como cualquier hechicera de las fábulas sombrías, pueblos enteros en sus terribles y cavernosas fauces, movidas quizá por ignotos y reconcentrados volcanes. En Java, la tierra se ha rasgado y ha gemido como si la hiriese con sus saetas un sobrenatural dolor; los montes se han abierto en cráteres henchidos de lavas ardientes; los mares se han perturbado hasta salirse de su lecho y despeñarse como las cataratas del cielo en los diluvios bíblicos; y el incendio de las selvas abrasadas por tormentas apénas creibles, se ha reflejado en todos los cielos y ha cubierto con rojizos tintes de sangre, á la hora del ocaso, nuestras ciudades, que parecian próximas á desaparecer, como Nínive y Babilonia, por los ángeles exterminadores aventadas al aire, y por las maldiciones de Dios consumidas como los pueblos precitos del Antiguo Testamento. Ahora nos amenaza el cólera, ó mejor dicho, nos prueba y acongoja, en pueblo vecino y hermano nuestro. Y sus estragos suscitan mil cuestiones administrativas y hasta políticas. Miéntras Inglaterra, preservada quizá por su clima del Norte, ménos propio á las pestes que nuestros climas del Mediodía, toma pocas precauciones, Italia y España se acordonan y aislan, estableciendo la cuaren-

tena terrestre, con lo cual traen quizás impedimento insuperable al mal, pero tambien perturbacion grave al comercio. Así, Francia reclama contra las medidas de nuestra Sanidad oficial en la frontera de los Pirineos, y Suiza reclama contra las medidas de la Sanidad oficial italiana en la frontera de los Alpes. Mas una y otra sanidad se parapetan tras las declaraciones de los médicos, contestes en decir que no hay preservativo contra el contagioso cólera de tan probada eficacia como un rigorosísimo aislamiento. En los primeros dias de Julio, y al saberse la terrible noticia del estallido en Tolon, el pánico no tuvo límites; mas hoy, ya sea por efecto de lo estancada que la terrible enfermedad está en los centros de su orígen, ya sea por efecto de las medidas sanitarias con tanta energía tomadas, los ánimos se aplacan y renace la confianza.

Las amenazas del cólera y las inquietudes generales del ánimo, han sido parte á que se discutiera con calor en Francia, y se reclamára por muchos la suspension de los festejos nacionales que conmemoran aquella toma de la gigante Bastilla, base del antiguo trono, y templo de las crueldades y de las infamias históricas. Por fin, la idea de no suspender tal festividad ha prevalecido, y los ánimos se han dado á celebrar un dia, en cuyas horas se consumó la más grandiosa y más trascendental de todas las revoluciones modernas. Cuando estaba en el trono Bonaparte y en la opresion el pueblo, conmemorábanse fiestas análogas á las de hoy, sin más intervencion que la del elemento administrativo y oficial, quien ponia guirnaldas de luces en los Campos Elíseos;

farándulas de artificiales fuegos en el Arco Triunfal; farolillos venecianos, caprichosísimos en todos los monumentos, cuyas líneas brillaban desde léjos en las nocturnas sombras como fulgurantes constelaciones; pero no ponia un átomo de regocijo en el alma de los ciudadanos, malcontentos en su opresion, y enemigos implacables del César y del Cesarismo. Ahora, el regocijo, mandado por las leyes, y puesto en práctica por las autoridades oficiales, desaparece tras la increible alegría de un pueblo, que sabe como el ángel de bronce áureo levantado sobre la columna de Julio, en el sitio de la terrible Bastilla, señala, en guisa de antiguo signo miliario, los nuevos caminos de la humanidad iluminada por la estrella ideal de sus sacrosantas libertades. Así, un baile se improvisa en este barrio; un banquete al aire libre se verifica y celebra en aquella calle; las banderas tricolores ornan las ventanas más humildes, y los faroles venecianos lucen hasta en los más desiertos barrios, mostrando todos estos regocijos, tan espontáneos como numerosos, la comprension lenta, pero gradual, que va el pueblo teniendo, poco á poco, de sus imprescriptibles derechos y de las beneficiosas consecuencias por éstos llevadas y trasmitidas á toda la civilizacion.

Dos incidentes bien desagradables han oscurecido en la gran festividad; una carta irreverente para la revolucion, del obispo de Angers y un atentado incomprensible de las muchedumbres parisienses á las banderas germánicas izadas en el Hotel continental. La carta del obispo es una reclamacion ardorosa contra los que le obligan á celebrar, iluminando las verjas de su palacio epis-

copal, aniversario, en su particular sentir, nefasto para Francia. Parece imposible que prelados sapientísimos y virtuosos no vean las aplicaciones prácticas del dogma cristiano á la sociedad y á sus leyes en la obra de nuestra revolucion. Juzgar el hecho de la Bastilla por las incidencias que lo afean, por las faltas congénitas á las impurezas de toda realidad, es achaque idéntico al de los herejes que juzgan el Cristianismo por las traiciones de Júdas y las negativas de Pedro; el Pontificado por las voluptuosidades y los crímenes de Alejandro VI. Allende los torreones de la Bastilla; en los horizontes oscurísimos del tiempo pasado, resaltan las humaredas de la Inquisicion, los potros del tormento, las cadenas del siervo, las coronas del déspota, la censura sobre la conciencia y el pensamiento, la esclavitud con todos sus horrores, la trata con todos sus crímenes; miéntras aquende la Bastilla se ve la ley bajo los solios, la tiranía en el polvo, los hogares consagrados por la inviolabilidad, las conciencias emancipadas, el pensamiento libre, y divulgado y establecido el derecho. Si para cumplir todos estos progresos hanse necesitado temerosas luchas, imputádselas á la naturaleza que lan engendra, y no á la revolucion, que, por humana, debia sentir todas las grandezas y todas las debilidades propias de la humanidad y coetáneas con los siglos y congénitas á todas las causas.

Respecto al triste y lamentable incidente de las banderas alemanas, debemos decir que hubiera sido á mayores dificultades ocasionado, sino tirase la política europea con reflexivas inclinaciones á los certeros conciertos

de la paz y del órden internacional. Pasaba un grupo de manifestantes por la calle de Castglione, donde se levanta el Hotel hermosísimo que compite con los mejores de París, y en cuyos balcones ondeaban diversas banderas pertenecientes á todas las naciones, y por ende, á la nacion alemana tambien. Detiénense los manifestantes á la vista del signo recordatorio de las tristes rotas patrias, y claman por que las enseñas alemanas desaparezcan. En el Hotel oponen sordera invencible á estos clamores fragorosos, y obligan así á un atentado inexcusable. Cierto escritor, de apellido italiano, de nacionalidad francesa, y de residencia en Bélgica, entra, seguido de sus compañeros en el edificio; sube la escalera; llega furioso á los balcones; arranca los signos sagrados de la nacionalidad germánica; y los arroja desde allí al pueblo; quien se atreve á profanarlos con sus insultos y á deshacerlos con sus manos, cubriéndolos de ignominia. Luégo otra escena de no menor importancia pasa en el hermoso Emplazamiento, donde campea la gran estatua de Estraburgo, todos los años ornada con ex-votos arrancados por el dolor de su pérdida irremediable á un santo patriotismo. Pues allí, cuando los manifestantes llegaban, y las coronas del pedestal se colgaban y suspendian entre los clamores de un pueblo lacerado por los luctuosos recuerdos que tal efigie despierta, un jóven, alto, rubio, de largas melenas, de color que muestra su complexion y su raza, vestido á guisa de cura luterano, con largo leviton, semejante á una sotana, y blancos picos semejantes á un alzacuello, grita en las aras mismas donde los franceses presentan religiosos holacaustos á

su nacion, grita un «muera», desatentado é increible, á Francia. Mal, muy mal hubiéralo pasado el audaz germano, que tan demente provocacion concibe y ejecuta, si no huye á las amenazas del pueblo, refugiándose, por su fortuna, en los patios de un monumento próximo, del ministerio de Marina; donde, con mucho riesgo propio y mucha prevision patriótica, le salvó el conserje. La imprudencia de los manifestantes franceses, que rasgaron el pabellon germánico, y la temeridad del jóven germano que insultó á Francia en el ara misma de sus altares, prueban como los gobiernos y los pueblos, en su totalidad, no pueden responder de genialidades determinadas por la complexion particular de los individuos. Así lo han comprendido, tanto Alemania como Francia, y los incidentes se han terminado con sendas explicaciones diplomáticas, satisfactorias para los dos pueblos, y tranquilizadoras para nuestra Europa.

Entre tanto, la eterna conspiracion de los pretendientes contra la República se perpetúa en Francia. Quien hubiera intentado persuadir á los asiáticos partidarios del falso Esmerdis á creer que habia muerto el verdadero; persuadir los judíos creyentes y esperanzados en el futuro Mesías á creer que ya vino el Mesías; persuadir á los rusos devotos del falso Demetrio á creer que no podia tornar á la vida el verdadero Demetrio desaparecido; persuadir á los sebastianistas portugueses, asentados en las piedras del camino esperando su Don Sebastian imperecedero, á creer que Don Sebastian se ha hundido por toda una eternidad en las líbicas arenas; persuadir á los legitimistas ingleses, apenados, cuando

los había, y afligidos con las decapitaciones de María Estuardo y de Cárlos I, con la expulsion de Jacabo II, á creer que los herederos de los reyes legítimos no volverian jamas, y á eliminar el pretendiente de sus recuerdos y de sus esperanzas; quien todo esto intentára, lo consiguiera mejor que infundir en los bonapartistas la idea de renunciar á la tercer vuelta de los Bonapartes y en los borbónicos la idea de renunciar á la cuarta vuelta de los Borbones. Y si tal creen y esperan sus desinteresados partidarios, imaginaos que cosas creerán y esperarán los príncipes interesados en la propia restauracion. Así cada familia sellada con el sello de la eleccion divina, y desde la eternidad apercibida por celetiales gracias á reinar é imperar sobre los míseros humanos, divídense con facilidad en dos ó tres ramas, las cuales buscan por los aires y por los resplandores de la opinion pública nutricion para sus respectivas ideas y sus significaciones respectivas. Estos grandiosos estatutos antiguos, que representaban la unidad en el poder, cuando los mantenia la fe viva de los pueblos, se han fraccionado ahora en diversas y desmembradas ruinas, por una descomposicion natural á las decadencias y muerte de todos los organismos. Los Bonapartes no se contentan hoy con representar la soberanía pública personificada en absorbente cesarismo y mantenida por las muchedumbres socialistas; quieren representar tambien la sombra del Imperio carlovingio, ungida por la mano del Papa y sustentada por las muchedumbres católicas; de igual suerte que los Borbones, á su vez, no se contentan sólo con representar la monarquía parlamentaria y constitucional,

tan propicia en otro tiempo á los intereses y privilegios de las clases medias, á quienes importa conservar los principios de la revolucion, sino que quieren representar tambien las tradiciones de San Luis, las grandezas de Francisco I, la popularidad histórica de Enrique IV, el absolutismo aparatoso de Luis XIV, para sentarse á la sombra de las iglesias y ver si florecen los sepulcros, se animan los panteones, y componen nuevas cruzadas avivándose y moviéndose las funerarias estatuas.

El cesarismo socialista está representado por el príncipe Napoleon, y el cesarismo carlovingio está representado por el príncipe Víctor: la monarquía parlamentaria está representada por el Conde de París, y la monarquía tradicional y absoluta está representada por nuestro propio D. Cárlos. Así como hay en el partido bonapartista una fraccion importante, que considera preferible destituir al príncipe Jerónimo de sus derechos eventuales á sufrir sus inclinaciones socialistas y anticatólicas, hay entre los borbónicos quienes prefieren derogar los derechos hereditarios de Felipe VII á consentir su heredada significacion liberal y parlamentaria. Como los primeros, en su incurable ceguera, se han holgado mucho, viendo á un hijo sacudir la paternal autoridad y abandonar la casa de su familia para declararse independiente y campar á sus anchas y por sus respetos, hanse holgado mucho más los segundos, al conseguir de la familia española, cuyas insensatas pretensiones á un trono imposible han mil veces empapado en sangre nuestro suelo, que no renuncie á la inverosímil y absurda eventualidad de régia corona en Francia.

Efectivamente, los príncipes de la familia legitimista creen, como nietos directos que son de Luis XIV, entre cuya persona y ellos hay tan sólo cinco generaciones, que les corresponde por derecho anterior y superior al problemático de los Orleanes, rama segunda é ínfima, el trono despedazado y hundido de los Borbones franceses.

Y así como hay un diario, que se titula *El País*, consagrado á defender los derechos del príncipe Víctor, hay otro diario, que se titula *El Universo*, consagrado á defender los derechos del pretendiente D. Cárlos. Todas estas desventuras de las familias imperiales y régias sólo sirven para mostrar que aquella unidad del Estado, para la cual y por la cual surgieron las monarquías modernas, se ha roto entre las manos de sus últimos representantes, ménos sometidos á la unidad de pensamiento y de accion que los pueblos á quienes intentan dirigir en nombre y por virtud de antiguos desvanecidos derechos.

Tengo fe tan viva en la llegada inevitable al término de nuestras esperanzas, á los Estados Unidos europeos dispuestos para ser dirigidos por un verdadero anfictionado internacional, que concurro con mis ideas y con mis fuerzas, deplorando tan sólo su escasez, á cuantos términos de la serie progresiva nos acercan al futuro logro de tan deseables resultados. De aquí los votos que dirijo al cielo por la consolidacion del gobierno republicano en Francia y el entusiasmo que siento en mi ánimo por la prosperidad del régimen electoral propuesto en Inglaterra. La nacion monárquica por excelencia; la que

más esfuerzos ha empleado en armonizar el derecho de la vida moderna con el recuerdo de la historia tradicional; la expertísima y consumada en el arte de caminar hácia lo porvenir sin sacudimientos y de traer á la sociedad trasformaciones hondísimas, no expuestas á los azares de una reaccion violenta; esa norma, en que de consuno se miran y recrean los conservadores y los liberales; Inglaterra, convertida en una gran democracia, como piden su trabajo y su comercio, ahuyentará toda sombra de reaccion futura en estos nuestros tempestuosos horizontes, preservando á las generaciones venideras de ver nuevos retrocesos en la libertad á tanta costa conseguida, y nuevos pueblos esclavizados ó muertos, quienes desde sus ergástulas sacuden con sus estremecimientos nuestra tierra, ó desde sus tumbas envenenan con sus miasmas nuestros aires. Un pueblo demócrata más en el planeta es una consoladora esperanza de próxima redencion para los opresos y una terrible amenaza de próxima ruina para los opresores y los tiranos. En cuanto se fundó la República holandesa por los últimos años del siglo décimosexto, se veia surgir la Inglaterra liberal; y en cuanto se fundó la Inglaterra liberal en la mitad del siglo décimoséptimo, se veia surgir la grande América republicana; y en cuanto se fundó la grande América republicana, en la mitad del siglo décimooctavo, se veia surgir la Francia revolucionaria; y en cuanto se fundó la Francia revolucionaria, en fines del siglo último, se veia surgir en este nuestro siglo el régimen parlamentario por todo el Viejo, y el régimen democrático por todo el Nuevo Mundo. Con-

fortémonos, pues, y mucho, con la consolidacion en Francia de la República y con el advenimiento en Inglaterra de la inevitable ampliacion electoral. Los dos millones y medio de nuevos emancipados electores, que las leyes propuestas llaman á la vida política, pesarán con pesadumbre grandísima en la balanza de nuestros futuros progresos é impedirán todo movimiento de retrogradacion aquí en Europa, cambiando la complexion aristocrática de Inglaterra en complexion democrática, cual en doce años hemos visto cambiarse, á su vez, el temperamento cesarista é imperial de Francia en temperamento parlamentario y republicano. Así comprendemos y hasta cierto punto excusamos la resistencia del Cuerpo colegiado de la nobleza, que se aferra en su Cámara de los Lores á los antiguos privilegios, y que pugna por la detencion ó el aplazamiento indefinido de tan saludable reforma. El grande alud popular caerá sobre las excepciones históricas selladas con las marcas feudales; sobre los mayorazgos, contrarios á la santa igualdad que debe reinar entre todos los hijos bajo los techos sacrosantos del hogar; sobre las vinculaciones, que organizan de modo tan atrasado la propiedad y la exponen á peligros tan grandes é innumerables; sobre los privilegios de pares hereditarios, quienes reciben y trasmiten con la sangre, como una casta de Brahamanes indios, la facultad cuasi divina de legislar; sobre las monstruosas amortizaciones en que descansa la Iglesia del Estado; sobre tantos institutos de la Edad Media como se alzan allí, entre los resplandores de la libertad, resistiendo ciegamente los progresos de la democracia.

El Cuerpo colegislador aristocrático ha desechado ya, y desechado con razon, si á sus intereses se atiende solamente, la nueva ley electoral. Mas, temeroso de que la opinion atribuyera el veto al deseo de conservar sus innumerables privilegios, halo cohonestado con la salida especiosa de no haber coincidido el arreglo de los distritos y las ampliaciones del censo. Y Gladstone, viejo político muy conocedor de las estrategias parlamentarias, para mostrar cómo la poderosa razon quedaba de suyo reducida en último término á la estatura de un expediente ó de una evasiva, refirió que habia propuesto conveniente arreglo al jefe de los conservadores en el patricio Senado, á Salisbury, prometiéndole inmediata presentacion del arreglo de las circunscripciones con tal que votasen la inevitable ampliacion del sufragio, y Salisbury le contestó no aceptar aquella especie de soga puesta en su garganta, ó, como decimos nosotros, aquella pistola al pecho.

El fracaso de tales componendas, por Gladstone mismo referido en una reunion celebrada bajo los artesonados del Ministerio de Negocios Extranjeros, ha encendido en cólera terrible á los conservadores. El temerario Curchill, diputado, que unas veces molesta con propensiones demasiado radicales á los suyos, y otras veces con propensiones demasiado reaccionarias; espíritu escasamente conservador, á causa de su falta en todo cuanto parezca mesura y de sus sobras y de sus violencias en todo cuanto parezca combate; más idóneo para una tribunicia campaña de reformistas é innovadores, donde predominen la fe y el entusiasmo, que para una pruden-

te campaña de resistencia, donde sobrepuja por ley natural á la fuerza la astucia, se ha levantado con arrogancia en la Cámara y ha herido la respetable ancianidad y alteza de hombre tan provecto y digno como Gladstone con calificativos duros y por ende injustísimos. La Cámara se ha encontrado con tal motivo asaltada por una de sus más zozobrosas tempestades. Aplausos ruidosísimos, apóstrofes violentos, gritos de protesta, rumores de reprobacion, explicaciones pedidas y no dadas, apelacion á la indiscutible autoridad del Presidente, llamadas por éste al órden, de todo en tal caso ha habido y todo ha generado una grande agitacion, trascendente fuera de la Cámara, y difundida ya como los efluvios de una electricidad incontrastable por toda la nacion.

Bright, el gran orador cuáquero, un poco apartado de Gladstone desde la intervencion última en Egipto, acaba de prometer todo el concurso de su elocuencia profética y relampagueante al Gobierno para vencer á la Cámara de los Lores y recabar la reforma electoral. Como haya dicho que si persiste la histórica nobleza del alto Parlamento en su resistencia, pedirá la reduccion de sus extensas facultades á un veto suspensivo, semejante al depositado por la Constitucion americana en manos de sus senadores, el *Times* se ha reido á mandíbula batiente de tal moderacion, y ha comparado estas concesiones de hoy con aquellas demandas antiguas de radical extirpacion; como si pudieran compararse los combates desesperados con las victorias seguras, y quien propone un ideal en toda su pureza y amplitud á quien

resuelve su cumplimiento; y para cumplirlo, ha de contar con la realidad y sus resistencias, con el tiempo y sus lentitudes. Pero muchos otros oradores, ó ménos expertos ó más creyentes que Bright, se han vuelto en concurridas reuniones contra la Cámara de los Lores, y recordando cómo resistió á la redencion de los negros, á la libertad de los católicos, á la ley de cereales, á la primera reforma electoral, proponen la extirpacion completa del derecho hereditario y el método electivo de Francia que produzca segunda Cámara de verdadera cooperacion al progreso y no de absurda resistencia.

Imposible, á pesar de todo, que llegue un conflicto entre las dos Cámaras. Conozco hasta dónde alcanzan los ímpetus de la opinion pública en Inglaterra, cuando quiere de véras una reforma, y hasta dónde las resistencias de los Lores, cuando se persuaden del verdadero sentir de la opinion. Se presentará en otoño próximo de nuevo la ley á la Cámara de los Comunes, y ésta la votará otra vez con grandísimo entusiasmo. Volverá de nuevo á la Cámara de los Lores, y éstos, ó creerán robusto al partido liberal, capaz de aumentar sus fuerzas en elecciones nuevas, y entónces habrán de ceder; ó lo creerán débil, amenazado de disminuir sus fuerzas, y entónces habrán de resistir. En caso de que voten la ley, las nuevas elecciones, consumadas con un sufragio cercano al sufragio universal, aumentarán el radicalismo en la Cámara; y en caso de que la desechen, las nuevas elecciones, convocadas por el Gobierno para la grande ampliacion del censo, darán los mismos resulta-

dos; una victoria del progreso moderno y una derrota de la senil aristocracia. No hay resistencia posible al elemento democrático, tuétano y nervio de las sociedades modernas.

Así, retrocesos tan lamentables como los retrocesos de Bélgica pasarán pronto. Y este retroceso tiene su natural explicacion propia en circunstancias muy locales. El partido liberal habia mandado mucho tiempo, y se gastan las fuerzas en los largos ejercicios y en los porfiadísimos empeños de la vida. Luégo, no acertó á regir la nacional hacienda con la fortuna y el tino de otros tiempos, imponiendo nuevos tributos, en todas partes impopulares, y mucho más en aquel pueblo trabajador y económico. El proyecto de ley electoral, compromiso primero de los partidos liberales allí donde no domina el sufragio popular, salió con tales cortapisas, exigiendo tantas condiciones, que para ingresar en la categoría de las capacidades necesitábase un exámen como para conseguir el grado de doctor en pública y oficial Universidad. Compuestos en todas las naciones los partidos radicales de una derecha muy próxima naturalmente á los conservadores, y de una izquierda muy próxima por su lado á los demócratas, esta lógica division degeneró en guerra franca y abierta, engendrando fracciones opuestas é irreconciliables, precursoras de segura derrota. Con todos estos inconvenientes llegaron los liberales á la batalla en los comicios, ocupados ya por un ejército enemigo que ocultaba sus reaccionarios caractéres bajo el falsísimo dictado de independientes, y que ofrecia, no retrocesos políticos y sociales, ventajas económicas. El

resultado no podia ser dudoso entre un programa popular y un programa impopular, entre un partido gastado en sus divisiones y un partido rehecho por la mágica palabra de independencia, contraria de todo en todo á la reaccion. Pero aquellos liberales moderados, que por ódio á las legiones radicales y por oposicion á las leyes económicas y á los tributos nuevos, se ligáran irreflexivos con los reaccionarios, recogieron bien pronto la tristísima cosecha de sus errores y de sus faltas. La reaccion triunfó, y los católicos subieron al Gobierno. En aquel pueblo que no quiso acompañar á sus hermanos de Holanda, por el siglo décimosexto, á la reforma religiosa, y prefirió á la herejía el dominio de Felipe II, apartándose de las provincias hermanas y constituyendo un Estado aparte por causa de sus creencias religiosas, no puede ménos que imperar é influir mucho el elemento clerical, y no le deben servir y ayudar, por motivos de pura economía ó de otro género análogo, cuantos quieren á toda costa evitar una tremenda reaccion.

Urdieron los independientes la red que cazó á los liberales, y triunfaron los católicos puros. El Arzobispo de Malinas preside la situacion política y es como su Espíritu Santo. El jesuitismo amenaza muy airado, so falsísimo color de libertad, los progresos de la instruccion pública. Las relaciones con Francia se han alterado profundamente por haber dicho un ministro en pública reunion palabras imprudentísimas contra la República francesa. Toda la Europa liberal ha sentido esta retrogradacion de pueblo muy admirado por sus libertades, tanto más cuanto que á la derrota de los nuestros en las

elecciones de diputados ha seguido la derrota en las elecciones de senadores. Un solo desquite contamos, y vale por muchos consuelos: el triunfo de la candidatura liberal en Bruselas, donde han ido á votar los candidatos para el Senado nada ménos que diez y ocho mil electores. Las capitalidades ejercen por doquier una grande influencia; y este despertamiento de Bruselas ha despertado mucho á la voluntad nacional, embargada por sueños de reaccion; y estas reivindicaciones del espíritu liberal han prometido para lo porvenir análogas reivindicaciones. Aguardémoslas, porque marchan las naciones con tan graduada lentitud hácia los luminosos ideales, que todo retroceso debe afligirnos en cualquier nacion como si fuera una irreparable desgracia universal y humana. Esperemos que los partidos avanzados belgas enmendarán sus errores y escarmentarán de sus faltas en la desgracia, instructiva y purificadora. Nosotros lo creemos así, lo esperamos así, lo sentimos así, aleccionados por otros tiempos y por otros ejemplos, pues el espíritu público está de tal suerte desarrollado y las libertades modernas vivas, que los partidos liberales sólo pueden caer bajo el peso de sus propios errores, pugnando como pugna la reaccion con el sentido de los pueblos é hiriendo como hiere á la conciencia universal.

Alemania codicia hoy la posesion de Holanda, por tener Holanda lo que más Alemania necesita, numerosas y valiosísimas colonias. Viendo el Canciller cómo Francia se acaba de quedar con Túnez y el Tonkin, imperando sobre restos de los califatos musulmanes y de los do-

minios chinos, miéntras Inglaterra se queda en Egipto con parte de los territorios turcos; ha entrado en deseo de allegar grandezas ultramarinas, y prometido á unos cuantos alemanes desembarcados en los inhospitalarios arenales del África austral toda la proteccion de su vasto y formidable Imperio. ¿Cómo? ¿Se dilatará por el Turquestan Rusia y por las fronteras boreales de Persia; se arrellanará Inglaterra en su nueva sede, á la sombra de obeliscos y pirámides, tomando, ademas, puertos seguros en el bíblico mar Rojo para sus excursiones por los océanos de la India y de la China; crecerá el Austria misma, dilatando sus riberas dálmatas por Bosnia y Herzegovina ó apercibiéndose á la herencia de los califas en la península de los Balkanes; Francia, demas de Tonkin, recabará Cambodge con su millon de habitantes y sus minas; tendrá España su Archipiélago poblado por avisadísimas razas, que dan mayores pruebas cada dia, tanto de su feliz complexion como de sus propensiones al arte y al trabajo en general; miéntras Alemania se hallará, por el hado reducida, en su grandeza miserable, á contemplar cómo emigran, por falta de colonias propias, sus ciudadanos á millares en pos de una tierra como los Estados-Unidos de América, donde pierden, á la segunda generacion ya, no solamente su espíritu monárquico, la lengua de sus padres y el amor y el culto á la patria distante y ausente? Mil veces ha debido Bismarck reconvenirse á sí mismo por no haber preferido á los pobres territorios de Lorena y Alsacia, difíciles de conservar en paz y de constreñir á la resignacion, aquellas colonias ofrecidas á

sus ambiciones por el patriotismo frances, como Saigon, que hubieran procurado á su comercio y á sus emigraciones salidas útiles y á su deseo de colonizar ámplias perspectivas. Bien es verdad que ha tomado su desquite ahora, criticando el método de colonizar á la francesa, que consiste todo él en expedir primero una guarnicion, y luégo unos burócratas; pero se apercibe, por lo ménos, á notificar su hambre al mundo, pidiendo salidas para las líneas de vapores trasatlánticos y anunciando su propósito de amparar establecimientos coloniales tan modestos y nuevos como el de Angra-Pequeña en las africanas soledades. Mas no aguarden estos colonos incipientes ni una guarnicion que les defienda, ni unos burócratas que les gobiernen y administren; defiéndanse como puedan ellos y gobiérnense como quieran, á su grado, segun sus gustos; y en cuanto hayan crecido de manera que necesiten de un Gobierno, encontrarán el aleman, para ponerles un sacro sello, fiador de su independencia, y dirimir aquellos litigios comerciales, cuya importancia lo merezca, en los juzgados marítimos de Hamburgo.

Plácenme por extremo tamaños planes de colonizacion, que creeria perfectos y apropiados al carácter é índole mercantil de un siglo venido por sus grandezas y progresos á disminuir la guerra y su nefasta gloria, si Bismarck no coadyuvase con todas sus fuerzas á ensueños como los de Rusia, quien no solamente camina de un lado hácia las riberas del Indo y penetra de pronto en las tierras de Persia, sino que piensa, impulsada por su clero, en la conquista de Constantinopla y Jerusalen para

tener bajo su mano, rescatadas de la servidumbre musulmana por su esfuerzo, á las dos sacras capitales del primitivo cristianismo. Y como quiera que hombre tan positivo en su política y de planes tan certeros no pueda, sin su cuenta y razon, coadyuvar á este poema panslavista, créese generalmente que impulsa por todos los medios á Rusia, para que Rusia, por su parte, le ayude á quedarse con la desembocadura del Rhin y con las colonias neerlandesas, las cuales, ademas de aromar con clavo, canela, pimienta, á Holanda, la doran á maravilla con sus barras de oro forjadas en el provechoso y universal comercio de tan ricas y aromosas materias. Mas yo pongo á todos estos planes las observaciones siguientes: ¿cuándo consentirá Inglaterra que Alemania se quede con la desembocadura del Rhin, amenazando tambien la desembocadura del Escalda, y tope allá en los mares de Oriente con colonias que no le hayan costado ni un hombre ni un florin? Sería necesario que Inglaterra desapareciera del mapa. La independencia de Holanda es indispensable á la paz de toda nuestra Europa, y Holanda se salvará con sólo renegar del principio hereditario puesto á la cabeza de su Estado ahora.

¡Cuán atribuladas las monarquías! En el Norte mismo europeo, donde la complexion de los habitantes parece preservada por completo de nuestras ilusiones y de nuestros dogmatismos, las monarquías llevan muy mal camino y propenden á un predominio cercano de su perdicion. Los monárquicos parlamentarios de nuestra Europa ofrecen por enseñanza y ejemplo al mundo la monarquía de Inglaterra, sin comprender cómo

allí ha quedado la institucion solamente á manera de honorario cargo, y el rey solamente á manera de verdadero adorno. Hace pocos dias aún, estadista y orador como Brigth, declaraba en el Parlamento que la monarquía, por costumbre, ha renunciado al veto, y no puede conservar tal privilegio aristocracia de tan ciegas supersticiones y de tan temerarias resistencias como la reunida en la inútil y aparatosa Cámara de los Lores, la cual, sin duda, cuando ve lucir á sus propios ojos aquellas paredes recamadas y aquellos artesonados áureos, cree que relucen así con igual prestigio á los ojos de las muchedumbres sus heredados timbres, cuando han perdido éstos su esplendor moral, como las coronas, que guardando su deslumbrante brillo áureo, han bajado muchísimo de su poder y hasta de su influjo. Toda monarquía, que se desavenga de la democracia, perecerá por la revolucion. En las últimas elecciones de Dinamarca se ha mostrado esto de un modo irrefragable con el número terrible de socialistas electos que dicen y enseñan el abismo á donde caminan ciertos poderes históricos. La prudencia de Noruega, esta virtud firmísima de aquel pueblo libre, ha evitado una revolucion, tonante por mucho tiempo en sus cielos iluminados por nubes centelleantes de cólera. El rey ha querido tener en materias constitucionales un veto que no rezaba el código fundamental, y que no admitia la íntegra dignidad de aquellos valerosos escandinavos. La contradiccion llegó hasta procesar y condenar en tribunales competentes á los ministros, que aconsejaban al rey el uso de una facultad, no señalada por la Constitucion, facul-

tad abusiva, superior á su poder legal, é invasora en las libertades populares trastornadas por semejante audacia incomprensible. Ha tenido la monarquía que ceder; pero ha pasado por crísis parecidas á una revolucion, y á una revolucion radical. No hablemos de Rusia. Cada dia se hunde más el Czar en su absolutismo autocrático y oriental. Cada dia las supersticiones panslavistas componen alrededor de la tiara y de la diadema de aquel czar pontífice, enjambres de ideas que zumban rumores de guerra y presagian torrentes de sangre. Pero á medida que allá en lo alto sube la soberbia de los autócratas, en lo bajo crece la conspiracion de los nihilistas. Sus representantes en Europa dicen que ahora no tramaban ellos en Rusia ninguna conjuracion. Y sin embargo, como el czar se aprestase á visitar la triste y nunca resignada Varsovia, descubrióse una sociedad aparejada para darle muerte. Presidíala y encabezábala nada ménos que un magistrado, un juez de paz. En casa de tan extraño representante de la imperial autoridad se han hallado las bombas y la dinamita que debian servir de instrumento al regicidio. Dicen que un jóven, enamorado de la hija de un funcionario ruso, y á quien le habia tocado la suerte de matar al padre de su amada, se suicidó, para no perpetrar tal crímen, y dejó escrita una carta, en la cual delataba toda la trama tendida en torno de una persona como Alejandro III, que parece llevar, en vez de manto imperial, una mortaja, segun lo de cerca que le persigue la muerte. ¡Oh! Las prisiones han de nuevo menudeado en las capitales moscovitas, y las fortalezas se han de nuevo henchido con

mártires innumerables. Los nihilistas rusos declinan la resposabilidad enorme de tales proyectos sobre los comuneros poloneses empeñados en constituir fraccion aparte, separada del nihilismo ruso. De todas suertes, precaria vida, en verdad, esa vida. Para preservarse del puñal tiene casi que huir el czar á sus vasallos, y esconderse, guardado por guarniciones triples, en una especie de campestre retiro, al cual han llegado algunas veces las balas, cazado por los rebeldes, como por los ojeadores las alimañas salvajes. Tal situacion extraordinaria no puede perdurar, porque, ó el autócrata recobra su antiguo poderío sobre todos sus vasallos que lo miraban como un Dios en otros tiempos, ó tiene que renunciar sin remedio á su imposible autocracia.

Pues lo mismo sucede allá en los pueblos de Oriente. Aquellas monarquías tan jóvenes parecen ya decaidas y decrépitas. En su mocedad han mostrado todas ellas achaques de vejez tal que las confunde con el Sultan y el Califato, á quien combaten. Parecia que, llamadas á regir pueblos desprendidos de una institucion devorada por el absolutismo como el imperio turco, iban á sustituir los viejos dogmas fatalistas de éstos con dogmas democráticos, propios de naciones recien manumitidas; y á reinar, no para sí, para los pueblos que las habian llamado á la vida y ceñídoles sus revolucionarias coronas. Pero con el tiempo se han olvidado del orígen de su poder y confundídolo con la eternidad como los reyes absolutos. El príncipe de Montenegro no deja entrar un soplo de libertad en su alta y riscosa montaña oriental. Aparejado al combate, cree cumplido su deber con estar

olfateando la guerra santa, puesto el ojo en su rifle de caza; y organiza militarmente, con la incontrastable autoridad arriba y el principio de obediencia servil abajo, sus gentes nacidas tan sólo para luchar con los sultanes y enrojecer de sangre la eclipsada media luna de Ostman hasta borrarla en los cielos de Constantinopla. Mas la dinastía de Sérvia, cuyo jefe reinante se ha educado en la escuela de un filósofo espiritualista y cristiano, quien prestaba culto, como á Dios mismo, á los principios de derecho, esa dinastía de Sérvia, congénita casi con la libertad, se ha olvidado por completo, así de su orígen, como de su destino; y entrando en las vías de los poderes antiguos, ha provocado un asomo de revolucion militar seguido naturalmente de represiones terribles. Su rival y enemiga, la dinastía destronada, encuentra en Montenegro auxilios que indican la proteccion altísima de Rusia, muy amenazadora para los Miloschs reinantes; y á pesar de tamaños peligros, no ceden éstos, cegados por los favores de la fortuna, en el empeño de retroceder, sustituyendo á libertades allí nativas su omnímoda voluntad. Tal política desastrada le ha traido, no solamente perturbaciones interiores muy desapoderadas, sino disentimientos con su cofrade y vecino el príncipe de Bulgaria. Los conspiradores y revolucionarios se han refugiado en los dominios de éste; y su natural señor los reclama con repetidas demandas, no ciertamente para favorecerlos y acariciarlos. El demandado contesta que los principios de derecho internacional más rudimentarios le imponen respeto á huéspedes puestos bajo su custodia, y á quie-

nes de ningun modo podria entregar sin deshonrarse para siempre; y tal respuesta justísima provoca reclamaciones resonantes con resonancias de guerra y de muerte. La triste lucha de los dos príncipes ha tomado tal gravedad, que han debido intervenir las grandes potencias protectoras, poniéndolos en paz, y evitando así una guerra general, fácilmente nacida de las imprudencias perpetradas por los míseros y ensoberbecidos mirmidones.

Pues no ménos grave la situacion de Rumanía. En este principado el rey ó príncipe debe su corona real á una conjuracion triunfante. Si no le llaman los revolucionarios vencedores, consume su vida, segundon de segundona casa régia, en cualquier coronelía de regimiento prusiano, acuartelado por una ciudad oscura y triste de tercer órden; con muchas ambiciones y sin medio alguno de satisfacerlas y de lograrlas; con muchos honores por cargos y sin ninguna renta para servirlos. Una revolucion triunfante, digámoslo cien veces, le decretó corona régia, siendo germano, en pueblo muy ufanado con su orígen y su nombre y su idioma latinos. Pues procede como si debiera poder y trono á Dios mismo y al derecho hereditario. Su envanecimiento y soberbia le traian á poco de reinar tan descaminado, que, por el año mil ochocientos setenta y seis, pensaron algunos estadistas rumanos, residentes en París á la sazon, destronarlo como habian destronado á su funesto antecesor. No lo hicieron por temor á Rusia, que, preparándose para su guerra última con Turquía, coronada con el tratado de Berlin, y teniendo aparejado su

célebre pacto con Rumanía, que le franqueaba el acceso al Danubio, creyó entónces más útil á los intereses moscovitas la conservacion que el destronamiento de Cárlos. Entró en la guerra éste, donde perdió la Besarabia mal compensada por la Dobrutzca, y ganó el título de monarca reconocido ya por toda Europa. Semejante monarca, de orígen y de caractéres tan modernos, se cree chapado á la antigua europea, y capaz de restablecer el absolutismo de los incontrastables poderes en la tierra producida por la libertad y para las libertades modernas formada entre los estallidos y la erupcion de guerras y revoluciones perdurables. Su política se reduce al acrecentamiento de los dominios reales, para sumarlos con la lista civil, ó prescindir, en caso necesario de ésta, y fundar un poder absoluto, como los antiguos reyes feudales, alrededor de una propiedad bastante considerable para llamar y atraer por su magnitud y por sus ventajas las pequeñas propiedades, como el sol atrae á sí, formando lo que llamamos sistema solar, á todos los planetas con todos sus satélites. Hombres tan patriotas y tan liberales como Rossetti, viendo estas pretensiones absurdas á una independencia que propende hácia el absolutismo, se han alarmado con alarmas justas, y, apartándose del primer ministro Bratiano, prestóse á la capa con recelo para ponerse pronto en cobro con decision y declarar una guerra mortal á quien pretende un poder incompatible, así con las instituciones modernas, como con el carácter y el espíritu rumano. De todo esto un malestar gravísimo en Oriente. Las zozobras de tales monarquías hacen zozobrar la paz,

mal segura en la península de los Balkanes siempre; y la zozobra en la península de los Balkanes hace zozobrar la paz general en toda Europa. Rusia y Austria toman respectivamente partidos opuestos en los litigios interiores de tales reinecillos; y sus inclinaciones mutuas se parecen á una toma de posicion segura en vista de un conflicto urgente y cercano. Ténue cabello mantiene la paz hoy, el horror sentido por un César como el aleman á la horrible aventura de nuevas cruentas batallas. Así media Guillermo entre los principados danubianos mal contentos, y los emperadores de Austria y Rusia impacientes, aplazando una conflagracion que no podrá evitar por modo alguno su heredero y sucesor.

AGOSTO.

No conviene violar ningun principio en provecho de ningun interes. Despues de una larga experiencia échase de ver que la justicia trae aparejada siempre consigo la utilidad. El radicalismo helvético ha intentado, en ódio á los cultos más ó ménos difundidos, exagerar las facultades propias del Gobierno, sin comprender que disminuia la libertad en detrimento de los ciudadanos primero, y despues en detrimento de sus propias ideas. La republicana y libre Suiza, por quien todos tenemos un respecto rayano en culto, ha producido avanzada escuela durante los tres últimos lustros, la cual se ha empeñado en sostener con las antiguas Iglesias cristianas singular combate, como el que ha cansado la fortaleza incansable de Bismarck, sin poseer los poderes y los medios de un régimen imperial constituido para el omnímodo ejercicio de dictadura perpétua, como el antiguo Imperio romano, y dotado de las fuerzas que presta una grande autoridad sustentada por ejército disciplinado y numeroso. Yo nunca me curaré del asombro que tales procedimientos me causan, como penetrado de una idea, con

16

la cual pienso llegar hasta el sepulcro; de la idea de libertad, cuyas aplicaciones principales debemos conservar allí, donde rigen, trabajando para que las restantes hasta la suma total y completa, conocida con el nombre de humano derecho, se logre y sirva de base á toda la civilizacion. Cosa práctica y hacedera, si bien poco fácil granjear la libertad; y cosa utópica, de todo en todo, querer que la libertad subsista sin los inconvenientes y los males anejos, en este triste mundo nuestro, á todo lo humano por contingente y limitadísimo. El mayor bien logrado para la cultura moderna, indudablemente ha sido la emancipacion del hombre interior conseguida por el triunfo de la libertad religiosa. Ya no volveréis á ver los autos de fe tan bárbaros como los sacrificios humanos de los salvajes antropófagos; un Calvino de nuestro tiempo no podria privar al género humano de un sabio como Servet, fundando sus delaciones homicidas en que no admitia la Trinidad; ni un Emperador como Cárlos V abrasar á Constantino en el brasero público de Valladolid, y en presencia de la Córte, despues de haberse holgado é instruido en sus obras maravillosas. Pasaron los tiempos de las expulsiones y de las matanzas por causa de religion. Ningun jefe del Estado disparará desde las ventanas del Louvre su escopeta con certero disparo de cazador sobre sus súbditos ojeados en las calles de la capital, como las fieras en los bosques. El derecho de nuestro espíritu á la profesion libre de sus creencias se ha escrito en las leyes y ha pasado á las costumbres ya, esclareciendo con su luz la tierra y aproximándola en las escalas de la Creacion al divino Criador. No tiene

timbre más glorioso entre todos sus timbres gloriosísimos este nuestro siglo.

Mas el entendimiento humano retrocede por especiosos pretextos muchas veces en sus órbitas de luz, ó se para en sus movimientos de progreso. Ciertos radicales, que creen posible sacar á la sociedad humana de sus zonas medias y forzar y precipitar el cambio de sus estaciones várias, desearian poner fuerzas tan grandes como las fuerzas del Estado, á servicio de sus ideales más ó ménos utópicos. Todavía recuerdo el mancebo nihilista ruso, que predicaba en célebre Congreso democrático de Berna, una inquisicion materialista y atea para exterminar á los creyentes en Dios, contra cuyo incomunicable nombre se levantaba con ira, queriendo, á fuerza de blasfemias, desalojarlo del cielo inmenso y del humano espíritu. Pues algo de semejante insensato y algo de su insensatez aqueja siempre á los gobiernos que intentan perseguir y exterminar las ideas, jamas vencidas sino á los golpes de la contradiccion espiritual, porque se burlan desde su etérea incoercible naturaleza de todas las fuerzas y de todas las coacciones. Mas el radicalismo, creyendo que los cleros oficiales de las Iglesias católicas, ó calvinistas ó luteranos, ponen obstáculos al movimiento pacífico de las sociedades, lo cual sucede por nuestro mal con frecuencia, quieren ocurrir á este peligro combatiendo las ideas de tales Iglesias, lo cual resulta inútil á la postre, cuando no dañoso, y es siempre injusto. Imposible olvidar nunca las sorpresas que me guardaba mi último viaje á Suiza. Estuve algun tiempo en Ginebra, y decidí visitar los sitios visitados en mi emigracion,

renovando pasadas memorias. Como quiera que yo estaba de antiguo acostumbrado á encarecer la libertad religiosa de aquella ilustre ciudad, mostrando á los españoles amigos mios recien llegados, las torres de Nuestra Señora, torres semigóticas, aunque modernas, destacadas frente á frente de la estacion, díjele á mi cochero con la brevedad usual en la designacion de señas y direcciones: «á la Iglesia católica.» Echó á correr el ta por calles, que no conducian al sitio señalado, con grandísima extrañeza de mi parte; y me paró á la puerta de un casuchon, falto por completo de todas las condiciones y de todos los aspectos de un templo. Creí yo que habia oido mal mis señas é insistí en que me llevára, como le habia dicho, á la Iglesia católica. Mas respondióme que á la entrada de tal Iglesia estábamos en cumplimiento de mis órdenes. Argüíme de torpe á mí mismo por imaginar que me habia muy mal explicado, y señalé todas las minuciosidades del sitio á que deseaba ser conducido. Entónces me observó cómo iba inmediatamente á conducirme, pero advirtiéndome que aquel antiguo templo de los católicos verdaderos, habia pasado por disposicion del Gobierno á manos de unos viejos católicos heterodoxos, quienes allí se reunian para celebrar ciertos ritos ajenos á la ortodoxia, por no creer en la infalibilidad del Papa ni admitir la validez del último Concilio Vaticano. Entónces creció de punto en mí la curiosidad, y quise ver con mis ojos la nueva Iglesia católica, donde se decia misa en tiempo de mi emigracion con todos los requisitos prevenidos por la más escrupulosa liturgia.

Una sacristana me abrió la puerta. Ejercia, segun me dijo, al par de aquel cargo religioso, maternal magisterio en escuela de niñas, como demostraba regocijada muchedumbre de éstas, blancas y sonrosadas y rubias; las cuales henchian los ámbitos del jardin todo con sus gritos, y jugaban, en aquella hora, la del recreo para ellas, á más y mejor, en todas direcciones, metiendo mucho y muy alegre ruido. Yo me puse á notar cuanto veia y á dirigir interrogaciones propias de la curiosidad inquieta de viajero. La sacristía estaba desmantelada, y muchos de los antiguos signos católicos habian desaparecido. En la iglesia se conservaban los vidrios amoldados á las ojivas, las imágenes de pié sobre los altares, los pasos en relieve delante de los cuales habia yo visto en mil ocasiones á los fieles de hinojos conmemorando la pasion y muerte de Cristo en el místico murmullo de sus habituales oraciones. Pero el olor á incienso en aquel aire, que tanto constrastaba con el aire de las iglesias calvinistas, se habia disipado por completo. Los altares no tenian sabanillas, ni sacras, ni candeleros, ni misal. Estaban extintas las lámparas. Todo indicaba que aquella nave mística de otros tiempos habia perdido su preciosa carga, y bogaba por los espacios de creencias distintas á las que movieron su construccion y su establecimiento. Al fin supe como el Consejo de Estado quitára la iglesia construida por católicos á sus legítimos poseedores, y pusiera en su lugar unos heterodoxos, quienes habian designado los dogmas y habian escogido los ritos que les plugo, componiendo una religion á su arbitrio, instalada por un capricho del Gobierno en monu-

mento levantado á las antiguas creencias con otras ofrendas y bajo el amparo de otras opuestas ideas. Nada tan arbitrario como la manera de componer y arreglar allí una religion. Habian destituido al Papa, como si el Papa fuera cualquier prefecto revocable á voluntad y arbitrio del Gobierno; arreglado una liturgia, como se arregla un procedimiento de derecho criminal ó civil; puesto tales prácticas en la categoría de sacramentos y tales otras no, cual se ordena un código de disciplina militar; hecho de la comunion y de la Eucaristía lo que les pidieron las mientes, sin pensar cómo la participacion de los láicos en el vino de los cálices habia incendiado la Europa entera en fines del siglo décimoquinto y cómo las tres palabras, trasustanciacion, consustanciacion y conmemoracion señalan fundamentales diferencias entre los cristianos, y fundan y organizan Iglesias directoras de grandes pueblos, en demostracion de no hallarse á merced por completo de ningun civil Imperio, ni del más fuerte, fundar por sus medios, conducentes á otros resultados, una religion, que sólo nace del espíritu, y sólo llega por su virtud propia é interior á convertirse de pensamiento individual ó secta particular, en Iglesia social, capaz de recoger en su seno á los recien nacidos y enterrar á los difuntos, como de promulgar leyes morales para la vida y poner en las angustias del alma las esperanzas de la inmortalidad.

Holgábame yo, hace pocos dias, leyendo á mi admirable y admirado amigo el ilustre Renan, y las reflexiones contenidas en su reciente libro sobre la facilidad que tienen de promover nuevas religiones los desiertos afri-

canos y asiáticos, tan propios para sumergir con sus horizontes inacabables, enrojecidos por luminosas reverberaciones, las almas en Dios; y tan cercanos á los tiempos teológicos del milagro, todavía reproducido en sus espacios, sagrados como las naves de un templo; y tan fecundos en santones y profetas, quienes, con sentarse á la entrada de qualquier oásis, bajo la palmera secular, sobre la piedra empotrada en los arenales; fijos los ojos como los de una estatua por el esfuerzo de la interior meditacion; henchidos los labios, como los de un oráculo, por palabras teológicas; truecan el aduar en ejército, y se lo llevan por esos mundos, cimitarra y libro en mano, á esparcir nuevas revelaciones y juntar en comunes creencias y esperanzas á innumerables pueblos. Un buen castillo de fuegos artificiales en el alto Sinaí; un santon cualquiera de prestancia en la figura, de profundidad en la palabra, de formidable brazo; la redaccion elegante de un libro árabe, que pretendiera traer la religion de Adan, como habia pretendido Mahoma traer la religion de Abraham en las suras de su libro santo, bastarian quizás, en concepto de Renan, á derribar la Kaba y la Meca, sustituyéndolas con otros santuarios animados por otras creencias. Escritor de tan ático ingenio, puede, sin desdoro, darse á tales fantasías en sus ratos de ocio, que le inspiran fecundos ensueños, y dolerse de su pobreza, que no le consiente disparar volcánicas farándulas en las cúspides sacras de las Pirámides ó en las puertas hieráticas del Asia, para que se reflejen sobre las corrientes del misterioso Nilo y sobre las ondas del mar Rojo, á ver si nace un revelador nue-

vo entre los juncos, ó arde la zarza del Oreb ó truena la cumbre del Sinaí, apareciendo así otro Dios á los estremecimientos del espíritu agitado por la electricidad ó el simoun y á las creaciones del arte humano, tan bien apañadas y compuestas, que se confunden con el movimiento de la vida y con los espectáculos de la Naturaleza. En todos tiempos han brotado esperanzas de tan superior linaje; y la ortodoxia reinante sobre las almas en los siglos de la Edad Media no ha impedido que monjes piadosos creyeran incompleta la revelacion del verbo divino y esperáran su plenitud en la revelacion del Espíritu Santo. Pero un Consejo de Estado en una República liberal y democrática debe mirarse mucho ántes de realizar tales imaginaciones y pensar con reflexiva madurez allá, en sus adentros, si no compele, más que persuade; y compeliendo, no desnaturaliza de un golpe la esencia de toda religion y la índole de toda democracia. Imposible negar que para ciertos cambios hondos, necesitados de rapidez revolucionaria por los muchos viejos intereses resistentes é incontrastables, sirven las dictaduras ó los Imperios mucho más que los Parlamentos y las Repúblicas. Discutiendo estaba el Senado romano sin fin si habia de cambiar su diosa Victoria, que le diera el dominio de la tierra, por el Dios crucificado en tierra de miserables judíos; y nunca decretára nada, si no entra en su seno Theodosio, y por una especie de diez y ocho Brumario teológico, no cambia los cultos, derribando en el polvo á los antiguos ídolos, y sustituyéndolos con los nuevos dogmas del Cristianismo en las tristes postrimerías del Imperio. Mas el Es-

tado tenía entónces una fuerza de que hoy carece, pues ahí está Bismarck, queriendo proteger á los viejos católicos, para que á la sombra de su imperial Estado crecieran, y se organizáran en frente y contra la Iglesia católica, sin lograrlo, porque los dominios del alma están fuera de los alcances de la fuerza y sometidos al imperio espiritual de las ideas. Constantino, con ser tan miserable, prosperó el Cristianismo, porque se hallaba esta creencia en conjuncion verdadera entónces con el espíritu de la civilizacion heleno-latina; y Juliano, con ser tan grande, no pudo prosperar el Paganismo, porque se hallaba esta creencia en disyuncion entónces con el espíritu de la civilizacion heleno-latina; y nada pueden los gobiernos, los Estados, los ejércitos sobre los espíritus. Por consecuencia, ¿qué podria un Gobierno de tan restrictas facultades como el Gobierno cantonal en República, de tan ámplia libertad y de tan ilustre democrecia, como la República de Ginebra, para ocurrir á las materias espiriruales y religiosas? Absolutamente nada.

La libertad encierra las soluciones todas como encierra el Universo la vida entera. Sin el oxígeno universal extinguiriais todos los seres orgánicos, por faltos de calor á cuya virtud vivificarlos y mantenerlos; y sin la libertad universal acabariais con todas las acciones morales, por faltas de una responsabilidad á que imputar ó atribuir su mérito y su demérito. En cuanto violais la libertad en provecho de cualquier interes, ó de cualquier secta, sentís el error que habeis cometido y el crímen que habeis perpetrado con todas sus indeclinables con-

secuencias. Cuanto vosotros haceis contra cualquier Iglesia poderosa, en nombre del Gobierno, lo hacen simples ciudadanos contra cualquier secta incipiente ó inofensiva, en nombre de la costumbre; y resulta maltrecha, de todos modos, la libertad, y con la libertad herido el principio capital, el alma imperecedera de vuestras instituciones. Procedamos experimentalmente, puesto que la experiencia queda en el mundo por la más importante de las escuelas políticas y la primera y más provechosa de sus enseñanzas, confirmando, bien consultada, con sus datos, los ideales y los principios. Gloriábanse los ciudadanos helvecios con razon de ofrecer en sus montañas un refugio á las ideas con toda seguridad. Desde los revolucionarios rusos hasta los demócratas españoles, todos los perseguidos encontraban allí hogar para sus personas y libertad para sus pensamientos. Así podria llamarse, propiamente, Suiza la tierra de los Congresos.

Á la sombra de su cruz federal caben todos los derechos, y especialmente los derechos espirituales de la humana conciencia. Napoleon arrancó á Inglaterra, en los dias de su poder imperial omnímodo, asomos de concesiones respecto al principio de asilo, y no pudo arrancárselas á la Suiza. Todas las almas atribuladas tenian allí un refugio, y todas las ideas nuevas aire para difundirse y propagarse. Mas de pronto aparece una secta, que se llama ejército de salvacion. Esta secta se origina en Inglaterra como los valdenses en Lyon, los sacramentarios en Bohemia, los anabaptistas en Leyden, los iluminados en Castilla, los albigenses en Bulgaria. Presidíalos una mariscala, especie de Papisa, y por su organi-

zacion militar y los nombres guerreros puestos á sus principales cargos, asemejábanse mucho á la Compañía de Jesus, que divide la tierra entre Babilonia y Jerusalen; hace del cielo un campamento y del infierno á su vez otro campamento contrario al cielo; nombra general de las tinieblas á Satanas y general de la luz á Jesucristo; distribuye sus adeptos en una organizacion esencialmente militar, y erige la emboscada, la táctica, la estrategia, los procedimientos de combate y de guerra, en procedimientos de religion y de fe. Luégo, la mariscala predicaba, y á la predicacion seguian cánticos sagrados; y á los cánticos acompañaban gestos en los iniciados como de poseidos; y todo esto se concluia y coronaba con una cuestacion pública, en que muchos cándidos soltaban su dinero á favor del religioso ejército y de su hermosísimo estado mayor general. Tales cosas agitaban los ánimos, distraian las gentes de sus trabajos, embarcaban á muchos cándidos, henchian las calles de procesiones ridículas, y trastornaban en las cabezas de poco seso los entendimientos de poca consistencia. Las mujeres se quejaban de que los maridos iban á embriagarse de ideas nuevas en tales tabernas de misticismo y abandonaban sus hogares y sus deberes domésticos. Los creyentes, así luteranos como católicos, se ofendian de ver una secta, presidida por jóven hermosa, tomar formas no consagradas en ninguna liturgia, y profesar ideas no conocidas en ninguna ortodoxia, dándose aires de combatir por Cristo contra Luzbel, sin exhibir otro título para tal empresa que su personalísima vocacion. Una santa del Protestantismo, viuda de un ilustre publicista que

ha defendido todas las causas generosas como la extincion de la esclavitud en América y la libertad absoluta de conciencia en el mundo, la señora Condesa de Gasparin escribe inspirado folleto contra el ejército de salvacion, y lo delata, en nombre del derecho, como un peligro inmenso á la conciencia universal. Tales palabras lanzadas en medio de aquella singular agitacion sublevan los ánimos, encrespan las pasiones, atizan la fe de los creyentes que se acercan mucho á la intolerancia implacable; y aquí los ciudadanos en suelta, y allá los policías movidos misteriosamente, y acullá los gobiernos á las claras y hasta los tribunales, á pesar de las leyes, persiguen, golpean, injurian, insultan, encarcelan, proscriben, disuelven, aniquilan el ejército de salvacion, quebrantando los primeros principios en que los pueblos libres fundan su gloria, y estableciendo funestísimos precedentes al desarrollo pacífico de la libertad en el seno de una República. Francamente, no ha merecido en esta ocasion el admirado pueblo suizo los votos que todos hacemos por su felicidad vinculada en sus instituciones, y la inextinguible admiracion que todos sentimos por sus antiguas y venerandas libertades con temeridad disminuidas y quebrantadas en detrimento de su glorioso nombre y de su preclara honra.

Cuando llegamos á Suiza por otoño del año pasado, la generala de los ejércitos habia caido en poder de la justicia y penaba en prision preventiva el intento de congregar á los suyos, citados y prevenidos para ejercicios piadosos en una hermosa quinta cerca de Neuchatel. Ardian los ánimos con ardor excepcional, y pululaban

las contiendas originadas en opiniones contradictorias y entre sí enemigas con tan extraño motivo. Los creyentes condenaban aquella novedad con el entusiasmo puesto por todos los fieles de una religion en el combate y ódio á las innovaciones religiosas. Los autoritarios decian de buena fe no merecer el nombre de nacion la que por sus instituciones se cree obligada estrechamente á consentir el desate y desencadenamiento de cualquier demencia seguida por verdaderas furias religiosas, quienes soplan sobre las peores pasiones para encender la tea de incendiario fanatismo. Los amantes de la libertad, como yo, deploraban á una el tenaz empeño de los utopistas, que proponen una libertad sin peligros é inconvenientes; lo cual equivale á querer un océano sin tormentas, un aire sin huracanes, una vida sin muerte, como si la libertad pudiera exentarse de cuanto concierne, por leyes incontrastables de Dios, á la complexion y naturaleza del hombre. Unos decian que, así para safarse de compromisos el Gobierno federal incierto entre su respeto á las leyes y su temor á la opinion, como para contestar á las intimaciones del ministro inglés muy decidido por que sus compatriotas no sufriesen vejámenes en Suiza, so color de soldados en la salvadora milicia, habia remitido negocio de salida tan difícil á los tribunales y tratado de cohonestar su opinion particular con jurídicas sentencias. Pero desconoce la impenetrable autonomía de los poderes helvéticos quien se atreve á juzgarlos por las ingerencias de unos poderes en otros, frecuentísimas en nuestras monarquías europeas. El tribunal absolvió á los acusados, y demostró que no pueden, bajo una Cons-

titucion como la suiza, interrumpirse derechos tan fundamentales como el derecho de reunion pacífica, ni oscurecerse principios tan claros como el principio de libertad religiosa. Tal sentencia devolvió el crédito, un tanto quebrantado, al más antiguo de los pueblos libres, y mostró cómo sus instituciones llevan y soportan fuertemente y sin quebrantarse la viva llama de la libertad. Precisa combatir una propension que suele aquejar á las democracias, la propension de llevar el imperio de las mayorías allende sus límites naturales, convirtiendo la voluntad pública del pueblo soberano en poder tan tiránico y omnímodo como la voluntad pública del rey absoluto. Los derechos naturales se han promulgado, no sólo como una objetivacion de la íntima naturaleza del hombre, como un límite á la ilimitada soberanía del pueblo. Se concibe que para derrocar poderes tan fuertes como el poder absoluto de los reyes en el pasado siglo forjára la sociedad, que produce, como la naturaleza, todo cuanto necesita, el contrato de Rousseau, la Convencion de Francia, la dictadura de Robespierre, la espada de Bonaparte, grandes máquinas guerreras destinadas á romper viejos obstáculos y abrir nuevos caminos. Mas ahora, en pueblos tranquilos, en períodos de paz y de armonía, cuando llegamos á la plenitud de los tiempos, y la democracia sólo puede retroceder al empuje de sus propios excesos, conviene recordar como el poder de las colectividades ha de tener un límite natural en el derecho de los individuos, cual halla el Océano su freno en ténue playa de arena. Un pueblo soberano puede hacerlo todo, ménos atentar al derecho

del más humilde y modesto entre sus más oscuros ciudadanos; porque brilla sobre la soberanía de todos la justicia, y vale tanto como la voluntad pública, dentro de sus naturales órbitas, el derecho de cada hombre al desarrollo de sus facultades propias y á la manifestacion de su íntima interior esencia en las instituciones y en las leyes. De consiguiente, Suiza procederá como debe proceder nacion tan democrática, liberal y republicana, recordando que la soberanía suya se compone de la suma formada por los derechos naturales que cada hombre aporta consigo al tesoro comun de la libertad universal.

Acaba de llegar á Europa, y desembarcar en sus playas, uno de los primeros exploradores conocidos en este nuestro tiempo, el célebre americano Stanley. Cuantos participamos de la revolucion española y acudimos á su Asamblea Constituyente, jamas olvidarémos las crónicas de nuestros movimientos revolucionarios y de nuestros debates políticos enviados á la prensa de América por el jóven y original escritor. Venido expresamente á desempeñar el ministerio de referir, allende los mares, nuestra tormentosa política, placíale residir entónces entre nosotros, porque residiendo entre nosotros respiraba en su verdadero elemento, en la tempestad. Ya en aquella sazon, al ver su figura que revelaba la resistencia y la fuerza, y oir su conversacion que revelaba la inquietud contínua y el deseo no satisfecho, presentíase la imposibilidad completa de su resignacion á oficio tan disconforme con sus aptitudes y con sus inclinaciones, como el oficio de corresponsal y cronista. Soñaba dispierto;

decia cosas inconexas; luchaba con visiones proféticas; sentia la vocacion hácia empresas no dibujadas á sus ojos todavía por las circunstancias y adivinadas ya por sus reveladores presentimientos. Á los dos años de residir entre nosotres se volvió á su América, y todos cuantos le conocieron y le trataron aquí, en España, recuerdan como preferia entre todas nuestras épicas historias las arraigadas exploraciones y los audaces descubrimientos. Perdióle de vista la opinion, cuando apareció uno de esos incidentes trágicos, suscitados por el amor á la ciencia y extendidos por la prensa europea en la universal atencion de todo el mundo culto. Un sabio inglés, salido de su patria para buscar las fuentes del Nilo, se descaminó, se perdió y cayó en tal silencio que se le creia muerto á manos de las tribus salvajes y sepelido en los arenales de África. La fuerza individual que los americanos reciben de su religion puritana, de sus instituciones libres, de su complexion sajona, de su existencia curtida en los empeños de la libertad y del trabajo, emprendieron y organizaron la expedicion que debia seguir las huellas del célebre descubridor, para, ó bien dar con él, ó bien cerciorarse de su muerte. El *Herald* la organizó con sus inmensos recursos, y Stanley la encabezó con su audaz arrojo. Al poco tiempo habia encontrado al descubridor, que sobrevivió cierto tiempo al encuentro; y despues de tal hallazgo, habíase decidido á las exploraciones y á los descubrimientos.

Mucho se ha discutido acerca de sus aptitudes, y mucho se le ha regateado su personal mérito; pero esto acontece con tanta frecuencia en el mundo al genio, y áun

al talento, que léjos de rebajarlos en el concepto público, los engrandece y exalta; pues todo verdadero mérito suscita la contradiccion que le persigue como los rayos del sol suscitan las evaporaciones que los nublan. El hallazgo encarecido en todas las lenguas del sabio inglés dió á su jóven y resuelto inventor el secreto de la verdadera vocacion que dominaba su vida. Comenzó primero por el empleo de sus esfuerzos individuales y concluyó luégo por la representacion de una sociedad anónima con colectivo encargo de buscar nuevos datos para la geografía y nuevos mercados para el comercio. Imposible que renombre tan extendido y fortuna tan rápida no engendráran rivalidades sin número. Túvolas Stanley en cumplimiento de ineluctables códigos morales, representadas por un explorador de orígen italiano y de nacionalidad francesa, puesto á servicio de otros intereses y de otras compañías, universalmente conocido y estimado bajo el nombre, ya histórico, de Brazza. Las contiendas y disputas de ambos exploradores han tomado aspecto de guerra en los desiertos; y las sendas calumnias dirigidas por el uno contra el otro, han oscurecido las columnas de los periódicos europeos. Mas no puede ponerse, no, en duda, que tan audaces peregrinos de la ciencia, los cuales comienzan una empresa de primer órden, movidos por impulsos individuales, y luégo la continúan bajo la razon y el imperio de una sociedad mercantil hasta elevarla con la perseverancia de sus esfuerzos y la copia de sus resultados á la indispensable adopcion de un Gobierno y de un Estado, merecen bien del progreso universal. Fácilmente se critican

estas empresas desde un cómodo gabinete levantado y compuesto por todos los adelantos de la industria moderna; pero cuando se considera lo pobre y deleznable de nuestro cuerpo, y se le ve á todas las inclemencias del cielo entregado en desiertos inhabitables, en bosques vírgenes, entre alimañas carniceras y tribus antropófagas, por inexplorados rios, no puede la razon más fria sustraerse á un profundo sentimiento de admiracion, ni el ánimo ménos entusiasta dejar de tener á esos trabajadores incansables, por héroes de la humanidad y por motores del progreso. Así comprendo que las sociedades mercantiles más ilustres de Ingtaterra, y hasta los reyes mismos de Bélgica, se hayan propuesto en una emulacion legítima honrar á Stanley con toda suerte de honras, y recibirle como pudieran recibir á un soberano que vuelve de sus dominios.

Su arribo ha suscitado nuevamente la cuestion del Congo, de cuyas recientísimas exploraciones hoy se ufana este audaz explorador. Y la cuestion del Congo habrá llegado á vuestros oidos por los dobles clamores que ha movido en el Parlamento británico y en la prensa lusitana. De creer á Jacobo Bright, hermano menor del gran tribuno y representante de los intereses de Manchester en la Cámara de los Comunes, el tratado propuesto en Febrero del corriente año entre Inglaterra y Portugal para la dominacion del Congo, resulta, en último término, un cobarde abandono de todos los intereses británicos; y á creer lo dicho en tantos artículos como los publicistas de Portugal han dado y en tantas reuniones como los liberales han tenido, ese pacto re-

sulta en último término un cobarde abandono de la dominacion lusitana en manos del poderoso Gobierno británico. Los portugueses, llevados de la susceptibilidad nacional congénita en los pueblos, y mucho más en los pueblos de corto territorio, temen toda ingerencia directa ó indirecta del Estado británico en sus dominios; como, á su vez, los ingleses recelan de que vaya ningun territorio nuevo á Estados de religion católica que han mantenido por mucho tiempo la esclavitud en sus colonias. Para contestar á tales recelos, el Gobierno portugues acaba de reunir en torno de una estatua erigida en las orillas del Tajo al ilustre abrogador de la esclavitud, al célebre Sa-Bandeira, todos los elementos oficiales de aquel Estado, quienes con este motivo acaban de pronunciar discursos que respondan á las injurias británicas y que muestren cómo las cadenas de los negros se han roto allí donde ondea la bandera gloriosísima, conducida por descubridores como Vasco de Gama y saludada por poetas como Luis de Camoens; bandera cuya sombra no más ha dilatado los mares y la tierra. Léjos de creer los portugueses cuanto dicen respecto á la extension de sus dominios, así las sociedades abolicionistas como los diputados de Manchester en Inglaterra, creen precisamente lo contrario; que sus dominios se han limitado en el pacto y que las noticias dadas respecto al mantenimiento de la trata en aquellas colonias, son todas ellas una completa calumnia. El Congo habrá podido ser explorado ahora con grande celo y ciencia por exploradores ingleses como Livingstone, ó de raza inglesa como Stanley; pero no puede dudarse que la

primera exploracion se debe al portugues Diego Cans, quien descubrió la desembocadura de rio tan importante allá en 1486. Cuatro años más tarde mandó el rey don Juan II de Portugal á un explorador y marino que se llamaba Sosa, con expreso encargo de gobernar á los indígenas, incorporándolos al Estado portugues, y de bautizarlos, incorporándolos á la Iglesia católica. Lopez, hijo de Benevento, pueblo cercano á Lisboa, da noticias, publicadas en Inglaterra misma, y al inglés traducidas, sobre los límites más ó ménos conocidos de aquella region; sobre las leguas que contaba de Oriente á Occidente y de Norte á Mediodía; sobre sus seis provincias, mandadas, como los antiguos feudos, por patrimoniales régulos, marqueses, condes y duques, dependientes todos del Estado y reino portugues. El mismo Stanley confiesa que ha encontrado restos innumerables del recuerdo que áun queda hoy en la tierra de Angola del antiguo gobierno lusitano. La sumision de los rebeldes del Jinga; las expediciones de Valle y Cordeiro en el siglo pasado; la ereccion de fortalezas como las de San José y de Habinda; los decretos del Estado portugues prohibiendo el comercio en todas estas regiones á las gentes extranjeras; los descubrimientos de Lacerda en el ocaso de la última centuria; las cartas constitucionales que llevan á su cabeza la lista de todos estos dominios reconocidos á Portugal hasta por los tratados del 15; vienen á ser los títulos por los portugueses aducidos para contrastar la especie de condominio que se ha querido pactar con la nacion británica, imposibilitada de presentar documentos análogos que prueben sus

aspiraciones á una posesion ilegítima. Pero los ingleses dicen que Portugal, por su carencia de medios, puede muy bien hallarse con que otros Estados le reclaman soberanía directa en territorio donde sólo quieren ellos una especie de direccion mitigada y compartida. Y para corroborar y reforzar su argumento, han apelado á la opinion de Stanley, quien cree dañosa, por todo extremo, al Congo la soberanía lusitana. Aduzco todo esto, que hallo en las polémicas ardientes entabladas con motivo del Congo entre Inglaterra y Portugal, para demostrar á este pueblo hermano nuestro, que habita en el hogar comun de nuestra Península; y bajo la techumbre de un cielo como el nuestro sin nubes, y sobre las sacras piedras de una tierra como la nuestra, entre las cuales no hay fronteras, que sus antiguas colonias, tan preciadas y queridas, le imponen la necesidad imprescindible de sumar sus fuerzas á otras fuerzas y de advenir por estas sumas á verdadero engrandecimiento.

Pero dejemos los negocios coloniales, ménos interesantes á la opinion universal que los graves negocios políticos, y departamos sobre un tema importantítisimo, sobre la revision del Código fundamental frances. Apareceré á los ojos de mis lectores testarudo é intratable por la tenacidad con que á todas las modificaciones constitucionales en Francia, despues de proclamada la República, he opuesto mi opinion. Para mí, las imperfecciones de la letra constitucional escrita por la célebre Asamblea de Versálles, podian corregirse fácilmente con verdaderas ampliaciones de su espíritu, llevadas á las leyes orgánicas. Pero tener una Constitucion, bajo la cual se

han superado las dificultades mayores y se ha vencido á los mayores enemigos de la República; tenerla consagrada por el tiempo y unida estrechamente con las costumbres; tenerla, despues de adquirida con tanto trabajo, funcionando con tanta regularidad; y alterarla, por aparentar docilidad al mandato imperativo de las opiniones radicales y por borrar la palabra revision de los programas avanzados, paréceme aventura peligrosa, muy expuesta de suyo á tristes contingencias. El suprimir unas ceremonias eclesiásticas puramente de rúbrica y sin verdadero influjo en la vida constitucional, análogas al saco donde se arrellana el presidente allá en Inglaterra ó á la peluca empolvada y rizadísima con que cubre su cabeza; el sacar de la Constitucion y remitir á las leyes orgánicas el método para elegir la alta Cámara; el declarar indiscutible la forma de aquel gobierno, que lleva la discusion eterna en su seno; francamente, todas estas innovaciones cuasi baladíes no valian la pena de reunir ese Congreso monstruoso y constituyente, de facultades no bien claras y de tendencias no bien definidas, cuya primera sesion ha lastimado más que ha servido á la República. ¡Oh! La suma de ambos Cuerpos Colegisladores, produciendo una grande Asamblea de mil cabezas; la estancia en Versálles, recordando tiempos nefastísimos; el número de malcontentos, cada dia mayor; la inmensa gravedad y trascendencia de los problemas propuestos; la grande agitacion de los ánimos caldeados por las pasiones propias de los combates políticos en pueblo tan movedizo como Francia; todo esto debia con tiempo haber sido pre-

visto, como anejo á la revision, y evitado por peligroso, cuando no por inútil.

El señalar la reglamentacion tan sólo de tamaña Babel ha traido triste apertura, que recordarán siempre con dolor los republicanos verdaderos. Abrogado el código penal que toda Cámara francesa necesita para moderarse y retenerse á sí misma, por los frecuentes olvidos de su propia dignidad, todos los que allí acostumbran á lanzar interrupciones, á dicharachos parecidas, rara vez graciosas, y brutales muchas veces, hanse dado de ojo para manchar la constitucion del Congreso con verdaderas blasfemias. Cuando las tribunas ya estaban llenas, poblados los asientos, apercibidos los taquígrafos, la Presidencia en su mesa y en sus comienzos la sesion, ha dicho un diputado que comenzaba entónces verdaderamente la comedia. Tras este insulto intolerable han venido, á su vez, otros no ménos intolerables insultos, interrumpiendo el comienzo de aquella ceremonia y manchando la majestad de la nacion. Por muy positivos que los diputados sean, y por muy prácticos, no pueden ménos de profesar ciertas doctrinas individuales, y viendo en ellas la salud pública y el progreso seguro, no pueden ménos de proponerlas, cuando se les ofrece coyuntura favorable á su presentacion. Entre los que mayores convicciones profesan y más arraigadas allí en la Cámara, cuéntase, por ejemplo, M. Andrieux, que desearia una Constitucion del Poder ejecutivo semejante á la Constitucion americana por su interior independencia y por su grande autoctonia. Naturalmente, muy enamorado, por mil motivos, de la

idealidad, que acaricia, quisiera presentarla como fórmula de todas sus ideas y compendio de todas sus aspiraciones en el tribunal supremo de un Congreso constituyente; y al ver cómo la designacion de reglamento le oponia insuperables obstáculos á este vivo deseo, reclamaba con tales instancias, que hasta impedia la palabra y la tribuna con gestos y ademanes violentísimos al Presidente del Ministerio. En la sesion inaugural á tales extremos llegaron, á tales tumultos y violencias, que necesitó el Presidente cubrirse, y suspenderse por algunos momentos la sesion.

Todo son dificultades. Los encargados de presentar la proposicion de reforma se designan y eligen por toda la Cámara, quedando así las minorías sin voz ni voto en tan importante Comision. De aquí, absurdas coaliciones entre la extrema derecha y la extrema izquierda, que, aguijoneadas por pesimismo repugnante, sólo pueden dar frutos amarguísimos. De aquí la presentacion á cada paso de obstáculos insuperables y de problemas dificultosos. Por ejemplo, el Reglamento de la Asamblea constituyente previene que para tomar acuerdos se necesita la mayoría absoluta; y como quiera que los miembros de la Cámara sean muchos y las minorías numerosísimas, hay una dificultad muy grande de cumplir el Reglamento; y un temor y recelo muy fundado á que todo se pierda y malogre por falta de número. Los ministeriales quieren que para contar la mayoría absoluta no se computen los muertos, y las oposiciones quieren que se computen. Así ha podido decir M. de Clemençeau una frase que resulta verdaderamente diabólica y que abre

vías procelosísimas á las resistencias revolucionarias. «Lo votarémos todo, y no reconocerémos nada.» En medio de tales angustias alzan los pretendientes sus cabezas y dicen que la soberanía reside por completo en las muchedumbres, y que los delegados del pueblo, siquier se llamen constituyentes, no tienen tanto derecho á dar una Constitucion como el pueblo mismo, único soberano, pues posee, para mostrar su directa voluntad y su idea propia, el medio superior de los plebiscitos.

Por otro lado, intransigentes como Gambon se retraen, y léjos de ir á la nacional Asamblea reunida en Versálles, cumpliendo así con sus más rudimentarios deberes, vanse á las reuniones públicas, y en ellas maldicen las facultades que por su mandato electoral gozan, y denuestan el Cuerpo Colegislador á que por su calidad altísima de diputados pertenecen. ¿Qué necesidad habia de todo esto si la reforma constitucional no hubiera sido fuera de toda sazon propuesta por un capricho del Gobierno? En política son muy debilitantes las agitaciones inútiles.

Por fortuna queda en Francia todavía el elemento que necesitan los gobiernos parlamentarios para no perderse: queda una grande y poderosa mayoría. Esta mayoría, que ha seguido al Gobierno en la revision por pura disciplina, trata de llegar hasta el fin disciplinada, evitando, como pueda, los escollos. Así ha conseguido tener una Comision suya y que la Comision presente un dictámen autorizado por la unanimidad completa de sus miembros. Este dictámen es el mismo que ha sacado tras tantas dificultades á puerto el Gobierno y que ha ofrecido al

voto de la mayoría. Várias modificaciones, sin embargo, alteran el texto á pretexto de completarlo. Es una la propuesta para el artículo primero, que añade el precepto de reunir las Cámaras veinte dias despues de concluidas las elecciones generales; y es otra la propuesta para el artículo segundo, que declara ineligibles á la Presidencia de la República los príncipes varios pertenecientes á las familias imperiales y reales de Francia. Despues de todo esto, ha decidido, por el método antiguo de la cuestion prévia, eliminar todas las enmiendas, y se ha entrado en la revision. El Sr. Chesneglhon se levanta primero á reivindicar las ventajas del régimen parlamentario para la monarquía constitucional. En su íntimo sentir, la República no ha podido producir todavía ni un Senado que refrene á la Cámara popular, ni un Presidente del Poder ejecutivo que obtenga el respeto público, desplomándose, por la pendiente de todas las Repúblicas francesas, en el detestable sistema jacobino, y dirigiéndose por el medio de una Convencion que consagra la omnipotencia de las mayorías y que desprecia el derecho de los mejores á regir las sociedades humanas. Como se ve, toda la teoría monárquica se hallaba contenida en este discurso, que pedia una verdadera contradiccion republicana. Madier-Montjau, que la intentára, no acertó con ella, porque léjos de oponer principios á principios, opuso tan sólo recuerdos á recuerdos.

Sus ataques al Senado frances, que comparó con la Cámara de los Lores, y sus exageraciones republicanas, que llegaron á identificar el antiguo Luxembúrgo, donde los senadores se reunen hoy, con arqueológico museo

de antigüedades ¡ah! desirvieron más que sirvieron á la República. Monsieur Andrieux ha subido luégo á la tribuna con su empeño un tanto utópico de arreglar la democracia francesa, esencialmente unitaria, por el patron de la democracia americana, esencialmente federal. Para este orador, la Constitucion hoy vigente se asemeja mucho á las Constituciones monárquicas; y en ello encuentra un mal gravísimo, cuando todos los pensadores expertos verian á una en ese mal cumplida la ley lógica de la serie, impuesta, como á las evoluciones del Universo, á las evoluciones de la sociedad. Ya sabemos que las instituciones americanas se prestan más á la República y á la democracia que las instituciones inglesas; pero un Código fundamental, un organismo cualquiera de la política, una forma del Estado y del Gobierno, realmente no brota de las teorías individuales, ni de los ejemplos más ó ménos próximos y más ó ménos luminosos; brota de corrientes sociales, de recuerdos históricos, de complexiones fisiológicas, que tambien los pueblos tienen su complexion y su fisiología; de ideas y de cosas inalterables por la improvisacion de un momento y poderosas para flotar sobre todas las escuelas y dirigir á muchas generaciones por su fuerza y por su virtud interior. Tampoco podemos admitir que se organice á la manera de América el Poder ejecutivo en democracia como la democracia francesa.

El Estado tiene por precision que personificarse; y estas personificaciones del Estado tienen por precision que inspirar su gobierno en la idea y en la voluntad manifiestas de sus Cámaras. Aunque tal sea la doctrina

de todos los verdaderos pensadores demócratas, no pueden las doctrinas cambiar en sólo un dia el imperio de la realidad. Quizas más perfecta que la Presidencia de América, resulta, en concepto de todos, el Consejo federal de Suiza, que, permitiendo la renovacion saludable, guarda la estabilidad permanente, de tal suerte, que desde 1848 se conserva en el poder la médula y esencia de tan progresivo y conservador Gobierno. Pero ¡cuántas dificultades no traeria esto á los diputados que tienen la costumbre de considerar hechura propia el ministerio, y á los ministros que tienen la costumbre de considerar al Gobierno como un solo cuerpo animado por un solo espíritu! Dadas las circunstancias que nos rodean, y el estado general de los ánimos y de los espíritus en Europa, no se puede aspirar hoy á otra cosa más que á sustituir los Gobiernos de derecho histórico, inamovibles, irresponsables, dirigidos por jefes vitalicios y hereditarios, es decir, las monarquías constitucionales con gobiernos de derecho humano, movibles, responsables, encabezados por jefes electivos y populares, ó sea con la República democrática.

Mucho se ha conseguido en esa misma Francia consiguiendo que los poderes dimanados del sufragio universal se impongan por eficaz virtud de las leyes y se dividan en tres grandes cuerpos unidos por mutuas relaciones, como el Congreso, el Senado y el Presidente. Mucho se ha conseguido con que un pueblo, donde ha fracasado tres veces la República, sepa sostenerla y arraigarla por espacio de tres contínuos lustros. No vayamos, por un amor inconsiderado á la perfeccion, en pos de ideales

demasiado altos donde no se puede respirar como en las excelsas altitudes várias de nuestra vital atmósfera. La revision tiene para nosotros, los que preferimos una República perdurable á una República perfecta, el mal de suscitar en las conciencias individuales problemas que no se hallan planteados en la conciencia universal, y de traer estériles agitaciones, que no corresponden á la serenidad y á la calma de los espíritus en Francia. Esperemos que la firmeza del Gobierno republicano y la cordura del pueblo frances acertarán á salir de toda esta crísis, dando fuerza mayor y mayor lustre á la libertad, á la democracia y á la República.

Afortunadamente, la resolucion de las mayorías ha vencido á las resistencias de las minorías, y el Congreso, terminada su tarea, se ha disuelto, con grande satisfaccion de todos los republicanos, demostrando una vez más cómo las asambleas constituyentes han perdido su razon de ser en los pueblos definitivamente asentados hoy sobre instituciones bastante flexibles para no resistir á ningun progreso racional ni sustraerse á ninguna indispensable metamórfosis. Necesarias, muy necesarias las asambleas constituyentes cuando las democracias se inician; inútiles, completamente inútiles cuando las democracias maduran y gobiernan. Si teneis que soterrar el feudalismo, romper la monarquía, extinguir la Inquisicion, dar el derecho humano á siervos sumidos en la esclavitud, convocad una Constituyente, un Concilio de la libertad compuesto por los apóstoles de las ideas nuevas, y asistido del Espíritu Santo que anima la civilizacion y la ciencia. Por ingratas pasarán las genera-

ciones que no sientan toda la grandeza de la primer Constituyente francesa, quien redimió al hombre, condensando en sus alturas el ideal de la filosofía. Lo mismo la Convencion de Francia luchando con la Europa realista, que la Constituyente de Cádiz sosteniendo á la nacion española contra la conquista napoleónica, merecieron bien de la posteridad y dejaron reverberaciones inextinguibles de sus grandes almas en los anales de la historia. Ni la unidad germánica se hubiera fundado sin la calumniada Convencion de Francfort, ni la unidad italiana se hubiera establecido sin aquellas Constituyentes várias levantadas á una sobre las erupciones volcánicas del 48.

Á la Constituyente de la segunda República, entregada de contínuo á las ráfagas de tempestades eternas, se debe, sin duda, el triunfo de la tercera República; y á la inmortal Constituyente nuestra de 1869 se debe la España moderna y la idea capital de sus libertades difundida hoy en las conciencias para extenderse y arraigarse mañana en las costumbres. Las constituyentes, buenas para crear, son pésimas para dirigir y gobernar. En el génesis de un progresivo mundo, irreemplazables; en la hora de su organizacion estable y de su triunfo definitivo, nocivas. Hay que tenerlas por grandes máquinas del progreso en una edad ya pasada, y que archivarlas en los museos arqueológicos, esos templos de los recuerdos. Así, todos cuantos seguimos con grande interes el movimiento de la política en Francia nos dolimos de su reunion ayer casi tanto como nos holgamos hoy de su término y de su acabamiento. La República,

para triunfar sólo necesita vivir, huyendo por completo de crísis que pudieran comprometerla y arruinarla. Una feliz administracion, un presupuesto equilibrado, su hacienda en sobrante y no en déficit, el órden exterior cada dia más seguro, la paz internacional más firme cada dia por los empeños de una democracia trabajadora, económica, inteligente y libre, tales son las modestas condiciones con que Francia puede tornar á ser el sol de los pueblos por la solidez de su República.

Comienza ya en la Gran Bretaña una ingente agitacion promovida por la reforma electoral. Con arreglo á sus antecedentes y á sus tradiciones, los partidos liberales, llamados al poder por el voto público de los comicios, presentan el anunciado proyecto de ley, ampliando el sufragio y subiendo á tres millones más el número ya considerable de los ciudadanos activos; y con arreglo á sus antecedentes y á sus tradiciones, los pares de Inglaterra, nacidos con el derecho de legislar ó llamados á ejercer tal prerogativa por gracia de la Corona, resisten á esta innovacion, cual resistieron á la reforma electoral propuesta por Russell, á la reforma económica propagada por Cobden, á la emancipacion religiosa defendida por O'Connell, á todos los progresos. Parapetados tras el especioso pretexto de que al presentar la ley no se ha presentado con ella el arreglo de distritos, que debia ofrecer facilidades para el voto á los electores del campo, mucho más propicios al partido conservador que los electores de las ciudades, la Cámara de la nobleza, con muy mal consejo y mucho peor acuerdo, ha opuesto el veto de una votacion muy numerosa y grande al triunfo

de la reforma. En cumplimiento de antiguos usos nacionales, elevados á leyes de vida por virtud y fuerza de las costumbres, ha comenzado una inevitable apelacion al pueblo, la cual dará por necesario resultado una serie de procesiones públicas y asambleas al aire libre, que acabarán por forzar la mano de los Lores y constreñirlos á convenir, más ó ménos de su grado, en la progresiva innovacion. El movimiento ha comenzado ya, y de la Cámara depende por completo que se detenga con calma en los tranquilos comienzos ó pase con ímpetu sobre los antiguos privilegios. Una reunion verdaderamente considerable acaba de celebrarse ahora mismo en Bhirmingham, donde han hablado el venerable jefe de los radicales, Bright, á cuyo nombre van unidas tantas glorias, y en cuyos labios quedan los últimos ecos de la gloriosa elocuencia británica, juntamente con Harthingthon, el ilustre jefe de los aristócratas liberales, á quienes debe, por su alto sentido conciliador y por sus arraigadas ideas progresivas, el antiguo patriciado británico la felicidad con que ha flotado en la fecunda inundacion traida por las ideas radicales al alodial suelo de Inglaterra, cuyas aguas, fecundándolo, han producido, al cabo, la democracia contemporánea, tan imbuida, como todas las generaciones anteriores, en el respeto debido al órden legal, y tan firme como tenaz en el empeño de continuar el progreso con medida y sin esos sacudimientos revolucionarios, capaces de quebrantar la principal fianza y seguridad de los derechos británicos, el religioso culto á la majestad impersonal y cuasi divina de las leyes. Como el Ministerio en sus consejos habia resuelto no amenazar en re-

uniones, donde los ministros estuvieran presentes, á la Cámara nobiliaria en sus privilegios y prerogativas, ambos oradores se mostraron muy cautos, y no dijeron cosas que trascendiesen á irreverencia ó desacato. Mas en otra reunion mucho ménos numerosa, por los conservadores celebrada y por el célebre lord Salisbury presidida, no se han guardado iguales consideraciones á la Cámara de los Diputados; y el Presidente, con irreverencia increible ha dicho que jamas habia visto Cuerpo alguno político tan servil en Inglaterra como el Cuerpo electivo, que representa hoy á la nacion con títulos superiores á los presentados por la Cámara semifeudal y nobiliaria.

Tales violencias de lenguaje, usadas por quienes ménos motivo y razon pueden tener para usarlas, han excitado los ánimos y traido las correspondientes represalias. El pueblo inglés cree que sus virtudes privadas y públicas, puestas de manifiesto en las colosales obras que ha creado la grande actividad de su trabajo y de su comercio, le dan derechos y aptitudes para el gobierno de sí mismo, como á tantas otras democracias no iniciadas en el ejercicio de la libertad por una enseñanza tan práctica y constante como la suya, que le prepara y apercibe á la comprension clara y al ejercicio tranquilo de todos los derechos. Y como ha visto la difusion de tal creencia suya en los guías, en los tribunos, en los estadistas á quienes debe Inglaterra principalmente su prosperidad y su grandeza increibles, se ha enamorado de una reforma nacida tanto del ideal de igualdad y de justicia que se alberga en las inteligencias superiores, como de los mé-

ritos que ha demostrado el mismo en la práctica de los derechos adquiridos, y que tan grande y meritoria dignidad naturalmente ha prestado á su conciencia y á su vida. Á la virtud y á la eficacia de semejantes convicciones crece su entusiasmo, y este grandioso entusiasmo produce manifestaciones como la que ha corrido calles principales de Lóndres y se ha disuelto en los dilatados y hermosos espacios de Hyde-Park.

Difícil apreciar el número de los reunidos. Si nos remitimos al cómputo radical, debemos contar trescientos mil por lo ménos; y si nos referimos al cómputo conservador, debemos por lo más, contar sesenta mil. En todas las reuniones acontece lo mismo : imposible una comprobacion exacta, estímase la totalidad de la muchedumbre á ojo de buen cubero, y unos tienen grande interes en agrandar la suma, y otros tienen grande interes en agrandar la resta, cada cual á su guisa, hasta que disminuyendo y aumentando factores, las relaciones contradictorias acaban por dar de sí un término medio cercano á la verdad. No habria tantos como aseveran los avanzados, ni tan pocos como aseveran los lores. Pero lo cierto es que una tarde toda estuvieron los manifestantes pasando por el espacio de cuatro kilómetros señalado al curso de la manifestacion, y que al disolverse los agrupados en el Parque al rededor de las tribunas para oir á los primeros oradores, áun corria la procesion, como inagotable rio, por su cauce, y quedaba un resto considerable de ella en el punto de partida. Hay algunos conservadores que juzgan oportuno promover manifestaciones aristocraticas opuestas á las manifestaciones

populares. Que lo hagan, y verán bien pronto como no hay controversias respecto á su número, por resultar éste muy calculable de suyo en su escasez y pobreza. Las grandes ideas se parecen á esos vientos que bajan de montes muy altos á encrespar en los bajos abismos las olas del mar. Por mucho tiempo quedan aisladas en las alturas de las inteligencias singulares; pero luégo, por el apostolado, por la predicacion, por la propaganda, bajan á las clases inferiores y levantan sus vívidos entusiasmos y sus vivificadoras pasiones.

Abria la marcha un grupo de veterinarios, cuyos caballos, un tanto enflaquecidos y maltrechos, daban ocasion á los conservadores para tomarse á una el inocente desquite de sus risas. Iban luégo secciones várias, presididas y encabezadas por sonoras músicas, distinguiéndose cada cual con divisas, en las cuales brillaban motes expresivos de verdaderas fórmulas políticas. Campesinos, en gran muchedumbre, mostraban cómo las nuevas ideas han caido hasta en el seno de los campos, detenidos por antiguas supersticiones, y semejantes en la vida política y social, respecto de los trabajadores fabriles, á lo que son los vegetales, por inmóviles, respecto del movimiento vertiginoso y contínuo propio á las máquinas por el impetuoso vapor animadas. Notábase que las músicas prorumpian al pasar por ciertos sitios de nota en los acentos de la *Marsellesa*, como diciendo las estrechas relaciones existentes hoy entre todas las democracias europeas, y la extincion de los odios seculares entre los dos pueblos centrales, advertidos por una civilizacion superior de la identidad fundamental en sus

mutuos intereses. El Gobierno habia ocurrido á la seguridad general agolpando gendarmes en todos los puntos del tránsito. La casa de Salisbury se veia guardada como una fortaleza. El orador Curchill lucia su jóven figura en una ventana muy principal del club de su partido, y recibia sin pestañear, con sonrisa en boca, y flema en todo su aire, los dichos lindantes con verdaderos dicharachos, de la encendida y entusiasmada plebe. Presenciaba la procesion el Príncipe de Gáles, acompañado por su esposa, desde un muy notado y muy principal balcon; pero, llegados á su presencia, sumergíanse los ruidosos grupos en profundo silencio. No podian contarse las divisas, ni ménos distinguirse los rótulos. Pero todos tiraban alguna piedra más ó ménos pesada de suyo á la Cámara de los Lores y á su incomprensible resistencia. Como en toda manifestacion de Inglaterra debe haber siempre una extravagancia inglesa, veíase allí gran máquina eléctrica de un doctor aquejado por electromanía, con vistoso rótulo, expresivo de una bien natural aspiracion, dados los caractéres de aquellas ruidosas manifestaciones, la de matar los privilegios aristocráticos por el medio socorrido y breve de la electricidad. Todas estas gracias no tenian desagradables consecuencias, pues reinó disciplina propia de un ejército en todos los grupos, órden profundísimo en toda la carrera, y sobriedad espartana en todos los discursos. Con la luz del dia se acabó el espectáculo que muestra la incontestable fuerza de la reforma en pueblo acostumbrado á obtener por su perseverancia en el entusiasmo todas las innovaciones maduras y á superar todas las resistencias reaccionarias,

SETIEMBRE.

Indudablemente Gordon, el célebre misionero británico, aparece hoy en el mundo como una personificacion del protestantismo avanzado y democrático y cuasi unitario, que tantos fieles tiene, así en la histórica Inglaterra como en la jóven América. Las satisfacciones del amor propio, los aguijoneos del interes mercantil, el amor mismo á la raza y á la patria, no explica tal cúmulo de penalidades, arrastradas por quien se ha convertido en Profeta cristiano frente á frente del Profeta musulman. Sólo ¡ay! los arrebatos de la fe religiosa, que se burla del dolor y del martirio, sintiendo aquí abajo la solidaridad humana, y esperando arriba la perpetuidad del humano sér en los cielos espirituales de la fe viva, pueden explicar esa increible abnegacion de todos los goces, ese arriesgado desafío á todos los dolores, el paso por los océanos y por los desiertos inmensos, la existencia entre las tribus bárbaras, los servicios unas veces á China, otras veces á Egipto, las peregrinaciones por el Oriente y por el África, la grandeza del misionero unida con la paciencia del soldado, en mísero mortal,

quien, ahora mismo, sostiene un asedio formidable y conjura con su ascendiente y con su influjo las tempestades várias engendradas en torno suyo para derribarlo y para hundirlo por la supersticion y el fanatismo. Parece imposible que Gordon haya podido mantenerse tanto tiempo en una incierta posicion, donde sólo encontraba, despues de haber sido enviado allá por el Gobierno inglés, ingrato abandono del mismo que lo enviára. Las circunstancias hoy han cambiado mucho. Inglaterra organiza una expedicion y manda un general en socorro de su misionero y de su Profeta. ¿Por qué tal cambio?

Por una razon muy sencilla; por el fracaso de la Conferencia londonense. El jefe de los liberales británicos á quien repugna la política imperial de sus adversarios, los conservadores, habia reunido Europa entera en Conferencia diplomática para tratar los asuntos egipcios con ánimo de que se reconociese una jurisdiccion superior, en la cual pudiera descargar mañana su protectorado forzoso y justificarse de una evacuacion inevitable ante los más exaltados patriotas, amigos en todas partes y en todos tiempos de una dominacion universal para sus patrias respectivas. Mas como quiera que la política tiene mucho de transaccion, hasta en los problemas y asuntos más claros, Gladstone se vió constreñido por la necesidad á transigir con las pasiones patrióticas, y redujo el dominio de la conferencia diplomática, reunida para otros fines en su pensamiento, á un objeto bien restricto, al objeto económico puramente. Limitada por un programa tan estrecho, debia malograrse por imposibilidad material de un verdadero acuerdo. Los ingleses querian

un arreglo de la deuda egipcia que consistiese, desde luégo, en una rebaja considerable de sus réditos; miéntras los franceses querian que no se arreglára tanto la deuda como el presupuesto, cuyo arreglo granjeaba la totalidad de sus intereses á los tenedores del papel egipcio. Difícil una concordia entre tan opuestos elementos y un término medio entre tan contradictorias soluciones. Inglaterra, Turquía é Italia votaron por la rebaja, y Francia, Rusia, Prusia y Austria, por la integridad de los intereses. Rota la inteligencia entre los Estados no tenía ya objeto alguno la internacional Asamblea. Lord Granville anunció su disolucion altanera y bruscamente, no sin que Alemania propusiera una conferencia sanitaria para impedir las pestes enviadas con frecuencia sobre nuestra Europa, perturbándola hondamente desde aquellos territorios donde se juntan Asia y África; proposicion que incluia dentro de sí todos los problemas relativos al canal de Suez, y por consiguiente, toda la cuestion egipcia. Los ingleses, que habian reunido la Conferencia para el objeto singular de la deuda, no quisieron oir tal proposicion, y apresuraron el término de la difícil Asamblea, no sin dejar profundamente resentidas por tal resultado á Francia y Alemania.

El resentimiento con Francia se ha conocido en seguida por su resonancia en el Imperio chino. Ora esta potencia del Oriente haya obedecido á impulsos británicos, ora se haya en sí propia inspirado, lo cierto es que la ruptura de la cordialidad antigua entre dos naciones como la República francesa y la Monarquía británica, la ha movido á una terrible y desastrosa guerra. Miéntras

las dos grandes potencias de Occidente se hallaban de acuerdo, China cedia con dificultad, como suelen los orientales, pero al cabo cedia sin remedio. En cuanto Francia é Inglaterra se desavienen, China opone al cumplimiento de sus tratados el veto de sus armas. Nada más extraño que haber convenido en la completa cesion de todos sus derechos sobre las tierras del Tonkin, y luégo, al realizarse tal convenio y dirigirse las tropas francesas á izar el pabellon tricolor, erguirse y combatir. Tal proceder demandaba pronto desquite, y Francia lo ha tomado. Su almirante Courbet, herido por la perfidia oriental, que habia preso en traidoras emboscadas las tropas expedidas para posesionarse del territorio conquistado, ardia por combatir y tomar una sangrienta represalia. En efecto, la órden ha partido desde París con la celeridad del rayo, y con la celeridad del rayo se ha cumplimentado. Subiendo las escuadras francesas el caudaloso Min, se han colocado frente á frente del arsenal capitalísimo, que allí posee China, y lo han destruido con la furia con que destruyen los volcanes y los terremotos. China, que se hallaba posesionada fuertemente de la orilla, en cuya defensa entraban sus flotas y sus fortalezas pobladas de numeroso ejército, ha mostrado una vez más su fragilidad, semejante á la fragilidad de sus porcelanas. El valor de los chinos para morir supera en mucho al valor de los chinos para pelear. Podria llamarse aquella tierra una tierra de mártires, y no una tierra de héroes. En todas las expediciones europeas se ha visto que los chinos cedian al enemigo, temiendo el propio esfuerzo más que la mis-

ma muerte. Así, en muchas fortalezas donde la resistencia parecia débil, encontrábase destruida y aniquilada la guarnicion total, sin que se hubiera podido salvar ni un solo individuo, porque á ninguno se le ocurria huir. La sobra de vanidad nacional, el crédito supersticioso á los amuletos y á los conjuros, la confianza en sus exorcismos y en sus cabalísticas enseñas guerreras, les disponen á morir, mas no á pelear. Decíase que habian adelantado mucho, que sus emigraciones á la grande América les habian industriado en los secretos de la guerra, que podian oponer grandes máquinas y consumada estrategia hoy á todos sus enemigos, y la experiencia demuestra, como esas tierras de Oriente se petrifican todas á una, como en sus antiguas creencias é instituciones, en sus antiguas costumbres.

El Japon opone á esta regla general excepciones várias. Ha entrado en sus senos cierto espíritu europeo, que lo ha esclarecido con cierta reluciente cultura. Pero esto ha provenido de haberse allí consumado una revolucion religiosa. Los japoneses han hecho ahora con sus conventos lo que hicimos los pueblos europeos con los nuestros en tiempos de nuestras respectivas revoluciones. Sus ídolos se han vendido en pública subasta, y brillan hoy, meros simulacros de arte y arqueología, en los museos parisienses. El Japon es, proporcionalmente, respecto á la China, lo que allá en tiempos antiguos eran los archipiélagos helénicos respecto á la Media y á la Persia. Por tal razon, su actividad se dirige hoy contra los hijos del cielo en vista de los ataques de Francia; y es muy fácil que China pierda la juris-

diccion sobre Corea, codiciada por los japoneses, y la propiedad de la isla Formosa, hoy asediada por Francia. Los que no queremos ver á esta grande nacion, cuyas instituciones tanto nos interesan, comprometida en aventuras lejanas y de difícil salida, le aconsejamos que no lleve al exceso las represalias y no arriesgue la paz del mundo, á nadie tan saludable como á ella, por colonias más ó ménos valiosas y por posesiones más ó ménos ricas. La ruptura de la Conferencia, y el enfriamiento que ha traido entre dos Gobiernos tan radicales como el Gobierno británico y el Gobierno frances, puede ceder en mengua y en desdoro de la libertad universal. Así lo han demostrado artículos tan terribles como los escritos en la prensa británica, cuya importancia se ha visto en las contestaciones personales dadas á ellos por el Presidente del Consejo en Francia. Y áun lo han demostrado más las palabras de la prensa germánica incitando á la República francesa con ardientes incitaciones á olvidar antiguos agravios y á unirse para la defensa de intereses comunes en el globo contra el pueblo atrevido que cree tener á merced suya el Océano.

En efecto, allá en rincon desconocido de África el pabellon inglés se ha plegado ante los alemanes y les ha cedido el paso. Por corto que tal territorio sea; por oscuro y modesto que tal acontecimiento parezca; por limitadas y reducidas que se juzguen sus consecuencias, no deja de tener gravedad suma y de indicar, por lo ménos, rivalidades incomprensibles entre Alemania, hoy la principal potencia continental, é Inglaterra, hoy la principal potencia marítima. La causa de tanto ruido

está en la cesion de cierto territorio africano á fuertes casas de Hamburgo, cuyo territorio parece haber sido traspasado ántes por uno de los innumerables régulos negros á casas inglesas. Nada más frecuente ni más fácil en estos arenales del continente africano, en sus costas insalubres, á la orilla de sus asesinos rios, que la cesion por tribus nómadas, encabezadas con jefes transitorios y adventicios, de tierras entregadas al oleaje de los combates contínuos, y por estos oleajes combatidas como las dunas por los huracanes y por las tormentas. Pero nada más fácil tambien que complicaciones europeas, y gravísimas, por causa de tales tratados más ó ménos legítimos. Así, hemos visto celos y recelos entre Inglaterra y Portugal por la posesion del Congo, y luchas entre Brazza y Stanley, por ejemplo, que han tomado el carácter gravísimo de luchas internacionales. Por consiguiente, metida la nacion alemana en este afan de grandes crecimientos coloniales, que á todas las naciones aqueja, se ha dirigido hácia las tierras de Cameron, que tal se llaman las cedidas en el Golfo de Guinea por los negros á los mercaderes de Hamburgo. Dase tal nombre de Cameron á cosas distintas, á un rio, que fluyendo de regiones inexploradas, y quizás inexplorables, desemboca en la bahía de Biafra, y á un territorio de corta extension, ocupado por alguna mision protestante, várias factorías, hamburguesas unas, otras británicas, diversas chozas de negros más ó ménos salvajes. Las casas hamburguesas y las británicas se encuentran todas ellas ocupadas en la exportacion del marfil, del cacao, del café, y del aceite de palma.

Los negros ofrecen unas veces el dominio eminente sobre aquel abrasado territorio al Estado británico y otras veces al Estado aleman. De aquí las rivalidades que luégo resuenan, todas ellas con grandísima resonancia, en los periódicos alemanes é ingleses, los cuales se asestan sendas amenazas é injurias inspirando á los tímidos el pueril temor de una guerra inmediata. Por fortuna, el discurso último de Gladstone pondrá pronto término á esta homérica batalla de plumas exacerbadas que vierten negras tintas, pues al extender su mirar el estadista inglés por las antiguas colonias suyas que cubren el globo, y compararlas con la incipiente y diminuta colonia germánica ignorada del mundo, ha dicho con cierta finísima ironía cómo no hay para qué sienta Inglaterra veleidad ninguna de proterva envidia.

Y en efecto, no hay como ver la organizacion del ejército mandado por los ingleses en socorro de Jartum para estimar su inmenso imperio colonial, que apénas tene límites. En él irán, bajo la suprema direccion de Wolseley, representantes de las razas múltiples que hoy están sometidas al imperio británico. El núcleo será europeo, como europeo es tambien el centro y el imperio eminentísimo de tan vastas regiones; mas con el europeo irán aquellos bateleros sajones que facilitaban el vado de los rios en la última guerra del Canadá, llevando sobre sus hombros, de un punto á otro, por las selvas, bateles, barcas, piraguas; con el europeo irán los negros africanos, muy propios para desafiar las inclemencias del Desierto, y combatir bajo los rayos de un sol abrasador y sobre las arenas caldeadas como los pa-

vimentos de los hornos; con el europeo los cipayos indios, que despues de haber habitado y recorrido las orillas del rio más sacro é histórico del Asia, recorrerán las orillas del rio más histórico y sacro del África, dóciles instrumentos de sus dominadores; componiendo así, entre todos, uno de los ejércitos más originales y más extraños, no sólo por su composicion, que recuerda la Babel antigua, sino por su objeto de libertar á un profeta cristiano circuido por las hordas de otro profeta musulman. Gladstone, que ha sostenido en sus últimos discursos la indispensable aplicacion de los principios morales al derecho internacional, verá indudablemente con horror toda esta política imperial, impuesta por leyes inflexibles, como la necesidad, á su conciencia y á su albedrío; pero los gobiernos, áun aquellos que ménos se asemejan, se suceden unos á otros en el tiempo y no son dueños de borrar ni el sistema de las ideas, ni el curso de los hechos, ni las fatalidades múltiples de una herencia inevitable. Por consiguiente, ha heredado Gladstone la cuestion egipcia y tiene que resolverla con arreglo á las opiniones del pueblo inglés, empeñado, como todos los pueblos, ahora, en los engrandecimientos y extensiones coloniales.

La subida increible de los ultramontanos al poder ha dado á la política en la nacion tenida por modelo de libertad y de paz, aires de revolucion. El partido liberal, aunque las elecciones hayan resultado adversas, cree á los comicios sorprendidos por una cuestion económica, y sólo por una cuestion económica, trasformada luégo por los vencedores en una cuestion política. El elector encargó

al partido ultramontano un arreglo de la hacienda y no un arreglo de la enseñanza; mas el partido reinante se ha curado mucho de lo que no le tocaba curarse por el mandato electoral, y no se ha curado nada ni del presupuesto ni del déficit. Su primer acto ha sido arruinar la enseñanza en provecho de la Iglesia y destituir á los maestros en provecho de los curas. El partido liberal cree que los católicos se han excedido de su mandato electoral, engañando á la nacion; y en tal creencia, se ha dirigido al Rey impetrando la no sancion á las leyes últimas de primaria enseñanza. Una manifestacion imponente llegó á celebrarse con tal fin el dia 31 de Agosto por el partido liberal. Millares de hombres concurrieron á ella, obteniendo un verdadero triunfo. Por donde quiera que pasaban, recibian los manifestantes aclamaciones sin número, que llenaban los aires con los acentos de un verdadero entusiasmo. Inútil decir que no hubo desórdenes y que la peticion, por millares de firmas cubierta, llegó á su destino sin dificultad. El partido ultramontano, ya porque se encuentra dentro de Bruselas en minoría, ya porque la responsabilidad inmensa del poder le imponga ciertos respetos, observó las leyes con fidelidad y mantuvo con buen acuerdo el órden público, reconociendo y sustentando el derecho de sus implacables adversarios. Pero éstos no han procedido, ciertamente, de igual modo, y en mi sentir han hecho muy mal. Todas las violaciones de la libertad dañan de antiguo á cuantos las perpetran. Y si los perpetradores se llaman liberales, el crímen es mayor, y en proporcion al crímen el castigo. Bien es verdad que la opinion pública se ha ir-

ritado con tremendas irritaciones por las maniobras puestas en juego para urdir la manifestacion ultramontana. Decíase, y posteriores informes han confirmado tal dicho, que se habia dispendiado un millon de francos para reunir las inmensas muchedumbres. Venidas éstas de los pueblos rurales, y vomitadas por trenes varios en ciudad tan liberal como Bruselas, debian hallar una horrible acogida. Todos los liberales decian que jamas tanta multitud se reuniera en la capital si no la cohecháran con dos francos y comidas. Llevados de tal creencia produjeron una contra-manifestacion, forzosamente preñada de terribles consecuencias. Las casas aparecieron ceñidas de banderolas azules, color liberal en aquella nacion; los aires resonaron por doquier con los gritos de ¡abajo los solideos!; globos henchidos de hidrógeno, á los cuales iban pendientes caricaturas poniendo en ridículo á los clérigos y á los frailes, volaban por doquier; y una grande agitacion, del carácter de aquellas que suelen preceder á las revoluciones, encrespaba los ánimos y extendia por los cuatro puntos del horizonte los relampagueos de las pasiones que avivan las grandes y terribles tempestades. Pero esta manifestacion fué libre, miéntras no lo fué la intentada por los ultramontanos el 7 de Setiembre.

Apénas los manifestantes se pusieron en marcha, les cerraron sus enemigos con grande imprudencia, mejor dicho, con verdadera temeridad, el paso, y les constriñeron á dividirse y á retroceder sin remedio. Cortada en varios segmentos la procesion, aterrados y fugitivos unos manifestantes, envalentonados y resueltos otros,

la resistencia y el empuje subieron pronto á la categoría de conflicto, empeñándose competencias semejantes á verdaderas riñas en toda la línea. Los puños iniciaron el combate y los bastones siguieron á los puños. Pero no bastando unos y otros al general furor, siguieron las armas blancas, poco usadas en los pueblos del Norte; y viendo caer algunos heridos graves y hasta cuatro muertos, intervinieron los gendarmes, que contrastaron con grande dificultad á las muchedumbres, engolfadas ya en verdadero conflicto. Cuatrocientos prisioneros hubo necesidad de hacer á fin de calmar aquel motin espantoso, en que vibraron las piedras, los tiros, como en una revolucion verdadera. Todos los espíritus interesados en el progreso de los pueblos libres se hallan hoy afligidísimos en vista de situacion tan extrema. Los ánimos se han exaltado de suerte, que si el Rey sanciona las disposiciones sobre pública enseñanza, corre los riesgos de una revolucion; y si no las sanciona, corre los riesgos de aparecer poco parlamentario ante un voto ya indudable de ambas Cámaras. Por consecuencia, el conflicto no puede ser mayor, ni la situacion puede agravarse más en la pacífica nacion belga, cuya prudencia nos habia casi admirado como su libertad. Esperemos que se desvanecerán estos nublados en pro del bien comun, y que vendrá pronto el partido liberal á regir un pueblo, enemigo de la dominacion teocrática y de las reacciones ultramontanas. Lo mismo necesitamos nosotros, lo mismo, que desaparezca muy pronto esta reaccion caliginosa, en la cual nos hallamos envueltos.

OCTUBRE.

La entrevista de los tres Emperadores se ha celebrado; pero, segun os habia predicho, no ha tenido ninguna inmediata consecuencia tangible, con excepcion de la paz, prorogada tras estos cordiales diálogos por algunos años; cosa bien favorable, despues de todo, á nuestra Europa, necesitada del reposo material para darse á los trabajos fecundos y progresivos de la ciencia y de la industria. El emperador Alejandro ha tomado toda clase de precauciones, porque sin ellas no llegára vivo al sitio donde habia citado á sus colegas, y los Emperadores de Alemania y Austria se han apresurado á cumplir fórmulas de internacional etiqueta, más por serenar los ánimos alterados, que por creer en verdaderas alianzas imperiales ó en futuras soluciones políticas. Todo el mundo sabe que una conversacion del Czar moscovita con el Emperador aleman jamas extinguirá la rivalidad entre alemanes y eslavos, rivalidad rayana en ódio. Todo el mundo sabe que los húngaros predominan en Austria y que los húngaros jamas pueden perdonar á los rusos la crueldad del 49, al extinguir en sangre la independencia, la liber-

tad y la autonomía magyares. Excepto la Emperatriz rusa, de quien se dice que ha mostrado mucho regocijo por este celebradísimo hecho, más de aparato que de amistad, los demas dueños de la Europa central han permanecido firmes en sus puestos y han mostrado como no renunciaban á ninguna de las pretensiones que llevan como unida y aparejada la terrible guerra. Y prueba de esto se halla en el discurso pronunciado poco despues de su regreso por el emperador Francisco José al abrir la Dieta de Pesth. Ni una palabra referente á la entrevista. Ni un pobre inciso que denotára especiales simpatías con Rusia. Se habla, usando la concision impuesta naturalmente á los soberanos por su dignidad excepcional, de alianzas con Alemania, y no se dice ni una sola palabra de alianzas con Rusia. Por consiguiente, los Emperadores se han visto, se han apretado las manos, se han ido juntos de caza por aquellos bosques, se han puesto á comer con viva cordialidad en la misma grande mesa donde han partido el pan y la sal de huéspedes; han habitado so el mismo hecho tres dias; mas no han resuelto ninguno de los problemas pendientes dentro de sus respectivos dominios, ni mitigado las seculares iras entre sus razas contrapuestas, que siempre aguardan una señal ó un anuncio de guerra.

La entrevista de los Emperadores en Polonia es el asunto capital de la trascurrida quincena. Teniendo yo este convencimiento de que todos sus intereses aconsejan á Prusia la union estrecha con Francia y le desaconsejan la union artificial con Austria y Rusia, imaginaos ya mi concepto y mi juicio sobre una entrevista de la

cual no puede resultar sino un aplazamiento á problemas urgentísimos y una tregua en guerras inminentes. Causa pena ver las precauciones que ha debido tomar el hombre mayor de Rusia, bien necesitado por Dios de compasion y misericordia. Cualquiera de los campesinos, envuelto en su traje de pieles y habitante de una choza como la madriguera de los animales, abierta en el suelo húmedo y frio, tiene más seguridad para su persona, más reposo con su familia, más independencia en sus excursiones, más libertad que la terrible personificacion del Imperio ruso, conocida con el nombre de Alejandro III, y que lleva diademas autocráticas con coronas pontificias en sus sienes, y en sus manos cetros para dirigir, en guisa de rebaños, á mil diversos pueblos. Sus tropas, diseminadas por todo el trayecto de Petersburgo á Varsovia, detenian á los viandantes, impidiéndoles acercarse al tren imperial. Un campesino, que por falta de voluntad ó por falta de presteza desoyó la militar intimacion, fué muerto de un tiro en el acto, como si en vez de vasallo del Czar fuese alimaña de las selvas. Y motivo sobrado habia para estos horribles recelos, porque los comités nihilistas amenazaban la vida del Emperador con amenazas muy parecidas á las que precedieron á la muerte de Alejandro II. Y un juez prevaricador, que despues de haber pertenecido á la furiosa y exaltada secta, persiguiera con crueldad á muchos de sus miembros, apareció cierta noche apuñalado en su cama.

Despues de tales hechos, no hay para qué decir cuántas precauciones tomarian los esbirros de los altos y grandes soberanos europeos para precaverlos de una ce-

lada. Humildísima estacion los recibia y aislado castillo los albergaba. Pero en torno de la estacion y del castillo agrupábanse para su defensa un ejército de celadores y otro ejército de soldados. En las estaciones de Polonia suele haber teatros á ellas anejos donde se dan divertimientos varios á los que aguardan los trenes. Tratándose de una estacion tan humilde como la que avecina y conduce á un solo castillo, el teatro ha de tener por fuerza idéntica humildad. La tiene, y muy grande, pues, aquel espacio adscrito á los divertimientos y expansiones de unos cuantos servidores adscritos á su vez á un castillo señorial. Y en esta especie de caramanchon se reunieron los potentados más excelsos del Norte y se verificaron las fiestas dramáticas en su honor. La necesidad de adornar tan extraño sitio con lámparas, tapices, colgaduras, guirnaldas y áureos sillones, angostaban más áun el angostísimo recinto, ocupado por unas cien personas deslumbradoramente vestidas, cargadas con todas las veneras de la heráldica contemporánea, y que, poderosas para dominar en absoluto á manera de divinidades omnipotentes desde las orillas del Rhin hasta las fronteras de Persia con tanto poder, no tenian ánimo para desafiar las iras de una secta misteriosísima y presentarse allá, en Varsovia, dentro de cualquier teatro apropiado á su majestad y á su grandeza.

¿Á qué se han reunido los tres Emperadores? Ya lo hemos dicho. Su reunion de ningun modo podrá resolver los problemas pendientes dentro de cada Imperio. ¿Y fuera? Imposible que tales asambleas se parezcan ni á las ligas de soberanos formadas el año 93 contra la Re-

pública, ni á las ligas de soberanos formadas el año 14 y 15 contra el Imperio, por creerlos á la una y al otro representantes de la revolucion. Hoy las democracias han triunfado en toda la Europa occidental y han impuesto su espíritu propio á las naciones del Norte, y estas democracias occidentales, digan cuanto quieran sus enemigos, se hallan poseidas de un alto espíritu conservador y de aptitudes tales para el gobierno, que no perturbarán la paz europea, en cuya consolidacion y afianzamiento, por muchas y por muy várias razones, libran más intereses que todos los déspotas del Norte. Cuando se observa el profundo sentido de la política moderna mostrado por la democracia moderna y el sufragio universal en sus últimas determinaciones; la paz profunda y el órden perfecto con que la democracia italiana recien emancipada ejercita sus libertades y resuelve sus problemas; la inteligencia de pueblos guardadores del supremo derecho de sancion como Suiza; la fortaleza que las nuevas ampliaciones del sufragio dan á la histórica Inglaterra, no puede el ánimo y el pensamiento más hostil á la evidencia de rendirse y proclamar las dotes de gobierno y de prevision verdaderamente loables con que las naciones emancipadas confirman en la historia y en la experiencia sus derechos á la emancipacion. Por consiguiente, nada pueden temer los déspotas de las ideas que reinan hoy en los pueblos libres, miéntras tienen mucho que temer los pueblos libres de las ideas que han surgido como aves nocturnas bajo las tinieblas extendidas por todos esos Imperios. Aquí amenazan el derecho y la propiedad que

han salido de la revolucion francesa los nihilistas devastadores y sus dogmas horribles encaminados á extender por todo el mundo la propiedad colectiva y el gobierno comunista de los terribles municipios esclavones y tártaros que pululan sobre la desolada Moscovia.

Por consecuencia, nada podrán decir ni hacer los Emperadores del Norte contra los demócratas del Mediodía despues de haber declarado ineficaces todos sus medios de gobierno é impotente toda su omnipotencia para conjurar mal tan grave como el nihilismo dentro del Imperio más absoluto y más montruoso entre sus tres grandes Imperios. Para una guerra con la Gran Bretaña, como algunos indican, es muy tarde ya despues de haberla dejado apoderarse á su sabor del Egipto; para una grande amistad entre Francia y Alemania, es muy pronto aún, despues de haberse repetido tantos y tan grandes vejámenes en los habitantes de Alsacia. Nada pueden hacer, pues, ni en la cuestion interior ni en la cuestion exterior los tres grandes Emperadores del Norte. ¿Á qué, pues, se han reunido? No se han reunido, en verdad, á humo de paja. Mucho podian hacer, y mucho han hecho, en el sentido beneficioso para todos, y para las democracias especialmente, de impedir una próxima guerra europea que tronaba en los aires. El verano último las tropas rusas se aglomeraban sobre las fronteras de Alemania en el formidable triángulo polaco erigido por los czares del Norte para tener siempre su sable levantado sobre las regiones y pueblos centrales de nuestra Europa. La humillacion por Bismarck infligida en el Congreso europeo de Berlin al gran Imperio

del Norte arrancándole todas las ventajas del pacto de San Estéfano con Turquía despues de haberlo impulsado á pasar el Danubio hasta ir á Constantinopla, esa humillacion exigia una guerra, tanto más cuanto que Alemania, por medio de su apoderado el Imperio austriaco, se dirigia, y á marchas dobles, hácia su presa codiciadísima, hácia Salónica; mas parece que ahora, en estos dias últimos, abiertas por un convenio con Alemania las puertas del camino que conduce á las fronteras de la India y aseguradas las conquistas rusas en el Afganisthan y en la Persia, podrá contrastarse un poco el recuerdo de lo malogrado en los convenios de Berlin y sostenerse un tiempo la paz universal. Harto lo han menester esos tres Imperios. Rusia cada dia zozobra en mayores peligros, á pesar de sus sólidos cimientos. Por su propia grandeza y poderío, si ofrece más resistencia, tambien ofrece más blanco y más cuerpo á la tempestad, como las naves más poderosas en medio del Océano. Por su parte, Austria se ve cada dia más ataraceada y resentida con las contradicciones propias de su Imperio y la guerra perdurable y enconada entre sus razas diversas. Prusia, por su lado, á quien todos sus intereses llaman hácia Occidente, se halla metida por su enemistad con Francia en los negocios de Oriente, y obligada, para darse aires de nacion moderna y Estado progresivo, á transigir con el más utópico de todos los sistemas contemporáneos, con el pedantesco é inane socialismo de la cátedra. Así, cada uno de los grandes y monstruosos Estados tendrá que recluirse dentro de sí mismo y que atender por la propia virtud y autoridad

interior á sus respectivos negocios, sellando una tregua, y nada más que una tregua. Tal es el sentido verdadero de la última conferencia.

Despues de la entrevista, el suceso más comentado entre los sucesos europeos es la grande agitacion de Bélgica. Imposible desconocer que, al advenimiento de un partido, tan contrario como el partido ultramontano al espíritu moderno, habian de brotar por fuerza esas tendencias revolucionarias provinientes de una oposicion radical entre la pública conciencia y las instituciones vigentes. El mayor bien de una legalidad ámplia consiste, sin duda, en ahuyentar la revolucion, abriendo sosegado cauce al curso de las ideas progresivas y reformadoras. El mundo político no sigue una línea recta, que jamas se tuerza; ni una direccion singular, que jamas se interrumpa en su progreso ni se desvie de su fin ú objeto. Aseméjase de suyo el movimiento político al movimiento sideral. Así toma direcciones oblícuas, y forma parábolas y elipses, sucediéndose y alternando los dias con las noches en el cambio frecuente á que lo sujeta su propia celeridad. Cuando las sociedades ven que á las noches de reaccion, y á los períodos de quietud suceden ordenada y naturalmente los dias de libertad á los impulsos de progreso, acomódanse á esa ley necesaria, y le dejan su debido cumplimiento. Mas, si la noche se prolonga de modo extraordinario, y fuera de lo natural; si la reaccion subsiste allende lo debido y quita sin remedio al progreso toda esperanza de cumplir sus saludables cambios y sus evoluciones lógicas dentro de la legalidad; entónces los períodos revolucionarios se

abren y la zozobra sucede á la seguridad. Ejemplos múltiples confirman esta sabida y rudimentaria ley social. En Rusia, donde las instituciones desconocen todo derecho, la revolucion sobreviene á cada paso con sus amenazas, y el absolutismo engendra los nihilistas como su generacion indispensable y natural; pero en Suiza, Inglaterra y Francia, donde las instituciones admiten todos los adelantos ó todos los retrocesos de la opinion, y flexiblemente se prestan á cambiar sus fases á medida que cambian las fases del espíritu general, no pueden temerse, no, los cambios bruscos y las revoluciones violentas; pues acontece, por ley natural, en tal sistema de coordinados derechos, como en la creacion divina, en el Universo mundo; todo está en serie con proporcion, número y medida. Tal creiamos todos, hasta los más republicanos, que sucederia en la libre y ordenada Bélgica.

Mas no ha sucedido. La nacion libre ha entrado en las zonas revolucionarias, y la tempestad se desencadena sobre su frente. La opinion liberal se aferra con empeño á la creencia de que no ha procedido el poder real en este trance con la debida regularidad. Las elecciones, que han dado mayoría en ambos cuerpos colegisladores al partido reaccionario, no deben llamarse políticas, no; su carácter principal ha sido el carácter financiero en vista de la infeliz administracion liberal generadora de un déficit, horrible sin duda, y de un aumento, considerable ya, en los impuestos. El país pedia una regular administracion y hacienda, sin acordarse para nada en aquel momento de la política. Entran los ultramontanos

por las brechas del presupuesto; y todavía no se han acomodado en el Gobierno, cuando suscitan una reaccion, tanto más terrible, cuanto que toca tristemente á la inteligencia y agosta las esperanzas en lo porvenir. Dar á un pueblo, que pedia reformas económicas, retrocesos científicos, parécenos francamente una temeridad en el Gobierno reaccionario, y un reto á las pasiones liberales. Así todos los avanzados de Bélgica demandaban á una que la Majestad real negase á la ley escolar su sancion y acudiese de nuevo á la consulta nacional en elecciones consumadas bajo los signos contrarios de claras y definidas enseñas. El Rey se ha negado en absoluto á tal demanda, oponiendo con persistencia el principio de su neutralidad constitucional. Y cuenta que manifestaciones compuestas por más de cien mil manifestantes, voces unánimes de la prensa influyente y leida, elecciones como las últimas de Bruselas, demandas como las firmadas por innumerables ciudadanos, palabras como las dichas en los regios oidos por los burgomaestres de las ciudades más populosas, agitaciones como las de Ambéres, Ostende y Lieja, debian mover á un Rey constitucional para detenerse por lo ménos unos minutos, y pararse á reflexionar con madurez ántes de dar con precipitacion su asentimiento á una ley de tanta y tan grave trascendencia como la ley escolar. Nada le ha detenido, nada; y ha sancionado esa maldita ley. ¡Funesto dón el veto para los reyes constitucionales, pues les resulta peligroso y asesino, hasta cuando se muestra palpablemente su completa inutilidad!

Yo pertenezco al número de los que han tenido á ese

infeliz Rey belga, por imposibilitado, segun la tradicion parlamentaria de su familia, para oponerse con la negativa de su sancion real á los retrocesos clericales. Extrañábame, y mucho, que los progresistas no lo sintieran como yo en aquella nacion, acostumbrado de antiguo á una solidaridad completa de intereses y de ideas con todos los liberales del orbe; pero atribuia este disenso á sus pasiones, más perturbadas naturalmente que mi sereno juicio. Pero ¡cuál no habrá sido mi asombro el dia en que llegaron á mi nuevos datos, desconocidos ántes, y me dijeron cómo la intervencion directa y personal del Rey en otros casos y ejemplos, ha resultado muy activa y constante, desvaneciéndose así todas mis ilusiones acerca de la neutralidad constitucional de un soberano, á quien habiamos tenido todos por continuador tenaz de su augusto padre, y modelo perfecto de monarcas constitucionales! Estadme atentos y juzgad. Leopoldo II tendria justificacion, de haber seguido siempre un proceder completamente neutral, y negádose á toda intervencion de su persona, por medio del veto, en los asuntos legislativos. Si pudiera presentar una prueba fehaciente de tal neutralidad, no deberiamos decir nada, ni aún los más enemigos de ficcion tan burda, como un poder irresponsable y sagrado en la libertad de pensamiento y exámen ejercida por la democracia moderna. Mas ¿el veto de la monarquía belga se parece al veto de la monarquía británica en su ejercicio? De ningun modo. Bright ha dicho que los radicales ingleses no pueden volverse contra la corona en Inglaterra, por haber la corona renunciado á su veto; y que pueden volverse con-

tra la Cámara de los lores, por querer la Cámara de los lores conservar el suyo. Pues bien, el rey de Bélgica no ha renunciado al veto. No es aquel monarca, fingido por Condorcet, y que se parecia de suyo al hombre de palo hecho por Juanelo, el gran mecánico de Cárlos V, cuya tradicion se guarda, y cuyo nombre se conserva todavía en los recuerdos y en las calles de nuestra magnífica Toledo. El rey de palo que Condorcet guardaba en armario, del cual sólo salia una vez al año, para que lo vistieran de armiño y lo coronáran de oro, dándole á empuñar un cetro y á leer un discurso por sus ministros en las aperturas de las Cámaras, tras lo cual volvia de nuevo á su halacena ó almacen hasta el año venidero, ese rey mecánico y obediente no es, no, el rey de Bélgica, entrometido en los negocios parlamentarios, y pagado, muy pagado ciertamente, de su veto.

Y sino vamos á verlo. Idearon los liberales, en su tiempo y gobierno, cierto proyecto de ley sencillo; con acomodamiento, rectificacion, arreglo, como se le quiera llamar, de distritos, por cuya virtud alcanzaba mayoría contra la rutina ultramontana, en algunas regiones importantes, la causa liberal. Pidieron al Rey su autorizacion para presentar el proyecto á las Cámaras, y el Rey la negó. Apelóse por los discursos á la iniciativa parlamentaria, y el Rey se molestó. Un diputado liberal, en virtud de su derecho estricto, sometió la medida, por el Rey desautorizada tenazmente, á las Cámaras, y fué admitida por grande mayoría. Entónces los ministros presentaron la ley votada en Córtes á la sancion del Monarca, y el Monarca la cogió, y la tiró desdeñosa-

mente al cesto de los papeles inútiles en su Cámara régia. El partido liberal jamas pudo alcanzar la sancion. ¿Se maravillará nadie tras esto de la terrible agitacion que aqueja hoy, como un verdadero malestar nervioso, á la pobre Bélgica? La brutal y facciosa ley escolar se agrava con los comentarios añadidos á ella por el poder ejecutivo despues de su nefasta promulgacion. Quedan disueltas las escuelas normales, viveros de inteligencias lozanas. Quedan cesantes los maestros que apercibian las generaciones nuevas para la luz y la libertad. El jesuita, empeñado en matar la espontaneidad humana, bajo el símbolo de sus reaccionarias creencias, y la estrecha regla de sus estatutos, y la práctica de sus alucinados ejercicios, renace para interponerse audaz entre los efluvios divinos del pensamiento y la humana inteligencia. Cae poco á poco un pueblo de libertad y de trabajo en las entelequias de la escolástica, por tres siglos de combate arrancadas á la razon. Lo más noble de nuestro sér, la idea, se apaga en las tinieblas de supersticiones horribles. Y hasta la esperanza, ese último asidero de la vida, retrocede y se acaba. Sólo se palpan tinieblas en tal reaccion esclarecida por los fosfóricos ojos de las lechuzas alimentadas con el aceite de las sacristías, y cuyo mirar se parece al centelleo fosforescente de los fuegos fátuos en la inmensidad de los cementerios. Á más andar se avecinan tinieblas espesas, espesísimas, sobre la conciencia y el alma de los belgas.

¿Qué son vuestras monarquías constitucionales, decia un gran orador, con sus reyes inviolables, siempre violado, y con sus ministros responsables, que de nada res-

ponden? Puede suceder en Bélgica hoy que salgan los ministros responsables incólumes, como sucedió en la Revolucion española, y pierda, con todas sus prerogativas y todas sus garantías de inviolabilidad, el monarca inviolable. Lo cierto es que una parte de la opinion se muestra mucho más airada contra el monarca constitucional que contra el Gobierno responsable. Los acentos de la *Marsellesa* y los vivas á la República se oyen allí por doquier. Surgen publicaciones radicales, que proponen la reivindicacion por el pueblo de toda la soberanía delegada en el Rey. La leyenda de la Revolucion francesa, que se ha convertido en una especie de teogonía entre las razas occidentales, reaparece con todas sus dramáticas incidencias de tradicionales combates. Se le llama, en los diarios más leidos, á la Reina consorte la Austriaca : ¡ terrible denominacion! Se le recuerda constantemente al rey Leopoldo la historia de Luis XVI, como á Luis XVI se le recordaba la historia de Cárlos I. Se le dice al poder moderador que así puede ahora hundirse con estrépito en Bélgica por dar su sancion á una ley clerical, como pudo un siglo hace hundirse con estrépito en Francia por negar su sancion á una ley anticlerical. Propietarios y directores de grandes periódicos, que defienden abiertamente la República, son desterrados, so pretexto de pertenecer á nacionalidades extrañas. Manifestaciones republicanas son disueltas á duras penas por la fuerza pública. Se ha derramado sangre de combate allí, donde parecia que sólo iba, en lo porvenir, á derramarse fecundo sudor de trabajo.

Y esto coincide con los temores de Holanda, caida en horrible incertidumbre por las consecuencias que pudieran traer á su libertad las eventualidades várias del derecho hereditario de sus reyes; con la victoria de los ilustres liberales noruegos sobre las resistencias de su reaccionario soberano; con la grande agitacion de Dinamarca, que acaba de llevar á las Cámaras una mayoría, parte hostil á su Gobierno, pero parte hostil tambien al Rey; con los disgustos graves entre los liberales y los príncipes de Rumanía y Sérvia; con la lucha pacífica, pero gigantesca, entre los radicales y los aristócratas sajones; con tantos y tantos síntomas como anuncian el ocaso de las ficciones monárquicas, ya desusadas y perdidas, y el oriente de las grandes realidades traidas al mundo moderno por una viviente democracia.

Cuanto más la consideramos ménos la comprendemos esta reaccion de Bélgica, que tanto embarga hoy á los partidos liberales. Y entre los partidos liberales europeos ninguno se muestra en el estudio de tal fenómeno político tan profundamente interesado como el partido liberal español, á causa de consumirse, á su vez, en una reaccion ultramontana, muy triste por sus sombras, para cuantos creiamos nuestra reciente libertad de pensar y de creer asegurada, no sólo en las leyes, sino en las costumbres; y muy atentatoria, por sus manipulaciones, á los desarrollos naturales y á los progresos necesarios de nuestra inteligencia nacional. En los debates contínuos á que da lugar el gran disenso y separacion de los liberales en monárqui-

cos y republicanos, Bélgica suministraba frecuentemente á los primeros argumentaciones vivas y tangibles para demostrar la virtud propia de todo poder vitalicio y hereditario, puesto que, organizado tras una revolucion allí, lograba mantener, hace medio siglo, en paz provincias tan discordes como las walonas y las flamencas; partidos tan contrarios como el católico y el liberal; contrastes tan profundos como los que parten de oposicion radicalísima en los idiomas hablados y concluyen por contradicciones insolubles en las altas cimas de la razon y de la conciencia. En vano citábamos nosotros, en demostracion de la superioridad práctica del principio republicano sobre el monárquico, un ejemplo de tanta evidencia como el ejemplo de Suiza, en cuyo regazo viven satisfechas, no dos, tres razas rivales, atraidas á sus respectivos núcleos por soles tan luminosos y grandes como Italia, Francia y Alemania; formando, á pesar de tales atracciones bastante fuertes para disgregarlas de cualquier otro Gobierno más imperfecto, una viva nacion, donde se aunan felizmente con todos los conciertos y armonías del órden más seguro todos los bienes propios de la más ámplia libertad. Los monárquicos nos recordaban oportuna é inoportunamente, para mostrar la superioridad, incontestable segun ellos, de la monarquía sobre la República, el ejemplo de Bélgica, ordenada y serena, miéntras la misma feliz Helvecia pasára en este siglo por los trágicos incidentes del Surdebund, guerra en la cual estuvieron cerca de romper y separarse los cantones católicos y los cantones protestantes, destruyendo aquella maravillosa unidad.

Pues como no lleguen á moderarse los ánimos en Bélgica pronto, corre gran peligro la serena monarquía de caer en otro Sunderbun, mucho peor que aquel antiguo helvético, terminado por un grande y perenne triunfo de la libertad. Cerrariamos los ojos á la más vulgar evidencia, si desconociéramos el poder fortísimo con que impera la religion católica entre los belgas. Centro su territorio del inmenso Imperio carlovingio, parece adscrito, por la prescripcion de los siglos, á los dogmas que sirvieran como de base al pacto de Carlo-Magno, sobre cuyas dos piedras ciclópeas, el Pontificado y el Imperio, descansó el viejo mundo europeo en período tan largo de su historia. Las familias galas, próximas á las familias germánicas, han opuesto de antiguo á todo intento de absorcion por sus poderosos innumerables vecinos, la resistencia indispensable, para la conservacion de razas y naciones, en todos los pueblos fronterizos. Las herejías han pasado por sus tierras, y han subvertido y encrespado su vida, pero sin ahondar, y mucho ménos compenetrar en su fondo. Así, prefirieron los belgas el dominio de Felipe II al contacto con la Holanda calvinista y libre. Así, tras una larga dominacion austriaca, ejercida, ya por la casa de Madrid, ya por la casa de Viena, levantáronse los belgas en armas contra las reformas anticlericales del Emperador filósofo José II, que iniciaban el movimiento láico proseguido por la cultura contemporánea. Y no puede negarse que la religion católica contribuyó tanto como el patriotismo bátavo á su desgajamiento de la monarquía neerlandesa y á su constitucion definitiva en reino constitucional y parla-

mentario. Aseméjanse indudablemente los belgas mucho á los vascos en el conocimiento y en el amor á las libertades municipales y provinciales, así como en el desconocimiento y en el desamor á la primera libertad, á la que fundamenta todo el derecho humano, á la libertad de conciencia.

La democracia no es un elemento de suyo tan vigoroso é inflexible que deje de acomodarse, si bien con grandísima dificultad, á un estado religioso, como el que tienen las provincias más atrasadas de Bélgica y los cantones más católicos de Suiza. La mente de los pueblos se transforma con el trascurso de los tiempos y á beneficio de graduadas evoluciones; pero no se cambia súbitamente al golpe de improvisada revolucion. Todo demócrata previsor, en pueblos muy adscritos al clero, debe dejar á éste dentro de su ministerio y en el ejercicio de sus deberes sacerdotales, toda la grande libertad que le toca de derecho; mas impedir con energía su inmixtion perturbadora en las facultades y atribuciones del Estado. Hay que caminar á la separacion radicalísima entre la Iglesia espiritual y los Gobiernos temporales; pero en el tránsito de nuestras ideas impedir que se crea el Estado un poder religioso y que se crea la Iglesia un poder político. Así, cuando yo veo las pretensiones del clero á gobernar en Bélgica, proclamo, y en voz muy alta, que tienen allí los liberales motivo sobrado para precaverse contra las pretensiones del partido ultramontano tendentes á valerse de los medios mismos procurados por la libertad y las instituciones libres para fundar una poderosa teocracia. Hé ahí la gran ventaja

en política de los pueblos protestantes sobre los pueblos católicos; la imposibilidad material de que surjan las tendencias ultramontanas, y de que se organice un clero con pretensiones al poder temporal y político. Surgirá, de vez en cuando, un rey teologizante, cual Enrique VIII, que se valga del primer conflicto entre las dos religiones, la nueva y la vieja, para fundar su poder supremo, propendiendo á una y otra en várias alternativas, segun lo demanden sus pasiones ó sus intereses; surgirá cualquier otro jefe de un Estado protestante, como el pietista de Prusia, que una por medio de rescriptos las dos tendencias del protestantismo prusiano, y se crea un Constantino y un Teodosio de su fe; pero todo esto tiene poca fuerza, en comparacion de la fuerza ejercida por toda una casta, organizada con el fin de imperar sobre la voluntad y la conciencia por medio de prácticas religiosas y de sacramentos eclesiásticos, poco á poco trastocados en verdaderos instrumentos de dominacion temporal y política, no sólo sobre los creyentes, sino tambien sobre los ciudadanos, estancando y pudriendo así la vida general. Parécenme reos de lesa libertad los que atacan á un clero encerrado en su Iglesia y adscrito al ministerio de su altar; mas parécenme reos de lesa nacion los que consienten al clero un predominio político incompatible con el espíritu moderno, y que si prevaleciera ó se asentára sobre la altura de nuestro tiempo, concluiria por desencadenar una revolucion espantosa. Ningun Estado puede oponerse á que los cleros ejerzan su ministerio religioso, ni consentir que lo conviertan en ministerio político.

Y el clero belga, por medio de la escuela católica, ó del partido, como quiera llamársele, tiende á un predominio político, peligroso para la independencia de aquel pueblo y para la seguridad de sus libertades históricas. La mayor prueba de que tiende á un dominio temporal, y no á un ejercicio de su ministerio religioso y teológico, se halla en que intenta con empeño apoderarse hasta de aquella parte de la enseñanza en los mismos tiempos del absolutismo por completo subrogada de suyo á la jurisdiccion del Estado, es decir, del poder civil ó láico. Y no puede tolerarse que acapáre por modo alguno el clero la enseñanza pública, pues desde que las Universidades se fundaron frente á frente de los monasterios, el trabajo y el movimiento de la civilizacion moderna, todo entero, ha consistido en arrancar á las manos muertas del poder eclesiástico la ciencia. Nuestro derecho civil se ha fundado contra su derecho canónico; nuestra filosofía contra su escolasticismo; nuestros Estados contra su teocracia; nuestra geología contra sus tradiciones; nuestra grande astronomía de Copérnico y de Galileo contra sus errores astronómicos, rebasando el espíritu los límites artificiales opuestos por el poder teocrático á la libertad de nuestra inteligencia y á la emancipacion de nuestro pensamiento. La sujecion de instituciones tan fundamentales como la Escuela y la Universidad, á instituciones tan petrificadas como la Iglesia y su clerecía, es un retroceso que, volviéndonos más allá de la Revolucion, de la Reforma, del Renacimiento y hasta de las monarquías absolutas, sumergiríanos en los peores y más oscuros tiempos de la te-

nebrosa Edad Media. Por consiguiente, los que nos preciamos de liberales, tenemos el deber de apoyar al partido liberal belga en su hercúleo trabajo; pues así como á nuestra vida corporal conviene la pureza del aire atmosférico, tambien conviene, ciertamente, á nuestra vida espiritual la pureza del espíritu moderno. Y lo porvenir sólo puede ofrecernos la servidumbre, despues de haber trabajado tanto por la libertad, si consentimos que nazcan y crezcan generaciones atrofiadas en su inteligencia. Lo cierto es que, á tenor semejante, se ha subvertido en Bélgica el órden público y se ha entrado en malestar general.

Cuando un conflicto así aparece, la opinion pública demanda instintivamente á quien corresponde la responsabilidad de su orígen, y qué remedio habrá bastante práctico y eficaz para concluirlo y resolverlo en bien de la libertad y de la paz. Las responsabilidades múltiples del conflicto belga se dividen muy variamente, y por lo mismo, hay muchos á compartirlas. Extraña desde luégo al sentimiento general, que no comprenda el clero cómo debe renovar su espíritu en las ideas del siglo, aquí donde todo se renueva, si no quiere quedarse como uno de los tristes ídolos caidos y muertos, que comienzan por abandonar todo ideal y concluyen por perder todo culto. Nada tan funesto á la Iglesia como esa division extraña entre liberales y católicos, en la cual no debió consentir nunca un clero ilustrado, pues muestra con su sola enunciacion la tésis de los enemigos del Catolicismo, la incompatibilidad radical entre esta religion y las libertades modernas. Tras la ceguera del clero

aparece la evolucion de los independientes, pues nadie puede comprender cómo agrupacion capaz de tomar por lema este claro nombre de independencia se da y entrega, sin reservas, á la peor de las dependencias, á la dependencia intelectual, bajo la férula de un clero supersticioso y reaccionario. En el concepto europeo los independientes se asemejan al centro de la Convencion francesa, con cuyos votos se cometieron los crímenes y no se aquistaron las glorias. Tambien le toca una responsabilidad grande al partido liberal, por haberse dividido con imprudencia en fracciones irreconciliables, y por haber administrado mal, contra su costumbre, la fortuna pública, trayendo por aquellas divisiones y estos despilfarros la dominacion teocrática tristemente, á la cual tuvieron que recurrir los comicios en busca de gestion mejor al dinero público y rebaja inmediata en los impuestos recientes. La responsabilidad más difícil de señalar es la más grave y la más ruidosa, la responsabilidad Real. Ya sabemos que constitucionalmente no pueden ser los reyes responsables. Pero á la irresponsabilidad del Rey le acaece lo que á todas las ficciones, desvanecerse al contacto de la realidad. Tan irresponsables eran constitucionalmente, como Leopoldo de Bélgica, el rey Cárlos X, el rey Luis Felipe y la reina Isabel II. El asunto de la responsabilidad material del monarca no ha surgido hasta la suprema coyuntura de dar la sancion al terrible reaccionario proyecto contra la pública enseñanza. Los liberales decian que así los independientes como los católicos se habian guardado muy bien de presentarse á sus electores con tal programa, y

que, sacándolo despues de la victoria sin haberlo enseñado en el combate, perpetraban un verdadero engaño, al cual no podia oponerse más correctivo que un veto del monarca, y un llamamiento nuevo á la voluntad nacional. Debe observarse á esto que la opinion general creyó el expediente peligroso, la pretension de los liberales exagerada, el proceder de la monarquía belga correctísimo. Pero habiendo los liberales aducido nuevos datos, la opinion se dividió en seguida, y la creencia que daba una completa neutralidad al Rey, se modificó profundamente.

¿Por qué no decirlo? Dadas sus tradiciones, dista mucho en Bélgica la monarquía de tener aquella neutralidad por todos acatada en la monarquía de Inglaterra. Cuando Mr. Bright, criticando la resistencia de los Lores al bill de reforma electoral, ha dicho que la monarquía británica, desde hace ya cincuenta largos años, no usa el veto, ha dicho tambien cómo la Monarquía británica pasó á mero signo heráldico en aquella libre nacion, asemejándose á los colores de su bandera y á los brillantes de su corona. Pero en Bélgica no sucede lo mismo. El Rey ha decidido por sí varios asuntos políticos; ha resuelto crísis graves; ha negado la sancion á leyes importantes. Mandaba el partido clerical en uno de sus períodos bajo la monarquía de Leopoldo I, y presentó un proyecto de ley sobre los monasterios, no tan impopular como el proyecto de hoy sobre las escuelas. Dábase por el proyecto personalidad civil á las asociaciones religosas, que adquirian derechos idénticos al derecho de las demas asociaciones libres, y

pasó en una y otra Cámara. Mas el Rey le negó la sancion. Pues dicen los industriados en el conocimiento y práctica de las instituciones belgas, que lo hecho por Leopoldo I contra una disposicion impopular del Parlamento entónces, bien pudiera Leopoldo II haberlo repetido contra otra disposicion igualmente impopular ahora. Y corroboran esta universal aspiracion evocando un ejemplo de mayor cuantía. En la Cámara última creyó de su deber el Gobierno presentar cierto proyecto rehaciendo un distrito, donde los clericales contaban con mayoría, y donde, por este arreglo, que sólo á dos aldeas insignificantes tocaba, podian contarla con seguridad los liberales, cosa de toda importancia cuando las fuerzas se hallan de tal suerte divididas y los partidos equilibrados como en la nacion belga. Presentaron los ministros al Rey el proyecto, para que autorizase por su parte la presentacion á las Cámaras, y no quiso el Rey autorizarla. Entónces, por la iniciativa parlamentaria, el proyecto se presentó, y fué aprobado en una y otra Cámara. Mas el Rey le negó la sancion. Todos estos recuerdos han servido mucho para henchir las postreras manifestaciones políticas, por las cuales corre un comienzo indeciso, pero comienzo al cabo, de movimiento antimonárquico. No dirémos nosotros que pueda crecer y tomar proporciones parecidas á las que han obtenido movimientos análogos en otras partes. Pero sí debo decir que hay gran diferencia entre un monarca muy querido como lo fueron siempre los dos Leopoldos de sus súbditos, y un monarca desacatado como lo ha sido várias veces Leopoldo II en estos dias últimos de amagos revoluciona-

rios. Urge mucho cambiar la situacion política en pueblo ayer tranquilo y hoy perturbado, pues el relampagueo de ahora, inofensivo como el que suele fulgurar en calurosas estivales noches sin producir ni truenos ni rayos, podria trocarse con facilidad en una terrible y deshecha tormenta.

Miéntras escribia estas líneas llegan telégramas varios que traen risueñas esperanzas. El pueblo belga, dolorido y avergonzado de un retroceso en su instruccion, que debian pagar las generaciones venideras, ha puesto empeño grandísimo en las últimas elecciones municipales, y ha conseguido ganarlas para la libertad. Allí, donde los municipios tienen poder tan grande consagrado por la costumbre, pues rivalizan los cuerpos populares con los cuerpos colegisladores, anunciando la voluntad nacional en su expresion próxima, puesto que llevan el gérmen seguro de las elecciones á Córtes, que han de sobrevenir inmediatamente despues de las elecciones municipales; allí ahora la mayoría de los municipios es liberal. Nunca jamas estas elecciones alcanzaron la importancia suprema en estos dias últimos alcanzada, porque nunca tuvieron el claro y provechoso fin de terminar un peligrosísimo equívoco, gérmen de violenta y espantosa reaccion. Los pueblos buscaron administradores ó economistas en los últimos comicios, y dieron, mal de su grado, con políticos embriagados del espíritu reaccionario, incompatible con éste nuestro siglo. Urgia mucho, muchísimo, poner el veredicto nacional en su punto, no por medio de manifestaciones más ó ménos violentas en las calles como habia sucedi-

do hasta hoy, por medio de manifestaciones pacíficas y legales en los comicios. Citábanse, pues, con ahinco los dos cuerpos beligerantes para el diez y nueve de Octubre, decididos á una suprema batalla. Los indiferentes en materia electoral, que abundan por nuestras perezosas razas meridionales, debian tomar enseñanza y ejemplo de Bélgica, donde no falta el elector á su puesto, ignorándose allí, por esta grande y saludable actividad, las abstenciones y los retraimientos de otros pueblos, ménos afortunados, por ménos idoneos, para los ejercicios de la libertad. Segun el cálculo de un amigo mio, dado á las estadísticas y ducho en recogerlas y desentrañarlas, por las últimas elecciones, suponiendo que hay cinco millones de belgas, dos han votado con los católicos, en la hipótesis de que cada elector expresa el sentimiento de los miembros de la familia y de los amigos sin voto; dos millones y quinientos mil han votado por los liberales, y quinientos mil votos se han frustrado, bien por abstenciones, bien por haber caido fuera de las competencias empeñadas, como caen y se pierden muchas balas fuera del combate y de su campo. No hay, pues, que dudarlo; el pueblo belga pertenece hoy en su mayoría incontestable á la libertad. Los votos no pueden sumarse tan sólo; hay que pesarlos, proviniendo, como previenen muchos, de centros poderosísimos por su justa influencia, como Bruselas, ó sea la capital; Ambéres, el tercer puerto de toda nuestra Europa; Lieja, escuela industrial, frecuentada por representantes de todas las razas del mundo; Lovaina, donde reside la célebre Universidad católica; y otros puntos de soberana y desmedida

influencia en la generalidad del país. Los campos guardan los penates de los pueblos, y los campesinos las supersticiones legadas por los siglos. Parecen sus inteligencias vegetativas segun repugnan y aborrecen el movimiento. Allí queda siempre un refugio para el ídolo antiguo mucho tiempo despues que sus templos se han derrumbado en las ciudades. No puede negarse, no, el espíritu conservador, y áun reaccionario, diseminado por las campiñas y por los campesinos. Pero ¡ah! resisten poco los campos al influjo de las grandes poblaciones. El aislamiento de sus trabajadores diseminados en espacios inmensos, bien al reves de los fabriles, reunidos ó aproximados en el mismo edificio, debilita el influjo rural. Así, cuando una opinion cualquiera se aparta de las ciudades, tambien se aparta de la vida. El Imperio frances se debilitaba y perecia segun y conforme los republicanos iban ganando para sí las grandes ciudades y recluyéndolo á él en los desiertos campos. Pues en Bélgica, la escuela progresiva y liberal, no solamente puede gloriarse con tener la inmensa mayoría de aquella poblacion, sino con tener tambien todas las ciudades. El partido católico está definitivamente roto por el fallo de las últimas elecciones municipales. Ya era tiempo.

En cuanto el Rey supo las resultancias del proceso electoral, vió claramente cómo la nacion detesta los retrocesos intelectuales promovidos por las leyes últimas, y se apercibió á diferir á la voluntad nacional, irregular, pero ruidosamente manifestada en mil ocasiones anteriores. Llamó, pues, al Presidente del Con-

sejo, Malou, y le dijo frente á frente como dos ministros alteraban con sus disposiciones la inconmovible paz belga, y promovian el recelo universal de la culta Europa contra la nueva situacion política; el Ministro de Gracia y Justicia dirigiendo la Iglesia por los senderos ultramontanos, y el Ministro de Instruccion Pública dirigiendo la Escuela por los senderos jesuíticos. El Presidente, despues de oida la intimacion Real, reunió á sus colegas con celeridad y les expuso con exactitud el estado de las relaciones entre la Corona irresponsable y el Ministerio responsable. Los ministros comprendieron bien pronto cómo la repulsa del monarca constitucional á dos entidades en la política tan importantes como el director de la Iglesia y el director de la Universidad, equivalia, en último resultado, á la condenacion de todo el Ministerio, y les obligaba irremisiblemente á una dimision inmediata. Vino en ello Malou, y tomando la pluma, trazó á grandes rasgos una carta, dictada por acerbo desabrimiento, en cuyas líneas expresaba con su dimision la profundidad insondable de su pena por no haber logrado salvar á Bélgica del radicalismo, á cuyas sirtes camina con tal precipitacion, que podrá estrellarse muy pronto y entrar en deshecho naufragio. El Rey se confortará fácilmente contra esta profecía lejana, considerando como una política de reaccion lanzaba en estos mismos dias terrible ola de amargura indecible sobre su cabeza. En tal estado las cosas, ó bien habia que arrostrarlo todo, consultando nuevamente á la nacion bajo un ministerio liberal indicado por las últimas elecciones, ó bien habia que nombrar

un ministerio de negocios compuesto por católicos tibios y por independientes avanzados, capaces de arrancar á la Cámara dos leyes importantes, la ley de los presupuestos y la ley de las reservas. Á este segundo término el Rey se ha inclinado con el nombramiento de un ministerio de negocios, al cual tocará el encargo de preparar con lentitud, más ó ménos calculada, la solucion que aguarda el país con impaciencia, más ó ménos fervorosa, la solucion de una política liberal, y liberal avanzada. No debemos dudarlo : una de las causas que ha precipitado la rota del partido liberal está señalada por todos, y es á saber, la division peligrosa entre radicales y progresistas, hablando en plata, entre Janson y Orban, cuando nuestra causa, la causa del humano progreso, necesita de uno y otro, de la palabra que Janson ha fulminado con tanta gloria en el Congreso, y de la experiencia que Orban ha mostrado tantas veces en el Gobierno, para consolidarse y sostenerse por largo tiempo, así como para guardar el debido equilibrio, base de toda estabilidad. Cuando en las últimas juntas electorales de Bruséelas estallaba la discordia, que parecia irreparable ya, entre progresistas y radicales, yo predicaba la concordia, seguro de su necesidad para preparar y asegurar el triunfo. La concordia se pactó y el triunfo vino. Pues bien, ahora para consolidarlo como se necesita en la oposicion y conseguir de nuevo el Gobierno, conviene una mayor alianza y concordia todavía entre todos los partidos liberales.

Pues debe saberse que la escuela liberal en Bélgica hoy ha conseguido ya dos verdaderos triunfos : uno, la

victoria electoral en comicios tan importantes como los municipales; otro, la retirada de un enemigo tan poderoso y terrible como el ministerio Malou. Pero no ha conseguido todavía el Gobierno, como todos los liberales deseamos con impaciencia. El estadista en cuyas manos ha recaido el poder y que se ha encargado complaciente de formar un gabinete de negocios, ha pertenecido al ministerio último y ha representado el papel de Vice-presidente como Roheur en el Imperio lo representaba de Vice-emperador. Imputáronle mucha mano en la política derrotada por el clamoreo de la conciencia pública é intervencion directa en la ley abrogada virtualmente por las últimas elecciones, y estas imputaciones le dañan mucho para la conciliacion. El esperar de su falsa moderacion grandes facilidades para el apaciguamiento de los ánimos paréceme un error, que puede pagarse muy caro en la fiebre revolucionaria engendrada por los combates recientes. Opositor implacable al ministerio liberal último, despues de haber pertenecido á los liberales toda la vida, y partidario de la ley nefasta sostenida por todos los obispos como compendio de las reaccionarias ideas episcopales, exacerba los ánimos con su presencia en el Ministerio, careciendo por completo, así de la fuerza propia como del apoyo ingente que tenian los últimos ministros, cual sucede siempre á los que gustan de volar en la hora de los murciélagos, en esos crepúsculos inciertos, que no llegan al claror del dia ni á la oscuridad completa de una verdadera noche. Violento y temerario ayer, no ha podido el malogro de sus maniobras sugerirle hoy la prudencia y la calma indispensables

para llevar á buen puerto la transicion graduada desde una política de resistencia hasta una política de progresos. La derecha del pueblo belga se habia de tal suerte metido en las sirtes de los combates y acalorado al fuego de la pelea, que no puede tener conciliadores y moderados en su seno, pues jamas recobran la calma, sino despues de la muerte, los azogados en política. Y lo que dice la opinion liberal del presidente á quien ha caido encabezar la nueva situacion, lo dice tambien del ministro á quien ha tocado dirigir el departamento de Gobernacion; M. Thonisson, entrado ya, como todos aquellos muy comprometidos en una política dada, tan adentro por el camino de la reaccion, que no puede retroceder. Ahora se verá la fidelidad con que arriba, en el curso de las reflexiones escritas para calificar á derechas la situacion de Bélgica, he calificado con el calificativo de responsables en todas las catástrofes y no copartícipes de todas las glorias á los independientes, quienes representan á una en la política belga el horrible papel de los hábiles y temerosos diputados pertenecientes al centro en la Convencion, cuyos nombres han recibido en el curso de los tiempos el cargo é imputacion de los crímenes, y no el resplandor y atribucion de las victorias. Por eso, aunque transigentes, no representan una transaccion.

La verdad es que toda Europa veia con horror el ministerio llamado de la ignorancia pública y con grande compasion á los maestros y á las institutrices víctimas de una insensata persecucion. Se ha sentido una manera de alivio cuando el telégrafo ha participado la ruina de

un ministro como Jacob, que decretaba para los maestros láicos el hambre y para las ciudades liberales los cánones ó la metralla. No hay partido tan impopular como el partido ultramontano en el mundo, ni órden tan odiosa como la órden de los jesuitas. Cuanto en todos nosotros late el espíritu moderno, se alza y subleva contra escuela que suprime la razon en filosofía y en moral ¡ay! la conciencia. El espíritu moderno se ha elaborado y extendido desde los primeros dias del primer Renacimiento contra la teocracia y sus secuaces. Cuanto se haga por hacerles morder el polvo se hace, no hay que dudarlo, en pro de la razon, en pro de la libertad, en pro de la democracia, en pro de lo que nosotros sostenemos y admiramos, los liberales todos, en toda la redondez del planeta. Por consecuencia, Bélgica manifestó ya su opinion despues de várias elecciones, y conviene mucho escucharla y servirla. Estos ministerios de transicion sólo sirven para debilitar las fuerzas vivas del pueblo y traer dificultades várias sin solucion posible ahora y sin más consecuencia que un verdadero é inmediato acrecentamiento de conflictos. Sorprendido el país por una coalicion, más bien financiera, como ahora se dice, que política, dió su confianza completamente á quienes prometian mejor hacienda y mejor administracion. Pero en vez de hacendistas y administradores encontró en su camino reaccionarios impenitentes y audaces, de natural duros, de credo cerradísimo, de tendencias bélicas, de alma estrecha, de apego invencible á todas las reacciones intelectuales, políticas y religiosas, y portadores, á mayor abundamiento, de una guerra civil irreparable.

Pues bien; para salir del proceloso camino por donde ha entrado esa Bélgica, universalmente admirada, no hay más medio que disolver los Cuerpos Colegisladores, nacidos de cien sorpresas, y apelar á la conciencia y á la voluntad nacional, pidiéndoles una fórmula clara de sus ideales y una grande afirmacion de sus votos.

Tratados los asuntos de Bélgica, interes primordial del mes que corre, tratemos ahora los asuntos de Francia. No puede, no, desconocerse que la inteligencia humana está muchas veces aquejada, con grande mengua suya, de retrocesos y desmayos. El movimiento antisemítico, aborto de la intolerancia más feroz, demuestra cómo puede retroceder la libertad religiosa, y el movimiento proteccionista cómo puede retroceder tambien, y á su vez, la libertad económica en esta nuestra Europa. Todos los gobiernos, áun aquellos organizados para las artes del trabajo y de la paz, como el Gobierno frances, y áun aquellos presididos por estadistas adversarios de la guerra y de los engrandecimientos contínuos, como el Gobierno británico, se precipitan por el despeñadero de las grandes adquisiciones, en pos de factorías coloniales que les permitan monopolios mercantiles. El régimen proteccionista y el régimen colonial se completan. Así, naciones como Francia, que habian adelantado mucho en las relaciones mercantiles bajo gobiernos tan reprobables como el Gobierno imperial, retroceden ahora bajo gobiernos tan plausibles como el Gobierno republicano. Á instancias de los agrícolas, Ferry ha tenido que subir el derecho de importacion á los ganados, sin granjearse por esta concesion su apoyo, pues piden todavía

otros aumentos funestísimos sobre los cereales y los caldos. No lo dudamos. Las tarifas altas cederán, por el pronto, en provecho de los agricultores y sus trabajos, pero en mengua de los fabriles y su alimento. La carestía irremediable en los artículos de primera necesidad aumentará el malestar de los jornaleros en las fábricas, malestar que sólo podrá corregirse por el aumento de los jornales y de los salarios. Y este aumento de los jornales y de los salarios dará por tristísimo resultado que los productos franceses no puedan competir en buena lid económica, por desgracia, con los productos extranjeros. En las leyes de la sociedad sucede como en las leyes del Universo, todo en ellas se relaciona, y una parte considerable de la vida social, como tambien otra parte considerable de la vida humana, cae por fuerza bajo el imperio de la fatalidad.

Mis lectores habituales saben ya de antiguo cuánto me repugnó siempre la política colonial de Francia, por ocasionada irremisiblemente á guerras y á dispendios. Yo he creido que la grande nacion, á cuya iniciativa debemos los principios universales del derecho moderno, debia concentrarse dentro de sí misma y ofrecer el núcleo de su territorio central y de su espíritu cosmopolita y humano á las futuras confederaciones europeas. Un presupuesto con sobrantes, una instruccion superior á la instruccion dada por los gobiernos varios de la Europa monárquica, el bienestar de las clases trabajadoras que componen las huestes principales del sufragio universal, valian para Francia tanto, por lo ménos, como la tutela de Túnez, el condominio en Egipto,

el protectorado de Anam, la colonizacion de Argel y Cochinchina, la guerra del Tonkin. Los directores de la política francesa, mis caros amigos, no lo han pensado así. Respeto sus razones con religiosidad, pero miro con tristeza confirmados mis presentimientos. La guerra en China resulta mucho más trabajosa de lo que todos nosotros habiamos creido y esperado en sus comienzos. Aquellas huestes, que imaginábamos fáciles de disolver al estampido de unos cuantos cañones, han opuesto resistencia más tenaz de la esperada por nuestras creencias y de la prometida por sus antecedentes. El general Millot, que acaba de llegar á las playas patrias, dirigió en su despedida ciertas advertencias á sus compañeros de armas, que han suscitado grandes aprensiones, por lo desalentadas y por lo tristes. En cambio, al llegar y presentarse al Gobierno que le ha retirado el mando militar de las tropas territoriales en Tonkin, ha hecho gala de mayor conformidad y dado consejos de verdadera importancia. Mas lo que á toda costa conviene ya es acelerar el término de una guerra tan larga, no sólo por la sangre y el oro que cuesta, sino por las complicaciones que pudiera traer en el estado general de nuestra Europa.

Millot cree que no es indispensable mandar numerosos refuerzos al cuerpo expedicionario, pues bastará con llenar los huecos abiertos por el hierro de aquellos enemigos y por la insalubridad de aquellos climas. En su sentir, el delta de rio Rojo, una vez recompuestas las fortalezas que más han padecido, y reforzadas las guarniciones que ocupan y defienden los puntos estratégicos,

hállase libre de todo ataque súbito y de toda inesperada sorpresa. La ofensiva resultaria, en estas circunstancias, mucho más dañosa de suyo al ofensor que al ofendido. Una marcha sobre Pekin y un combate como el célebre de Palikao no reportarian más que graves dificultades, muchos dispendios, crecidas bajas, y el probable riesgo de hallarse con el destronamiento de la dinastía tártara y sin gobierno alguno á quien reconocer y con quien tratar para la firma de un pacto. Y á lo que deben tirar ahora los franceses, cueste lo que cueste y suceda lo que suceda, es á la conclusion de un definitivo convenio. Y este convenio debe tener dos bases: el reconocimiento por China de dos conquistas, la conquista del Tonkin y la conquista de Formosa, que han de servir como prendas pretorias para lo futuro. La posesion de Ke-L'ung, hoy en manos de Francia, se complica de tal suerte con todas las cuestiones europeas y hasta intercontinentales, que americanos, alemanes, ingleses, deben mostrar pronto, muy pronto, interes vivísimo en arreglo inmediato entre la gran potencia europea y la gran potencia oriental. Á pesar de que Millot discurre con todo este optimismo, indudablemente no se lo ha podido comunicar á los ministros, porque los ministros, todos á una, trabajan hoy en la Cámara por la extension del crédito consagrado á la guerra de China y por el envío de refuerzos. No lo regateariamos nosotros si fuésemos diputados franceses, hallándose allí comprometido el pabellon nacional, que conviene á toda costa y á toda prisa defender y honrar. Pero sí exigiriamos del Gobierno que no tuviera por objetivo en su política la prolongacion de

tal guerra, y que aquistára pronto una paz definitiva y estable.

Las calamidades más terribles caen sobre Italia, cumpliéndose aquel verso de nuestro gran Quintana:

«¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!»

Tras los terremotos, que asolaron el archipiélago de la bahía parthenopea, corrieron á Nápoles terriblemente los miasmas ponzoñosos del cólera; y tras el envenenamiento de Nápoles ha venido la ruina de Catania. Un ciclon, como los que suelen arremolinarse allá en los mares de la China, se ha desplomado sobre la riente ciudad siciliana, y ha convertido sus bellas alquerías y sus pintados jardines en montones de horrorosos escombros, bajo cuya pesadumbre yacen muchísimos cadáveres. Todos estos infortunios han contribuido á que la hermosa Exposicion de Turin, celebrada por todos los clarines de la fama europea, no haya obtenido los deseables resultados, á lo ménos aquellos prometidos y presupuestados productos, sin los que no pueden celebrarse festividades tan importantes á la industria y al trabajo. Para que la Exposicion pueda cerrarse ahora sin una quiebra deshonrosa, el Gobierno debe proveer, despues de haber procurado un millon de francos á su apertura, con otro millon de francos á su término. Cada dia se observa con mayor claridad cómo las grandes Exposiciones internacionales sólo pueden celebrarse con provecho en las grandes capitalidades europeas, como París ó como Lóndres, únicas con medios á ocurrir, en tales aglomeraciones de viajeros, á los menesteres y exigen-

cias de una incalculable poblacion advenediza y flotante. El gran ministro de Hacienda que los radicales italianos poseen, ó sea el célebre Magiliani, quéjase con razon de que tras las quiebras generales traidas por el cólera sobrevengan ahora las quiebras parciales traidas por la Exposicion.

Apénas puede calcularse lo que ha costado el cólera á nuestros países, con sus cuarentenas terrestres y marítimas, con sus lazaretos sanitarios, con sus cordones militares, con sus interrupciones en los ferro-carriles, con su incomunicacion radical entre los productos y los habitantes de los diversos pueblos, con la perturbacion en el pago de los tributos, con la merma en los rendimientos de las aduanas, con la mengua de todo comercio, con la paralizacion de toda industria, con las plagas y las calamidades sin cuento que han llovido sobre nosotros, agravando el mal por la crudeza misma de los preservativos y por el terror causado á las aplicaciones insensatas de aislamientos imposibles, los cuales, hijos del miedo, y en disonancia con todos los preceptos de la ciencia, sólo han servido, así en Italia como en España y Portugal, para detener el movimiento económico y sembrar una terrible anarquía.

NOVIEMBRE.

El triunfo de los liberales en las últimas elecciones, provocadas por la necesidad legal de renovar los municipios belgas, ha regocijado á Europa con universal y profundo regocijo, pues todos temiamos, de continuar la reaccion, resistencias, tras las cuales hubieran podido sobrevenir dificultades y complicaciones, precursoras de una guerra internacional. En el precario estado de la dinastía holandesa, próxima por los caprichos de la herencia y de la generacion á extinguirse del todo, y á dejar, una vez extincta, gérmenes de inmediato conflicto entre Alemania é Inglaterra; en las complicaciones naturales que tiene la sucesion de Holanda con el ducado de Luxemburgo, cercano á las tierras francesas, y por lo mismo, nefasta manzana de discordia entre Francia y Prusia, las cuales ya estuvieron por su causa para irse á las manos el año setenta y siete, poco ántes de la Exposicion Universal; en las nuevas anexiones próximas á verificarse hoy en Alemania por muerte del Duque de Brunswich, soberano cuya corona recae por juro de heredad en los güelfos de Hannover, enemigos natos

de los emperadores germánicos; una revolucion en Bélgica y un destronamiento de los Coburgos allí acaso fuera como la chispa de una conflagracion universal, terrible siempre de suyo, pero mucho más terrible y voraz ahora, por el angustioso estado de nuestra dividida y fraccionada Europa. De consiguiente, los partidarios de una paz continental firmísima hemos respirado al saber la buena nueva de que nuestros afines habian triunfado en Bélgica, y el odioso ministerio Malou habia caido, y otro nuevo ministerio se habia compuesto, que sin responder á nuestras esperanzas, ni con mucho, parece destinado á servir de puente y transicion suavísima entre dos situaciones, harto contradictorias para sucederse por cambios bruscos y alteraciones rápidas. Con esto y con que la guerra de China se concluyese, habriamos andado mucho para conjurar catástrofes temibles. Afortunadamente las conquistas no parecen ahora en el combate ardentísimo tan fáciles como en otro tiempo creian los ilusos, y la prenda pretoria de Ke-Lung tomada por Francia en estos últimos dias puede acelerar mucho una concordia, quizás á impulsos de alemanes, americanos é ingleses, pesando todos de consuno sobre el Celeste Imperio, imposibilitado por completo de menospreciarlos, como le sucede con todos los extranjeros, movido por su aislamiento y su soberbia. El comienzo é iniciacion de una política colonial por Alemania; los recelos de Inglaterra respecto á esta fase nueva del Imperio; la próxima Conferencia de Berlin, citada para echar las bases de un derecho intercontinental; el advenimiento y aparicion de muchos descubridores que han explo-

rado rios hasta hoy tenidos por inexplorables, y que han pactado con régulos negros en las orillas del Niger y del Congo sobre territorios cuya posesion todavía está hoy en litigio, por lo ménos en duda, todo esto absorbe la general atencion por plantear problemas de indudable gravedad y de difícil solucion en el enmarañamiento natural de múltiples y contradictorios intereses.

Ya tendrémos ocasion de tratar este asunto del derecho intercontinental para el régimen de las colonias, cuando lo exija con más imperio la cercana oportunidad del Congreso de Berlin. Hoy vamos á tratar la situacion interior de nuestra Europa. Y al tratar la situacion interior de nuestra Europa, surge, como en primer término, el problema entre los problemas europeos; la grande amplitud preparada por el partido avanzado, segun su proyecto reciente, al sufragio en los tres reinos de la Gran Bretaña. Rompe la semilla para producirse y levantarse todo el suelo que la contiene, y abre para nacer el feto las entrañas que lo han engendrado y mantenido. Los partos sociales resultan á una, por virtud manifiesta de leyes incontrastables, tan dolorosos y sangrientos como los partos naturales. En muchos siglos no se han verificado sino por medio de una revolucion cuasi contínua, que comienza en las guerras religiosas tan terribles, y concluye con estallidos y erupciones como la trágica Comunidad socialista de París, ó como la inmortal guerra de los americanos por la redencion y la manumision de sus siervos. Ahora mismo, en los pueblos afortunados que han podido pasar del período revolucionario, si no sobrevienen esos estremecimientos epi-

lépticos de la revolucion, sobrevienen agitaciones hondas, muy propias para encrepar los ánimos ántes serenos, y para detener ó alterar el sosegado curso de los generales intereses. Pocos pueblos tan sólidos cual ese pueblo inglés, asentado sobre bases, revolucionarias en lo antiguo, y hoy firmes y sólidas como los terrenos plutónicos enfriados en la secular y lenta construccion de nuestro viejo planeta. Y á pesar de su estabilidad inconmovible, del concierto que producen allí los círculos concéntricos del órden y de la libertad, no puede acabarse la obra progresiva del llamamiento al derecho de muchedumbres tales como las proscriptas hoy del comicio, sin que parezca desquiciarse la tierra y venirse abajo el cielo de la Gran Bretaña. Conservadores y radicales quieren á porfía ganarse la voluntad nacional, á favor de la estabilidad política los unos, y los otros á favor del movimiento democrático; y ejercen su derecho de reunion y de manifestacion, y escriben ó peroran, y levantan tribunas al aire libre, y conciertan procesiones cívicas, ya en pro, y ya encontra del proyecto, no sin que tan grande movimiento social traiga las agitaciones contínuas, como el movimiento natural trae á su vez el calor, y estas agitaciones contínuas no lleguen á tomar por fuerza en várias trágicas incidencias siniestro aspecto de guerra civil implacable. Á nadie se le han olvidado ya las manifestaciones desagradables dirigidas por las muchedumbres liberales á nobles tan ilustres como Curchill, el jóven diputado conservador que capitanea una disidencia tory en los Comunes, y á lores de apellido tan célebre como Bulwer, que ha heredado uno de los

más ilustres renombres europeos en las artes y en las letras. Pues bien, uno y otro se han desquitado de las injurias sufridas con grandes invectivas y otras temeridades reprobables de lenguaje, denostando á un tan venerable anciano como Gladstone, imperecedera gloria de la tribuna y de la política inglesa en este nuestro siglo, y continuador de una tradicion inmortal.

Pero narremos dramático incidente de la terrible lucha para industriarnos en su intensidad. Birmingham pertenece, por completo y de antiguo, al partido avanzado, quien vence por seis ó siete mil votos á los candidatos conservadores en todas las elecciones. Baste con decir que de los tres diputados allí electos se llaman dos Bright y Clamberlain, imperecederos nombres en los fastos del radicalismo sajon. Pues á tal ciudad manufacturera, enemiga por ende hasta el fanatismo de toda reaccion, han ido los reaccionarios ingleses con gran valor en pos de votos y adhesiones á sus insensatas resistencias. Imaginaos el patriarca griego asentándose con arrogancia en la sede augusta del Pontífice romano; el gran rabino de la Jerusalen ideal irguiéndose bajo las naves de la iglesia toledana para leer la Biblia en hebreo á los católicos españoles; y tendréis una idea de la temeridad cometida por los caballeros descendientes de los normandos y detentadores de los feudos, al presentarse con sus blasones históricos y sus leyendas aristocráticas ante una iglesia verdadera del trabajo moderno, indisolublemente unido con todos los progresos y con todos los triunfos de la democracia y de la libertad. Á mayor abundamiento, debia perorar en tal cenáculo de

los humanos progresos, no cualquiera de los expertos y sabios estadistas britanos, sabedores de cuánto conviene al pueblo inglés guardar ciertas relaciones de particular amistad y de antigua cortesía entre los jefes de cada partido para el procomun provecho, sino aquel desatentado tribuno Curchill, idóneo para encender pasiones múltiples al soplo asolador de sus adjetivos insultantes y de sus provocaciones temerarias; combatiente atroz, cuyas arengas parecen rudas y primitivas excitaciones al combate y á la guerra. Todo persuade á creer que se buscaba de propósito allí, por tales medios y con tales elementos, no adhesiones imposibles en ciudad tan avanzada, protestas ruidosas y violencias várias, capaces de perder, ó desdorar por lo ménos, la mejor causa. Debieron los trabajadores de Birmingham comprenderlo, sentirlo así de antemano, dejando al partido tory que hablase cuanto le diese la gana ó le pasase por la mollera, no sólo en observancia fiel á los cánones más rudimentarios de la libertad, sino en demostracion de una fuerza que no puede ser disminuida, proviniendo de tantos intereses y de tantas tradiciones, por numerosas asambleas al aire libre, más ó ménos trabajosamente reunidas, ni por discursos provocadores, más ó ménos dictados á los labios gárrulos por los rencores del despecho político. Nunca se practica y ejerce tanto el amor á las libertades modernas como prefiriéndolas con plena voluntad á todo hasta por sus inconvenientes, pues tienen muchos, como le sucede, por compensacion ineluctable, á todas las ventajas en la humana miseria.

Comprendieron de otra manera su deber los liberales

en Birmingham, y pecaron gravemente contra los propios intereses y contra los propios derechos. El sitio donde la reunion conservadora debia celebrarse, jardin ó parque alquilado habitualmente á quienes idean festividades al aire libre, tenía todos los carácteres de un sitio privado, al cual sólo podia entrarse por medio de contraseñas préviamente selladas. Bosquecillos más ó ménos recatados, colinas más ó ménos pintorescas, cenadores en patios anchos y entre alamedas umbrosas, indican ameno sitio de recreo, bien opuesto á las guerras civiles. Verdad es que la Junta directiva del partido conservador habia sellado y repartido ciento veinte mil billetes, y entre ciento veinte mil billetes imposible impedir que no cayeran algunos en manos ó profanas ó enemigas, y verdad tambien que, los favorecidos entre los radicales, no satisfechos con el ministerio tranquilo de indiferentes espectadores y hasta con el derecho alcanzado de votar contra las proposiciones conservadoras, desplegaron las divisas liberales y atrajeron sobre sí repulsa inevitable de los organizadores de la fiesta, quienes ciertamente no habian pagado el espacioso y caro lugar de la reunion para que se ostentasen sus enemigos, sino para contarse con calma y detenimiento ellos mismos. Á mayor abundamiento, el partido radical citó en mal hora otra de sus asambleas políticas en campo muy próximo al parque donde congregaban la suya los conservadores. Dos ejércitos enemigos tan cerca no podian ménos de llegar á las manos. El grito de los unos provocaba el grito de los otros, y en estos gritos iban ideas contradictorias como en el choque de dos cor-

rientes van el relámpago, el trueno y la centella. Discursos contradictorios provocaban á una encuentros difíciles de impedir en la sobreexcitacion terrible de los ánimos exacerbados y en el eléctrico choque de las palabras incendiarias. Á la media hora de tal situacion, el combate ya estaba empeñado, y el pueblo de uno y otro bando metido en una horrible lucha. Todos saben qué fuerza despliega un boxeador inglés cuando la furia le impele, y los nervios se le aceran, y los músculos se le crispan, y los ojos se le ciegan, y las manos se le cierran y apuñan para un combate, cuyos encuentros resultan al fin y al cabo tan terribles como los choques de dos vapores en mar y de dos trenes en tierra. Lo cierto es que los radicales cogieron escalas y abrieron brechas para penetrar en el sitio reservado á los conservadores, convertido á seguida de tal ataque imprevisto en verdadero campo de Agramante. Habia en la pared ó tapia de tal sitio esos vidrios rotos con que suelen ceñirlos en algunas partes para preservarlos mejor á robos ó asechanzas de robo. Y los primeros escaladores se hirieron, y sus heridas manaron sangre, dejando el rojo encendido rastro en las blancas paredes. Á tal vista se creyó por la muchedumbre radical en golpes asestados, en heridas abiertas por los conservadores, y ya solamente hubo lugar al combate y al desquite. Así la batalla se generalizó en toda la línea, y dos oradores como Norcothe y Curchill tuvieron que huir á toda prisa. Veíase al dia siguiente por los curiosos el parque talado, cual si hubiera por allí discurrido espesa nube de langosta ; los árboles tronchados y caidos como al empuje de los hu-

racanes; las piedras desprendidas de las paredes, sobre la verde grama; los cenadores descuajados; botellas reducidas á polvo; las sillas deshechas; y el rastro de la sangre por todas partes como en siniestro campo de batalla: que á tal extremo llevan las pasiones en este momento crítico de aterradora exacerbacion las diversas fracciones de Inglaterra.

El duque de Brunswick ha muerto. En otra cualquier ocasion bastaria, oyendo tal noticia, con decir que Dios le haya perdonado, cual deben decir los buenos creyentes á la vista de todos los muertos. Pero el caso es que la defuncion del Príncipe soberano trae consigo aparejadas cuestiones diversas, á cual más importante para la suerte de los reyes europeos y de los grandes imperios. Así como la muerte del príncipe de Orange inspiró grandes recelos á los políticos previsores y profundos, respecto á la posibilidad mayor ó menor de conservar la estrecha inteligencia tradicional entre Inglaterra y Alemania, este nuevo hecho de ahora muestra bien á las claras, cómo el principio hereditario se ha perdido hasta en la conciencia de aquellos que lo personifican, deudores á su virtud moribunda, en el ocaso de las viejas instituciones, del trono que pisan sus plantas y de la corona que ciñen á sus sienes. Por los múltiples caprichos y arbitrariedades várias de la casualidad, que presiden á las sucesiones y á las herencias, la corona de Brunswick, arrancada por la muerte al duque Guillermo I, ha recaido en el representante de la dinastía de Hannover, destronada por las ruidosas victorias del Emperador, hoy reinante sobre la grande Alemania. Esta familia de

Hannover, que pretende, allá, en sus pergaminos viejos y en sus cartas genealógicas haber estado por medio de sus primeros fundadores en la compañía de Carlo Magno, debiéndole su primitiva grandeza, pertenece de seguro á las más antiguas dinastías del viejo continente, á las que más coronas y soberanos pueden presentar en el intrincado ramaje de sus brillantísimos blasones. Con decir que desde su trono de Hannover, por llevar sangre de las viejas dinastías británicas en las venas, pasó al trono de Inglaterra tras la muerte de la reina Ana, dicho está cuánto su nombre y su poder han brillado en el mundo. Parecia que timbres tales, cuyo esplendor debe acrecentarse de seguro bajo la bóveda de los palacios; que recuerdos tan gloriosos y antiguos cuya magnitud increible se pesará más fielmente allí donde se vive de su savia y se reina por su poder sobre los míseros mortales; que todos estos títulos de legitimidad histórica debian haber preservado á la más antigua casa real alemana, casa inglesa tambien, de un destronamiento concebido y consumado, no por los revolucionarios enemigos de todos los reyes, sino por un rey como el de Prusia, que al ceñirse la corona, cogióla del altar con imperio y se la puso en la cabeza bajo la terrible advocacion de sus divinos sobrenaturales derechos. Pero no; despues del combate y triunfo de Sadowa, la vieja casa de los güelfos se vió destronada y depuesta por el vencedor, y su patrimonio real incorporado á la monarquía de Prusia.

El primero que representó un tan grande infortunio en Europa, fué misérrimo ciego, destronado como Edi-

po, y á pesar de destronado, erguido ante la fatalidad que todos adoran y adulan á una, en este bajo mundo nuestro tan triste y tan pequeño. Despues del rey último de Hannover ha representado la casa y la dinastía de los güelfos el duque de Cumberland, príncipe de Inglaterra; parte, pues, y parte principalísima de su vieja, gloriosa dinastía. Parece tal magnate altísimo destinado á mostrar, por su grandeza misma, cómo la razon de Estado y las conveniencias populares ó nacionales hoy se anteponen y sobreponen al derecho hereditario de los reyes. Heredero legítimo de una corona espléndida, pariente próximo de una reina tan poderosa é influyente como la reina Victoria, tio de Guillermo I y de Francisco de Austria, cuñado del Príncipe de Gáles y del Czar de Rusia, emparentadísimo con todas las dinastías europeas, ninguno de semejantes deslumbradores títulos ahora le vale y le sirve para reivindicar su reino conquistado y recoger su autoridad perdida. Por lo contrario, hereda otra corona, de la cual sólo es heredero legítimo y directo; pero como personifica los güelfos, tan detestados en Berlin, por tenaces representantes del viejo particularismo aleman y de la vieja confederacion germánica, es decir, de todo lo destruido por las fragorosas victorias de Bohemia, el noble Duque no puede tocar con sus manos el nuevo cetro á sus manos entregado por la fuerza de aquellos mismos derechos tenidos por los reyes como parte de los naturales códigos desde la eternidad inscritos en el cielo por la misma Providencia. En cuanto ha visto Bismarck la probabilidad peligrosa de que un Prín-

cipe destituido por su política del goce de antiguos privilegios pudiera entrar, so color de soberanía germánica, en el Imperio, y urdir una conspiracion retrógrada y reaccionaria, se ha precipitado sobre los nuevos territorios ofrecidos á su voracidad y los ha súbitamente acaparado sin escrúpulo. Trescientos cincuenta mil ciudadanos tiene la diminuta monarquía; doce ó catorce millones de presupuesto; un regimiento apénas de verdadero ejército; limitado territorio por ende; mas así que ha querido intervenir en lo que por derecho histórico le tocaba el príncipe de Cumberland; su verdadero señor y sumo imperante, ó sea el canciller Bismarck, gran revolucionario germano, ha expedido un general con expreso y manifiesto encargo de acaparar aquella corona, cuyo dueño conocia demasiado, y reirse del pobre derecho hereditario, repelido por la mano misma de los reyes en las bases y fundamentos de los primeros tronos del mundo.

Extraña familia esta familia de Brunswick, ante la cual debemos pararnos un momento, ya que desaparece de la realeza para siempre, pues ha representado papeles muy diversos é importantes en el escenario de la historia. El Duque más célebre de Brunswick, en la última y en la corriente centuria, es aquel que, discípulo en la guerra de Federico el Grande, compañero en las artes del inmortal Wilkelman, amigo en la poesía de Goethe, vencedor en las guerras de Holanda, y peregrino de la historia en las ciudades de Italia, perdió todos los timbres con que hubiera podido presentarse á la posteridad, y granjear á su apellido recuerdos inmortales,

por haber visto en la Revolucion francesa, ébrio del viejo vino cortesano, un motin de tristes descamisados y no un comienzo de nuevas y preclaras edades para la humanidad y para la historia. Puesto á la cabeza del ejército mandado por la coalicion realista contra las ideas revolucionarias que flameáran como los fuegos del Cenáculo sobre la cabeza de Páris, no comprendió la nueva táctica del pueblo libre, reunido bajo inspirados generales en el inmortal molino de Valmy, tan célebre como las Termópilas, donde los legionarios republicanos franceses, con sus escarapelas en el sombrero y el grito de patria en los labios, hiciéronle retroceder al són de la *Marsellesa;* y retrocediendo, rompió los viejos altares y derribó, sin quererlo y sin saberlo, en su ceguera y en su soberbia, los antiguos ídolos. Aquel insultante manifiesto suyo, dictado por los rencores de la emigracion, y escrito en estilo propio de las cantinas reaccionarias, provocó la indignacion universal de Francia, y trajo el descabezamiento de Luis XVI y de María Antonieta. La gloria de Brunswick se perdió en aquel choque terrible con Francia; y en otro choque con Francia tambien se perdió su vida, en el año quinto de nuestro siglo. Su hijo y heredero combatió á Napoleon el Grande con igual furia que combatiera su antecesor á la República, y le juró á Francia un ódio semejante al que jurára en sus mocedades sobre los altares de sus dioses Anníbal á Roma. Su primer nieto, una especie de loco, vivió en lucha perpétua con los revolucionarios, que lo destronaron dos veces, y legó toda su fortuna en el dia de su muerte á una ciudad tan revolucionaria como Gi-

nebra, en cambio de un sepulcro vistoso. Ya lo tiene, compuesto de mármoles relucientes; adornado con verjas que parecen de oro macizo; bajo la centinela de pajes y heraldos, con sus dalmáticas bordadas, con sus mazas pesadísimas, con sus blasones de relieves; en la plaza de los Alpes, entre juegos de aguas y manojos de flores; á la orilla del celeste lago encarecido por los versos de Byron, y al frente de las virgíneas nieves del Mont-Blanc; pero teniendo todo esto, comprado con su dinero, no tiene aquello que más necesitan los muertos, el recuerdo y la estimacion de los vivos. Todo lo contrario ha sido el Duque y Rey que acaba de morir ahora, hermano del pródigo y demente que yace hoy enterrado en Ginebra é hijo segundo del gran Brunswick, desgraciado jefe de la coalicion realista, y cuyos rasgos principales hemos contado anteriormente. Espíritu abierto á las ideas progresivas como el espíritu de su ilustre padre, no se halló en la triste necesidad, como su padre, de negarlas y desmentirlas. Bien al reves, llegada la revolucion de 1848, y cobrado por su virtud un poder verdadero sobre su ducado, que no podia ejercer cuando estaba constreñido por la necesidad á ser mero satélite ó aereolito en el sistema solar compuesto por las fuerzas del Austria, Guillermo convirtió sus vasallos en súbditos, y destruyendo con mano poderosa el feudalismo, proclamó todas las libertades, no por súbitos arranques del ánimo y por improvisaciones de la imaginacion, sino á ciencia y conciencia de lo que hacía, pues no contento con haber fundado las instituciones modernas en época de verdadero entusiasmo revolucionario, supo sal-

varlas de sus eclipses y de sus noches, cuando el cambio de las estaciones políticas trajo sobre pueblos mayores, sobre leyes más sábias y sobre libertades más antiguas el hielo de la reaccion. Tal es, en resúmen, la historia de dos tan grandes y claras dinastías proscriptas de sus tronos por el emperador y el canciller de Alemania.

Realmente la revolucion de Rusia toma todos los terribles aspectos del misterio más trágico y vuelve al período de la accion más resuelta. Los esbirros, aunque parezcan sobrenaturales sombras, no pueden coger á sus víctimas con tanto sigilo que no llegue á saberse tarde ó temprano el apresamiento ; ni los verdugos matarlas con tanto silencio que no llegue á saberse al fin y al cabo su muerte. Hasta el mar vomita los cadáveres. Á puerta cerrada, léjos de los ojos y de los oidos humanos, entre sombras, en el apartamiento más silencioso, los jueces celebran sus juicios, del mismo modo que perpetran los criminales sus crímenes, cual si los acusadores fueran acusados y los acusados acusadores : que sólo se ocultan aquí en el mundo con ese misterio la vergüenza y el remordimiento. Vuelve á verse por los banquillos de los reos y en las requisitorias de los fiscales á las jóvenes de los más ilustrados apellidos, compartiendo con valor todas las conjuraciones y aprestándose á inmolar, nuevas Judits, á todos los Holofernes del Imperio. Pero no está lo grave con seguridad en que señoritas, de las aficionadas á frecuentar universidades y á creer ciertas las novelas, tomen partido por los opresos contra los opresores, y arriesguen, aquí ó allá, honra y

vida por ideas cuya electricidad agita fácilmente sus agitables nervios, y por hombres á quienes profesan culto rayano en amor. París, Ginebra, Niza, Nápoles y Roma guardan innumerables proscriptas arrancadas á los esbirros y á las cárceles por la prevision paternal. ¡Ah! Lo gravísimo es que la conspiracion, aislada en las universidades, penetra poco á poco en los cuarteles. Por estos mismos dias se han visto várias causas en los torreones de las fortalezas, y han muerto ahorcados en los glácis y en los patios muchos mártires de las futuras libertades moscovitas. Y estos conspiradores y revolucionarios no pertenecen á la clase de soldado, tan dominada por el Padre Czar en sus cuarteles, como los mujïes, ó habitantes del campo, en sus terruños. El oficial de graduacion alta, que roza su inteligencia con las inteligencias superiores, y que admira y envidia las libertades europeas en los libros varios descritas con todos los esmaltes prestados por la fe á las esperanzas; esos hombres, á quienes sus subordinados han de obedecer hasta el crímen, segun reza la Ordenanza, urden parte de la red inmensa en que perecerá la triste autocracia, y derriten al fuego del pensamiento progresivo las bayonetas forjadas y apercibidas para extirparlo. No conozco síntoma tan grave, ni anuncio tan seguro de muerte próxima para los poderes arbitrarios, como que los militares lleguen á contaminarse con el espíritu de la revolucion. ¿Á quién pedirá el Czar defensa y seguro, cuando no tenga para llevar el rayo fulminante de las ideas á los abismos silenciosos y oscuros de la sociedad, el acero y el hierro de su ejército?

Allí donde la libertad es cierta y segura, la revolucion está completamente conjurada; y allí donde impera el despotismo, cuando sienten las sociedades, por necesidad inevitable de su interior desarrollo, propensiones invencibles á la libertad, centellean de contínuo los relámpagos precursores de la revolucion. Comparad la capital de todas las libertades en el mundo civilizado con la capital de todas las tiranías, comparad Nueva-York con Petersburgo; y decidme luégo cuál de tan grandes asociaciones humanas vive más tranquila en su interior y más reposada en sus cimientos; si aquella donde reinan silencio y delacion, ó aquella donde viven á su sabor el derecho natural, la democracia moderna y la República parlamentaria. El valor de los conspiradores y conjurados rusos llega en la córte misma de los czares hasta la publicacion de un diario, clandestino por su orígen, pero popular por su difusion, cuyas páginas contienen la nota de cuantiosas suscriciones allegadas para los trabajos revolucionarios y la cuenta de su aplicacion general y de sus várias distribuciones. Despues de tal introito reconoce la misteriosísima hoja cómo se ha paralizado, en cuán grande inercia, la propaganda nihilista y su accion; pero atribuye la forzosa quietud á inevitables traiciones y al paso de muchos conspiradores desde la conjuracion á la policía. Mas los apóstatas vuelven á la religion abandonada y traen á su regreso noticias y medios muy propios para el acrecentamiento de los apostolados revolucionarios y para la tentativa de nuevos actos eficaces y prontos. En prueba de la terrible verdad del aserto, pregona el diario los

nombres y señas de muchos esbirros contados como fieles de la iglesia revolucionaria, y metidos en sus filas por el oro imperial para traicionarla y para perderla. Organízanse con tanta facilidad juntas de más ó ménos fuste, y sociedades várias, de más ó ménos poder, á causa de las propensiones contraidas en la servidumbre al silencio y al misterio, que ha visto Rusia con escándalo el correo público, sus administraciones, sus sellos, sus carteros, sustituido por varios particulares, quienes prestan todos estos servicios de contrabando, con burla y mengua de un Estado servido por policía recelosa, ejército innumerable, presupuesto ruinosísimo: que tal desorganizacion traen á los pueblos estos patriarcales monarcas absolutos, y tan cerca está el despotismo de la triste anarquía en este nuestro mísero mundo político, podrido, gangrenado, descompuesto, próximo al aniquilamiento, si le falta su luz y su aire naturales, si le falta la vivificadora libertad. Á quienes por cadenas suspiren hoy, mostraríamosles nosotros esa triste suerte de los pueblos encadenados y sujetos á todos los horrores de la tiranía y de la revolucion juntamente, muy parecidos á los enfermos de fiebres palúdicas, que pasan del frio al calor y del calor al frio con tan horrible brusquedad. El dios de los esbirros, el teólogo de la represion, el grande inquisidor de todo este Santo Oficio moscovita que persigue las ideas hasta en los lóbulos del cerebro y hasta en los repliegues del espíritu, Katkoff, declara en su *Gaceta de Moscou*, dejando caer las manos con desaliento, que la revolucion sube quince codos sobre las cúpulas de los templos y sobre los remates ó

cruces de todas las tiaras pontificias y de todas las coronas imperiales. Pero el diluvio, créalo Katkoff, se ha condensado en el despotismo que defiende con tanto empeño y pregona con tan terrible acerbidad.

Y la prueba está en los terribles rescriptos lanzados sobre universidades como Kieff con motivo de manifestaciones revolucionarias patentizadas en festividades como el centenario de San Waldimiro. Esta fecha de tiempos pasados, fecha consagrada en el calendario de los autócratas á conmemorar el trono y el altar, sólo ha servido en nuestros dias de cólera y terror á desahogos demagógicos. Los estudiantes podian haber ido á una especie de concilio celebrado en Kieff por varios obispos rusos con el fin claro de sobreponer la liturgia y la disciplina de los eslavos á la liturgia y á la disciplina de los helenos en las iglesias orientales; pero no han parecido por su seno, pues importándoles una higa de la monarquía y la Iglesia bajo cuyas dos alas sonrió su infancia, se han ido á los clubs en demanda de la revolucion universal. Y cuéntase que, léjos de convidar para su fiesta, ó bien á popes de reconocida ortodoxia, probados en su culto por el santo idolatrado en los altares rusos; ó bien á patriarcas de los varios cleros orientales, que recordasen liturgias y teologías antiguas; ó bien á príncipes de la sangre imperial, por cuyas venas corre sangre de los Ivanes y por cuyas inteligencias ideas propias de los tiempos en que Kieff representaba un verdadero núcleo de union para las razas moscovitas; ó bien á hombres como Katkoff y Atkasoff, enemigos del Occidente y grandes Brahamanes del panslavismo

autoritario y dogmático, han convidado nada ménos que á Enrique Rochefort y á Luisa Michel. En verdad la supresion de asignaturas luminosas, el restablecimiento de censores inquisitoriales y bárbaros, la rebaja del número de aspirantes al ingreso en los cursos, el parecido de la nueva disciplina universitaria con la vieja disciplina militar, las órdenes dirigidas á separar unos camaradas de otros, los programas ideados para petrificar los espíritus, la disminucion de becas ó pensiones, con cuyo auxilio tan sólo podian estudiar los pobres; tanto cúmulo de disposiciones brutales ha irritado á la juventud y constreñídola forzosamente á llamar con grandes y estentóreos clamores el remedio único y supremo que resta en sociedades así esclavizadas, el remedio de la revolucion. Y á este movimiento de la juventud ha correspondido un redoble de reprensiones á cual más insolente y más terrible. Justos y pecadores han pagado como si allí sólo se contáran culpados. La Universidad ha quedado cerrada por medio año y todos sus estudiantes suspensos ese medio año en sus respectivas carreras. Y ninguno de los suspensos podrá presentarse á ninguna de las demas universidades rusas. Y pasado el plazo de la suspension, los admisibles sólo serán de nuevo admitidos despues de haberse sujetado á rigorosas pruebas y á misteriosos informes sobre su proceder y sobre sus ideas. ¡Oh! Es un decreto de terrible proscripcion parecido al que dictára Fernando VII allá en los horrorosos dias del veintitres, cuando cerraron de un golpe reaccionario todas las universidades y escuelas españolas. ¡Terrible monstruo en verdad el despotismo!

Pues áun existen, para mengua de las letras, escritores que lo alientan y lo exacerban. Katkoff cree todas estas operaciones tan radicales, remedios baladíes para mal necesitado de una extirpacion pronta, como gangrenoso cáncer. El Emperador difunto, á quien los nihilistas despedazaron por sus resistencias al movimiento revolucionario, parécele á éste nihilista de otro género, que truena en la *Gaceta de Moscou* contra todas las libertades modernas, parécele único responsable del desarrollo en las ideas anárquicas, por su medio liberalismo, que le condujo á reabrir las puertas de la Universidad de Kieff, hasta entónces tranquila y firme, á los estudiantes revolucionarios lanzados de otras universidades, componiendo así el terrible núcleo de anarquía extendido ahora, como una constelacion de cometas siniestros y sangrientos, en los cielos de Rusia, cada dia más tenebrosos y más relampagueantes. El medio año de suspension le parece complacencia con el mal y no remedio al mal, por lo que hubiera preferido, en su crueldad, la inhabilitacion perpétua en los estudiantes todos para estudiar, incapacitados así de reunir ideas conducentes á una revolucion más temible ahora que nunca, pues no subirá de los instintos populares, siempre religiosos y monárquicos, arriba; descenderá de las clases ilustradas y ricas, siempre inquietas y racionalistas, abajo, promoviendo las mayores ruinas y desencadenando las mayores y más exaltadas pasiones. El teorizante de la reaccion implacable no retrocede á la idea de castigar con pena igual á jóvenes desigualmente culpados; los cree á todos reos, por hacientes unos, por

consentientes otros, y delata como crímen la honrada repugnancia de los mejores á denunciar y acusar las maniobras de sus compañeros, concluyendo por proponer, con la rabia del antiguo Heródes, la degollacion de todas las jóvenes inteligencias, en regiones tenidas hasta hoy por feudos adscritos á la Monarquía y á la Iglesia. Cuando los reaccionarios sienten estos vahidos en sus cabezas, estos agolpamientos de terror en sus corazones, esta rabia epiléptica en todos sus nervios, este velo de sangre alterada en sus ojos, ¡ah! está muy cerca para el viejo despotismo ruso la hora de un castigo irreparable y tremendo. Así lo quieren la Providencia y la lógica.

Nunca pertenecí al número de los que impulsan á Francia, nacion europea de suyo, por el camino de las temerarias aventuras intercontinentales al inmediato logro de apartadas conquistas y numerosas colonias. Yo creo que una razon geográfica, y otra razon política, recluyen á la nacion republicana en sus fronteras naturales y la obligan á reconcentrarse dentro de sí misma, ejerciendo poderoso influjo sobre todo nuestro viejo continente, necesitado siempre de su luz, y dando á los pueblos en comunion las ideas de libertad y derecho, indispensables al progreso y desarrollo de las sociedades modernas. Para mí, la política colonial, resto tristísimo de la política bonapartista, desarregla en Francia el presupuesto, de cuyo arreglo han menester todas las naciones, pero mucho más las naciones trabajadoras, é indispone á Francia con Inglaterra, cuando en el concierto de las dos grandes potencias liberales descansan hoy las bases más firmes de la paz y de la libertad europeas. El

engrandecimiento en Túnez, en Cambodge, en Tonkin, en la isla Formosa, en las tierras vecinas al Níger y al Congo, ha envanecido mucho al genio frances, muy resuelto á favor de la guerra y muy amante de la victoria; pero ha traido un déficit considerable, que debilita trabajo é industria, y una inteligencia con Alemania, que nunca deberá reanudarse, siquier se halle por fuerza en el natural órden de las cosas, sino despues que Alemania representára, en consonancia con su historia, la libertad, no el cesarismo, y devolviera sus dos presas, Alsacia y Lorena, detentadas contra la voluntad expresa de sus respectivos pueblos, y que deben reincorporarse á la nacion gloriosísima, de la cual forman parte integrante, y en la cual son como indispensables organismos. El déficit, por todos lamentado, y la inteligencia con Prusia, de nadie comprendida: hé ahí las dos inmediatas consecuencias del engrandecimiento colonial, comprado á bien costoso precio. Pero áun resultan otras no ménos terribles para el pueblo frances y su Gobierno; son, á saber: las formidables y no esperadas resistencias por los chinos opuestas á las tropas regulares europeas, no sólo en las posesiones pertenecientes á su Imperio, cual Formosa y sus costas, en las aguas del rio Rojo y en las tierras del Tonkin, disputadas á su dominacion por las correrías piráticas. Imaginábamos á los chinos capaces de morir como verdaderos mártires; mas no capaces de pelear como verdaderos héroes. Y han peleado en mil ocasiones diversas, no sólo con la tenacidad de los pueblos pacientes, sino tambien con el empuje y el coraje de los pueblos acometedores y heroicos.

Yo mismo, en el discurso de mis crónicas quincenales, he muchas veces dudado si los chinos mostrarian aptitudes para el ataque arrollador y hasta para la resistencia tenaz. Llevábamos en todas nuestras lecturas y enseñanzas aprendido, como tópico de la Historia, que los celestes avanzan á todas las razas en fortuna y anticipacion para las invenciones, y ceden á todas un puesto primordial en el arte de prosperarlas y extenderlas. Ántes que ningun otro pueblo, China tuvo brújula, y pólvora, y papel, y prensa; pero su pólvora no ha dado la grande artillería que la compuesta por Roger Bacon; su brújula no ha facilitado expediciones como las intentadas tras tal invento de Amalfi por españoles, portugueses y britanos; en su papel no se han escrito producciones como las vertidas sobre nuestro papel de Játiva; ni su prensa llegó jamas á imprimir volúmenes como los depositados en los estantes de nuestras bibliotecas, ó diarios como los difundidos entre todos los pueblos cultos. Cuando los jesuitas fueron á explorar, como el glorioso San Francisco Javier, las tierras africanas y asiáticas, en compañía de los inmortales navegantes portugueses, ó entraron, como el astuto Nobili, en la córte de los Emperadores celestes, poco esfuerzo hubieron menester para ofrecerles como cosa nueva lo mismo que debian ellos tener entre sus arqueológicos recuerdos, si acertáran á progresar; instrumentos de óptica para leer el cielo y cañones llenos de metralla para explotar en los combates el impulso y fuerza de la pólvora. Todo esto nos inspiraba y sugeria una idea muy extendida y vulgarizada en el mundo europeo; la idea de que los chinos inventan,

pero no adelantan ; y deberian estar hoy como en tiempo de la última guerra con la Gran Bretaña y Francia, cuyos soldados llegaron á Pekin y destruyeron importantes sitios reales en una sola correría, equivalente á verdadera conquista. La necesidad misma que sintiera el Celeste Imperio de apelar á oficiales como Gordon y Giquel, cuando pugnára con sublevaciones indígenas, como la sublevacion de los taipingos, prolongada tres años, esta necesidad robustecia más y más la creencia en su flojera. Hoy sabemos ya que resisten, y que resisten como nos habian anunciado escritores anglo-americanos conocedores de China. Hoy sabemos que su arsenal de Fon-Thou guarda todos los adelantos modernos y los explota con arte. Hoy ya sabemos que, así en armamento como en provisiones, los chinos han adelantado mucho, y pueden oponer á sus invasores grandes resistencias. Aunque Ki-Tong en su libro, tan zaherido por los parisienses, creyéndole producto de Batignoles, no de Pekin, se callaba por prudencia, respecto al ejército, decia entre líneas y medias palabras lo bastante, sobre todo al tratar en su capítulo postrero de su grande arsenal, para que los franceses comprendieran cómo habian escarmentado sus enemigos en la última guerra con los europeos, é ido muy léjos y llegado muy hondo en el aprovechamiento de las lecciones dadas por los europeos á su inexperiencia decrépita é infantil á un mismo tiempo, en la cual, así como hay mucho de no aprendido, hay tambien mucho de ya olvidado por viejo. La verdad es que ha crecido el renombre militar de tan extraño pueblo.

Yo tengo de antiguo por costumbre, así que importante problema embarga mucho la universal atencion pública, industriarme con paciencia en sus datos, no solamente apelando á periódicos y á revistas, sino á libros recien publicados, ó en publicacion, escritos por publicistas de reconocida competencia. Historiar el tiempo corriente ¡qué cosa tan difícil! Cabe dictar y escribir mejor la historia de ayer que la historia de hoy. Los tiempos históricos de grande importancia, como los cuadros de mucha perspectiva, se ven mejor de léjos que de cerca. Precisa mucho separarse del suceso narrable, no sólo para la debida percepcion, para el debido juicio. Pero la dificultad invencible del obstáculo cede á la pertinacia del esfuerzo. En volúmen escrito sobre Tonkin por el capitan C. B. Norman, que perteneció al Estado Mayor de Bengala, encuéntranse, y pueden á granel recogerse, muchas noticias del ejército chino, de su organizacion, de sus várias distribuciones en aquel vasto Imperio, cuya poblacion suma trescientos cincuenta millones de habitantes, y cuyas dimensiones alcanzan, por su desmesurada extension, la importancia de todo un continente. Despues de sus conocidas adversidades y derrotas, las armas chinas hanse organizado en dos cuerpos de verdadero ejército; uno en activo servicio, y otro sedentario y de reserva. Este último, en los tiempos anteriores á la guerra con Europa, equivalia por mil equivalencias á nuestras antiguas milicias nacionales, y marraba en todo empeño grave, á causa de su desorganizacion y de su indisciplina. Hoy, con organizacion de robustez, y armas de alcance, y disciplina de

cuartel, y hábitos de obediencia, y ejercicio de fuego, y direccion de veteranos, aquellos bisoños mílites, que solamente se distinguian por su confusion cáotica y por su gárrulo estruendo, han concluido componiendo un verdadero ejército, habilitado por lo ménos para ocurrir á los servicios corrientes, miéntras las tropas de línea van todas sin excepcion á los empeños de guerra. Y los soldados de línea se dividen á su vez en grandes cuerpos, que son: 1.°, ejército de Mantchouria, el cual guarda los confluentes del Amor, ó sean las vías á las posesiones rusas del Ásia central, y cela el golfo de Pitchili, donde radica la isla Formosa, descubrimiento de los peninsulares iberos, y prenda pretoria hoy en manos de los franceses; 2.°, ejército del Centro, compuesto en tiempo de paz por cincuenta mil hombres, y en tiempo de guerra por cien mil, audaces montañeses, con expreso encargo de defender á Pekin y ocupar los puertos continentales sitos en el golfo de Pitchili; 3.°, ejército del Turkestan, muy aguerrido de suyo y muy ocupado en guarnecer las regiones indicadas por su propio nombre, que podrian fácilmente ahora, no existiendo recelo alguno por tal parte, y en paz con Rusia, proveer á los refuerzos expedidos contra las gentes invasoras y enemigas. Entre todos estos contingentes los hay flojos, y mucho, por ejemplo, los salidos del centro; pero los hay fuertes, y mucho, los bajados de las montañas, infantes y caballeros de raza mongólica, por nosotros conocidos con el antiguo nombre de tártaros. En cambio, Francia ni siquiera tiene un ejército colonial, indispensable ya por las repugnancias que mues-

tra el núcleo de su poblacion á ir á los climas tropicales y á guarnecer puntos no situados, como Argel y Orán, por las incomparables riberas del celestial Mediterráneo.

El gobierno frances no publica noticias exactas de su estado, en parte, por temor á la opinion nacional, y en parte por fundado recelo de industriar á China en los recursos y en los proyectos suyos. Si debemos prestar ascenso á lo dicho ya en la Comision, el buen almirante Courbet se aprestó con empeño á bloquear todos los puertos de Formosa; y la ocupacion de tal isla por los franceses molesta mucho al Imperio, como le molestó en otras circunstancias análogas su posesion por los japoneses. El general de tierra, que, segun los periódicos de oposicion, habia pedido un refuerzo de diez mil hombres, no ha pedido ninguno absolutamente; y las tropas chinas han experimentado estos últimos dias algunos contratiempos.

La Cámara ha empeñado una grande lucha sobre si en el secreto de la Comision dijera el Presidente del Consejo que creia en la proximidad de una paz ventajosa ó que se hallaba convencido de la proximidad de una paz ventajosa. No veo tan extrema diferencia entre ambos modos de hablar, para que M. Clemencean haya sostenido la tésis de la persuasion hasta la tenacidad y no ménos M. Ferry la tésis de la creencia. Nosotros, los ajenos á tales disputas baldías, tenemos por lo más importante que la paz se haga, ora mediando Inglaterra, ora conviniéndose las dos partes beligerantes entre sí, pues una sangría en tan luengas tierras al cuerpo de la nacion abierta, no conviene por modo alguno ya, ni

á su nombre, ni á su industria, ni á su comercio, ni á lo más importante para mí, republicano de toda la vida, ni á la democracia, ni á la República. Urge mucho la paz. De no haber podido proceder Francia en Tonkin cual procedió en Túnez, enviando cincuenta mil hombres, valiera más no proceder de ningun modo, y no arriesgar empresas tan lejanas y difíciles con recursos tan deficientes y tardos. Hace cuatro años Rusia se hallaba mucho más dispuesta que Francia hoy, á una guerra con China, y no la emprendió por recelo de meterse dentro de un laberinto intrincado, con salida muy dificultosa. En estos tiempos nuestros, el trabajo y el comercio superan y aventajan por ley natural de nuestra complexion al combate y á sus heróicos empeños. Todo el mundo ya observa como la duracion de una guerra tal puede fácilmente desviar los cuantiosos productos chinos de las vías marítimas que hoy enriquecen á los pueblos occidentales, y tomar las vías terrestres, que sólo podrian al fin y al cabo enriquecer á Rusia. Por todas estas y otras muchas razones, conviene pronto la paz definitiva y pronta.

Los sucesos de Bélgica continúan dando pábulo á la pública curiosidad. Hace mucho tiempo que nos hallamos habituados á considerar la diminuta nacion reciente y libre, como un paraíso de paz y libertad. Imposible dispertarla con el pensamiento, sin que apareciese á nuestros ojos cual un haz de municipios encerrados en magníficos palacios de arquitectura gótica, y presididos por un Rey puesto en honoraria sede para satisfaccion de la Vieja Europa monárquica; pero que, verdaderas colme-

nas por sus trabajos agrícolas, ó verdaderas herrerías por sus fundiciones y forjas, ó verdaderas fábricas por sus talleres y máquinas, templos del trabajo, resplandecian como un cuadro de Rubens por su brillantez indecible, por su paz contínua, por la serenidad inconmovible de sus personajes, por la rubicundez de su complexion linfática, revelada en aquellas carnes, parecidas á rollos de sabrosa manteca flamenca, ó por aquel color perpétuamente albo y rosa, ó por aquella mirada tranquila, en la cual no ha estallado jamas ninguna tempestad.

Mas ahora se observa un dolor en ella, como el que las sociedades muestran cuando se sienten embarazadas ó van de parto. Su monarquía principalmente ha sufrido muy rudas violentas sacudidas. En las sesiones últimas de sus Cámaras, los dos campeones de la escuela católica y de la escuela liberal, se han dado en rostro respectivamente con sus sendos desacatos á la Monarquía. Frere-Orban, ó sea el guía parlamentario de los liberales, ha recordado cómo los católicos acaban de apellidar cobarde casi á Leopondo II, y de compararlo por su debilidad miserable con Luis XVI en la revolucion, y de augurarle con agorera elocuencia fin tan desastroso como el sabido y célebre de tan desastrado monarca. Y áun ha dicho más en su combate ; ha dicho que ninguno de los actuales ministros del Rey, firmantes de los decretos asestados contra la política ultramontana en sus dos más exageradas personificaciones, en Malou y Jacobs, habian osado proclamarse ante la Cámara co-autores y responsables de aquel acto; bien al contrario, redargüido

y criticado por la derecha extrema con violencia, el Rey, ausente por sí de las Cámaras en observancia fiel á la Constitucion, y presente sólo por sus ministros, no habia encontrado en éstos, por su autoridad nombrados, y bajo su advocacion depositarios del poder público, ninguna defensa.

¿Creeis que Jacobs llegó á excusarse, ó paliar tales vejámenes? ¡Oh! Nada de eso. Redobló su furia contra el Rey, viéndose reconvenido así por el primer ministro de los liberales. Podia sacarse de tal discurso monárquico innumerables apotegmas para uso y enseñanza de los monarcas constitucionales, si fian mucho en su constitucional inviolabilidad. Los jesuitas siempre fueron lo mismo, grandes monárquicos, si los monarcas les sirven, y grandes republicanos, si les desirven. Ahora no pueden asesinar, como allá, cuando asesinaron á Guillermo de Orange, á Enrique III y á Enrique IV de Francia, al grande almirante Coligny, no pueden asesinar á los potentados enemigos suyos, y los rebajan y deshonran.

El Rey es irresponsable política y civil y criminalmente; pero no irresponsable, no, en el tribunal de la conciencia pública, dijo Jacobs. Por mucho que sus ministros quieran garantirle y escudarle y defenderle, no podrán evitar, ya un crecimiento, ya una mengua de su reputacion y renombre popular, segun use mejor ó peor de su régia prerogativa. Y si los católicos han desacatado al Rey en el despecho naturalísimo que les causaba verse por el Rey cuasi despedidos, teniendo mayoría en la Cámara, á su vez los liberales han herido con sus clamores

y quejas el cielo de los palacios; han amenazado con sus gestos violentísimos y sus manifestaciones ruidosas al Monarca; le han puesto sitio en regla; y han conseguido por fin, amedrentarlo y vencerlo, arrancando al trono sus dos defensores más acérrimos, trocados hoy en sus dos enemigos más implacables, los ministros ultramontanos, flor y nata del Catolicismo. Francamente, los partidos realistas arrastran la realeza por pendientes bien peligrosas al fondo de abismos bien insondables. Si los reaccionarios belgas entienden que una República resultaria clerical con el tiempo, equivócanse de todo en todo, pues la República, forma del derecho y del espíritu moderno, concluye tarde ó temprano por acomodarse al principio de justicia con que vive y vivirá en eterna consustancialidad. Las elecciones municipales últimas han debido por completo desvanecer las esperanzas por los ultramontanos puestas en la extension del sufragio. Hanse aumentado los electores, así por la rebaja del censo como por la admision de las capacidades, y ha venido con ellos, con su mayor número, una ruidosa victoria para el partido liberal. En la República sucederia lo mismo, de seguro. Aunque la llevase á Bélgica el despecho de los ultramontanos contra el Rey, resultaria por último liberal, demócrata, progresiva, como cumple á grandes instituciones de su altura y de su temple. No puede dudarse. Así lo quiere la lógica de los hechos.

Las elecciones se han verificado en Alemania para el Reistach, y con todo su poder no ha conseguido el gran ministro lo más deseado, una mayoría parlamentaria.

En todos sus discursos el vencedor de Sadowah y de Sedan, que ha podido borrar dos Imperios del mapa europeo como el antiguo Imperio aleman y el nuevo Imperio bonapartista, se ha dolido amargamente de no haberse allegado un compacto grupo y cón él un apoyo resuelto á su política interna y externa. Las cosas parlamentarias quedan poco más ó ménos, despues de la eleccion, como estaban de suyo ántes. Alsacia y Lorena, semejantes á llorosas Artemisas, expresan siempre sobre los mausoleos de su respectiva triste viudez el elegiaco lamento y el amarguísimo lloro. Todos sus elegidos han resultado lo que son sus electores; patriotas, y patriotas franceses. En vano se habia querido, presentando candidatura de doble faz frente á la candidatura del patriota Antoine, deslumbrar y perder á los electores de Metz en una emboscada germánica; fieles á su patria, por tradicion le han guardado en esta coyuntura suprema la tradicional fidelidad. Los diputados de las regiones francesas unidas á Prusia por la violencia, pueden como los diputados de las regiones desmembradas de Polonia ser una protesta viva en el parlamento aleman á favor de su nacionalidad. Los grandes partidos, segun he apuntado ántes, no sufren alteracion apreciable, porque implica poco en la suma el aumento de los conservadores y la disminucion de los progresistas.

Aquellos constituirán una mayoría; pero teniendo que contar con los católicos, fraccion muy exigente, la cual no se mueve jamas en Alemania sino á cambio de grandes concesiones exigidas con imperio y dadas con merma y regateo; cosa triste, que produce un equilibrio in-

estable dentro de la Cámara y un impedimento eterno á los libres impulsos del emprendedor Canciller. El partido liberal-nacional, punto conocidísimo de la serie que comienza en los conservadores del Gobierno y termina en las avanzadas del progreso, hase dividido en dos bandos; uno propenso á la derecha, otro propenso á la izquierda, como sucede con todas esas fracciones de aluvion y acarreo, producto de los hechos fatales, más que de las ideas várias, sin credo fijo, sin historia clara, sin límites conocidos, sin propia íntima naturaleza, hasta sin objeto y finalidad, vagando por la política, cual vagan por los espacios esas cintas de luminoso éter, cuyas elipses no pueden fijar con exactitud los astrónomos, y cuya utilidad no puede conocerse ni apreciarse. Tal fraccion se divide, pues, en dos bandos, los cuales, nacidos de igual tronco, se han separado por bien opuesta bifurcacion; en bando semiconservador, amigo del Canciller, y en bando semiprogresista, enemigo del Canciller. Los primeros han sido tratados como gente de paz y los segundos como gente de guerra: que allí jamas suelen perdonarse los disentimientos con el férreo gobernante. Hállase á la cabeza de los nacionales-liberales, propensos al progreso y adversarios del Canciller, nada ménos que un verdadero naturalista; el eminente Virchow, lumbrera de la ciencia contemporánea y gloria de la ilustre Alemania. Pero ninguno de ambos títulos puede servirle contra la enemiga irreconciliable de su poderoso competidor, que le ha tirado á muerte, y hubiera querido aniquilarle con seguridad en las últimas elecciones. Detengámonos en su presencia y miremos al-

gunos instantes, que lo merece, al odiado jefe de los nacionales-liberales, hoy confundido con los progresistas, y vuelto á las fronteras democráticas, de las cuales se habia con bien poca prevision separado: Virchow ha llegado á renombre altísimo, hasta entre los profanos á la ciencia. Gran médico, y en sus mocedades gran demócrata, bien puede asegurarse que ha combatido con igual energía el espíritu reaccionario en los parlamentos y el tífus asolador en las clínicas. Innovador en medicina, quiso en lo político innovar tambien, perteneciendo, por esta su querencia natural, á los radicales ó demócratas. La Revolucion del 48 le sorprendió en los años floridos de su vida y en los trasportes primeros de su entusiasmo, que le llevaron á fundar en Berlin avanzado club, donde azotaba los ánimos con el huracan de las ideas.

La reforma médica y la reforma política por igual, embargaban su voluntad y su mente. Mas la reaccion vino y le quitó su cátedra, y le suprimió su periódico, y le cerró su club, obligándole á expatriarse, mal de su grado, en otra Universidad alemana, que no fuese la tiranizada Universidad de Berlin. Mostróse allí tan asiduo en sus estudios, tan luminoso en sus explicaciones, tan feliz en sus descubrimientos, que los enemigos de antaño le requirieron para su patria y le reintegraron en su cátedra, donde se consagró á la ciencia con exclusion completa de todo trabajo y de todo pensamiento político. Pero hay años que pueden llamarse de resurreccion. La trompeta del ángel entra con su despertador sonido en los cerebros más frios y en los corazones más

indiferentes. Y así como el movimiento frances del 48 le constriñó á defender los principios de la democracia, el movimiento italiano de 59 le constriñó á defender la unidad de su patria. Exaltado nuevamente así, habló con su antiguo entusiasmo, granjeándose los favores electorales de tres distritos, que á porfía le abrieron el Parlamento prusiano. Ya en esta época no pertenecia Virchow á nuestro partido. Las ideas avanzadas cayeron mucho en su concepto. Y bajo tal situacion de ánimo, ingresó en la fraccion, que sin separarse del rey, profesaba el principio de la unidad germánica vigorizada por todas las libertades modernas. Tales creencias le colocaron frente á frente del rey como en los tiempos de su mayor y más exaltado republicanismo. Guillermo, emperador hoy de Alemania, y su primer ministro, canciller hoy, preparaban tesoro y ejército para la guerra, que habia de dar á Prusia su predominio, en contra de la opinion liberal, cada dia más contrariada; y á espaldas y á despecho del Parlamento, cuyos votos no eran, por aquella sazon extraña, con el debido aprecio estimados, y con la debida reverencia obedecidos. La victoria dió la razon al monarca y á su ministro contra el Parlamento y sus diputados. Virchow no se juzgó vencido y desdeñó formar en las filas de los cortesanos que rendian homenaje á la victoria. En medio de la embriaguez general no se dejó deslumbrar por el culto á la fuerza, y en mil ocasiones, ántes y despues de las últimas victorias, ha propuesto el desarme internacional, tronando contra la centralizacion absorbente y contra la oligarquía militar. Conocido el carácter de Bis-

marck, no hay para qué decir cuánto se habrá holgado con la disminucion del partido progresista en la Cámara y con la mala ventura de Virchow en las últimas elecciones, donde no hubiera triunfado si la estima particular por su talento y por su carácter no se hubiesen sobrepuesto á la consideracion de sus ideas. Pero si los progresistas han disminuido, en cambio se ha, con grandes creces, acrecentado el socialismo, que tiene diez ó doce votos más en una Cámara en que contrastan y posponen las personas de tales sectarios y admiten los principios fundamentales de la secta.

Otro de los asuntos llamativos, por su interes grandísimo, es la célebre Conferencia de Berlin; y ya que nos hallamos con el pensamiento fijo en Alemania, comencemos por algunas indicaciones en asunto que ha de venir á nuestras quincenales crónicas repetidas veces. Alemania no tiene colonias; y sin embargo, la emigracion es en ella tan grande y contínua que resulta, por fin y postre, una verdadera calamidad social. Aunque las modernas ciencias allí se hayan cuajado en Universidades várias de gloria inextinguible; aunque la religion cristiana en sus diversas comuniones allí haya erigido templos que parecen llenar con sus arcos y sus agujas el espacio entre la tierra y el cielo; aunque la industria y el trabajo hayan poblado todos sus territorios de fábricas, donde se metamorfosea y espiritualiza la materia; en el fondo, Alemania queda tal como la describia Tácito, cuando celebraba en sentencias profundísimas la sencillez de sus costumbres y las aptitudes innumerables de sus razas para la guerra: una region

brumosa y triste, cubierta de seculares selvas y atravesada por celestes rios; necesitando para vivir, ó la contínua emigracion á lejanas tierras, ó las irrupciones en las próximas tierras de sus siempre amenazados vecinos. Así, en la hora presente, despues de haberse granjeado tanto influjo en el planeta; despues de haber conseguido tal muchedumbre de increibles victorias; cuando más su Canciller tira con empeño á que tenga un presupuesto con sobrantes, Alemania se ve castigada por numerosas emigraciones á los Estados-Unidos, en cuyas libres leyes y en cuyo feraz suelo encuentran una vida, una libertad que inútilmente buscarian bajo los celajes de su patria tierra. Bismarck no ha encontrado á este mal otro remedio sino el difícil y peligroso de las grandes adquisiciones coloniales. Y digo difícil, porque verdaderamente con suma dificultad puede conseguirse un imposible tal, como que familias, inclinadas por el ajeno ejemplo y la íntima persuasion hácia tierras americanas, donde hallan juntas las ventajas de las sociedades primitivas y de la cultura moderna, se diviertan de tal desahogo y se vayan á las ingratas tierras de África, enardecidas por el sol tropical y habitadas por tribus feroces y salvajes. Y digo peligroso, porque acaparadas las tierras principales por potencias de primer órden y de segundo, en su afan por captarse algun territorio de otros poseido, se arriesga ¡oh! á chocar con una guerra impensada y azarosa, en la cual pudiese perder todo el brillo de sus recientes victorias. Para mí, de haberme hallado en el Gobierno, resultára cosa muy extraña, y por lo tanto, muy de tener en cuenta para es-

tudiada y precavida que, nacion como Alemania, sin colonias, tanto se interesase en el ajeno régimen colonial europeo. Tiene Bismarck bien extrañas contradicciones, que léjos de cubrir, ó por lo ménos, cohonestar con algun pretexto y motivo, arrostra sin empacho y hasta ufanándose de todas ellas con verdadero cinismo. Él propone y expide leyes sobre leyes contra los sectarios socialistas, y luégo adopta y formula en códigos, más ó ménos realizables, todo el socialismo; sostiene la proteccion, á despecho de antiguas tradiciones económicas dentro de su Imperio, creyendo así granjearse un crecido presupuesto, y luégo sostiene la libertad completa de comercio allá en las orillas del Congo y del Níger; esclaviza bajo un régimen abrumador á su pueblo, todo él compuesto de blancos, y propone con ahinco y entusiasmo, á nombre de los por él desconocidos derechos humanos, la completa libertad de los negros. ¿No creeis, como yo, que se oculta en todo esto un propósito no bien concretado, y por lo mismo grandemente peligroso?

Deben seguirse con atencion los proyectos de Bismarck para ver con claridad aquello que se propone hoy en la célebre Conferencia. Si hemos de creer al agudo escritor que trata con tanta vena satírica los negocios alemanes en la *Revista de Ambos Mundos*, y que oculta su ilustre nombre de académico y novelista bajo un pseudónimo tan ilustrado ya como el pseudómino de Valvert, Bismarck creia, catorce años hace, que regalar colonias al pueblo aleman sería como regalar púrpuras y pieles de armiño á quien no tuviese camisa. Pero ya más tarde, comenzó, en vista de que las victorias continentales

no detenian la emigracion en los germanos, á meditar sobre las dilataciones coloniales. Amigos del Canciller han comunicado al mundo cuánto el grande hombre se arrepintiera, y con qué dolor, de no haber trocado Alsacia y Lorena, tan queridas de Francia y tan embarazosas para Germania, por las grandes posesiones francas en el extremo Oriente. Sea de esto lo que quiera, no puede negarse que desde 1879 ha Bismarck hecho todo lo posible por acaparar alguna colonia, ya en la Polinesia, ya en el Oriente de África, ya por las desembocaduras occidentales de los grandes rios africanos. En verdad no ha querido proceder á la captacion de tales territorios con las armas; ha procedido enmascarando sus empresas coloniales con el nombre modesto y neutral de sencillas empresas mercantiles. Hamburgo, con sus grandes riquezas, ofrece un seguro instrumento al príncipe Bismarck para la forjadura de sus proyectos y la satisfaccion de sus ambiciones. Sociedades hamburguesas con capa de sociedades mercantiles, y con objeto de aumentar sus productos extendiendo los cambios, extiéndense por los territorios codiciados y atraen la sombra del pabellon aleman y la proteccion de tan poderoso Estado. Con tales artes llegó á fundarse una compañía compradora de plantaciones en las islas de Samoa, pertenecientes á la region designada con el nombre de Polinesia. La Cámara germánica, opuesta en todo á los proyectos coloniales de Bismarck, hoy como ayer, ó sea mucho ántes de Sadowah y Sedan, se opuso á sus proyectos militares, negó los subsidios indispensables para tal empresa, rematándola y concluyéndola con certero

golpe de muerte. Mas Bismarck tiene á gala recomenzar los proyectos frustrados é insistir en ellos á medida que le oponen más graves resistencias las mayorías parlamentarias. Así, nuevos proyectos y nueva proteccion por él á estos proyectos dispensada. Otra casa germánica, pretextando mercantiles operaciones, adquiere tierras en el sitio llamado la Namacua, situado á las orillas del Orange y próximo á la colonia inglesa del Cabo. La emocion producida en los súbditos ingleses por tales maniobras conmovió al Gobierno mismo de Inglaterra, y dictó notas y despachos con anuncios de reclamaciones parecidas á verdaderas amenazas. Bismarck, acusado esta vez tambien por el Parlamento, se defendió como pudo ante los diputados, arguyéndoles de tímidos por no argüirles de cobardes, y se defendió ante Inglaterra, sosteniendo que la nueva propiedad germánica no pertenecia de ningun modo á propietario conocido, puesto que ni la ribera Norte del Orange podia ser otra cosa que un límite á las posesiones inglesas y un comienzo de sus propias posesiones, miéntras el Cabo Frio, límite opuesto del otro lado á éstas, las separaba del territorio portugues, de tal sitio ya muy alejado. Resignóse Inglaterra ó convino con los títulos de propiedad alegados por Alemania, lo cierto es que le dejó en paz la incipiente colonia. El Imperio aleman posee hoy, pues, en virtud de todas estas maniobras, la bahía de Biafra, que se juzga por la generalidad como punto de grande y provechoso porvenir. Si hemos de creer á los cortesanos de Bismarck, el gran ministro cree haber hallado una entrada en tierras designadas por sus geógrafos

con bien gráfico nombre, con el nombre del Brasil de África.

El África tiene hoy un privilegio singular: atrae las miradas escudriñadoras de todos los que piensan, por haber atraido ántes las ambiciones inquietas de todos los que gobiernan. El mundo europeo va convenciéndose de que aquel territorio, considerado como un arenisco y gigante horno de cal, donde se tuestan, ó razas degeneradas como los árabes y los beduinos y los felahs, ó razas primitivas y bárbaras como los negros, ofrece al trabajo y al cambio grandes recursos y dilatadísimos espacios. No hay grandeza posible sin expansion al exterior, sobre todo para los pueblos que habitan por las riberas del mar. Fenicia debia enriquecerse como ningun otro de los pueblos asiáticos, y fundar emporios como el de Cartago, por haber sido el pueblo más comerciante, y por el más comerciante, á su vez el más libre de toda el Asia, destinado por ende á descubrir las letras alfabéticas, con cuyo descubrimiento destruia las escrituras jeroglíficas y hieráticas antiguas, que vinculaban la serie de las ciencias y la fórmula de las ideas en manos de las aristocracias teocráticas y de las castas sacerdotales. Grecia no fuera la nacion del arte y del saber antiguo, si no tomára desde los comienzos de su historia la invencible propension que la llevaba de suyo á bordar con colonias helénicas las dos riberas del Mediterráneo, propension personificada luégo en el grande Alejandro, quien selló con la marca helénica todo el Oriente, y dejó en Egipto el punto de interseccion providencial en el camino de todas las razas, y el punto de

conjuncion no ménos providencial en el desarrollo de todas las ideas. La grande lucha, designada con el nombre de guerras púnicas, no tenía más objeto que saber quién habia de continuar en el mundo la colonizacion ideada por los helenos y concluida por Alejandro, si Roma ó si Cartago. Iniciada la historia moderna por los triunfos del Cristianismo y por las irrupciones de los bárbaros, Europa se reconcentra dentro de sí misma, no permitiéndole su estado precario, bajo el feudalismo militar y bajo el poder teocrático, ninguna expansion á lo exterior, ningun comercio con los demas continentes. Entónces, en vez de ser colonizadora, es colonizada. Los árabes del Yémen por un lado, y los normandos por otro, la conquistan y la domeñan. Aquéllos se dilatan, venidos del desierto helado, por las costas del Norte; se posesionan de una considerable parte del territorio frances; y desde Francia pasan, guiados por Guillermo el Conquistador, á posesionarse de Inglaterra; miéntras los hijos del desierto abrasado, hallando en las orillas del Guadalquivir, del Segura, del Turia, y en las costas de Sicilia los privilegiados edenes, donde las palmas cantan y los jazmines y los azahares huelen, se quedan aquí entre nosotros y echan raíces en climas análogos á los bienhadados climas donde tuvieran su orígen. Mas, en cuanto Europa se sintió crecer, sintió con su crecimiento interior el afan de colonizar. Apénas se dibujaban las naciones modernas como esbozos informes en el cáos feudal, y se dividian el mundo cristiano su direccion moral y política, los dos poderes, el Imperio y el Pontificado, robustecidos en el siglo undécimo por las

grandes luchas sobre las investiduras que parecian destinadas á quebrantarlos y á perderlos; organizada ya la Europa occidental y establecido el poder pontificio, empezó á sentir la necesidad incontrastable de una expansion colonial, que debia tomar, como todas las expansiones de aquel tiempo, la forma religiosa, y denominarse con la gloriosísima dominacion del movimiento de las cruzadas. Y como quiera que tal movimiento dura desde fines del siglo undécimo hasta fines del siglo décimotercio, si lo examinais con detencion veréis con claridad cómo la tendencia religiosa de las primeras cruzadas se convierte poco á poco en tendencia mercantil. Estudiad las primeras, predicadas por Pedro el Ermitaño; dirigidas por el papa Urbano II, quien habia de recoger los frutos que sembráran las gloriosas anticipaciones de Gregorio VII; organizada por el gran teócrata San Bernardo; mantenida por el rey vírgen Godofredo de Bouillon, que la emprendió en penitencia de haber tocado con sus manos profanas las piedras de Roma, bajo el mando superior de su césar Enrique IV, airado contra los Pontífices, y la prosiguió sin saber cómo, á la manera que prosiguen las aves sus misteriosos viajes por el aire, y la remató para ganarse la santidad en este mundo y la bienaventuranza en el otro; comparad esta cruzada con las cruzadas postreras dirigidas por la herejía de Federico II ó por la codicia de los venecianos, y decidme luégo si no toman al fin el carácter positivo y comercial reclamado por todas estas expediciones; y si el Sepulcro de Cristo no resulta como el vellocino de oro, que, para impulsarlos á la navegacion, deslum-

braba con sus resplandores á los primeros argonautas.

Así, la grandeza de las naciones mídese por su extension colonial. Grande Venecia en el siglo décimocuarto, pues se extendieran sus fronteras por la Dalmacia, sus posesiones por el archipiélago helénico, sus viajes por mares ignotos en busca del preste Juan de las Indias; grande Portugal en el siglo décimoquinto, pues explorára y dominára el África y el Asia; grande España en el siglo décimosexto, pues descubriera las Américas; grande Holanda en los comienzos del siglo décimoséptimo, pues surgieran de los mares para saludar su libertad de pensamiento y su República de mercaderes, islas cargadas de pimienta y canela que áun aroman hoy su pesado y húmedo ambiente; grande Inglaterra en fines del siglo décimoséptimo, pues recogiera el cetro marítimo que la teocracia de los últimos Austrias enmoheciera en nuestras manos, y fundára ese inmenso Imperio colonial cuyos anillos se abrazan y enroscan como una serpiente al rededor de todo nuestro planeta. Sólo hay tres grandes naciones que parezcan tener hoy un fin puramente continental: Francia, Italia y Alemania. Pero la primera, que perdió, á consecuencia de la desastrosa política de Luis XV, el Canadá y las Indias, desde los tiempos del primer Cónsul en su viaje legendario al Egipto sintió la necesidad imprescindible de una expansion colonial; y á nuestros ojos, en este siglo, ha tomado Cochinchina en el Asia, y en el África su hermosísima colonia de Argel. Educados los jóvenes y animosos estadistas de la República en los sueños de grandeza, durante la dominacion del Imperio surgidos y acari-

ciados, acaban de aumentar la extension colonial de Francia con tres grandes presentes; el protectorado de Túnez, las anexiones de Tonkin y de Cambodge, los territorios en el África central acaparados por las expediciones del frances adoptivo Brazá. Naturalmente Italia, cuya suerte se ha ligado tanto á la suerte de los imperios y reinos establecidos en las antiguas costas de Cartago y Egipto, se ha resentido con Francia hoy por el protectorado más ó ménos temerario sobre Túnez, y suspira por alcanzar un territorio africano que forma parte del Imperio turco, la Regencia de Trípoli; y Alemania, celosa siempre de Francia, en cuya odiosidad ha de hallar un límite á la preponderancia continental, impele su grandiosa enemiga, por temor á su rivalidad en el continente nuestro, hácia los extraños continentes. Pero al mismo tiempo, y necesitando competir con ella en todos los terrenos, y comprendiendo cómo las grandes fuerzas y las incontrastables dominaciones han de sentirse á una en todas partes, comprende la grandeza moral que han de darle victorias fáciles en el continente de lo porvenir, ó sea en el continente africano, y se ufana reuniendo bajo el techo de Berlin á todas las potencias europeas y aspirando á que resulten cómplices de las maniobras asestadas contra ellas y sancionen directa ó indirectamente sus ambiciosos proyectos. Éstos revisten diversos caractéres bajo sus apariencias modestísimas. Modesto el establecimiento de Angra Pequeña, pero gérmen de futuras colonias; modesta la Sociedad africana que preside con títulos honorarios el Rey de Bélgica y que con esfuerzos heroicos dirige y explota el

descubridor Stanley, pero comienzo de futuras grandiosas empresas. Naturalmente, Alemania disimula mucho, esconde más los proyectos que pueden frustrarse por impaciencia, y niega cuantas ambiciones le atribuye la universal malicia. Pero susúrrase que aspira el Gobierno aleman á un protectorado sobre la sultanía de Zanzíbar y sobre todas las costas dilatadas desde la desembocadura del Juba, sito bajo el Ecuador, hasta el Cabo Delgado, de la colonia lusitana conocida con el nombre de Mozambique. Atribuye Alemania estos decires á fantasías de sus enemigos, y los tacha de absurdos, inverosímiles, descabellados; pero en libro, segun unos escrito por su mandato, y segun otros leido por su incansable atencion, se contienen y se acreditan tamaños proyectos. Lo cierto es que los ingleses dicen hallar las maniobras de Alemania en las dificultades múltiples surgidas entre la colonia británica del Cabo y los fuertes y levantiscos boeros. Ligados éstos, por pactos de su Gobierno, en alianzas más ó ménos provechosas, con los ingleses del Cabo, levántanse á una en armas contra tales pactos y quieren abrogar por una revolucion lo sancionado por un convenio. La indecisa defensa que de su propio pacto hacen aquellos mismos que lo han concluido, muestra una complicidad entre los gobernantes y los gobernados, á quienes quiere castigar con mano fuerte la nacion inglesa, cuyo poder se ha desconocido y cuyo nombre se ha desacatado allí mismo donde poder y nombre se muestran tan grandiosos. Y dicen los conocedores de las cosas africanas que jamas pueblos tan consumados como esos pastores neerlandeses, los

cuales forman una República en territorio africano, y se llaman boeros, hubieran sido bastante osados para desafiar á Inglaterra, si no contáran con el poder de Bismarck, que los toma por instrumentos, como al Sultan de Zanzíbar, para establecer en África su ambicionada hegemonía.

Digámoslo en puridad, con el comedimiento debido á los poderes que representan á los pueblos cultos, pero con el respeto á la verdad por todos debido, y muy especialmente por los que hablamos en la tribuna ó escribimos en la prensa dirigiéndonos á la opinion pública: las conferencias de Berlin tienen por objeto único arrebatar á las razas latinas el dominio de África y entregárselo por completo á las razas germánicas. No puede negarse que los territorios inferiores y los pueblos, ora degenerados hasta la barbarie, ora primitivos hasta la inocencia, piden y necesitan la tutela, por lo ménos la direccion de pueblos superiores en cultura. Y entre las regiones que se hallan hoy en el caso de ser dirigidas ó amparadas por otras regiones superiores, ninguna como África, envuelta por la decadencia de unas razas y por la infancia de otras en espesísimas tinieblas de barbarie. El Asia por sus caractéres históricos todavía tiene Imperios organizados, pueblos por cierta cultura conocidos; pero no tiene África esto, en cuyos senos los antiguos Faraones se han trocado en lo tristes vireyes egipcios, los antiguos emires árabes y berberiscos en las indóciles tribus diseminadas como los pueblos nómadas por la inmensidad del Desierto, extendiéndose hácia el Centro y hácia el Mediodía la barbarie

que apénas contiene algunas raras colonias europeas y que se manifiesta por la guerra contínua entre aquellas familias de pueblos, por la horrible trata de hombres, por los humanos sacrificios, hasta por la incomprensible antropofagia. Y sin embargo, allí hay espacio para naciones cultas, gérmenes de venideros progresos, productos indispensables al procomun, venas increibles del cambio, materias abundantes para las milagrosas trasformaciones operadas por el comercio y el trabajo. Europa, cuya poblacion ha de crecer mucho ántes de un siglo, cuyas fuerzas expansivas han de aumentarse y tomar una intensidad incalculable, necesita de tal continente, no sólo para cumplir la ley histórica por cuya virtud los pueblos superiores educan y elevan á los pueblos inferiores, sino para el desarrollo de su propio sér y para la expansion de su íntima cultura. El África llama, pues, y con llamamientos reiterados, hácia su seno á todos los pueblos cultos. El ministerio de civilizar el continente africano es un ministerio humanitario, que debe recaer por fuerza en las razas más aptas por su índole, mejor colocadas por su geografía, y más dispuestas por su historia y por sus tradiciones á cumplir este fin verdaderamente universal de bautizar en su cuna ó en su sepulcro y traer á la vida del pensamiento y del derecho, razas sepultadas como los fetos, por incipientes, ó como los cadáveres por acabados y por frios, en los senos de la Naturaleza.

Ahora bien: ¿toca este ministerio á la raza germánica, ó toca este ministerio á la raza latina? Digámoslo en puridad. Cuando los problemas toman estas grandes

proporciones, y los factores se llaman Imperio de Austria, Imperio de Alemania, República de Francia, Gran Bretaña, Reino Itálico, Península Ibérica; y por un lado surgen los encendidos territorios de cabos descubiertos y cantados por gentes y por poetas de nuestra familia; y por otro lado surgen territorios y mares como Tracia y su Bósforo, disputados por el eslavismo, nuestro natural enemigo, y por el helenismo, nuestro hermano natural; y se trata de Santa Sofía, de las Pirámides, de la Cartago antigua, de Argelia, del Imperio berberisco asentado á nuestras plantas, y en el que tenemos nosotros entradas como Ceuta; cuando se trata, iba diciendo, del Nilo, del Congo, del Niger, de la Nueva y de la Vieja Guinea, del Canal de Mozambique, la cuestion ciertamente no es una cuestion de pueblo á pueblo, de naciones á naciones, sino una cuestion de razas á razas, como siempre que se necesita de supremos esfuerzos para dominar y dirigir inmensos continentes. Pues bien; lo que hay encerrado en el seno de las conferencias berlinesas es un propósito firme y resuelto de arrebatarnos á nosotros, de arrebatar á nuestras gentes, á nuestras razas, á nuestras naciones, la civilizacion del África, tanto austral como boreal, cuando toca todo eso á nosotros por leyes superiores á todas las leyes políticas, por leyes naturales dimanadas de la Geografía y de la Historia. ¡Oh! ¡Con qué menosprecio han tratado los ricos y hartos comerciantes de Manchester á los pobres portugueses, descubridores un dia, y dueños hoy, por tal descubrimiento, de la desembocadura del Congo! ¡Cómo se ha burlado Stanley de Por-

tugal, Stanley, descubridor audaz y meritorio, no cabe dudarlo, en las regiones superiores de rio tan misterioso! Y sin embargo, asombra lo que Portugal hizo en siglos apartados para iniciar en el centro de África la cultura europea, y poner los jalones indicativos de aquellas inexplorables vías por los senos de aquel misterioso continente á los peregrinos, ya láicos, ya religiosos, de la civilizacion y del Cristianismo.

Inexplorado está el centro de África; obstáculos invencibles opone tal inexploracion y tanto misterio á las correrías audaces de los viajeros cultos, cuyo mérito no queremos disminuir un ápice, ni disputar un minuto, como apóstoles de la humanidad y del derecho allí donde sólo reinan la Naturaleza y la fuerza. Pero convengamos en que hoy, con Estados tan fuertes á la espalda como América é Inglaterra; con medios de trasporte como el vapor; con agencias de informacion como la imprenta; con conocimientos como los que tenemos del globo; tras los viajes emprendidos por los grandes inventores de nuevos mundos; tales iniciativas no pueden ofrecer las dificultades ofrecidas en el siglo décimocuarto y décimoquinto á los inmortales navegantes portugueses y españoles, que han dejado con las estelas de sus quillas, tan relumbrantes como las encendidas nebulosas ó las Vías Lácteas en el cielo, aquella historia, superior á todos los épicos poemas, y conocida con el nombre inmortal de historia de los descubrimientos. Inciertas y oscuras las nociones astronómicas por prevalecer todavía en la universal inteligencia el sistema de Tolomeo; negados los antípodas por auto-

ridades religiosas, tales como la indiscutible autoridad de San Agustin, y tenido por herejía y por cosa vitanda creer en ellos y buscarlos; recien descubierta la brújula, que daba un punto fijo en el cielo infinito al barco sepultado entre las olas, sin más impulso ni fuerza mecánica que la direccion y el impulso caprichoso de los vientos; cuando temerosas supersticiones ponian aterradores límites á todos los viajes y hablaban de un mar tenebroso, en cuyos abismos concluia toda vida, y de una tierra tan separada de nosotros como el Paraíso terrenal, y henchida por el pecado de llamas infernales dispuestas á devorarlo todo; necesitábase, para lanzarse al abismo insondable y pavorosísimo, poblado por gorgonas, esfinges, sirenas, escollos, Polifemos, Titanes, Caríbdis y Escilas fantásticos, diseminados como genios exterminadores por la ignorancia general, para defender los santuarios del misterio; necesitábase un esfuerzo tal, que pone á cuantos lo emplearon para explorar la tierra con tanto heroismo entre los reyes verdaderos de la naturaleza, y los bienhechores más próvidos y más santos de la humanidad, y los nombres más resonantes y más gloriosos de la historia.

Yo ignoro si acontecerá lo mismo á los que me lean; pero he sentido encenderse mi sangre, más que si de la propia patria se tratase, al hojear en los periódicos el menosprecio con que habian sido tratadas, en discursos geográficos pronunciados ante la Sociedad de Berlin, aquellas maravillosas empresas lusitanas, ayer grandes servicios á la humanidad, hoy grandes títulos á la posesion, pues por ellas y merced á ellas tiene hoy Europa

entrada en el centro de las africanas tierras y medios de compenetrarlas con su civilizacion y de ahogar en su seno la barbarie. ¡Oh! Aquella expedicion, salida el año quince de la centuria décimaquinta, desde la nueva inmortal Venecia, desde Lisboa, donde los llamamientos del comercio y los milagros del trabajo habian reunido gentes de tan diversos orígenes; aquella expedicion que tomó á Ceuta, hoy todavía en nuestras manos; aquella expedicion es el primer esfuerzo hecho por Europa, cuando el Asia se acercaba con sus mongoles á quitarnos Constantinopla, para civilizar el África, y extender en las tierras más occidentales del mundo musulman, mucho ántes de que cayera Granada, la cultura europea y las creencias católicas. En virtud y á la eficacia de tales descubrimientos fueron surgiendo en el Atlántico las perdidas tierras de la inmortal Atlántida, y mostrándose, no como la imaginacion las habia soñado, con murallas de oro y torres de zafiros y esmeraldas, sino con cerradas florestas, rudas y bravías, sin surcos ni cultivos, pero sitas en mares tan abigarrados, bajo cielos tan clementes, y dotadas de tal fertilidad y riqueza, que habian de parecerse, por su dulzura y por su paz, á encantados edenes, á nuevos paraísos. Y junto á este idilio de los descubrimientos, ¡qué terrible tragedia la del mártir llorado á una por todos los historiadores portugueses, al iniciar la historia de los descubrimientos, la del príncipe constante D. Fernando, cantado por el genio cíclico de nuestro imperecedero teatro; la de aquel príncipe, cedido en rehenes y trasladado á Fez entre insultos; á Fez, donde le recluyeron los crueles moros en calabozos

llenos de inmundicias, y luégo lo inmolaron en la cruz como á Cristo, porque como Cristo es aquel hombre, muerto en las peligrosas iniciaciones de grande idea, uno, y no el menor, de los humanos redentores! ¿Quién puede presentar, pues, títulos comparables á los presentados en el Norte de África por aquellos que acometieron la empresa de Ceuta, bajo la direccion del infante D. Enrique de Portugal; y la empresa de Tánger, bajo la direccion de su sobrino el rey D. Alfonso V; y la empresa de Argel y Túnez, bajo la direccion del Emperador; y la empresa de Orán, bajo la direccion del cardenal Cisnéros?

Yo sé muy bien que la política no tiene hoy ni ha tenido jamas entrañas, y que sobre tales títulos no se presta nada, como no se presta nada sobre los blasones y sobre los pergaminos de los hidalgos. Pero yo tambien sé cómo á estos títulos poéticos ó históricos, si bien se quiere, de ningun valor, por ende, ya en los mercados diplomáticos, donde sólo se cotiza la fuerza, tenemos otros títulos más positivos y más eficaces: nuestra posicion geográfica indestructible á las puertas del africano continente; nuestra vecindad, que nos facilita relaciones difíciles para otros pueblos más alejados y más ajenos al África; nuestra complexion meridional, que nos ahorra en todos esos climas la indispensable aclimatacion, costosísima para las gentes del Norte, las cuales podrán á lo sumo fundar factorías, pero nunca colonias, y mucho ménos pueblos; nuestros archipiélagos encantados, nuestras escalas maravillosas, nuestros singulares depósitos, aquí las bellísimas Azores con sus tranquilos puertos;

allí las incomparables Afortunadas con sus zonas en diversas alturas, que reunen todos los climas, y con sus pesquerías, capaces de competir, más ó ménos pronto, con las pesquerías de Terranova, Noruega y Escocia; acullá Fernando Póo y Annobon; frente al Golfo de Guinea, la desembocadura del Congo; en otras partes los territorios prometidos por el pacto de Vad-Rás, que debemos reivindicar á toda prisa y á toda costa; y allá, en el Oriente de África, cerca de Cafrería, Mozambique, maravilloso punto de interseccion marítima y mercantil, que, sumado á tantos otros como hemos podido conservar en medio de nuestra decadencia y de nuestras desgracias, prestan á la Península Ibérica toda entera, es decir, á España y Portugal, no sólo títulos tradicionales, más ó ménos válidos, sino medios ciertos y eficaces para encabezar en primer término, y en porvenir no lejano, la obra verdaderamente universal y humanitaria de la cultura y civilizacion del África. Poned frente á estos títulos y frente á estos medios, los títulos y los medios de la raza germánica y protestante, con sus orígenes boreales, con su temperamento repulsivo á pueblos con quienes jamas tuvo parentesco ni afinidad, con su religion demasiado individualista y demasiado austera para tribus de sangre ardorosa y ardorosísima fantasía, con su falta completa de puertos, escalas y depósitos; con sus dominios embrionarios, y á la contínua disputados por Inglaterra y Portugal; con sus antecedentes reducidos á cuatro factorías hamburguesas, y á leguas de arenales improductivos, como los que rodean la invisible Angra Pequeña, y á intrigas con el Sultan de Zanzíbar, y con el Gobierno de

los boeros, conducentes, no á granjearle grandes provechos ni sumo crecimiento, á traerle odiosidades de competidores, allí fuertes, allí poderosos, allí verdaderamente invencibles, y para los cuales no basta llamarse Bismarck ó Guillermo, y sobre los cuales no se pueden ganar victorias como las de Sadowah ó las de Sedan. Pocas veces la ironía, usual en los Parlamentos británicos, ha logrado efectos de risa tan grandes como los promovidos por el primer ministro Gladstone, cuando aseguraba que Inglaterra, como potencia colonial, no tiene motivo alguno de celos y envidia para con la omnipotente Alemania.

Y en efecto, ¿qué celos y envidias caben, qué porfías y competencias con quien se distingue por su absoluta falta de colonias? Comprendemos un colonial Congreso de potencias europeas en el Haya y Amsterdam, en Londres, en París, en Madrid y en Sevilla, en Lisboa y Oporto; pero no lo comprendemos en Berlin, donde sabrán mucho por adivinacion, pero saben muy poco por experiencia de colonias y de régimen colonial. Un Congreso de poetas presidido por quien jamas acordára versos; un Congreso de pintores presidido por quien jamas viera una pastilla de color; los pordioseros llamando á Rothschild y presidiéndolo en achaques de dinero y riquezas; un general convocando á los teólogos y encabezándolos como el primero de todos y el más autorizado para definir, ó bien la consustancialidad del Hijo con el Padre, ó bien la diferencia entre la gracia eficiente y el libre arbitrio: hé ahí el espectáculo ofrecido al mundo por una Conferencia, en cuyas redes se han enredado

torpemente gobiernos ricos en colonias como los gobiernos de Portugal y España, cuando todo lo de allí tramado se tramaba contra sus respectivos intereses. Nos explicamos fácilmente que hayan asistido al Congreso potencias que nada puedan temer, ora por su completa falta de colonias, como Italia y Austria, ora por su riqueza de colonias y por su fuerza propia, como Inglaterra y Holanda. Pero no comprendemos que naciones amenazadas por la Conferencia en sus dominios, como se amenaza en el Congo á Portugal y en Corisco á España, se hayan resuelto á entrar sin reflexion alguna en ese laberinto de difícil salida, corriendo el riesgo de prestar la sancion de su presencia tristemente á la horrible iniquidad de su despojo. Cuanto más ahondamos en el asunto de Berlin, más claro vemos que los dos exploradores célebres, así Stanley como Brazá, emisario uno de Alemania, el primero, aunque bajo la direccion manifiesta del Rey de Bélgica, emisario de Francia otro, el segundo, á las claras y con franqueza, despues de haberse peleado en Europa moral y en África materialmente con sendos argumentos de inteligencia y de fuerza, se han persuadido por mutua persuasion de lo mucho que les importaba unirse para crecer en lo posible á expensas de Portugal, España é Inglaterra, y han arrastrado en esa union científica suya para convertirla en algo material y tangible á sus dos poderosísimos aliados el Imperio de Alemania y la República de Francia.

Secretas las sesiones, bien poco podemos averiguar los mortales de lo tratado en la Conferencia. Necesitamos para industriarnos algo en Congreso de tanta mon-

ta, correr tras las noticias, más ó ménos exactas, que dejan traslucir los gobiernos europeos en sus periódicos más ó ménos oficiosos. Y de tales noticias concluimos que la política de Alemania, tan opuesta en todo á la libertad de comercio, cuando se trata de su imperio europeo, pugna por esa libertad de comercio, rechazada y conspuida por su proteccionismo y por su socialismo indígenas, queriendo que se aplique y reine allá en toda el África, y concitando á los gobiernos para que la establezcan, á ver si así es posible mermarlos en alguna de las facultades esenciales, pertenecientes á su indiscutible soberanía. Trátase, pues, primero, de la libertad de comercio y navegacion, así en el Congo como en el Niger, y segundo, de la determinacion de reglas que han de observarse para la inminente acaparacion de diversos territorios por otras tantas potencias en aquellos apartados climas. Ningun pensador puede oponerse á la libertad completa de navegacion, así en los mares como en los grandes rios interiores, que á brazos de mar se asemejan. Cuantos hemos aplaudido el paso libre de las embarcaciones por los varios estrechos, y la emancipacion, digámoslo así, del Escalda, del Sun, del Danubio, no podemos, ni debemos, ni queremos oponernos á que tal principio humanitario y progresivo se aplique tambien al Niger y al Zaire, necesitados, como todas las grandes vías, de que no se añadan los obstáculos políticos á los obstáculos naturales, en el completo y libre discurso por sus maravillosas líneas.

Mas pecariamos de inocentes é incautos si no evitáramos que se invoquen tales ideas de justicia para coho-

nestar ataques á Estados independientes y encubrir propósitos de ambiciosa dominacion. Todavía no está bien determinado ni lo que pertenece á la grande Asociacion Internacional Africana presidida por Stanley en provecho de los intereses germánicos, ni lo que pertenece á las grandes exploraciones presididas por Brazá en provecho de los engrandecimientos franceses; y ya se habla de los Estados del Congo y de los derechos que habrán de ejercer y de los deberes que habrán de cumplir en cuanto los proclamen sus manipuladores y los reconozca la engañada Europa.

Stanley preside la guerra implacable á Portugal. Á pesar de haber dicho, cuando le pidieron informes y noticias para los proyectos del tratado anglo-portugues, que habia visto, así en los territorios de Angola como en otros varios, huellas de la prepotencia lusitana, se arrepiente ahora, y declara que tras su viaje inolvidable de 1877 no puede ya dudar de lo inciertos y precarios que son, por los pocos vestigios portugueses que allí restan, los títulos de Portugal á la posesion ó propiedad directa de la desembocadura del Congo. Stanley entiende que los proyectos de Leopoldo, cuya connivencia con el canciller Bismarck es de todo el mundo conocida y es á todas luces manifiesta, debe penetrar por completo en los artículos definitivos y componentes de un trascendental arreglo. Y en este proyecto prescíndese de Portugal como de cosa ya baldía y abandonada para erigir un Estado nuevo sobre el amparo de la grande Asociacion Africana, que por el pronto prometa la libertad de comercio con la libertad de colonizacion á todos los ciu-

dadanos de todas las naciones. Portugal, por su parte, no puede admitir semejantes principios, que implican la destruccion de su antigua soberanía y el despojo de sus históricos dominios, sancionados en todas las Constituciones portuguesas y reconocidos por todas las naciones europeas. Ateniéndonos á los informes donde ya hemos bebido las noticias precedentes, pues nada podemos saber de cierto y auténtico, estamos en el caso de referir que Inglaterra propone considerar el Congo como brazo del Océano y ponerlo so la inspeccion de toda Europa, quien impondrá tributos en proporcion á los cambios verificados y lo declarará por igual accesible á todas las naciones; y proceder á la demarcacion de los territorios, fijándola sobre principios tan precisos que no den lugar á dudas respecto de los derechos de cada nacion, áun cuando tengan los negociadores necesidad completa de señalar los grados de longitud y latitud é invadir el territorio de los indígenas. Despues de tales noticias, no es mucho que Portugal entero haya lanzado un grito de angustia por su triste porvenir y de reconvencion á su malhadado Gobierno.

Ahora, los que quieran saber cómo les va en las regiones africanas á los hombres del Norte no tienen más que leer una carta dirigida desde Stanley Falls á un belga por otro belga, y no destinada ciertamente al público, por cuya razon las impresiones allí experimentadas hállanse dichas con toda sinceridad. Las rutas, verdaderas maniguas, desaparecen á cada paso bajo una viciosa vegetacion, sobre la cual se sobreponen parásitas plantas, pobladas todas ellas de reptiles é insectos, una

gran parte repugnante y asquerosa, otra gran parte nociva y carnicera. Los rios no tienen vado, y hay que atravesarlos nadando, á riesgo de topar con las enormes quijadas de hambrientos cocodrilos. Si divertís vuestro paso de las selvas para entrar en las llanuras, un sol de cuarenta grados funde vuestros sesos, y un suelo férreo, lleno de piedras puntiagudas, semejante á minas abandonadas, hiere y ensangrienta vuestros piés. Cuando pasais de los territorios secos á los territorios húmedos, es para topar con lagunas cubiertas de juncos y pobladas de búfalos y elefantes. Los tigres maullan por las noches en vuestros oidos; los mosquitos rabiosos irritan vuestra piel y envenenan vuestra sangre; las niguas, ya esteis calzados, ya no, penetran por vuestras uñas, y depositando en ellas sus huevecillos homicidas, devoran los piés, y os llenan las piernas de úlceras cancerosas. Nada, pero absolutamente nada, encontrais de lo prometido por tantas descripciones fantásticas. La goma de copal y el marfil de colmillo cuestan ya en lo interior al mismo precio que en las costas, y no queda para tan peligrosos viajes incentivo alguno mercantil. Nada de arroz en regiones donde puede llamarse al arroz el único alimento; nada de trigo, pues el pan se queda para los reyes allí; ni una hoja de té, ni una fibra de tila que calme las irritaciones contínuas y alivie las fiebres palúdicas. El Congo es navegable, ¡pero á qué precio! Corrientes vertiginosas, escollos contínuos, quebradas de gran peligro, cataratas espumosas y tonantes, bancos recien formados por las rápidas y procelosas tormentas, bandadas de cocodrilos que castañetean sus

fauces homicidas, y bandadas de hipopótamos que levantan los barcos en sus lomos y los hacen zozobrar con sus desordenados movimientos. Los blancos viven como sombras por sus enfermedades, y aterrados por los peligros, pues si los negros quisieran, dado su número y dada su fuerza, no quedaria un solo europeo para contar los horrores del exterminio. Paréceme haberos informado ya lo bastante sobre las conferencias berlinesas, asunto principal de nuestra crónica en el mes corriente.

No pasaré sin referiros muy de pasada los grandes conflictos en que nuestro Gobierno se halla empeñado por desconocer cómo el espíritu de libertad traido por la revolucion de Setiembre anima y enardece hoy á nuestra España. El Sr. Pidal, ultramontano empedernido, una vez en el Ministerio de Fomento, despertaba los recelos liberales, porque amenazaba mucho la libertad, sin acallar la oposicion rabiosa de los neo-católicos, porque todavía no la amenazaba lo suficientemente para éstos, y segun sus deseos, esperanzas y ambiciones. El partido conservador cree que la ciencia y la enseñanza deben someterse al Estado; pero el partido clerical todavía cree más, cree que deben someterse al Estado y á la Iglesia. Proclama todo lo contrario la Universidad, por lo ménos la fraccion de su Claustro más liberal y pensadora; proclama que al Estado solamente le toca el seguro y garantía de todos los derechos, entre los cuales predomina la libre profesion de la ciencia. Con este sentido y bajo este concepto el Sr. Morayta leyó un discurso científico en la Universidad Central,

demostrando que la ciencia es tan libre de suyo en nuestros establecimientos de instruccion como en los establecimientos de Alemania. Levantáronse contra tal discurso las autoridades eclesiásticas so pretexto de que desconocia el poder y autoridad de la Iglesia, y excomulgaron á sus lectores por público mandamiento en plena misa mayor. Los estudiantes absolutistas intentaron seguir los impulsos de la clerecía, protestando contra los catedráticos excomulgados, miéntras los estudiantes liberales, en mayor número y con más influencia, se opusieron y consagraron á sus catedráticos excomulgados una grande manifestacion. Quiso impedirla, por lo ménos ahogarla, el Ministerio, y entrando sus agentes en la Universidad, arremetieron sable en mano á los escolares, maltratándoles é hiriéndoles. Todo esto ha traido las protestas que podeis imaginaros; y tales protestas acaban de sembrar una inquietud zozobrosa que cede mucho en daño del Gobierno. Un conflicto muy grande ha estallado y no se le ve á ese conflicto ningun término, como no se ve por ahora ningun puerto á la maltrecha libertad de nuestra patria.

DICIEMBRE.

Encontrábame yo hace dos meses en las altas minas de Somorrostro, hablando con esclarecido ingeniero inglés de nuestros mutuos negocios nacionales, y súbitamente se deslizó, por las incidencias de la conversacion, el nombre resonante de Gordon. Habíale hablado yo con grandísimo entusiasmo, en mi sinceridad incontestable, de los ingleses que han ilustrado nuestro siglo, á quienes venero y admiro con tanto fervor como cualquier britano entusiasta. Imposible olvidar entre los novelistas, á Dikens; entre los filósofos, á Carlyle y á Spencer; entre los historiadores, á Macauley; entre los poetas, á Keatr y á Shelley; entre los naturalistas, á Darwin; entre los políticos, á Palmerston; entre los oradores, á Brigth, á Gladstone, á Dilke; y al mentarlos, encontré mi bueno y sabio interlocutor muy dispuesto á un asentimiento natural, tratándose de renombres tan ilustres; pero mezclado con várias observaciones, las cuales así mostraban su profundidad y talento literario, como el axioma evangélico de que nadie llega

jamas á profeta en su patria. Pero en cuanto se habló de Gordon, las reservas concluyeron, y las observaciones á mis líricos elogios se trocaron en una especie de himno. Aquel sabio sereno; aquel mecánico, á problemas industriales consagrado; aquel observador fino y atento, capaz de atenuar con algunas sombras pertinentes mis efusiones de admiracion por sus compatriotas, dejó toda la frialdad á un lado, y dijo en tono profético, segun cumple á los diálogos sobre los profetas, que si el Gobierno inglés no conseguia con el ejército estipendiado y oficial acorrer á Gordon, irian los ingleses en socorro suyo espontáneamente, no vacilando él mismo en volar de las frescas y tranquilas montañas vascas á los encendidos desiertos africanos para salvar á quien se habia sacrificado siempre por el bien material y moral de todos sus semejantes, sin distincion de razas, creencias y colores. Lo confieso, me admiró tanto entusiasmo en hombre de ciencia y de conciencia como el ilustre ingeniero, y me propuse husmear cuantas noticias respecto á él guardáran los diarios para comunicároslas en estas mis correspondencias, pues tal merece quien logra encender tan enardecido entusiasmo en hombres poco dispuestos á las exaltaciones del ánimo y á los fervores del corazon como un sabio inglés, consagrado todo el dia, en escabrosos y enriscados montes, á los cálculos matemáticos y á los trabajos prácticos de un ministerio científico, pero tambien mercantil, como el ministerio propio de industrial-ingeniero que dirige ferro-carriles y encabeza el trabajo explotador de cuantiosas minas.

Por una feliz casualidad llegan ahora, en estos mismos dias, telégramas varios á la prensa europea relatando las hazañas del profeta desde principios de Abril á fines de Julio. Con poco esfuerzo podeis hallarlas en cualquiera de los números publicados por el *Times* á fines del mes pasado. La sensacion, por su lectura producida, se ha dilatado hasta rebosar de Inglaterra misma y de sus límites. La muchedumbre de noticias aumenta la perplejidad general, pues unas veces dicen que toda esperanza de salvacion está perdida, y otras veces que no há menester de auxilio alguno quien tiene, como Gordon, tantos recursos para defenderse y para salvarse. Los asaltos á Jartum se han sucedido con inusitada frecuencia en los últimos meses; pero el sitiado ha sabido contrastarlos con su natural heroísmo. Hacía veinte semanas ya que los víveres se distribuian por escasas raciones en la poblacion asediada entre los pobres, legando á los ricos el procurárselos á cualquier precio, con mengua y detrimento de sus fortunas, por causa y razon de la increible carestía. No contaba el gobernador con numerario alguno; pero, á fuer de perfecto sajon, habia ya comenzado sábias combinaciones de crédito y sustituido con signos convencionales y valores fiduciarios la moneda corriente. Los devotos á la insurreccion militar, encabezada por el Mahedi, habian abandonado la plaza sitiada y salido en número de diez mil; con todo lo cual se han ahuyentado bocas gravosísimas y conjuraciones seguras. Los egipcios han huido ante los árabes del desierto, á guisa de cervatillos ante cazadores diestros; pero los negros han arrostrado sus

iras, peleando como buenos. Uno de los generales insurrectos más renombrados y queridos, que hacía mucho daño á Jartum desde sus barcas y el Nilo, murió de un arcabuzazo en una madrugada de Julio.

Muchas esperanzas habian librado, en sus angustias, Gordon y los partidarios de Gordon, durante mucho tiempo, en socorros expedidos, ya del Egipto, ya de la lejana Inglaterra. Mil veces habian mandado escuchas y espías que no tornaban, camino de Berber y de otros puntos análogos, á ver si habian hallado piedad en quienes debieran socorrerlos. Otras veces pensaban si las muchas guarniciones egipcias diseminadas por el Ecuador correrian en su auxilio. Una expedicion mandada con ese objeto á Sennaar se habia frustrado, y ya no tenian más esperanza que sus propios brazos y su sobrenatural esfuerzo. Para ir hácia el centro de África y abrirse paso por inmensos territorios africanos hácia las orillas del Atlántico y las regiones australes, necesitaba, no sólo correr grandes peligros, sino dejar una poblacion fidelísima é inerme á la cimitarra del Mahedi airado y de su pecadora gente. Los recursos que habia puesto el sitiado en su defensa, debian maravillar por lo formidables y por lo improvisados. Muros extraidos, como por milagro, del suelo; fosos en horas abiertos; minas y contraminas que componen como un laberinto; cargas terribles de pólvora y torpedos fulminantes; lo que la ciencia guarda de mayor eficacia, siquier concentrado con dificultad, estaba ya prevenido y dispuesto en aquel fuerte lugar. Setecientos muertos ha tenido y considerable número de gentes inutilizadas para el com-

bate. Su palacio ha padecido mucho, acribillado por la metralla de sus enemigos; pero éstos se han visto en tales trances, merced á la pujanza del gran general, que han mordido el polvo mil veces y retrogradado ante tal heroísmo. Sólo tres ingleses con Gordon hay allá; pero los tres valen por muchos, cuando pelean así, en el horno de una ciudad ecuatorial, bajo cielo despiadado, sobre arenas movedizas, con ejército indócil, y en los senos de una poblacion enemiga. Así, no es mucho que las prensas suden todos los dias en Lóndres folletos y más folletos relativos á tan extraño personaje. Ya se publican las cartas á su hermana, en las cuales habla de problemas tan difíciles como el problema de la trata, y describe personajes tan curiosos como el rey Juan de Abisinia. Ya se dan á la estampa relaciones de sus viajes más ó ménos auténticas y autobiografías más ó ménos originales. Uno reproduce sus juicios sobre los Santos Lugares, y otro sus observaciones sobre China. Gente hay que ha dado un extracto de su metafísica y de su teología, pues á nuestros ojos y en este nuestro siglo se cuaja y cristaliza una leyenda semejante á las semipiadosas y semiguerreras de los siglos medios, allá por el teatro natural de todos estos milagros, por los desiertos inmensos que caldea el cielo de Oriente.

Todo contribuye á esta semejanza, la originalidad nativa del personaje, la distancia del teatro donde sus hazañas se representan, las mismas noticias contradictorias suministradas por el correo y el telégrafo á los diarios, quienes unos dias lo presentan vencedor, y á manera de nuestro Santiago, caballero en su corcel apo-

calíptico, y hollando moros descabezados; otros dias, mártir de su temeridad, muerto al golpe de las cimitarras enemigas, y enterrado en los rescoldos de su ciudad incendiada; ya ganando el Nilo y requiriendo el Cairo para dar al Jetife indiferente y al inglés inerte con sus ingratitudes y sus olvidos en el rostro; ya pasando todo el continente africano, á guisa de un explorador, y apareciendo por las costas del África austral, enfrente de las olas atlánticas, enseñorado de tribus negras y de misteriosas regiones, cual si hubiéramos retrocedido á los tiempos legendarios de las expediciones increibles y de los argonautas mitológicos en los albores de la fábula.

Hoy es, y nada sabemos de cierto. Miéntras los diarios ingleses nos lo presentan á una en combates herculeos defendiendo á Jartum como defiende su madriguera el noble leon, ó husmeando en el desierto inmenso la toma de Berbr; diarios, como el *Intransigente* de París, dicen que no ha sufrido nada, que no ha trabajado nada, y que se refocila y huelga en la ciudad sudanesa, como un Dios en su templo y como un Sultan en su palacio. Nos permitirán los diarios del Sena que prefiramos en este punto las noticias de los diarios del Támesis. Quien, apénas salido de la infancia y entrado en la juventud, participa ya de guerra tan azarosa como la guerra de Crimea, y luégo corre á China en demanda de combates, como cualquier albanes de los nacidos y criados para las luchas eternas suele correr á su montaña patria y desplegar sus pabellones, parecidos á gigantescas águilas caudales; y desde China retrocede á

Palestina para ver los sitios consagrados por la religion y pedirles inspiraciones y auxilios en su ministerio de profeta, ministerio análogo al de aquéllos que han recorrido con sus oraciones en los labios las orillas del Jordan, y al de aquéllos que han recorrido con su alfanje centelleante y corvo como la media luna en las manos los más sacros sitios del Eufrates y del Nilo; general en el Oriente remoto, peregrino en la desolada Jerusalen, plenipotenciario ante los reyes de Abisinia, consejero de los soldanes de Egipto, gobernador en el Sudan despues de haber sido en Lóndres maestro de escuela y asistente de los tristes hospitales; un hombre así, que, á no padecer tanto y pelear tanto, pareceria como un sonámbulo en esta sociedad positiva y prosaica, se mueve, más que por goces indignos de su alma é ignorados de su complexion sobrenatural y maravillosa, como la complexion de todos los redentores, por ideales en cuyo seno entran, como el Espíritu Santo en las predicaciones de los apóstoles cristianos, fe viva en Dios, amor efusivo al hombre, segura esperanza de la gloria y de la inmortalidad.

Yo lo he apuntado muchas veces, y ahora lo repito. Á quien Gordon se asemeja más es á los primeros apóstoles enviados por los jesuitas desde Portugal á España, en el tiempo de las invenciones y conquistas ultramarinas, para herir con su predicacion las almas de los pueblos primitivos en su cuna de bosques vírgenes, y para mover las almas de los pueblos, petrificados sobre sus viejas creencias como los pólipos sobre sus rocas, á la nueva fe. Por esto la suma en el reciente

apóstol y en los antiguos de cantidades hetereogéneas é incompatibles. El entusiasmo se compadece con la constancia en ellos; el cálculo con la mayor abnegacion; los fines religiosos y morales con los fines mercantiles y utilitarios; la intuicion de un profeta con la mirada de un militar y las vocaciones de un mártir con el egoísmo de un mercader; semejándose á esos santos esculpidos por nuestros artistas del siglo décimosexto, santos en cuyo cuerpo se tocaba el más crudo realismo, y en cuya faz resplandecia la más pura y viva idealidad. Tal conjuncion de las nobles aspiraciones con los vulgares instintos, ha compuesto y formado la base del temperamento y del carácter en todos esos inventores sobrenaturales de regiones ignoradas, quienes tanto se han movido por amor á Dios y á la propagacion de su fe viva, como por ambiciones de poder y apetitos de codicia. Así pueden comprenderse las formas revestidas por esos Proteos de fases que miran, como los ángeles al cielo, y como las bestias al estómago. Viéndolo pasar en su dromedario, dirigir un tropel de tártaros, atraer con sus gestos y sus predicaciones á los fanáticos en el desierto, como los fascinadores á las serpientes, regatear en los bazares, departir á guisa de Cadí con los voceros, ó de ulema y fakir con los sacerdotes, disimular en el consejo de los déspotas, transigir con el tratante de carne humana, predicar bajo las palmas y al borde de la cisterna como un profeta, ó combatir dia y noche como guerrero, creeis indudablemente ver en todas sus trasfiguraciones la naturaleza humana, extraño componente de las moléculas esparcidas por los minerales ó fermentadas en los es-

tiércoles con las ideas arquetípicas residentes en la divina é incomunicable inteligencia. Sí, lo repito, Gordon se asemeja mucho, muchísimo, á los primeros jesuitas que iban tras los navegantes y los conquistadores iberos por Asia, por África y por América.

Imaginaos un desierto de África sin vegetacion y sin humedad, completamente despoblado de criaturas humanas y poblado de brutos carniceros, donde la sed y el hambre os aguardan con todas sus torturas, y la muerte cruel os atisba con todas sus asechanzas; expuestos á cada minuto al empuje y embravecimiento de los terribles simounes encendidos como la respiracion de ciclopeos volcanes, que levantan las arenas, cuya pesadumbre os asfixia y ahoga bajo sus estériles sudarios, tan fáciles de remover y de alzar en aquellos tristes y ponzoñosos territorios. Pues luégo internaos en las selvas primitivas del Brasil y del Paraguay, ó en las riberas del Amazónas y del Orinoco; la tierra húmeda se hunde bajo los piés; las lagunas pestilenciales exhalan sus aéreos venenos por todas partes; las ramas de los árboles primitivos, cubiertos por el follaje de las enredaderas y de las lianas, se tejen y entrelazan para oponeros incontrastable resistencia; surgen de las flores más bellas los insectos más devoradores; tiéndense por las hierbas más verdes, casi confundidos con sus cintas, los reptiles más asesinos; el rayo tropical azota con su látigo de fuego las selvas, y el terremoto contínuo hace vacilar y estremecerse, como tocados y heridos de una epilepsia, los suelos inhospitalarios, al par que os asaltan especies enteras de alimañas exterminadoras, y que

os sorprenden los salvajes hambrientos de matanza y ávidos, como los dioses malos en las teogonías antiguas, del combate y del exterminio. Si nos asombran y nos maravillan á una con razon los héroes de la Noche Triste, los viandantes de las altísimas cordilleras, los descubridores del paso de Magallánes por la tierra y de la Cruz del Sur en el cielo, aquéllos que nos han traido con sus espadas y con sus milicias el Imperio de los Aztecas y el Imperio de los Incas; ¡oh! cuánto más no deberán maravillarnos los pacíficos apóstoles de la idea, los misioneros, con su bonete por todo casco, su triste sotana por toda coraza, su crucifijo por todo instrumento de guerra, los cuales arrostran las inclemencias de los elementos con las crueldades de los hombres, y van resueltos, no á matar como los soberbios conquistadores, sino á morir como los humildes y desdichados mártires.

Para conocer tales proezas de los misioneros jesuitas, es necesario resueltamente acudir á sus más ingenuos y sencillos historiadores. En ellos debe inspirarse todo aquel que quiera comprender lo maravilloso del esfuerzo por la cristianizacion y bautizo de las más apartadas regiones. Allí verá cómo derramaban estos disciplinados mílites de Ignacio su hirviente sangre por las inexploradas selvas del Brasil. Allí verán como el hermano Pedro Correa y el hermano Juan de Sosa, portugueses los dos, yendo á predicar el Evangelio á los pueblos ibirrajaros, caen asaeteados en el momento mismo en que plegaban sus manos sobre el pecho y ponian sus rodillas en tierra para hacer del Universo un templo y elevar

las ideas en alas de sus oraciones á Dios. No es ménos curioso el ministerio encomendado al padre Juan de Nuñez, segun lo refieren los historiadores del tiempo. La crítica histórica tendria mucho que observar en sus indagaciones de hoy, respecto á la grande antigüedad que los jesuitas quieren dar al Cristianismo en las regiones de Etiopía. Cierto que las Actas de los Apóstoles refieren como San Mateo en persona y Candaces, bautizado por San Felipe mismo, evangelizaron á los etíopes. Mas en las relaciones que los jesuitas escriben de la religion etiópica descúbrese á seguida cómo confunden y mezclan aquellos negros las creencias idolátricas con las creencias judías; las creencias judías con las creencias mahometanas; las creencias mahometanas con las creencias alejandrinas; y ponen sobre todo un baño bien superficial y ligero de cristianos dogmas. El papa Julio III, que no se daba punto de reposo en esto de proteger y amparar á los jesuitas, invistió con el patriarcado de la confusa Etiopía nada ménos que á Juan de Nuñez, otro de los discípulos predilectos de Ignacio, muy estimado ya de la Compañía por haber ido en demanda y busca de cautivos al Imperio marroquí, donde hizo verdaderos inolvidables sacrificios.

Mas las dos misiones características de la Sociedad de Jesus ¡ah! son las dos en la China y en el Paraguay, respectivamente. Ninguna obra que muestre la grande actividad mezclada con la tenaz constancia, ninguna obra. El África yerma y estéril, como el Asia henchida de recuerdos, y la jóven América de grandiosas esperanzas henchida, fueron á una en la malla espesa del com-

26

plicado y difícil organismo jesuítico envueltas. Sus misiones pasman por lo rápidas, y sus triunfos, de no haber sido en su mayoría tan fugaces, apénas podrian hoy, no ya creerse, pero ni siquiera imaginarse por la imaginacion más exaltada. La vehemencia de los apóstoles mézclase, por verdadero milagro, en ellos con el disimulo y astucia de los estadistas. Ningun mártir capaz de llegar á tanta exaltacion y ningun político, ninguno, capaz de tantas previsiones y cálculos. Las contradicciones más dispares mézclanse con asombro del mundo en la obra maravillosa de estos apóstoles.

Jamas estuvieron tan cerca la abnegacion y la habilidad. Es cierto que algunas veces apelaron á la jurisdiccion política de los gobernadores y á la fuerza incontrastable de las armas, cual hizo en Goa San Francisco Javier; pero tambien es cierto que otras muchas veces sólo tuvieron para su defensa y para su propaganda la palabra y la idea, como para premio de sus obras y para lustre de sus nombres el sacrificio y el martirio. Cierto tambien que muchas veces atendian estos misioneros ántes á un bautizo externo que á una interna conviccion. Bastábales con que los labios declaráran la verdad religiosa del Evangelio, aunque tal declaracion jamas llegase á los hondos senos del alma donde verdaderamente arraiga toda idea religiosa. Cinco años duraron los viajes de Francisco Javier; cinco años, en que no descansó una hora su febril inquietud. Ya le sirvieron de apoyo las armas de las milicias portuguesas; ya el poder de las autoridades políticas y civiles de aquella monarquía; pero muchas otras veces fiólo todo al mi-

lagroso efecto de su palabra y á la virtud creadora de su ejemplo. Y fuesen sus motivos y sus actos los que quiera, no puede dudarse, no, de su aptitud, sobrenatural cuasi, para iniciar esas peregrinaciones religiosas y evangélicas, las cuales pasmaban más que convencian á los pueblos, y por cierto tiempo los inclinaban á una doctrina con propensiones invencibles, aunque pasajeras, pues al fin y al cabo reinaban con su imperio natural sobre aquellas tribus el temperamento propio, la religion recibida, la naturaleza externa y las supersticiones históricas.

En la historia de los apóstoles que propagaban una fe nueva entre los viejos pueblos del Asia ó del África, y entre los jóvenes pueblos de América ú Oceanía, pueden hallarse tipos comparables al extraño tipo de Gordon. Como las aves inquietas y viajeras, no puede aquel espíritu proceloso y agitadísimo suyo conformarse con la quietud incontrastable que la libertad ha procurado al suelo inglés y á sus viejas instituciones históricas. Necesita sufrir con los que sufren, pugnar con los que pugnan, ofrecer su vida en los holocaustos de una causa con tal que crea ver en ella un asomo de justicia, y en las incidencias del combate y porfía todas las emociones indispensables á un alma tan activa y ardiente como su alma. ¿Qué le iba en ahogar una insurreccion vieja y crónica, de luengos tiempos iniciada, contra el Imperio chino? Pues coge una tropa de allegadizos mílites, en cuyo Estado Mayor habian muerto nada ménos que once oficiales superiores en sólo un mes al *delirium tremens* engendrado por las borracheras, y corre, guiado por el instinto profético más que por la ciencia militar, en bus-

ca de huestes tales que bien podian llamarse una Babel ambulante. Diez años llevaban de insurreccion, y en diez y seis meses las redujo él á forzosa obediencia. Ante actos y empresas de tal valía, no es mucho que, reproduciéndose las escenas ocurridas en otras aventuras análogas, cierto lugarteniente suyo, deseando recoger algunas migajas de sus festines probables y algunos trozos de su corona posible, como los lugartenientes de Alejandro, le indujera por todos los medios á correrse hácia Pekin y coronarse allí Emperador de la China. El Profeta, con ese buen sentido que se combina en él con los ensueños más fantásticos y con las empresas más inverosímiles, desdeñó tales ofertas; y repartiendo entre sus soldados unos cincuenta mil duros, con que premió el Gobierno chino su bravura, partióse á Inglaterra, jurando que no queria para su peculio lucros; pagado con haber podido granjear á su conciencia la satisfaccion de haber salvado vidas innumerables de míseros mortales amenazadas por las tormentas y por los terremotos de la guerra.

En 1863 Gordon recogió la jefatura del ejército que peleára contra los chinos insurrectos; en fines de 1864 embarcóse para Inglaterra, concluida su campaña; por principios de 1871, despues de haber asistido en Lóndres á escuelas y hospitales, tomó una comision diplomática en las negociaciones relativas al Danubio, y en los ejercicios de tal comision le ocurrió el trasladarse de Turquía, donde se hallaba tranquilo, á Egipto, donde le aguardaban miles de inquietudes, con ánimo de ofrecerse al Jetife para pacificar las regiones sudanesas y

combatir la trata de negros. Los egipcios, deseosos de dar algunas satisfacciones á los filántropos ingleses en problema de tanta monta como aquel de la trata, decoraron á Gordon el humanitario con la pomposa denominacion de Bajá del Ecuador, y pusieron sobre sus espaldas é imputaron á su responsabilidad todos los mercados varios de siervos etíopes, todas las cazas de hombres, todos los bazares ambulantes de carne humana, que pululaban por las arenas del desierto africano y por las orillas del mar Rojo. Aquí volvióse á encontrar de nuevo en pugna su profundo sentido y conocimiento de la realidad con su amor cuasi místico á los eternos ideales. El apóstol, que oia en sus orejas, organizadas para escuchar lo sobrenatural, voces y melodías angélicas; el profeta, por cuyos nervios pasaban las tempestades sacudiéndolos ántes de condensarse allá por los cielos, y en cuya imaginacion lucian las ideas reveladas por Dios á sus escogidos, sublimándolo; al sentir por las facultades internas de su alma y por las fibras externas de su cuerpo derramarse, como una infusion divina, el Espíritu Santo, deseaba, con una voz, como la resonante allá en las alturas del Sinaí, abatir á todos los cazadores de hombres, y llamar hácia la vida del derecho y hácia las alturas más eminentes de la humanidad, á todos los perseguidos por la trata, y opresos bajo el yugo de la servidumbre. Penetrado profundamente de tal idea, escribia con verdadera candidez á su familia, que no era él, no, Gobernador general del Sudan, sino Dios mismo, Dios en persona, de cuya voluntad se consideraba ciego instrumento.

Pero la realidad le salia tristemente al paso y cortaba el vuelo á sus esperanzas. Cuando Bagdad y Constantinopla pagan á tan alto precio los infelices mutilados indispensables á sus voluptuosos harenes, imposible impedir que los cazadores de siervos, aguijoneados por las ganancias, asalten los oásis y dispersen las tribus por caminos sembrados de frios esqueletos, que orientan á tantos criminales y les señalan el mapa de su horrible negocio y de sus cruentas cacerías. Las tres cuartas partes de los esclavos mueren mucho ántes de llegar á su destino. ¿Pero cómo la voluntad y la idea de un hombre sólo pueden acabar con los reclamos de grandes ciudades, con las riquezas de horribles oligarquías, con los ejércitos diseminados por espacios inmensos de cazadores sueltos, ó en grupos, que son producto de terribles instituciones sociales comunes á todo el Oriente? Así bien pronto se convenció de que Dios exige para toda obra humana el tiempo y el trabajo, sea cualquiera su justicia; y volviéndose á las sociedades abolicionistas de Lóndres, unánimes en tacharle con grandes invectivas y vehementes apóstrofes de negrero, invitábalas á estar dentro de su pellejo y á compartir con él, por varios dias, los peligros y los riesgos de su obra. Consiguientemente, por esa mezcla de idealismo y realismo, que constituye la naturaleza de Gordon, el grande abrogagador de la esclavitud, repartia, como fardos ó bultos de un botin, los negros redimidos de los negreros á sus propias gentes.

En realidad, la pugna entre su conciencia propia de profeta y el estado general de Oriente, le impidió llevar

á la deseada cima el trabajo hercúleo de abolir la trata. Mucho daño habia hecho á los negreros; mucho camino andado hácia el objeto y fin de la deseable abolicion de mal tan grave como la trata; pero sus esfuerzos de reformador solian estrellarse á una en los obstáculos surgidos de la triste realidad. Renunció á ser ministro del Dios de los ejércitos y del Virey de los egipcios en el ámplio Ecuador, y se vino hacia nuestras tierras occidentales, jurando, una vez entrado en su casa, que no volveria jamas á viajar. Y sin embargo, poco despues se fué á la India; de la India, se fué á la China; de la China, se fué á Bélgica; de Bélgica, se fué á la Isla Mauricio; de la Isla Mauricio, se fué al Cabo de Buena Esperanza; del Cabo de Buena Esperanza, se fué á Jerusalen, donde se ocupó en dilucidar la discutible autenticidad de los Lugares Santos, y en describir la situacion que debió tener y el sitio donde debió estar el Paraíso terrenal; de Jerusalen volvió á Bruselas para convenir una expedicion al Congo; de Bruselas se partió á Lóndres para participar en las empresas egipcias; de Lóndres al Cairo; y del Cairo, caballero en camello, á Jartum, que ahora defiende; todo en cuatro años. Creedlo, es un místico y es un economista. Lo mismo escribe menudo informe sobre los cambios al dia y sobre objetos de comercio como el tafilete y el márfil, que tratados místicos llenos de grandes efusiones parecidas á las célebres de Santa Teresa, sobre la comunicacion del alma con su Dios. Indudablemente, profeta más ó ménos verdadero, general más ó ménos estratégico, economista más ó ménos afortunado, pensador más ó ménos profundo, creyente más ó ménos

fervoroso, místico más ó ménos idealista, gobernante más ó ménos próvido, político más ó ménos maduro, Gordon será siempre un sér extraordinario, que contrasta por sus genialidades peculiarísimas y por sus empresas aventureras con la regularidad ordenada de nuestras costumbres y con la prosa irremediable de nuestra vida.

El telégrafo nos hiere con la noticia de haber muerto Eugenio Pelletan asaltado por una fulminante aplopejía. Pensador espiritualista, republicano templadísimo, pertenecia por la índole de su talento y por la historia de sus ideas á los que intentan emancipar el alma sin caer por eso en los errores del materialismo, é impulsar á la sociedad hácia adelante con fortísimo impulso, pero preservándola de toda utopia socialista y de toda propension demagógica. Parece que le estoy viendo hace ahora diez y ocho años por el Cuerpo legislativo, adonde le llevároan los electores parisienses en premio á sus elocuentes libros, combatir con dardos certeros al Imperio y preparar con acentos parecidos á los trenos antiguos el espíritu nacional para recibir el Verbo de la libertad, que tarde ó temprano debia de nuevo encarnarse por su propia virtud en el seno de la República. Su espesísima melena, su luenga barba, entónces ya casi blancas; la profundidad insondable de su mirar, muy reconcentrado como de buen observador; el tono extraño de su voz, un tanto ronca, pero siempre solemne; las imágenes fulgurantes de su prosa poética, tan propia del panteismo alejandrino en que su espíritu se anegaba y sumergia, dábanle todos los caractéres de un revelador ó de un

profeta como los engendrados por el Oriente, y puestos por la supersticion popular en los templos y en los altares teogónicos. Esta excesiva idealidad propia le dió las facultades necesarias para brillar entre los primeros escritores; pero le negó el tacto necesario para subir hasta los primeros estadistas. Por eso Gambetta, Ferry, otros más jóvenes y ménos autorizados, le aventajaron todos en el combate y recibieron el gobierno. Mas Pelletan ha contribuido mucho á fundar la República francesa; y como quiera que la fundacion de tal forma de gobierno sea el hecho capitalísimo de nuestra edad contemporánea, debemos detenernos en su presencia, para seguirlo con atencion y explicarlo con claridad, á fin de ver tras las realidades diarias, amargas y tristes de suyo, el ideal vivificante de una sociedad más progresiva y el motor primero de otros tiempos mejores y más fecundos. Á no dudarlo, no, la calidad sobresaliente de Pelletan resulta, despues de bien estudiada su historia, el haber esperado en la libertad siempre y haber sabido comunicar estas esperanzas á sus desmayados y abatidos contemporáneos. Necesitábase ver con vision muy anticipada lo porvenir y los gérmenes de bien que habia de llevar en sí, para que la pluma trazára con tanta seguridad aquellos poemas del humano progreso conocidos con el nombre de *La profesion de fe del siglo* XIX, y viera con tanta claridad como la materia indecisa de la primera nebulosa, de aquel semillero de mundos, condensándose poco á poco por la creadora virtud y eficacia del tiempo, habia de dar un planeta como el nuestro, donde á la doble luz del sol y del espíritu debiamos ir desde

las cavernas lacustras al Parthenon de Aténas y á la catedral de Toledo; desde los fetiches caníbales al Dios espíritu y verdad; desde las castas arriba y la esclavitud abajo á la libertad, á la igualdad, á la fraternidad, principios sublimes, los cuales acabarán por organizar cada sociedad humana con arreglo al derecho natural, capaz de dar á toda la humanidad futura, en federacion armónica, un solo cuerpo y un alma sola, realizándose así en toda su plenitud la Justicia. Permitidme, delante de quien ha luchado, como yo, por la democracia, y me ha distinguido con su amistad en vida, pararme y detenerme á contemplar esta obra comun, de la cual resultó ayer la República en Francia, y resultará tarde ó temprano la República en España tambien.

Discípulo de Lamennais, y discípulo eminentísimo Eugenio Pelletan, pero con la ventaja manifiesta sobre su gran maestro de no haber nunca dudado, y haber siempre pertenecido por sus ideas y por su fe á la Iglesia del humano progreso. No posee aquella vena poética inagotable, que pintaba con líneas de Rafael y esculpia en mármoles de Páros, los grandes pensamientos convertidos en reveladoras inspiraciones; pero sí un sentimiento más vivo de la libertad y un ardor más intenso para los grandes combates en favor de la justicia y del derecho. Durante la monarquía de Julio trabajó por el advenimiento de la República de Febrero; despues de muerta la República de Febrero trabajó contra el Imperio de Napoleon; despues de roto el Imperio de Napoleon trabajó para fundar y robustecer la tercera liberal República, en cuyo seno ha muerto, sin desva-

necerse por las embriagueces del triunfo ni desesperarse por las tristezas del cautiverio y del vencimiento. La fe más viva en el progreso humano y en las ideas, que lo alientan y procuran, mantúvolo en la brecha durante medio siglo, predicando con la perseverancia de un apóstol nuestra buena nueva y previendo las victorias del derecho con la evidencia del Profeta. Cuando una dictadura cesarista sorprendió á Francia, y dispuso de sus destinos y de su gobierno, sin consultarla, sino despues de haberla despojado de su libertad, y ceñídola con fuertes cadenas al potro del tormento, Pelletan, asemejándose á los antiguos estóicos en el Imperio romano, buscó por los senos las conciencias extintas, el rescoldo no bien apagado de los grandes ideales, y presentó á los ojos de las nuevas generaciones la imágen esplendorosa de una nueva República, salvada del puñal de los asesinos en aquella noche nefasta, que vió caer la tribuna y los tribunos en el polvo y apagarse la libertad en el cielo. Tan combatiente y tan heroico, cual fuera en el Imperio, ha sido Pelletan de tibio y mesurado en la República. Esta tibieza y esta mesura debe mostrar á los jóvenes republicanos, muy propensos al desaliento, porque la República no marcha hoy al paso de sus impetuosos deseos, como los veteranos aprecian solamente con apreciacion justa todo el valor de las victorias alcanzadas y miden con exacta medida toda la trascendencia del cambio conseguido; porque saben comparar la distancia inmensa existente, por necesidad, entre la servidumbre y el derecho: que si no es tan abundosa en bienes y tan risueña de suyo como la imaginacion se la

prometiera en sus esperanzas y en sus ensueños, al fin y al cabo, esa República, de la cual abominan y maldicen muchos, por creerla triste y árida Palestina, es con sus arideces y sus tristezas, sombras inseparables de toda realidad, la tierra prometida por los Profetas, y el templo levantado al Dios de la libertad, quien derrocará en el polvo las Nínives y las Babilonias con todos sus tiranos, y redimirá por la virtud santa de su ejemplo á todos los opresos.

Consideremos un momento el estado general de nuestra Europa, cuando se acaba otro año de nuestra vida, y empieza el nuevo, bajo auspicios que no calificarémos ahora, pero que deseamos prosperen las causas mejores y más justas en toda la redondez del planeta. No hay que dudarlo, miéntras las grandes naciones occidentales, con la desventurada y única excepcion de nuestra patria, miéntras Francia, Italia, Inglaterra, caminan hácia el cumplimento gradual de los modernos ideales, Rusia y Prusia se recluyen á una en espantosas reacciones y desafian al espíritu y al derecho de nuestro gloriosísimo siglo. Sabida es por todos la situacion rusa; y no hemos nosotros de insistir ahora en describirla, cuando tantas veces ya señalamos en estos nuestros anales su horrible y siniestro centelleo. Dadas las diferencias de cultura y de civilizacion, el derrotero por donde conduce Bismarck á Prusia, se asemeja muchísimo al derrotero por donde conduce á Rusia el emperador Alejandro. No hemos visto jamas un menosprecio mayor al Parlamento y á sus votos. Para tratarlo así, valiera más ciertamente suprimirlo, porque las instituciones grandes

no corrompen tanto los aires muertas como deshonradas y podridas. Los nuevos representantes que han hallado motivo justo y ocasion propicia de consultar á sus electores en las elecciones últimas y recientes, han debido hallarlos muy contrarios al Canciller, cuando tantas veces lo han derrotado en el Reistach y tal cúmulo de negativas irrevocables han opuesto á todas sus demandas y á todas sus proposiciones defendidas por él mismo en persona con tanta vehemencia como ahinco. En la cuestion de las dietas para los diputados alemanes; en la cuestion de las subvenciones á los paquetes trasatlánticos; en la cuestion del indulto á los curas proscriptos ó castigados; en la cuestion del aumento á los fondos secretos para proveer á la policía necesaria en el Ministerio de Negocios Extranjeros; Bismarck ha pasado por una serie de amargas derrotas y humillaciones, tanto más de sentir y de lamentar por él, cuanto que habia empleado sin fruto los recursos de su elocuencia para impedirlas ó aplazarlas. Pocas veces tan vivaz en sus salidas, tan pronto en sus contestaciones, tan vigoroso en sus raciocinios, tan franco en sus propósitos, tan irreverente para cualquier nacion ó poder opuestos á sus ejemplos y á sus enseñanzas, tan cruel en sus sarcasmos, tan imperioso en sus imposiciones, tan aterrador en sus amenazas.

Á Inglaterra le ha dicho que no podia llamarse un Imperio monárquicamente organizado, sino una República más ó ménos patricia, presidida por un jefe del Estado más ó ménos vitalicio; á Gladstone le ha dicho que su ministerio le parecia, por sus factores componen-

tes, un ministerio abigarrado y confuso; á los diputados les ha dicho que no podia ceder á sus acuerdos él, que no cediera ni á las imposiciones de todo nuestro continente; le ha dicho al mundo entero que necesitaba oro, sí, oro á manos llenas, para enterarse de cuanto se pensaba y se decia en las cancillerías extrañas, amigas ó enemigas; y al pueblo aleman le ha dicho que le importaban poco sus votos y sus representantes, miéntras él se quedase con su poder y con su veto. No digamos nada, por exigir mucho tiempo y mucho espacio, del aire despreciativo con que ha tratado á las escuelas socialistas despues de plagiarlas, y mucho ménos del sarcasmo con que les ha ofrecido una provincia para clínica de sus ensayos, á ver si concluian por implantarnos el paraíso terrenal aquí, sobre la superficie de nuestra Europa. Francamente, nosotros prefeririamos ver la tribuna rota y el Parlamento abolido á verlos así en el menosprecio y en el polvo.

El Oriente ofrece otros aspectos. La cuestion de razas toma en él cada dia mayor importancia. Y no puede ménos de suceder así, donde las ideas de nacion se han perdido, por lo ménos se han amortiguado, al juntarse, contra las leyes de la naturaleza, por acarreos y aluviones históricos, bajo la techumbre de aborrecido y aborrecible Imperio, pueblos de sangre diversa, y nacionalidades á quienes sostiene ligadas en las ligaduras presentes el temor natural á otras ligaduras mucho más pesadas y fuertes. Los hijos de Bohemia pretenden dos cosas, y son, á saber: primera, grande separacion de los germanos, con los cuales han de vivir, por fuerza, vi-

viendo en el Imperio austriaco; y segunda, una interior autonomía, que los asemeje y los aproxime á las verdaderas naciones. En cuanto los herederos de Huss y Praga experimentan deseo vivísimo de reclamar tales ventajas, convierten su pensamiento y su recuerdo á Hungría, ofreciéndole amistad y alianza estrecha, si Hungría les asiste y les acompaña en la obra de su constitucion.

Tal ha hecho ahora, y con tan viejo proceder se ha presentado el ilustre doctor, y amigo mio, Riegel, jefe de los eslavos católicos en Bohemia, pidiendo la cooperacion de los húngaros para el establecimiento de su propia nacionalidad autonómica. Pero los húngaros conocen demasiado la historia, y saben que si los cheques piden hoy su favor á los magyares para libertarse del germanismo, y reducir las antiguas prerogativas del Imperio austriaco á su menor expresion, es con el propósito firme y resuelto de sublevar luégo los servios y croatas, de orígen eslavo tambien, y adscritos á Hungría, contra el gobierno húngaro. Así, pues, ha oido con atencion escasa los reclamos seductores el diestro presidente Taafe y se ha consagrado á reorganizar su Cámara de los Pares á fin de impedir á la intransigente aristocracia el que le oponga obstáculos invencibles á reformas tan útiles como el matrimonio civil; y se ha vuelto hácia Croacia y le ha ofrecido mayores ventajas y autonomía mayor en su administracion interna si llegaba por último á conformarse con vivir en paz bajo la corona de Hungría. Como la naturaleza quiere por sí el principio de variedad, ha dado á las diversas familias eslavas len-

guas múltiples, y las ha dividido en dos religiones tan fundamentales y tan opuestas como la religion católica y la religion griega, que si tal no sucediese, compuesta la raza eslava de tantas y tan poderosas familias, unidas como por el mismo comun orígen, por la misma universal fe; llegando en coordinados escalones desde las orillas del mar Adriático hasta las orillas del mar Blanco; teniendo á sus espaldas el inmenso Imperio moscovita, de donde sacar para el ataque y la defensa legiones innumerables de pueblos á su servicio adscritos; presidida por un Emperador siempre á caballo, Czar y Pontífice, idolatrado y seguido como un verdadero Dios; podria rodar desde su Polo movido por pasiones tan terribles como huracanes, hasta nuestras campiñas, y extinguir aquí, bajo tan enorme alud, nuestra libertad y nuestra civilizacion, como destruyeron los antiguos germanos á la romana gente.

La clave de todo el Oriente se halla en la ciudad oriental por excelencia, en Constantinopla. Los altos desfiladeros de sus Balkanes la preservaron en el siglo quinto de la irrupcion bárbara, como á Venecia sus lagunas; pero no pudieron preservarla de la irrupcion mongólica y turca en el siglo décimoquinto. Su emancipacion idea es universal de todos los cristianos; pero el reemplazo de los turcos, una vez libertada, manzana de discordia inacabable, gérmen de guerra europea. Dos colosos van acercándose á sus muros; por Sofsa el coloso ruso, por Salónica el coloso austriaco. Los Sultanes de Bizancio venlos llegar con espanto, y tratan de impedir su llegada, unas veces por medio de resistencias so-

berbias, otras veces por medio de humillaciones serviles. En su angustia, idean expedientes parecidos á los ideados por Hacem y Boabdil, aquellos últimos sultanes de Granada cuando veian desde su Alhambra, en el tapiz pérsico de la granadina Vega, moverse los jinetes castellanos y ondear el pabellon de la cruz al viento. Así le ha pasado por el cerebro al Sultan bizantino la idea de resucitar el sacro Califato antiguo y reunir bajo su direccion todo el mundo ismaelita, desde las orillas del rio Gánges hasta las costas del gaditano estrecho. Pero Egipto en poder de Inglaterra, Túnez en poder de Francia, el Turquestan y Persia por Rusia cada dia más atisbados, Siria inquieta, el Yemen casi puesto en armas, le han dicho con harta elocuencia lo vano de sus koránicos ensueños. Hace pocos dias, una ceremonia, que no por frecuente y repetida pierde su originalidad, se ha celebrado en la córte musulmana. Desde su Iglesia del Phanar, donde quedan aquellos griegos sumisos, comparables solamente á los mozárabes cordobeses, el Patriarca helénico se ha presentado con toda pompa y majestad ante la persona del gran Califa muslímico, y una vez más ha corroborado su intento de que, potestades tan opuestas y enemigas como el Pontificado ismaelita y el Pontificado helénico, vivan acordes y en paz bajo las leyes del mismo incomprensible Imperio. Aunque los pasos de tal escena resulten muy corteses á primera vista, y las frases muy cordiales, todas estas apariencias esconden una guerra de siglos, que sólo se terminará por un predominio del Patriarca sobre su Califa, destronado ya en la conciencia universal, y por

una restitucion de Santa Sofía, al antiguo culto, que la elevó en los aires, asemejándola por completo á una bóveda estrellada en las noches asiáticas, y la llenó de ideas metíficas trascendentes aún, á pesar de los siglos, á nuestra conciencia y á todo nuestro espíritu. No habian pasado muchos dias de la entrevista precedente, cuando se verificó otra tambien muy trascendental entre la persona del Patriarca y la persona del Nuncio. Indudablemente, algo más que una visita diplomática encerraba este acto importantísimo. El helenismo y el catolicismo se ven por igual combatidos en Oriente á nombre de la Iglesia rusa, que desearia, para establecer la confederacion de pueblos eslavos, imbuirles á todos un mismo ideal por medio de una misma fe. No significa otra cosa la especie de Concilio Ecuménico ideado por la clerecía moscovita.

Cuantos visitan hoy á Jerusalen advierten cómo ha sustituido Rusia poco á poco, y con qué graduacion, y con qué medida, el amparo en otros tiempos garantido á las comunidades helenas con el amparo á las comunidades puramente moscovitas. La mitad casi del ódio existente hoy entre los eslavos de Polonia y los eslavos de Rusia se debe á la religion, católica en aquella infeliz nacionalidad, oriental en este vastísimo Imperio. Pues ahora, si comprendiendo la Iglesia griega y la Iglesia romana los puntos capitales de contacto entre ambas llegáran á una inteligencia, todo lo estrecha posible, conseguirian echar las bases fundamentales de la confederacion cristiana, que ha de sustituir tarde ó temprano al Imperio muslímico, cuyas agonías hacen es-

tremecer todo nuestro continente, y cuya muerte puede matar con sus miasmas á toda una generacion infortunada.

Cerremos esta crónica de los sucesos más salientes al término del año, convirtiendo los ojos hácia Inglaterra, que ofrece un contraste muy singular; el de una política interior segura con una política exterior perpleja. Sucede al Estado británico lo contrario precisamente de lo que sucede al Estado aleman: éste sigue una política exterior por todo extremo acertada para sus intereses, y una política interior por todo extremo desordenadísima y torpe, como Inglaterra sigue una gran política interior y una pobre política extranjera. Para probar lo primero, no hay como ver el arribo al puerto en la cuestion electoral, que comenzaba con una deshecha borrasca, semejante á una guerra civil, y ha terminado por una inteligencia entre los dos partidos ingleses y una conciliacion verdaderamente fundamental y sólida entre las dos Cámaras enemigas. El partido radical hase contentado con que los conservadores le hayan admitido la grande ampliacion del sufragio, y el partido conservador hase contentado con que los radicales, por su parte, le hayan admitido la geografía electoral por ellos con tanto empeño reclamada y la distribucion de distritos sobre la norma de sus pretensiones calcada. Y lo que amenazaba con una discordia irremisible, se ha concluido con una concordia durable. Mucho han lamentado los dos extremos de la nacion que no haya concluido todo por ruidosa ruptura, creyendo los conservadores extremos propicia la coyuntura presente para derrotar la po-

lítica interior de Gladstone por la política exterior, y creyendo los radicales única la ocasion ésta para herir á la insolente aristocracia y arrebatarle su legion postrera, los Pares hereditarios; mas así como el tiempo, que corre, necesita de lo pasado y de lo porvenir, la política diaria necesita del recuerdo y del presentimiento, combinados en términos que no la paralicen los respetos á lo antiguo ni la desquicien los impacientes ímpetus hácia lo ideal. En este arreglo de la cuestion interior ha mostrado el primer ministro inglés su certera perspicacia, su inalterable sangre fria, su conocimiento de los partidos, el tacto y el saber con que una consumada experiencia y un grande talento encuentran á los más intrincados problemas las más naturales soluciones. Pero. en cambio de todo esto, la política exterior ¡oh! resulta desastrosa. El rompimiento con Francia, la incertidumbre y perplejidad en Egipto, el insolentísimo proceder con la conferencia europea reunida en Lóndres, la falta de influjo en China para contener y ahogar la guerra, los pérfidos oficios contra Portugal y los portugueses, la fria indiferencia por el adelanto de los rusos en las mesetas centrales del Asia, la triste admision de ese Congreso colonial germánico tan opuesto á sus intereses, las contradictorias afirmaciones respecto al Zaire y al Niger, la debilidad con que ha dejado apoderarse á Bismarck de Angra Pequeña y de la Bahía de Biafra en África, lo embrollado de su juego en Madagascar, lo confuso de su política con los boeros, las repugnancias antiguas y las complacencias nuevas con los súbditos de Australia en el problema de Nueva Guinea; todo esto

se parece mucho al reemplazo de un pensamiento concreto y fijo, como el que tenía la política de Disraelli, por la fatalidad y por el acaso. Bien pronto cosechará Inglaterra los amargos frutos de tal indecision. Y como los últimos dias del año cierran esta crónica, cerrémosla, mal de nuestro grado, pidiendo á Dios en lo venidero años mejores para Europa.

FIN.